

EL MARTILLO Y LA HOZ Y OTROS CUENTOS



VARIOS AUTORES

isliada
EDITORES

Colección
21CUC-SXXI

EL MARTILLO Y LA HOZ Y OTROS CUENTOS

VARIOS AUTORES

EDICIÓN:

Rafael Grillo, Leopoldo Luis.

DISEÑO:

Hector Otero.

COMPOSICIÓN:

Escael Marrero.

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA:

Amilkar Feria.

ILUSTRACIONES INTERIORES:

Acebo (pág. 152, 190, 273), Amilkar Feria (pág. 10, 40, 48, 116, 168, 212, 284), Alfredo Rosales (pág. 25), Boligán (pág. 65), Aramis Santos (pág. 79, 176), Luis Lamothe (pág. 108, 183), Javier Guerra (pág. 126, 134), Niels Reyes (pág. 145), Yaumil Hernández (pág. 224), Zardoyas (pág. 99).

© Todos los autores incluidos en el libro, 2011.

© Sobre la presente edición: Isliada Editores, 2011.

COLECCIÓN 21CUC-SXXI

Web: <http://www.isliada.com>

Email: isliada@isliada.com



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN / 7

NARRATIVA

15 000 latas de atún y no tenemos cómo abrirlas / 10

Jorge Enrique Lage

Patas al aire / 25

Rafael de Águila

El martillo y la hoz / 40

Emerio Medina

Las lecciones del vampiro / 48

Miguel Terry Valdespino

La lista del cubo / 65

Ahmel Echevarría

En menudos pedazos / 79

Jorge Ángel Pérez

Elementos comunes / 99

Yonnier Torres

ÍNDICE (Continuación)

LITERATURA POLICIAL

Sinfonía para un crimen / 108

Yamilet García Zamora

El último jonrón / 116

Leopoldo Luis

Disles que no me maten / 126

Lorenzo Lunar

Hierve la sangre / 134

Rafael Grillo

Con las manos limpias / 145

Rebeca Murga

El viejo que se comía la suerte / 152

Mario Brito

Confesiones / 168

Obdulio Fenelo

ÍNDICE (Continuación)

CIENCIA FICCIÓN

Castigo y crimen / 176

Yonnier Torres

En candela con Ochosi / 183

Erick J. Mota

Fangio's in memoriam big race / 190

Yoss

El “Incidente Johnson-Muñoz” / 212

Gabriel J. Gil

Shift / 224

Juan Pablo Noroña

Arbitrio judicial / 273

Jeffrey López Dueñas

Dioses a la carta / 284

Carlos A. Duarte Cano

LOS AUTORES / 293

INTRODUCCIÓN

COLECCIÓN 21CUC-SIGLO XXI:
EL VERDADERO LIBRO DE TUS CUENTOS FAVORITOS

¿A caso nunca desearon ustedes, lectores como tantos otros, tener la oportunidad de hojear un libro que reuniera sus cuentos predilectos? Hablamos de recorrer unas páginas de narrativa elegidas por ustedes mismos y no por alguien que lo hiciera en su lugar... A ustedes, lectores entre tantos, de seguro ese sueño les ha perseguido de modo recurrente.

Ese es el propósito principal de *El martillo y la hoz y otros cuentos*, volumen con el que inauguramos lo que nosotros, los editores de *Isliada.com*, quisiéramos que llegara a ser toda una colección: la “Colección 21CUC-Siglo XXI”.

¿Por qué “21CUC-SXXI”? Sencillo: significa “21 cuentos cubanos del siglo XXI”. La misma cantidad de relatos que de centurias: en la cifra no se esconde cábala alguna. 21 cuentos que eligen ustedes, los usuarios de *Isliada.com*. *Sitio Web sobre literatura cubana contemporánea*, a través de una encuesta on-line que permite conformar un libro digital para ser descargado y leído de forma gratuita.

Como la narrativa de ficción ocupa tres secciones de *Isliada* (Narrativa General, Literatura Policial y Ciencia Ficción y Fantasía), actualizadas con regularidad, los editores creímos adecuado que en la encuesta se votara para elegir 7 relatos por cada categoría.

Y dado que el sitio web nació el 20 de junio, y ya para la fecha del 20 de octubre se había reunido una suficiente cantidad (y calidad) de textos narrativos, decidimos el cierre en esa fecha para que el primer volumen recogiera una selección de los primeros cuatro meses de vida de *Isliada.com*.

Las otras intenciones que persigue esta “Colección 21CUC-Siglo XXI” y el modo de hacer las compilaciones por la vía del voto de los lectores, se desprenden del objetivo primordial de

Isliada.com, aquel por el cuál surgimos, que es el de contribuir a la divulgación a escala global, con los recursos de Internet, de la literatura que hoy están haciendo los escritores cubanos.

¿De qué manera, nos preguntábamos, se puede incentivar a los usuarios a ir más allá de lo ofrecido en Portada y que se adentren, además, en los otros textos literarios que se van almacenando en la base de datos del sitio?

¿Por qué otras vías, además de la frías estadísticas sobre visitantes y entradas, podemos retroalimentarnos mejor sobre cuánto nos leen, qué prefieren o qué buscan los lectores de *Isliada.com*? ¿Cómo hacer más consistente la finalidad promocional de la página web y diversificarla también mediante otras maneras de ofrecer los contenidos?

Por el momento, la “Colección 21CUC-Siglo XXI” y su método de la encuesta, ha servido como respuesta a esas interrogantes nuestras. Y para ustedes, lectores como tantos otros, esta ha sido una maravillosa, y también poco usual, oportunidad de participar en la confección del libro de sus cuentos favoritos.

Los relatos que aparecen a continuación, 7 por cada categoría, son entonces aquellos a los que ustedes otorgaron la mayor cantidad de votos. Disfrútenlos.

EDITORES DE ISLIADA.COM

NOTA DE LOS EDITORES

En la encuesta realizada en el sitio web de *Isliada.com* para escoger los cuentos que conformarían este libro, aparece el relato “Saxo” entre los más votados de la sección Narrativa. Sin embargo, el cuento no fue incluido en este volumen por voluntad expresa de su autor, Alberto Guerra. En su lugar, incluimos “Elementos comunes” de Yonnier Torres, que fue el octavo cuento más votado dentro de Narrativa, y así mantuvimos la cifra de siete relatos por cada sección.

NARRATIVA

15 000 latas de atún y no tenemos cómo abrirlas



Jorge Enrique Lage

Cuando terminé mi primera novela la llevé a la editorial Letras Cubanas (oigan cómo suena: *Letras Cubanas*) y allí me dijeron que no estaban recibiendo originales. Más exactamente: que no estaban publicando libros.

Visité otras editoriales: Unión, Abril, Zona Franca, Extramuros, Beri-Beri, Unicornio, Sed de Belleza, La Ratonera, y en todas recibí la misma negativa: ¿Libros? No, ya no tenemos nada que ver con eso.

Mi última esperanza era una casa editora alternativa cuyo nombre omitiré. Pero hasta allí habían llegado las ronchas de la epidemia. O las orientaciones del Ministerio. En la entrada, un puercoespín disfrazado de recepcionista me explicó que se había tomado una decisión ante el éxodo masivo de autores. Cada vez quedaban menos autores en el país.

Me pareció una ligereza afirmar algo semejante, pero no quise discutir.

Una cosa era cierta: los rumores de viajes sin retorno, aunque nunca se convertían en noticias oficiales, tenían la periodicidad y el tedio de los partes meteorológicos. Recientemente, vía Feria del Libro de Guadalajara, había llegado a Texas un poeta que usaba las dendritas y los axones como si fueran alambres de púas. Mientras tanto aterrizaba en Europa un crítico recién graduado cuyas ideas eran del tipo de ideas que hacen enloquecer: a él mismo y a los demás. (Pensar todo el tiempo en Lorenzo García

Vega: eso no puede ser bueno.)

Ya me iba cuando la vi entrar.

Demasiada realidad por una puerta.

Tenía todo lo que un día quisiste ver y nunca te atreviste a mirar. Un cuerpo hecho para nadie. El pelo exacto. Ojos que golpean. Le dije:

—De todas formas, aquí no se publicaba lo que yo quería leer.

Me miró, sorprendida o leyéndome como se lee un manifiesto, y miró el manuscrito bajo mi brazo. La sonrisa esperada. Una voz suave que dijo: Pobrecito.

Yo seguí: ¿Cuándo hubiéramos tocado esos libros de los que todos hablan y que hace cinco, diez, veinte años, pasaron por las manos del resto del mundo? ¿Dónde están los libros de tus contemporáneos, todo lo que se está escribiendo ahora mismo fuera de aquí? El verdadero sistema editorial nos queda lejos, y nos queda grande.

—Ese sistema editorial es un negocio —atacó ella.

—De acuerdo. Pero en ese negocio está el papel, y por ahora la literatura se va a seguir imprimiendo.

—El 90% de lo que se imprime hoy en el mundo, es mierda.

—Claro. También el 90% de lo que se imprimía aquí.

Agregué que el 90% de *cualquier cosa*, es mierda.

—Aunque quizás tú seas una excepción.

—Por supuesto que lo soy —dijo, y señaló mi manuscrito—. ¿Me dejas verlo?

Instantes después estábamos metidos en una oficina pequeña donde todo parecía desmontable o improvisado. Un ventilador chirriaba en el techo. Un montón de números de *Esquire* en el suelo. Vi en portada a Charlize Theron (Libido, Ergo Sum) de blúmer negro con encajes y blusa blanca y en la blusa, la famosa foto de Einstein sacándonos la lengua.

El tipo de imágenes en las que creo.

—Me llamo Laura. Trabajo aquí.

También había una computadora. Laura se sentó frente a ella y me invitó a sentarme donde yo quisiera.

—Soy editora. Y además escribo. Pero en Internet. Mira.

Era una *blogger* con categoría. De culto, podría decirse. Mantenía una web con récord de visitas y actualizaciones diarias, enlazada por los mejores entre los mejores y devenida punto de referencia.

O línea de referencias.

Su nombre: Carbono 14.

Piezas para armar una hipercopiadora, o algo así.

Miré la pantalla y miré mi novela y miré a Laura.

Por alguna razón, aquí nos besamos.

Sin mucho énfasis, es cierto.

Sin puntuación.

Le pregunté a qué se dedicaban ahora las editoriales, cuál era el trabajo de una editora además de asaltar la boca de los desconocidos.

Entonces ella dijo una sola palabra: Contrabando, y yo pensé un conjunto rápido de posibilidades:

contrabando de polillas,
de revistas pornográficas,
canciones de los 90,
caimanes disecados,
pentobarbital,
etcéteras.

—¿Contrabando de qué?

—Ven. Quiero presentarte a unos amigos. Dos hermanos que son como hermanos para mí. Les dicen los Mellizos.

Caminamos por un pasillo. Laura tocó una puerta y nadie le abrió.

—Seguro están ocupados —dijo, y metió una llave en la cerradura.

Había dos hombres allá adentro y sí estaban ocupados. Uno

yacía acostado sobre una mesa en el centro de la oficina, con los pantalones y los calzoncillos bajados hasta la rodilla. Sobre su entrepierna se movía, hacia arriba y hacia abajo, la cabeza del otro.

—Un segundito, Laura —gimió el de la mesa—. Ya estoy a punto de terminar.

Eran idénticos. Como dos gotas de agua que encima se pusieran iguales ropas. Un sencillo cerrar y abrir de ojos bastaba para ver con claridad los roles inversos: el que estaba acostado ahora estaría con el pene del otro en la garganta, y el que daba lengüetazos en el glande del otro ya habría introducido su erección en la boca que antes jadeaba bocarriba y así. Sucesivamente.

—Tenemos visita, muchachos —los apuró Laura.

Terminaron. El primero se acercó a mí, me tendió la mano y se presentó, luego de vomitar medio litro de semen al lado de una caja entreabierta.

—Yo soy A —dijo—. Por Arlt.

El otro se abrochaba el pantalón al lado de la mesa.

—Y yo soy B —dijo—. Por Borges.

—A y B. Para diferenciarlos —Laura señaló hacia mí—: El muchacho es escritor.

A era diseñador y B corrector. O al revés, no sé bien. Ya habían variado sus posiciones relativas cuando lo dijeron y yo tampoco presté mucha atención. Estaba mirando la caja, tratando de averiguar qué era lo que había dentro.

Estaba mirando las cajas, preguntándome por qué había tantas allí dentro: casi un centenar.

—¿Este cargamento es para hoy? —preguntó Laura y los Mellizos me miraron desconfiados y respondieron que sí.

—¿Cargamento de qué? —pregunté yo y los Mellizos no respondieron nada. Laura tampoco. Ella sólo dijo:

—Esta medianoche. Si de verdad te interesa saberlo.

Esa medianoche regresé a la editorial. A o B me esperaba

afuera con el cargamento. Curioso: lo primero que hice fue preguntar por Laura.

—Supongo que en su casa, durmiendo el sueño de las pin-ups —dijo A o B—. Espérame aquí. Que nadie vea esto.

Cualquiera que pasara por allí cerca lo iba a ver aunque cerrara los ojos. Eran muchas. Eran demasiadas.

Cuando me quedé solo, abrí una.

No puedo ni describir lo que encontré en su interior.

(Hay límites de sensación y límites de lógica.)

Al rato apareció una camioneta con los Mellizos adentro.

—Hay que apurarse —corearon—. Estamos atrasadísimos.

Entre los tres subimos las cajas.

Fue fácil. Las cajas no pesaban lo que yo temía.

En realidad, no pesaban nada. Fuera cual fuera el contenido era pura levedad.

Partimos. Los Mellizos iban vestidos de ninjas. Yo no sabía cuál era cuál, y como nunca lo voy a saber en lo adelante me referiré a ellos como A o B sin distinción alguna.

A conducía, yo iba a su lado y B atrás, haciéndose un espacio en el reducido espacio de carga.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Al punto de entrega, por supuesto. Esto es un trabajo serio.

En la radio empezaron a promocionar nuestra banda sonora.

Me decidí a preguntar otra obviedad: qué demonios era lo que yo había visto, qué palabra o palabras usar para entender aproximadamente lo que había dentro de las cajas.

Me dijeron: Piezas.

Piezas que sirven para armar.

¿Para armar qué?

Pregunta mal planteada.

Me dijeron: Sabemos que hay cosas que NO se pueden armar, pero...

Silencio. La camioneta avanzaba en silencio por callejuelas

sucias y desiertas y avenidas desiertas y sucias y de pronto escuchamos, a lo lejos, el ulular de una sirena.

—La policía —anuncié, y los Mellizos estuvieron inmediatamente de acuerdo en que se trataba de una sucísima celada. A pisó a fondo el acelerador y me dijo:

—Pásate para atrás.

—No hay espacio.

—Ya lo hay —dijo B, que estaba vaciando cajas y arrojando cajas vacías a la calle.

Las piezas flotando en el aire. Todo un espectáculo. Por supuesto que me pasé para atrás.

B agarró unas cuantas piezas y armó algún tipo de fusil o ametralladora grande.

—Cuando se acerquen las patrullas —advirtió, poniéndome en las manos aquel armatoste—. No tienes que apuntar mucho.

Mientras la camioneta cortaba las esquinas a mil por hora, levantándose con todos los baches de Centro Habana, me tomé la libertad de usar las piezas yo mismo.

Libertad a la que B no pareció darle mayor importancia.

—No te entretengas que ya deben estar al alcanzarnos —se frotó las manos—. Y creo que esta noche vienen con todo.

Las sirenas se escuchaban cada vez más cerca pero yo rápidamente dejé de escucharlas.

Primero intenté armar algo así como una calculadora y me salió una tableta de chocolate Nestlé. Cuando terminé de comérmela ya había logrado armar una espalda y un par de zapatos de tacón, tras varios intentos fallidos en que me salieron, sucesivamente, un párrafo de Thomas Pynchon, dos rocas marcianas Spirit y una rata de laboratorio que saltó disparada contra un poste en el primer salto de la camioneta.

Cuando las luces de la policía llegaron a nosotros, ya yo me sentía un experto.

—Deténganse, Ninjas —dijo un altavoz—. No tienen

escapatoria.

—Comemierdas —dijo A—. ¿Oyeron esa palabra? Escapatoria...

—Dispara, cojones —me dijo B, y yo comencé a disparar.

El gatillo de mi arma cediendo a presiones mínimas de mi dedo.

El más ligero temblor de mi dedo amplificándose en ráfagas blancas.

Las ráfagas blancas reventando patrullas a izquierda y derecha.

Claro que con el ajetreo de la persecución el 90% de los disparos salieron desviados.

Sin querer le di a puertas y ventanas, mendigos y latones de basura. Debo haber acabado con varias formas de vida inocente. Pero aquel fusil era una maravilla.

Los disparos de la policía repiqueteaban alrededor de nosotros como una lluvia metálica y constante.

Le tiraron a las gomas pero al parecer los Mellizos habían armado gomas blindadas.

B lanzaba, una tras otra, esas estrellitas que suelen lanzar los ninjas: una tras otra explotando al dar en el blanco y no se le acababan nunca: patrullas explotando y patrullas nuevas que aparecían detrás, como si tampoco se fueran a acabar nunca.

DETÉNGANSE

RÍNDANSE

ENTREGUEN LAS PIEZAS Y LES PERDONAREMOS LA VIDA

A subió el volumen de la radio. Alguna sinfonía vienesa para dormir.

Aparecieron helicópteros. Nos alumbraron desde arriba. Nos tiraron cohetes. A hizo todo tipo de curvilíneas con el timón y escapamos por un pelo.

Empezaron a caer del cielo unos tropas especiales. Mientras B se ocupaba de ellos a patadas y golpes de sable y todas esas

cosas que suelen hacer los ninjas, yo armé una ráfaga de viento que mandó al carajo con las hélices enredadas a los helicópteros y a los tropas especiales que saltaban de ellos.

Y armé barreras de humo para ocultarnos.

Y un visor de infrarrojos para seguir disparando a pesar del humo, a través de él.

Creo que también armé un motor fuera de borda que nos permitió saltar del Malecón y adelantarnos por mar a una velocidad que generaba olas de tres y cuatro metros.

Cuando regresamos a tierra parecía que ya no nos iban a alcanzar.

Las calles se sucedían desiertas, sucias, oscuras, silenciosas.

—Menos mal —resopló A, apagando la radio—. Ya casi llegamos.

B, todo cubierto de sangre, salpicones rojos sobre el traje negro, se movió para el asiento de adelante y abrazó el cuello de su hermano y

—¿Estás tenso, mi amor?

Le dio un hambriento beso en la boca.

La camioneta con el piloto automático.

Los Mellizos con las lenguas soldadas.

De pronto, un resplandor amarillo atravesó el parabrisas para iluminar la escenita. Los Mellizos no se percataron hasta que yo los separé. No me dio tiempo a decirles nada.

—Alto o disparamos. No les va a quedar una sola pieza para hacer el cuento.

A reaccionó con un oportuno frenazo. Las gomas chillaron. El altavoz también:

—Ninjas, díganle a su socio que suelte el juguete donde podamos verlo y salgan los tres con las manos en alto. Ahórrense cualquier otro movimiento.

Luego de cegarnos, la luz dio paso a la visión del problema. Cuatro cañones de cuatro tanques apuntaban hacia nosotros, dos

por el frente y uno a cada lado. Un quinto cañón se acercaba de manera concluyente por detrás. Llenaban los espacios unos cuantos *jeeps* y un ejército de policías con aspecto de *cyborgs*.

Tiré el fusil a la calle.

Qué poco dura la realidad.

Los Mellizos hablaron rápido y en voz baja:

—Arma algo —y cuando me di cuenta de que estaban hablando conmigo, para lo cual debo haber demorado unas dos horas, les pregunté si tenían alguna sugerencia.

—Tú eres el que lleva dos horas usando las piezas. Mira a ver si puedes resolver esto. Si no, estamos jodidos.

Abrí una caja. No se me ocurría nada. Cerré los ojos y respiré.

Rápidamente, mi cerebro ejecutó un movimiento de comprensión.

—Ninjas, si a la cuenta de tres los tres siguen dentro de la camioneta, sus pedazos van a ir a parar a Argentina.

Era posible armar algo (cualquier cosa) que nos sacara del callejón sin salida,

UNO

pero también era posible armar, directamente, la salida del callejón: extender las piezas hacia un movimiento de lenguaje.

DOS

De modo que fabriqué *la salida* y escapamos.

O no: el hecho de fabricar la salida supuso el escape, nosotros no nos dimos cuenta de nada. Puedo referir la sensación de haber escapado, pero no puedo resolver el evidente sinsentido que arroja sobre el asunto.

(Hay límites de sentido porque el sentido deja de ser narrativo.)

En fin. El caso es que estábamos de nuevo en marcha.

On the road movie bajo la luna urbana.

Música Miramar. Putas y mansiones.

Los Mellizos dijeron: Menos mal que viniste con nosotros.

Y siguieron: Al principio pensamos que ella se había vuelto

loca. Amnésica. Anorgásmica. Mira que invitar a un escritor al contrabando...

Y terminaron: Pues parece que sabe adivinar el talento. Seguro le gustas.

—¿Les dijo algo de mí? —pregunté.

—¿Estás enamorado? —preguntaron.

Pregunta respuesta reflejo: ¿De quién?

—De quién va a ser, cojones, de Laura.

—Por Dios —dije—, la acabo de conocer.

—¿Te dijo que somos como hermanos para ella?

Asentí.

—¿Y te dijo por qué?

En este punto llegamos al punto de entrega.

Tenía que ser la embajada de Argentina.

Lo demás es rápido y sencillo. Después de parquear y componerse el atuendo, los Mellizos se dirigieron a una figura embozada que emergió de la copa de un árbol. Yo debía esperar oculto. De lejos, vi a unos funcionarios de la embajada descargando la camioneta. Los Mellizos regresaron con un maletín y dinero en efectivo. La plata para el regreso, explicaron.

En Quinta Avenida paramos un taxi.

El taxista elogió los disfraces, habló con entusiasmo de *ninjitsu* y de animación japonesa, me preguntó por qué yo no había ido a la fiesta de samurai o de mutante o de algo por el estilo.

Yo trataba de mirar el maletín con rayos X, y puede que en algún momento lo haya logrado. Conté unos mil fajos de billetes de a mil.

Amanecía cuando llegamos a la editorial.

El maletín entró con los Mellizos a la oficina. Yo me metí en el baño y me lavé las manos y la cara de incrustaciones y manchas que no supe identificar, y vomité, creo, una mezcla compleja.

Sorprendí a los Mellizos a la mitad, ya totalmente desnudos.

Como dos perros clones. El pene A entrando y saliendo

rítmicamente de entre las nalgas B. A jadeando y B gimiendo y al revés también, claro, el pene B entrando y saliendo percutoramente, etcétera.

—Disculpen —dije—, ¿ustedes hacen eso todo el tiempo?

Entonces me di cuenta de que la oficina seguía repleta de cajas, las cuatro paredes hasta el techo, no sé si eran las mismas que montamos en la camioneta porque no había forma de diferenciar unas de otras, quizás eran otras, quizás las del próximo contrabando, el contrabando de piezas que no se acabarían nunca.

Esquivé la cópula y fui hasta la mesa. El maletín me llamaba.

Lo abrí sin dificultad. Había dos cheques del Banco Metropolitano.

Derechos de autor, decían. Millones. Millones. Estuve mirando esos dos pedazos de papel hasta que escuché la voz de B a mis espaldas, diciéndome que no tuviera pena, que me quedara con uno.

—Para que lo guardes —aclaró A—. Ni se te ocurra ir a cobrarlo.

—Si te apareces con eso en un banco —explicó B—, inmediatamente se ponen a investigar de dónde salió y ahí mismo nos la cortan.

—¿Quieren decir que no se pueden...? —empecé a preguntar, poniendo mi sonrisa de cansancio, y entonces los Mellizos me enseñaron todos los cheques que tenían acumulados.

No los pude contar.

Era demasiado para un día.

—Pero un día podremos cobrarlos —dijo A, solemne.

—Seremos ricos, escritor —dijo B—. Hay mucha plata guardada en estos papelitos.

Yo recordé el animado de los dos tiburones hambrientos que entran a la bodega de un barco hundido imaginando el atracón que se van a dar. La bodega está repleta. Al final, uno de los

tiburones dice: Quince mil latas de atún y no tenemos cómo abrirlas.

—Gracias, pero quédense ustedes con los cheques —les dije—. Yo prefiero quedarme con otra cosa.

Nos despedimos en la calle. Ellos desnudos y yo con una caja de piezas. Quisieron saber si podían contar conmigo para la próxima aventura. Me dio risa.

—Ya no hay aventuras —rectifiqué—. Sólo parodias.

Idénticos rostros serios. No la cogieron.

—Ricardo Piglia —informé—. Un escritor argentino.

Al llegar a mi casa, me repetí: *Donde antes había acontecimientos, experiencias, pasiones, hoy quedan sólo parodias.*

Increíble. Esas palabras habían sido escritas casi treinta años atrás.

Después de desayunar, me senté a escribir pensando en el futuro.

No duré treinta minutos frente a la computadora.

(Las piezas eran una tentación de lujo y una tentación de fuerza.)

Armé una conexión a Internet y me leí el *blog* de Laura completo.

No era un diario. No era íntimo. Pero la última actualización hablaba de mí.

Hurgué en los catálogos de Alfaguara, Anagrama, Axxxesinas, Siruela, Mondadori, Monte Ávila, Letras Japonesas, Ediciones JE... Todos esos libros pasándome por delante (algunos de los cuales, sin saberlo, yo necesitaba leer con urgencia). Pero yo sólo tenía la pantalla del monitor.

Y no tenía dónde encontrarlos.

Y no tenía cómo leerlos.

Volví a las piezas.

Y créanme: lo intenté hasta que me sangraron las manos.

Pude armar ambientes locos, post-absurdos, *underground*,

largas tiras de pensamiento, reflexiones, teorías, imágenes, trazos de personajes, sensaciones, incluso el recuerdo de haber leído, las huellas de un contacto físico con la escritura, y armé los libros,

y los libros me salían con las páginas en blanco, o con las páginas llenas de lenguaje al azar, no encontré la manera de reunir una cosa y otra en una misma organización de piezas.

Por más que armara-desarmara, comprendí, toda esa literatura publicada en otro lugar seguiría siendo literatura-pantalla, literatura-lejos.

Al final lo que hice fue armar a Laura.

Laura tendida sobre el sofá.

Y la armé desnuda.

Y la armé excitada.

Necesitaba relajarme.

Necesitaba una editora.

Un rato después, tocaron a la puerta.

Me vestí. Laura estaba dormida.

Fui a abrir. Era Laura.

El manuscrito de mi novela debajo del brazo.

El título de mi novela circulado en rojo: CARBONO 14.

Es buena, fue lo primero que dijo, es *muy* buena, y entonces se dio cuenta de que era ella la que dormía en el sofá, y sonrió:

—¿Qué me hiciste?

—Contarte historias —dije, con un gesto vago que intentaba decir Adelante, pasa y siéntate. Pero también: No des un paso más.

Por si acaso.

Quizás debamos pensar otro modo. Pensarlo de otro modo.

—Vine a devolverte tu manuscrito —me dio el manuscrito—. Y me voy, que ahora estás ocupado conmigo —me dio un número de teléfono—. Llámame, ¿sí? Quizás te invite a alguna parte.

—¿Cómo sé que la policía no nos va a estar esperando para

caernos atrás?

Se rió. Más que bellísima. Era la imagen misma de la posibilidad, el principio, la ruptura. Puso las manos alrededor de su boca a la manera de un altavoz, dijo:

TRES

y luego señaló para ella misma, que acababa de despertar en ese momento, que se estiraba desnudamente en el sofá, y dijo:

—Primero vas a tener que regalarme algo de ropa. Cualquier disfraz estaría bien.

La vi alejarse. Después cerré la puerta y me volví para mirarla. Un sueño.

—Tuve un sueño en que te mataban a ti y a los otros dos —sonreía—. ¿Me dices dónde está el baño, escritor?

Patas al aire



Rafael de Águila

*“Tot quant es gela.
Mas ieu non posse frezir”.*
Arnaut Daniel de Ribeirac

Cuando llegué Roger hablaba con alguien, un tipo alto y pelirrojo. Me fui a la terraza, el piso estaba lleno de hojas secas, y flores, unas flores rojas y pequeñas con manchas blancas. Siempre me gustó sentarme allí, uno se sentaba y la paz bajaba quién sabe de dónde, pero bajaba, uno la sentía llegar, dar vueltas y vueltas hasta echarse ahí, a los pies, como lo haría un perro. Roger me abrazó, nos quedamos así un rato, él sin mover un dedo, yo le acariciaba los cabellos, ralos encima de la nuca, siempre me había gustado hacerlo. La paz nos miraba hacer y se estaba muy quieta. Gracias. ¿Por qué? Por venir. Roger era muy tonto, apenas ayer me había llamado: me voy el martes. ¿Adónde? Me voy a Gaewtzee. Me reí: ¿y eso... dónde es? En Holanda, quiero verte. Por eso estaba yo ahora acá, y lo abrazaba y dejaba que la palma de mi mano regresara una vez y otra a pincharse con los ralos cabellos encima de su nuca. Al fin nos separamos, nos acodamos a la baranda de la terraza, debajo había todavía más hojas y basura, mucha basura. La paz quedó detrás, mirándonos. ¿Cuánto tiempo vas a estar en Holanda? Tres meses..., en principio. En principio los amigos se iban, en principio era tan sólo por unos meses, después, en principio, no regresaban, en principio una se iba quedando sola, todo eso en principio. Por eso volví a abrazarlo, a llevar la palma de la mano sobre los cabellos ralos, allí, encima de la nuca. Él estuvo oliendo mi cabello hasta adver-

tir una fragancia nueva. Cambié de champú. Maravillosos los cambios, dijo, y aquello, evidentemente, era una ironía. La paz hizo una mueca. Siete meses antes yo había dejado a Roger. Lo había dejado *por otro hombre*. Un hombre mayor. Un tipo que parecía muy interesante. Parecía. Aquello duró poco pero después ya no tuve deseos de regresar a Roger, en realidad no tuve deseos de regresar a hacer algo. Y ahora Roger se iba a un sitio raro. Glaesky, o como se llamara. Y la paz hacía una mueca. ¿Qué es ese lugar donde vas? Un pueblo, pequeño, en la frontera con Bélgica. Sonrió: hay molinos de viento, vacas y mucho queso. Seguro también hay lienzos de Van Gogh, dije yo. También. Y cerveza. Claro, hectolitros de cerveza, de la negra. Yo entorné los ojos como alucinando y Roger me llamó borracha. La paz también lo era porque se relamió los labios. Roger era abstemio, casi totalmente abstemio, alguna que otra vez accedía a tomar del vaso de alguien, eso ante la insistencia, después sonreía y mencionaba la úlcera. Una úlcera inexistente. ¿A quién conoces allí? A Matty, dijo. Yo no sabía quién demonios podría ser Matty pero tenía nombre de vaca, una vaca lechera, se le ordeñaba y daba muy buena leche, excelente queso, una vaca que pastaba muy cerca de un molino de viento, un molino del que colgaba un lienzo. Uno de Van Gogh. ¿Quién es Matty? La paz enarcó las cejas. La conocí chateando. *La*, advertí, no me faltaba razón, Matty era femenino, y *era una vaca*. Chateamos unos dos meses, después ella vino acá, ahora voy yo. La paz enarcó todavía más las cejas. La vaca se había alejado del pasto, en principio, todo eso para venir acá, un sitio donde no había molinos, ni viento, ni pasto. Un sitio donde ella sería la única res. Todo eso en principio. No quise seguir preguntando, era obvio que Roger y la vaca tenían *una relación*. Roger con una vaca, holandesa, leche de calidad superior. *Top quality*. Y queso. A mí me gustaba a morirme el queso. *Gruyère*, *Gouda*, azul, el que fuera. ¿Vive en ese sitio de nombre

raro? En Gaewtzee, sí, vive allí, tiene un *coffee shop* con Internet. La vaca pastaba en un *coffee shop* y consultaba *twitter*, colocaba su foto en *facebook*, administraba un *blog* en el que explicaba cómo ingerir toneladas de hierba y evitar deposiciones verdes. Una vaca cibernética. Yo no sabía qué mierda de idioma se hablaría en Holanda, imaginé a Roger tratando de tirar de la vaca, tiraba de Matty con una sogá, una muy gruesa, de cáñamo, una buena sogá de cáñamo, no una de esas, sintéticas, la vaca tenía una campana colgante del cuello, *ding dong*, se ponía terca y se negaba a avanzar. *Ding dong*, era una vaca muy tozuda. Ven, dijo Roger. La paz nos miró, desilusionada al saber que perdería el resto de la historia. Nos fuimos al cuarto, allá todo estaba igual, todo salvo la foto de una rubia, la foto estaba encima de la mesa de noche, una rubia muy rosada y algo adiposa, una rubia de pechos enormes. También había una bandera, una tela a tres bandas, roja, blanca y azul, la tela colgaba de un extremo del cuarto, encima habían unas letras, me esforcé en leer *Koninkrijk der Nederlanden*, vaya Dios a saber lo que podría significar aquello. Del cuello de la rubia en la foto no colgaba campana alguna. Tampoco una sogá. Ni de cáñamo ni sintética. La rubia sería la vaca. Matty. Y la bandera, holandesa. Quiero dejarte todos mis libros, o los que quieras llevarte. Bueno, dije, me los llevo todos. El viento movía la bandera y yo lamenté haber dejado a Roger por aquel tipo, el tipo era un estúpido, el muy anormal era casi impotente y siempre estaba dispuesto a hablar de cualquier mierda, eso durante horas. También puedes llevarte mis CD. Simulé alegría, Roger tenía muy buena música, y montones de *films* de culto, la colección completa de Von Tiers y Tarantino, casi todo Kaurismäki, un tesoro pero yo habría preferido que Roger no se fuera a sitio alguno, llegar alguna noche acá para volver a ver juntos *Breaking the waves* o *Anticrist*, la jarra de té con hielo encima de la mesita, la terraza abierta, la paz acurrucada en algún

sitio, todo eso aunque al final le diera un beso en la frente y me fuera a dormir a casa. Si quieres también puedes llevarte el equipo de música, la PC necesito que la vendas, pueden darte seiscientos, tal vez más, el *display* no es aquél que se nos ponía negro, es nuevo, lo trajo Matty, y el disco duro es de 500 Gb. La vaca Matty no sólo pastaba, también era un animal de carga, cruzaba el Atlántico cargada de vituallas y mugía, todo el Atlántico lo cruzaba a puros mugidos. Tengo un amigo que puede ayudarme a venderla, a buen precio. Si quieres te quedas con el *modem*. No, tengo uno, bueno. Éste lo trajo Matty, míralo, tal vez sea mejor que el tuyo. Yo no tenía deseo alguno de quedarme con algo que hubiera traído una vaca, por eso insistí en que el mío era mejor. No sé, dijo él, dime de alguna otra cosa con la que quieras quedarte. Estuve a punto de decir que sólo deseaba quedarme *con él* pero no tenía derecho. No tenía el menor derecho. Eso la paz lo sabía, yo lo sabía, él lo sabía. Puede que el viejo impotente y la vaca también lo supieran. Era algo que en principio sabíamos todos. ¿No vas a volver? Roger demoró bastante en responder: no... no creo, dijo. Fue un error haber dejado a Roger, todo eso por un viejo, un viejo impotente, una va por la vida cometiendo errores y después la gente se va a Gaewtzee o a cualquier sitio. En principio. Se van y una no puede enmendar los errores. ¿Tienes donde vivir allá? Al viejo no se le paraba y tenía aquello bastante chico. Viviré con Matty, ella vive sola, encima del *coffee shop*. Yo había dejado a Roger por un imbécil, tuve deseos de quitarme un zapato y darme con él. Duro. En la cabeza. Una. Dos. Muchas veces. La vaca y el viejo impotente habrían hecho buena pareja, el queso y los molinos de viento alcanzarían a solucionar los problemas de erección del viejo. Hasta podrían ahorcarse juntos, con la soga de cáñamo. O con una sintética, eso no importaba. ¿Y trabajo?, ¿tienes trabajo? Presumé que aludiría a alguna faena en el *coffee shop*, Roger era experto en computadoras, no tendría la

vaca que enviarlas a algún taller o comprar nuevas, Roger crearía un taller a un lado del molino de viento, cambiaría *motherboards* mientras contemplaba pastar a las amigas de Matty, todo el rebaño ahí, Roger miraría a través de la ventana y las vacas harían lo suyo. *Crunch, crunch*, vacas pastando. Y muuuuuu, mugiendo. Las vacas siempre mugen. Eso es lo suyo. Voy a trabajar en el *coffee shop*, dijo. Quise saber en qué idioma se entendía con la vaca. Hablamos inglés, Matty estudió hotelería en Londres. Vaca *Picadilly Circus*, vaca *Trafalgar Square*, vaca *Buckingham Palace*, vaca que engullía verde pasto y se solazaba con el herbaje, una hierba muy verde, inglesa, pasto del alegre bosque de *Sherwood*. Todo verde *Lincoln*. El inglés de Roger no era bueno y quizá no haya logrado entenderse a derechas con la vaca, ella: te vas a mi *coffee shop* de esclavo, *fucking boy*, él: no importa abunden en Holanda los esclavos, *honey*; ella: a la noche dormirás en el cepo, *fucking boy*, él: dormir junto a tu pecho será romántico, *sweetheart*, Roger llegaba a Holanda y terminaba grilletas a los pies, camina sudaca de mierda, *fucking boy*, gritaba la vaca, y Roger: no soy sudaca, anormal, soy del Caribe, y la vaca Matty se deshacía gritando que todos éramos sudacas, todos la misma mierda, sudaca, *you are* sudaca, *all of you are* sudacas, *fucking boy*, aullaba, y el viejo impotente tomaba viágrafos junto al molino y las vacas todas se regodeaban felices, y el pasto era de lujo, buen pasto verde *Lincoln*, toda Europa luce buen pasto verde *Lincoln*, todo eso hasta que Roger lograba enviarme un *mail* ayúdame, coño, y del cielo caía un grupo especial dispuesto a rescatarlo. Me gustaría quedarme con la butaca, dije. Es tuya, concedió él. Era una butaca de tela rosada con listas verdes, de tono playero, muy cómoda, yo solía sentarme ahí horas, a veces me dormía y Roger me cargaba para llevarme a la cama. Me senté, seguía siendo muy cómoda, rogué para que Roger no dijera que la vaca se había sentado allí. ¿Qué otra cosa quieres llevarte? Negué con la cabeza

y cerré los ojos. Quería llevarlo a él, en mi mochila, tenerlo allí, a salvo, lejos de la vaca Matty, lejos del *coffee shop*, de todos los *coffee shops* del mundo. Pero no tenía ese derecho. No lo tenía. ¿Qué te pasa? Cité mi clásica migraña. Roger se sentó al borde de la cama: acá no resistía más, dijo, tengo que irme. Yo estaba segura de no resistir más en sitio alguno, ni acá, ni encima de un molino de viento allá en Holanda. O donde fuera. Todo podría verse de un exuberante verde *Lincoln* pero en realidad era un espejismo. Todo era la misma hediondez. Con molinos o sin ellos. Todo negro. Gris mortuario. En cualquier sitio abundaban las vacas Mattys y los tipos Roger, tipos que se marchaban para compartir la vida con reses. Reses seductoras. Y viejos impotentes. Si un tipo estaba obligado a tomar viagras para tener sexo prefería cortarme las venas. O cortárselas al tipo. Un buen corte en las venas. En las venas del glande. Eso en principio. Y que se desangrara el muy energúmeno. O tal vez una buena sogá. De cáñamo. Nunca de las sintéticas. Suelen partirse. Roger se sentó en el suelo, frente a la butaca bicolor: no quiero que estés triste, dijo, voy a escribir, mandaré fotos. Roger a lomo de la vaca; Roger a un lado del molino; Roger junto a un lienzo de Van Gogh; Roger sentado en el *coffee shop*, a los labios una sonrisa que era un SOS. Divina sonrisa Morse de Roger. También yo voy a mandarte fotos, prometí, chica encima de butaca (masturbándose); chica encima de butaca (amago de sonrisa); chica encima de butaca (llorando). Acaricié el lado izquierdo de la cara de Roger, con el envés de los dedos, así me gustaba antes hacerlo, estaba muy bien afeitado, quise pensar que se había afeitado así para mí, siempre me gustó aquel rasurado perfecto. Ven, dijo. Nos sentamos ahí, en el piso, nos abrazamos muy fuerte, la cabeza de Roger entre mi greña, entre mi greña y mi cuello, yo triste, muy triste entre Roger y una vaca. Nos apretamos muy duro. Si yo no te hubiera dejado por ese viejo de mierda... no te irías ahora, dije. Él que no era mi

culpa, las culpas son un tema recurrente para los cubanos, encontrar culpas y culpables, así había sucedido siempre, todo eso explicó él. Tal vez fuera aquella una tesis vacuna, la vaca la habría expuesto en su *chat*, en Holanda no urgía andar buscando culpables, en Holanda todo cuanto sucedía era maravilloso, verde *Lincoln*, el mejor de los mundos posibles, el mejor queso, la mejor leche, las mejores vacas, la felicidad, Dios lo sabe, no tiene culpables, o tal vez acaecieran multitud de hechos terribles, el queso con un regusto a hiel; en los molinos una pestilencia de muerte; las vacas todas con brucelosis, pero los holandeses las miraban pastar, y los culpables miraban las aspas hendiendo el aire, idílicas las aspas, monísimas, y el queso no tenía ya ese sabor ni los molinos olían tan mal, y las vacas sanas que era un primor, y los holandeses muy primorosos ellos y cero culpas, de culpables ni el olor. Todos absueltos. Inocentes que era un primor. Es cierto, dije, no hay culpables. O todos lo somos, pensé. Todos. De haber estado juntos pudo haber ocurrido cualquier otra barbaridad, dijo, es la vida. Claro, volví a decir: la vida. No es precisamente un primor la vida. Pero de haber estado juntos no habría optado él por irse, irse con una vaca, una vaca holandesa, unos cuartos traseros poderosos, el mejor solomillo. Aunque quizá sí. Y es que eso era la vida. Una porquería la vida. De este lado. Del otro. Siempre se opta por el mejor solomillo. El mejor solomillo borra las culpas. El mejor solomillo favorece hacer elección. De este lado había sólo una mísera chica, una chica sin leche ni cuartos traseros. Una chica que nunca había comido solomillo. Una chica llena de culpas. Una chica no elegida. Roger me besó, casi no moví la lengua, respiré profundo para dejar entrar su olor, bien adentro, y no cerré los ojos, lo miré desde muy cerca, él movía la lengua dentro de mi boca y yo respiraba, el olor de Roger entraba y entraba y la vaca Matty se me hacía un nudo sobre el ombligo. Y más arriba. También abajo, sobre todo más abajo. La vida era experta en

hacer nudos. Gordianos. Y no cabalgan ya Alejandros capaces de cortarlos. Una los busca y los busca y no existen. Ni en Macedonia. Roger quiso besarme los pechos, o verlos por última vez, postrera visión de mis pechos, podía llamarse aquello, pechos estos blancos, mucho más pequeños que las ubres de una vaca, Roger los miró un rato, después quiso saber si deseaba jugo. ¿Jugo? Sí, de tamarindo, anunció él, no creo que lo haya en Gaetwzee. Quedé sobre el suelo, pechos descubiertos, la bandera blanca, roja y azul a tres listas moviéndose, el viento entraba por la ventana y la movía y yo pensé en Bonifacio Byrne, aquello de “no deben flotar dos banderas donde basta con una, la mía”, esos versos, uno los aprende desde la escuela, quise saber si Roger se llevaría a Holanda una bandera cubana, una bien grande, una que ondeara cuando el aire gélido del norte moviera las aspas del molino de viento y el pasto cabeceara, un pasto que engullirían las vacas. Muuuuuuuu. Todo verde *Lincoln*. La bandera cubana y el pasto verde *Lincoln*. Me cerré la blusa y Roger regresó con el jugo. Estaba muy ácido, montones de gramos de vitamina C, una vitamina maravillosa que no obstante no movía un jodido dedo para que Roger no se fuera a rumiar con una res. Roger cerró la ventana y reincidió en zafarme la blusa, en mirar mis pechos. Lo dejé hacer. Me eché al suelo, la cabeza sobre sus piernas, Roger se quejó del calor, se levantó para activar un artilugio en la pared, un aire acondicionado, Hitachi. Nunca hubo aire acondicionado allí, sólo ventilador, uno viejo, un *General Electric* muy sucio, hacía ruido y Roger se mataba poniéndole lubricante, *troc, troc*, así sonaba, ahora era un Hitachi, un equipo pequeño, blanco, casi no hacía ruido. Seguramente lo había traído Matty. La vaca. Toda una caravana de acémilas cruzando el Atlántico. Una caravana mugiente. Voy a dejárselo a la vieja, dijo, y daba vueltas y vueltas con el dedo índice a mi ombligo. Vueltas en el sentido de las manecillas del reloj. Yo quería que mi vida girara en sentido

inverso. Vueltas y vueltas a la vida hasta llegar al preciso instante en que tomaba yo la decisión de no dejar a Roger. No dejarme seducir por las artes de un viejo. No dejar que la vida fuera la mierda que es. Que no enfríe mucho, por favor, sabes que me llega la alergia. Roger volvió a pararse para correr el mecanismo a *low*. Una lastima no alcanzar a hacer lo mismo con la vida, correrla a *low*. Después me contó que en el *coffee shop* era legal fumar marihuana, en Holanda era legal aquello, de toda Europa llegaban tipos a Gaewtzee, cruzaban la frontera para visitar el *coffee shop* de Matty, la vaca los recibía a puros mugidos, los *ding dong* de la campana, el pueblito muy cerca de la frontera belga y todos llegaban a fumar hierba, buena hierba marroquí y fuerte moka negro de Etiopía, al rato todos estaban muy felices con los mugidos de Matty, y la vida estaba en *high*. Claro, era Holanda. En Holanda la vida siempre está en *high*. Y no hay culpables. Tú no vayas a tocar la jodida hierba, dije. Roger se rió: sabes que yo ni cerveza, de ser tú en Gaewtzee... habría que tomar precauciones. Nos reímos, Roger tenía razón, el vicio asomaba vestidito de *frac* y se anunciaba: buenas noches, y yo sin reparos abría todas las puertas, albricias, Alvar Fáñez, como profiriera un día el Cid, el vicio y yo nos dábamos los mil abrazos, emocionadísimos. Me imaginé sentada en el *coffee shop* allá en Gaewtzee, navegando en *Google*, el humo de *cannabis* llenando deliciosamente el local, un tazón de moka etíope aderezado con chocolate suizo, Nestlé, mixtura ésa de las más raras, los holandeses me miraban con los ojos muy grandes y los belgas cruzaban la frontera para conocerme y la vaca mugía de rabia, de tanta sorda envidia, alguien acudía a ordeñarla y se llevaba una garrafa humeante de leche ácida, y los belgas reían, y los holandeses reían, y cada vez el humo de *cannabis* era más denso, un humo que se religaba con música holandesa, una música rarísima, unos acordes como para provocar migraña, en un extremo había un *jukebox*, una de aque-

llas cajas ridículas de los años 50, llena de luces de colores, luces que hacían guiños, yo me levantaba y ahora era *Love in an elevator*, de Aerosmith, verdad ésa mayor que un templo, y después *Stairway to heaven*, de Led Zeppelin, escalera como no hubo ni habrá jamás otra, y más tarde *Angie*, de los Rolling, un Jagger todavía más grande que todas las escaleras y todos los templos, y los holandeses aplaudían, y los belgas aplaudían, todos aplaudían como locos, y la vaca Matty, de pésimo gusto, miraba con sus muy vacuos ojos y volvía a mugir. Si te hiciera falta algo me lo dices, ya veré yo como mandártelo. Lo abracé, tuve deseos de pedirle que no se fuera, pero sólo lo abracé, dije (él, desde luego, lo sabía) que mis necesidades eran muy reducidas, pocas veces necesitaba yo algo, ahora, por ejemplo, necesitaba no seguir acá, en el suelo, mis posaderas, en Holanda puede que el suelo fuera menos duro, muy holandés él, mullido, acá el suelo era duro, acá era mejor la cama, acá siempre la cama había resultado la mejor de las opciones, el mejor sitio, tal vez no fuera así en Holanda, acá siempre lo había sido, el mejor de los mundos posibles, mi reino por una cama, dadme una cama y moveré el mundo, dejad que las camas vengan a mí, camas de todos los países, uníos, cama que estás en los cielos, bienaventurada seas. La cama *is an elevator*. ¿Quieres que lo hagamos?,... por última vez. ¿Hacer qué?, quise saber. Desde luego, yo sabía muy bien de qué se trataba. Él sonrió: pues, eso... No entiendo. Roger me tomó de la mano: ven. No sé cuánto podría gustarle a Roger la vaca Matty, a mí me gustaba mucho Roger, quedamos en la cama, sentados, desnudos, las piernas recogidas a lo hindú, mirándonos. Mientras más se acercan los días más... difícil es, confesó él. Yo quise saber qué era difícil. Que cada día sea un día menos, dijo, como un canceroso, el médico dice al tipo que le quedan tres meses, el tipo los va contando, uno, dos... Yo me reí: es Gaewtzee, tonto, no es cáncer. Nos abrazamos. Y Matty, volví a decir. En realidad estuve

muy cerca de decir y *la vaca*. Matty es buena, dijo él. Pasta bien, pensé yo, una rumiante de lujo, tiene el estómago dividido en las conocidas cuatro partes; panza, bonete, libro y cuajar, así estaba dividido el estómago de un rumiante. Y me quiere, volvió a decir él. También yo te quiero, anormal, me dije, muy bajito, también yo, pero cometí la torpeza de dejarte, por un tipo, un viejo impotente que adoptaba poses, un viejo que me había parecido interesante. Por supuesto, el viejo no era culpable. Nadie era culpable. Los cubanos debemos dejar de creer que existen culpables. Los cubanos debemos declararnos libres de culpas. Exculparnos. Los monos se espulgan todo el tiempo. Nosotros debemos exculparnos. Sobre las camas. Sobre las camas no hay culpables. Sobre las camas todos inocentes. *Not guilty*. El sexo de Roger estaba laxo, un sexo que había tenido yo muy dentro para después adentrarse en las entrañas de una vaca. Zoofilia, se llamaba aquello. Creo que no voy a poder hacerlo, discúlpame. Expliqué que no tenía importancia, era lindo estar así, los dos, por última vez. ¿Tú no quieres irte?, quiso saber. No, no quiero. ¿Por qué? Porque en cualquier sitio es la misma mierda. Roger no dijo nada, se quedó así, laxo, arrebujaado en mi regazo, los ojos tan cerrados que parecía un muerto. Quizá pueda venir cada dos o tres años. Acaricié con la palma de la mano aquellos cabellos ralos encima de la nuca. Tal vez para ese entonces alcanzara yo a estar con alguien, y Roger nos invitaba a cenar, y mira X te presento a Roger, y mira, Roger, éste es X, tanto gusto, el gusto es mío, langosta *thermidor* y mucha cerveza, y nos divertíamos a morirnos, y él se deshacía en infinitas historias sobre la mierda que era Holanda, y al final me decía: me encanta X, de verdad, estoy contento de que hallaras a alguien como él. Se lo dije. Ojalá sea así, mereces un tipo bueno, dijo él. Tú no mereces una vaca, pensé. La foto de Matty estaba en el mismo sitio, Matty que lo miraba todo con aquellos ojos de res, vacuos ojos de vacuno, Roger se fue al baño

y aproveché para sacarle la lengua, mentarle la madre, nunca le había sacado la lengua a un retrato. Roger se demoraba y me vestí, estar sola sobre aquella cama era muy triste, mirar alrededor, allá mi butaca, aquella bandera rara colgando allí, y el viento, soplando afuera, uuuuuuuuu, el viento que no alcanzaba ya a mover la bandera, y la vaca que miraba desde su sitio encima de la mesa de noche. *Koninkrijk der Nederlanden*, volví a leer. Roger regresó, también se había vestido. Trata de lograr el mejor precio para la PC, dijo, me preocupa mucho mi madre, no sé cuándo pueda yo mandarle algún dinero. Roger tenía los ojos brillantes, y no quise pensar en lo qué había estado haciendo tanto tiempo en el baño. En la casa sólo había un baño, podríamos llorar y lavarnos la cara, todo eso por turnos. Me voy, dije. Roger me miró sin atreverse a decir algo, al rato aclaró que el viaje sería el martes, a las dos de la tarde, Iberia, a Madrid, de ahí a Amsterdam, en *Air France*. No tenía la intención de ir al aeropuerto y lo dije. No quiero que vayas, dijo él. Fuimos hasta la puerta, la paz estaba todavía echada allí, en la terraza, al principio la creí dormida pero después abrió los ojos y se puso a mirarnos. ¿Cuando vengo a buscarlo todo?, quise saber. Te dejo la llave, cuando logres vender la PC y llevarte lo que desees le llevas la llave a la vieja. Estuve segura de que sería muy difícil regresar a aquel lugar, Roger estaría con una vaca allá en Gaewtzee y yo acá, sentada en mi butaca. Sola. Muy injusto eso. Una mierda. Pero el mundo lo era. Casi todo el mundo. Y la vida. La vida a la que no le bastaba estar en *low*, la muy puta se regodeaba en *off*. La paz me miró y estuvo de acuerdo. La vida colgaba del cuello, y pataleaba, y la sogá era de cáñamo. No nos veremos más, dijo él. Por Dios, no seas dramático, suena como si fueras a morirte, te vas a Holanda, allá te espera una muchacha, comerás queso, regresarás en dos o tres años, y estarás muy gordo y muy blanco y serás adicto a la marihuana. Nos reímos. A la paz aquello no le

hizo gracia y quedó muy seria. En la puerta volvimos a abrazarnos, yo acaricié otra vez los cabellos ralos encima de su nuca y maldije al viejo impotente, el muy imbécil se ponía siempre gel en el cabello y tenía blancos los vellos del pubis, hasta entonces había ignorado yo que un pubis alcanzara a ponerse blanco. Cuídate, pidió él. Cuídate tú, acá no hay vacas y la marihuana es ilegal. La paz se puso de pie, no logré saber cuantas patas. Otra vez nos reímos. Cuídate de las vacas, de los molinos de viento, de los lienzos de Van Gogh, de los belgas y de los holandeses, cuídate mucho, todo eso lo pensé y una vez más quise sacarle la lengua a la foto de Matty, mentarle la madre, en realidad deseaba cagarme estrepitosamente en su madre. Vamos a separarnos como si fuéramos a vernos mañana, propuse. La paz gritó que aquello era una farsa. ¿Y cómo se hace eso? No puede hacerse, gritó la paz. Pues... me das un beso, suave, acá, sin aspavientos, y yo uno suave, aquí, sin aspavientos, y entonces yo digo chao, y tú chao, y abres la puerta y yo salgo y te miro y te hago así con la mano y ya está. La paz que yo era una imbécil. Él sonrió, una tristeza que dejaría sin leche a las vacas allá en Gaewtze, sin una gota de leche en las cabronas ubres. ¿Y entonces te vas? Entonces. Ahí está mi beso, dijo. Y el mío. Habían sido dos los besos, dos muy suaves, dos sin aspavientos y la paz aullaba, casi no se entendía cuanto decía. Chao, dije yo. Él quedó mirándome con aquella tristeza aniquiladora de ubres. Ahora tú abres la puerta, advertí. No, no la abras, no, gritaba la paz. Lo hizo y yo salí. Tocaba mirarlo, y no supe qué otra cosa hacer, quedé allí, en aquel pasillo de mierda, mirándolo, sabiendo que Holanda estaba más lejos que Dios, que una vaca llamada Matty se llevaba así de lejos a mi hombre. Ahora tú mueves la mano, anunció él. Sonreí: ¿cómo la muevo? Así. Roger decía adiós con la mano. No, anormal, no, no hagas eso, chillaba la paz. No supe cómo pero también yo dije adiós. También yo moví la mano. Se trataba de mover la mano y

la moví. Era un gesto sencillo y lo hice. Ése era el guión, de acuerdo con el guión la puerta ahora debía cerrarse y se cerró, yo debía caminar por el pasillo y caminé. La paz quedó del otro lado de la puerta, gritando. El guión no explicaba algo más, y es que así son los guiones, mierderos, uno los sigue hasta un punto, después hacen mutis y todo se queda blanco. O negro. Como la vida. Colgando de una sogá. De cáñamo. En *off*. Y uno mira, se mira las manos sin saber qué demonios hacer. Uno también en *off*. La paz quedó detrás, gritando, tirándose de los cabellos. Afuera había sol y el calor era horrible, miré arriba, la ventana de Roger estaba cerrada. En Gaewtzee Matty servía un moka muy negro y el humo de la marihuana era denso, la música horrible, más allá de la ventana el viento movía trigales, pasto verde *Lincoln*, y las aspas de los molinos daban vueltas y vueltas, los belgas y los holandeses discutían, de fútbol, el *Ajax* se medía con un equipo de la *Bundesligue*, y hacía frío, mucho frío. *Koninkrijk der Nederlanden*, ¿qué carajo querría decir aquello? Roger abrió la ventana pero no quise mirar arriba, Roger que ahora mismo gritaba mi nombre, yo que corrí, sin mirar, corrí hasta doblar la esquina, más allá había un parque y me senté. Al centro, de piedra gris, un patriota a caballo. De niña mi padre explicaba que si el caballo elevaba las patas delanteras al aire el patriota había muerto en combate, así estaba éste, patas al aire. En Gaewtzee las nubes eran densas y no dejaban ver el sol, el frío arreciaba y las vacas mugían. Montones de vacas. Acá hacía cada vez más calor, el sol era una enorme bola de fuego y nos habíamos quedado sin vacas, nos habíamos quedado sin amigos, todos se habían ido, todos se iban, a Gaewtzee, a cualquier sitio, todos patas al aire. Así estaban todos acá, patas al aire. Así estaba la estatua del héroe, una mole de piedra gris, y yo no recordaba quién coño podría ser, no recordaba, el héroe me miraba llorar, muy serio me miraba y no decía nada.

El martillo y la hoz



Emerio Medina

Comunistón, le dijo Fello. Por lo del martillo y la hoz colgados en la pared de la sala, cruzados como en la bandera, en simetría perfecta sobre el fondo azul opaco. Y a él no le importó que le dijeran comunista. Que se rieran, si querían, pero no iba a renunciar al placer de contemplarlos, no le importaba que le dijeran ruso, o comemierda, que para Fello era lo mismo, y para los otros también, los amigos de siempre.

Fello preguntó de dónde había sacado esos hierros, y él dijo que compró el martillo en la calle, pero no habló de aquella mañana de domingo, cansado después de una noche sin sueño, con Sandra desnuda en la cabeza. Había dicho el vendedor que era un martillo con historia, de los que ya no vienen, dos libras de acero bien moldeado con su cabo de madera liso, dijo el vendedor que tan antiguo como el acero mismo, que mirara la buena condición y le cogiera el peso, buen martillo que era ese, y el precio no era malo. Y lo compró por eso, porque gustaba de las cosas antiguas, y no por otra cosa. Y de la hoz habló también porque a Fello le parecía cosa rara. Un martillo estaba bien, aunque antiguo, pero era familiar a Fello y a los otros. La hoz, en cambio, no era cosa conocida, salvo quizá por la bandera comunista, y él explicó que la compró también. En una tienda, dijo, un viejo que vendía cosas raras, antiguas decía, cencerros de cobre y utilería extraña, como ese mismo caso de la hoz, objeto poco útil, raro podía decirse, que a la vista ofreciera un brillo curvo, temible

por el filo y por la forma misma, peligroso quizá. Había dicho el viejo de la tienda que lo daba en buen precio si se atendía a su condición de reliquia usada hacía mil años por los druidas para cortar el muérdago, para las iniciaciones decía, y él preguntó riendo si no lo usaban acaso para cortar cabezas, por lo de la forma, y el viejo dijo que sí, que se podía cortar fácilmente un cuello ancho, de un solo tajazo se iban al suelo el cuello y la cabeza, y después la sangre. Pero dijo que sin sangre se podía, si se untaba la hoja con el zumo de una planta, azaleas decía, maceradas en vino. Eso dijo el vendedor pero él no pudo repetirlo. Dijo sólo que era una hoz antigua para cortar arroz, o trigo, o sémola. Y se quedó ahí la explicación porque Fello preguntó por Sandra. En el trabajo, dijo, y fingió no ver la sonrisa oculta en los ojos de Fello, una inflexión que pugnaba por abrirse paso, burla contenida y callada, risa que le oprimía el corazón y lo empujaba hacia abajo, pensaba él que hasta el suelo.

Porque Fello sabía. Fello y los otros. Los amigos. Y lo trataban con frialdad, atentos a sus respuestas torpes, a sus explicaciones de por qué y por cuánto. Y qué podía hacer él sino quedarse callado. Y pensar. Imaginar que Sandra era una historia ajena. Que eso no le estaba pasando a él. Mantenía los ojos fijos en la hoz y el martillo, la simetría perfecta en la pared, el brillo del acero sobre el fondo azul opaco. Y pensaba en Sandra.

Sólo le hablaba para pedir dinero. O para insultar. Para maldecir por la comida escasa. Y él sólo podía callar. Esperaba la noche como un refugio último. La hora de acostarse. Y se acostaban juntos. Sandra cerca. Cerca. Sólo estirar la mano. Pero con la mano ni atreverse. Tocar era prohibido. A veces, si ella lo quería. Pero pocas veces. Pocas. Pocas veces y la noche. La larga noche en que los ojos se cerraban a la fuerza. Los ojos húmedos, que en la oscuridad veían dibujarse figuras de mujeres. Figuras. Rostros y cuerpos. Curvas y pelambres. Vientres calientes donde los dedos

podían resbalar a gusto. Muslos delicados y entrepiernas semia-biertas. Oquedades tibias y pechos como astas. Pechos. Pero nada era Sandra. Allí, tan cerca, y no era Sandra. Imposible, diríase, porque no podía. No podía, y eso era un hecho. Una verdad asimilada con los años. Los duros años de impotencia. De esperanza. De súplica. De ayúdame y de entiéndeme. Y Sandra lo entendió un tiempo. Lo ayudó. Le buscó soluciones. A veces era Sandra la mujer cercana. Y a veces era simplemente Sandra. Un cuerpo ajeno.

Con el tiempo ella fue sólo una voz que decía no me toques. Una respiración que alargaba las horas. Las largas horas. Difíciles. Y empezaron las reuniones. Las salidas nocturnas y las llegadas con el olor de otro hombre. Y todo fue peor por lo de Fello y los otros. Porque ellos sabían. La veían pasar y hablaban. Estaba seguro de que hablaban. Sabía lo que hablaban. Lo adivinaba. Lo podía sentir en la piel de la cara. En el estómago. Una ira contenida que iba tomando otra forma. Una tristeza íntima que se fuera convirtiendo en otra cosa. Un sentimiento que cambiaba rápido desde el amor hasta el odio. Y los ojos se detenían una vez más sobre la simetría perfecta en la pared de la sala.

El martillo. Un arma ideal para aplastar cabezas. Para triturarlas quizá. Un placer que subía por la muñeca, nervio a nervio, como sangre. El golpe saboreado noche tras noche. Un único golpe calculado para romper el cráneo. Para desmenuzarlo. Un huracán de hierro que descendiera rápido y terminara todo. El golpe era eso. Pero podía ser más, o podía ser menos. El golpe podía fallar, y, en ese caso, un segundo martillazo era preciso. O un tercero.

Decidió probar. Los cocos del patio remedaron cabezas. Los cocos secos. Se rompían con un chasquido. Con uno solo. Pero inmóviles. Una cabeza puede moverse de repente, si los ojos avisan, o si un sexto sentido, como aquel caso de la mujer del carni-

cero, que la dio por muerta por el golpe en la cabeza y se ahorcó él mismo después, pensando en que iban juntos, y nada, viva que está, ahí, con otro, con el mismo, riéndose, y el infeliz carnicero allá, podrido, bajo tierra. Historias que oía en la casa de Fello. Cuentos que hacían para reírse. Como antes. Y ahora vivir el cuento propio, seguro le decían verraco en lo de Fello, se callaban cuando él llegaba, decían que no era el mismo. Ni Fello era el mismo, ni nadie. Tan amigos siempre, lo rehuían. Lo esquivaban como el coco al martillazo. Fello *tú coño no me jodas amigo que eras amigos que fuimos martillazo coco seco cabeza partida en dos en tres como antes no me hablan resbalosos cocos estos la cabeza puede girar moverse gritar espera un poco el grito la gente oye gente que oye el grito corre corre corre corre llama y corre la mujer del carnicero la muy puta lo jodió con otro ella encima como antes ella encima de otro ajá ajá ajá quejidos espasmos puta de arribabajo el martillazo puta se resbala y el grito se resbala como antes conmigo los olores y la ropa como antes con otro te quería el coco se resbala el grito no es el mismo Fello ni los otros ella encima de mí ella encima de mí ella encima de mí coco seco martillazo la cabeza se resbala ella encima de otro ella encima de otro ella encima de otro.*

Y probó otra vez. Llenó el patio de pedazos. Partió cráneos hasta lograr la puntería necesaria. Hasta saciar la sed de cabezas trituradas. La cabeza de Sandra, rota y sangrante, aplastada con un solo martillazo, un solo golpe, el único, un vendaval liberador propinado con fuerza, un aluvión de acero que hundiera el cráneo y llegara hasta el centro del cerebro, materia gris materia blanca, sesos esparcidos en el suelo, las paredes salpicadas con la rojez sanguinolenta, qué bárbaro, Dios mío, este placer que ha subido por la mano, nervio a nervio, como sangre.

Sandra preguntó qué haces y quiso probar también. Porque el chasquido le gustó, seguro. Como cabeza rota dijo él, y ella rió la

frase sin sospechar la muerte. El trancazo y la muerte. Él preguntó otra vez si le gustaba y ella dijo que sí, que estaba bueno.

Y la duda después. Por lo de la sospecha. La eterna duda. Miedo podía decirse. Si en el último momento la intención se descubre. O si el brazo fallara en el instante preciso. O si el grito. Un grito es cosa poco soportable. Un grito puede ser de mala suerte. Muerte con grito. No. Mejor la muerte limpia. La silenciosa muerte. Pero no con el martillo. Con ese no. Con otra cosa.

Y los ojos fueron a buscar la simetría de la pared. Allá, junto al martillo, en el lugar donde la hoz brillaba, de puro acero la hoja, que a los ojos pareciera de oro puro, de muérdago cortar según había dicho el viejo de la tienda, el mango liso incrustado en hueso de alce, hoces no faltarán en la vida de un hombre, y a qué mirar el brillo puro de la hoja, blanca curva inflexible que podía cortar de un solo tajo una garganta, según dijera el viejo.

La sopesó otra vez. Peso perfecto. Surcaba el aire a la derecha y a la izquierda. Golpe perfecto. Pero probar en qué. Los plátanos del patio. Los tallos fueron cuellos. Y los cuellos fueron cortados de un solo golpe. Y el placer era mayor. Subía también, pero nacía en el vientre, más abajo, nervio a nervio. Pero no como sangre. No. Como semen diríase. Como eyaculación a voluntad. Como dominio. Más que el placer anterior. El del martillo. Porque con un solo golpe de la hoz podía terminar todo. Recto hasta el cuello, de un solo tajo. Y sin el riesgo de resbalar. Sin un segundo golpe. Para que Fello no dijera. Que lo contaran después. Que se dijeran viste eso, un solo tajo. Para que eso dijeran. Uno solo. Cortó los tallos como cuellos. Y los cuellos podían ser tomados como tallos si era preciso no pensar en que de un cuello se trataba. Por si al final, en el último segundo, le fallaban las fuerzas.

Volvió a preguntar Sandra qué haces. Y él dijo nada, estos plátanos enfermos, cortarlos es preciso. Ella no quiso ver. No le gustó, seguro. Por lo del filo y el corte rápido. Algo que se inter-

pone entre las mujeres y la sangre. Dijo que para plátanos estaba. Y se fue otra vez. De una reunión le dijo. De un comité de algo. Y Fello seguro se reía. La vería pasar vestida con el último sueldo del amigo. Ahí va la puta, diría, y el verraco está en la casa. Ah, Fello, un golpe. Un solo golpe. Pero después la sangre.

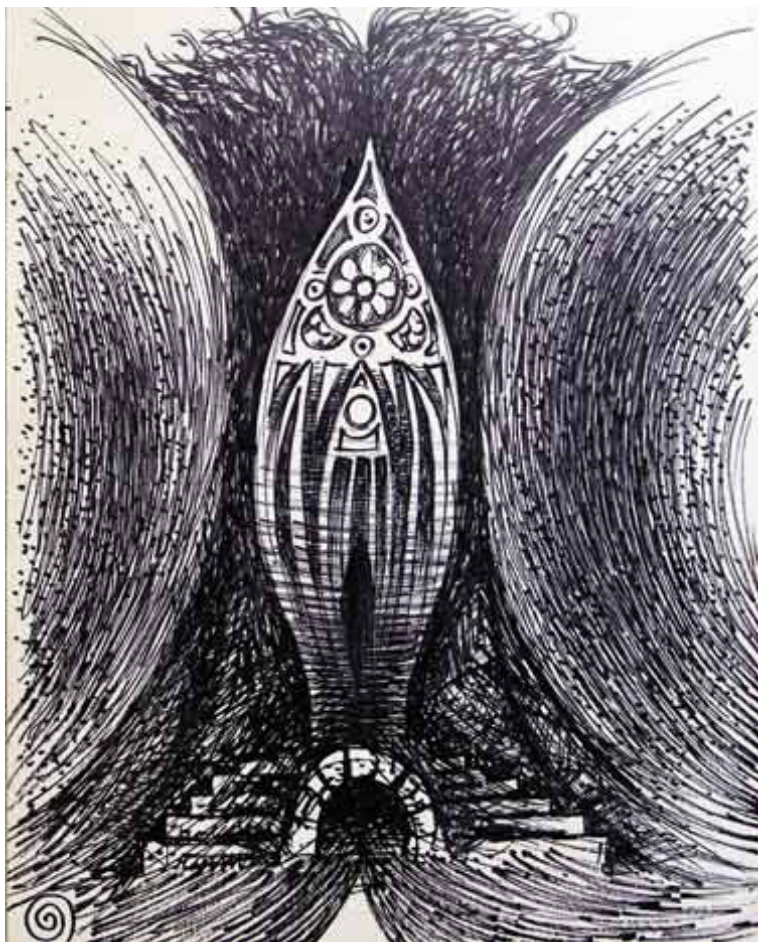
No pensada. A borbotones, dicen, si la cabeza cae. Así lo había visto en las películas. Sangre hasta el techo. Pero había dicho el viejo que sin sangre se podía. Puta la madre del viejo. Vendedor latoso. Cómo hacerlo sin la sangre. Sin mucha, sería, porque el torrente se libera cuando se cortan de cuajo las arterias. Noventa litros por minuto han dicho. Puede que noventa más si el cuerpo está cansado, como el de Sandra. Porque llegaba de una reunión, decía.

Pero podía ser sin sangre. Dijo el viejo que con el zumo de una planta. Puede que azaleas. O algo. Se lo encontró en la misma tienda vendiendo cosas antiquísimas, cencerros y cosas de tintines. Preguntó si recordaba. Y el viejo dijo que sí, lo de la hoz y el muérdago, con zumo de azaleas por si la sangre. Preguntó que si seguro, y el viejo lo miró con lástima. Seguro, dijo. Porque la sangre no puede ser peor que el grito. Si sale en chorro, acaso. El grito no, porque se esparce y queda en los oídos para siempre. Por eso prefirió la hoz, porque pensó que era mejor vivir sin el grito en la cabeza.

Y una noche la esperó acostado. Desgranó las horas hasta que oyó abrirse la puerta. Pero no desesperaba. No. Tenía los nervios en quietud perfecta. Relajados quizá. Seguros. Los sentidos atentos, pero en calma. La oyó entrar y caminar por la sala. La imaginó desvestirse y correr al baño. No pensó en el sudor de otro hombre impregnado en el cuerpo. Ya no. No le importaba el cuerpo ni le importaba el sudor. Se levantó cuando oyó correr el agua. Caminó hasta la sala, despacio, hacia la pared semioscura donde la hoz brillaba. Extendió la mano convencido del acto.

Demasiadas penas le había deparado el mundo. Y el mundo era Sandra. Pero ya no. Los dedos casi se cerraron sobre el mango incrustado en hueso, pero quedaron inmóviles por el golpe en la cabeza. Un segundo golpe fue preciso para hacerlo caer. Y un tercero. Y los ojos, en esfuerzo último, descubrieron la simetría rota en la pared. Porque la hoz brillaba en su lugar, pero el martillo..., el martillo faltaba.

Las lecciones del vampiro



Miguel Terry Valdespino

Tú eres la culpable de este juego sangriento.

Pablo Neruda

Para Alberto Guerra, por sus amantes del segundo piso.

Una semana antes de que yo cumpliera los cuarenta y nueve, mi esposa armó sus maletas y se fue a vivir con un tío que decidió dejarle su casa en herencia. El viejo no viviría demasiado. La herencia vino a acelerar el fin de un matrimonio muerto. Clara se llevó la mayor parte de sus cosas y aseguró que muy pronto vendría por el resto. También me sugirió escribir a Hamburgo para contarle a Marcela, nuestra hija, que nos habíamos separado. En breve retornó con una camioneta para cargar “el resto de sus cosas”, entre las cuales no incluyó un poemario donde yo le había escrito un par de décadas antes: *Estos veinte poemas de Neruda no alcanzan para decirte cuánto te amo*. Contemplé la soledad de mis palabras. El tiempo puede hacer añicos la más sentida dedicatoria. Concluyó nuestro matrimonio de veintisiete años. Concluyó nuestra carrera de resistencia. Tanto desamor acumulado nos hacía boquear.

Cuando tuve conciencia de mi soledad, de la falta de compañía en mi cama, primero vino la depresión, una especie de etapa invernal en la que solo ves nubes grises y no dejan de atacarte pequeños y grandes rencores y la eterna pregunta sobre cómo será la próxima mujer que se acueste o viva contigo. Y siempre llega

la próxima mujer. La mujer que no perdura. Era una cuarentona simpática, se teñía de rubio cada tres semanas y tenía un hijo obeso de catorce años. Vestida lucía estupenda. Desnuda lucía fatal: una suma de carnes flácidas con manchas oscuras que sabía disimular, como una artista del engaño, debajo de sus ropas. Ella buscaba un marido, un padre para su muchacho enfermo, y yo buscaba el amor. En esa frase envolví el pretexto para pedirle que se fuera. Después llegó la segunda. Otro desastre, pero con mal aliento, incapaz de disimular su barriga debajo de las ropas. Me negué a buscar la tercera. Quizás yo estaba destinado a cumplir los cincuenta, los cincuenta y cuatro, los sesenta y ocho...sin que otra mujer entrara a mi vida. Palabras. Necias palabras. En breve no sería un hombre resignado a la soledad y la abstinencia, sino un lobo hambriento, carente de alguna presa, vulgar o decorosa, para practicar el sexo. Pasaron los días y ninguna mujer interesante volteó la cabeza cuando yo cruzaba por su lado, ninguna me comió con la vista, ninguna confesó de pronto que siempre me había deseado. Comencé a desesperarme. Quizás estaba en hora de comprender que ya era un hombre insignificante para cualquiera de las mujeres que en realidad me atraían. Fue entonces que apareció ella...Tenía apenas diecisiete años, un cuerpo para perturbar al ser más indiferente y una sonrisa espléndida, y andaba en busca del profesor Aramís, ¿es usted?, porque ya se le venían encima, como una tragedia, los últimos exámenes de matemáticas en el Preuniversitario. Le dijeron que yo era un experto en la materia, que había dado clases en la Universidad y que ahora trabajaba en un Instituto muy importante. Me disparó aquellos elogios en el portal de mi casa, sosteniendo contra su cuerpo una bicicleta montañesa. ¿Usted cree que pueda ayudarme, profe? ¡Claro que sí, muchacha! Claro que puedo ayudarte. ¿Cuál es tu nombre? Rebeca. Lo más importante, Rebeca, es no tenerle miedo a la asignatura. Y si te ataca el miedo, pues dale el

frente, igual que un capitán a una tormenta, igual que un torero al toro que lo embiste. Rió con ganas Rebeca, le saltaron los pechos como rocas vivas bajo un pulóver color mamoncillo, resplandecieron sus dientes y unas gotas de sudor en su barbilla. La sangre se me animó en las venas. La invité a sentarse y abrí la puerta de la calle para evitar las incómodas sospechas de cualquier vecino. Fui a mi cuarto por papel y lápiz. Rebeca me siguió sin pedir permiso y se detuvo sorprendida ante mi librero, inclinado por el peso de tantos ejemplares, casi ninguno de matemáticas. ¿A usted le gusta la literatura, profe? Me encantan las matemáticas y el cine, y soy un fanático de la literatura, me gustan desde Homero hasta esos muchachos que escriben cuentos eróticos, le dije con sorpresivo descaro. A ella no le gustaba Homero, pero sí los cuentos eróticos, tanto como los poemas de amor, las novelas policíacas, juveniles, y las de García Márquez. ¿Y a usted no le ha dado por escribir novelas, cuentos, no sé? Siempre he querido, pero comienzo a escribir y entonces me asusto. ¿De qué se asusta, profe? Me asusta convertirme en un mal escritor. Reímos. Yo más alto que Rebeca. Confesó haberse leído un cuento erótico donde la autora ponía a todos encueros, metidos en un gran relajo en el patio de un museo colonial. Un cuento que pasó de mano en mano por cada grupo del Pre y ya algunos de sus amigos se lo sabían de memoria. Sí, Rebeca, los cuentos eróticos tienen su encanto, se le meten a uno por el cuerpo del mismo modo en que le gusta meterse al Diablo. ¿Y usted ya se leyó toda esa biblioteca? Le respondí que no leía, sino que releía por tercera, quinta ocasión, aquellos ejemplares infinitos. Abrió la boca sorprendida. Rebeca también tenía decenas libros que le compraba su madre o que compraba ella misma. Pero no tantos. No tantos como usted, profe. Me aseguró que vendría el sábado siguiente, a las diez de la mañana. No preguntó si yo estaría dispuesto a recibirla a esa hora. Ella misma decidió mi horario de

servicio, como una patrona; yo afirmé como un obrero obediente. Salió dejándome con una erección indomable. Un lobo comenzó a pasearse dentro de mí. Escuché cómo aullaba. Un lobo hambriento devorando las carnes de Rebeca debía ser un espectáculo inolvidable.

El reloj fue una tortura hasta el sábado a las diez. Apenas amaneciendo, limpié la casa, sacudí los muebles, preparé un jugo de naranja y compré unos dulces. Planché un pulóver y un pantalón, me bañé y vestí cuando aún el reloj no daba las nueve, y me senté a esperar. Mil veces abrí y cerré una revista de ciencias, sin que pudiera concluir la lectura de un solo párrafo. Dentro de una hora la tendría enfrente. Fue imposible que en ese tiempo no tramara las una y mil estrategias para la conquista. Nada de apuros. Mi lobo debía ser precavido, saltar en el momento exacto, no con la rapidez de un lobo, sino con la precisión de un tigre. Rebeca llegó con nueve minutos de retraso. Traía el pelo recogido en una cola, un cuaderno y un bolígrafo, unas sandalias de cuero, un vestido corto, bajo el cual resplandecían sus muslos y sus vellos, y se había perfumado con una colonia para bebitos. ¿Y la bicicleta? Solo viajaba en bicicleta cuando estaba apurada. Y ese sábado no tenía ninguna prisa. Dejé a medio cerrar la puerta de la calle y la invité a sentarnos en la terraza. Comencé por explicarle lo que cualquier profesor de matemáticas debía enseñar a sus alumnos en el primer día de clases: que en el antiguo Egipto está el origen de esta ciencia, con mucho de magia, que en 1600 Antes de Cristo se redactó el Papiro del Rhind, primer texto matemático de la Historia, que con las matemáticas se han resuelto problemas sociales, económicos, políticos y hasta religiosos, que hasta los escritores necesitan emplearla cuando componen un soneto, una décima o cualquier obra con rima... Si un alumno recibe una explicación humana, Rebeca, comienza a mirar las matemáticas como una ciencia agradable y muy necesaria. Rebeca me atendió

con interés y después escribió de prisa. ¿Comenzaba a impresionarse con mi inteligencia? Mientras escribía, la observé sin pudor. Rebeca es un número perfecto que los egipcios nunca descubrieron. Llegaría el instante en que pudiera decírselo. A las doce menos siete la escuché resoplar y le pedí hacer un alto. Rebeca me lo agradeció. La invité a los pasteles y al jugo de naranja... Jugo de naranja, sí; pasteles, no, dijo Rebeca. ¿Engordan demasiado, verdad?, pregunté. Sí, los pasteles eran fatales, aunque se volvía loca por los dulces de frutas, las mermeladas..., igual que les pasa a mami y Alicia, una amiguita suya que también le tenía pánico a los números y por eso contrató a un profesor privado. Pero yo no soy privado, Rebeca, no voy a cobrarle a nadie por darle una ayuda. Yo estaba intentando ser Dios, dibujando un personaje perfecto, tras el cual se ocultaba el demonio que pretendía seducirla y tenerla, en el siguiente minuto, prendida del cuello, invitándolo a vibrar, a sacarle del cuerpo la soledad y la derrota a quien casi tocaba las puertas del medio siglo, una edad en que los hombres ya han perdido el atractivo para las hembras hermosas. Rebeca tomó el refresco y secó los labios con un pase de lengua. Un gesto delicioso. Estaba terminando nuestra primera cita. Parece que me entendiste bien, Rebeca, ¿viste que las matemáticas no son tan terribles? Rebeca dijo que yo enseñaba de manera fácil los ejercicios más complicados. Me dio las gracias y se dirigió a la puerta de calle. Entonces le pedí detenerse y le entregué, sin rubores, *Lolita*, de Vladimir Nabokov, y una antología con varios cuentos, entre ellos uno, el que más me conmovía, de amores imposibles, como son en verdad, Rebeca, los grandes amores: *Rapsodia para los amantes del segundo piso*. Hojeó los dos ejemplares, los guardó en su mochila y dijo que me traería su opinión el sábado próximo. Si Rebeca no regresaba, podría dar por seguro que veía en mi persona a un viejo decadente, a un tarado que, de un momento a otro, comenzaría a sobarle los muslos por

debajo de la mesa. Viví la semana en ascuas, comiendo apenas, proyectando en mi cerebro una película interminable: imaginaba y volvía a imaginar a Rebeca desnuda, abierta entre los azulejos de la bañera, abierta de par en par en mi cama, abierta sobre la mesa del comedor...y no paré de masturbarme como en mis años de adolescencia.

Perdí de pronto el interés por asistir al Instituto y llamé a la dirección para contarle una mentira: no andaba bien de salud, me dolía como rayos la columna y padecía de mareos con frecuencia. ¿Podía tomarme al menos una semana para reponerme un poco? No se preocupe, Aramís, la dirección lo autoriza, resuelva sus problemas de salud, que eso sí es importante para usted y para nosotros. ¡Yo, que bufaba como un toro, con dolores de columna y mareos con frecuencia! Me aislé del mundo. No quise hablar ni con amigos ni conocidos. La mayoría son viejos, o empiezan a serlo. Y la vejez sólo inspira lástima y asco. Pretendía no inspirarle a Rebeca ni la una ni lo otro. Quería tener su cuerpo como el último acto decente de mi vida. Después podría morirme. Las matemáticas, mis libros y Clara no iban a echarme de menos. Y el dolor que sufriría mi hija era un asunto distante. Rebeca volvió al sábado siguiente. Pantalones ajustados, pelo suelto, una colonia más fuerte sobre la piel. Aunque viniera vestida con harapos, yo perdería el aliento. Para ella guardé refresco y mermelada de mango. Había leído *Lolita*, aunque algunas partes, profe, eran aburridas y tuvo que saltarlas, y *Rapsodia para los amantes del segundo piso*. Pero no trajo los libros porque Alicia se los estaba leyendo. Ella los cuida, profe, no se preocupe. Miró hacia el techo para pensar lo que iba a decirme. Esos dos hombres, el profesor de *Lolita* y el profesor de *Rapsodia*, tienen el diablo en el cuerpo, profe, no pueden ni respirar porque el sexo los tiene como enloquecidos. Si tienen sexo, sufren, y si no tienen ninguno, sufren también. No es el sexo por el sexo, Rebeca, es la pasión por el

sexo. El hombre es una pasión. Si no existe una pasión, no existe el hombre. Rebeca hizo el gesto de quien no supo entender la diferencia. Es que los hombres son así: aun cuando parece que están dormidos, gastados por la edad, son como un volcán: cuando despiertan lo incendian todo porque nunca dejaron de llevar por dentro el fuego más implacable. ¿Entiendes lo que te digo? Rebeca afirmó y me di por satisfecho. Sentada en la terraza resolvió hábilmente algunos ejercicios. Le aseguré que iba muy bien, que no me extrañaría si de pronto se convirtiera en una fanática de los números y las ecuaciones. No, no, ni pensarlo, profe. ¿Y qué tú crees, Rebeca, si dejamos un poquito para el sábado que viene? Aceptó con placer la mermelada y mientras comía le entregué otro libro: *Historia sexual de la nación*. No estaba tan excitado como la primera vez. Quizás el miedo al fracaso maltrató mis erecciones. Le di otra cita llena de angustias y deseos. Y al terminarla, le di otra.... De pronto me decidí a voltear la página. ¿En qué locura me estaba enredando? Debía mirarme al espejo, viejo decadente, recordar quién era, cerdo pervertido, contar mis arrugas, cuarentón corrupto...y hasta pensar en la cárcel. Para la cuarta cita Rebeca llegó ojerosa, espantada, como si presintiera el rumbo que tomarían mis instintos. ¿Te sientes mal, Rebeca? Negó con un susurro poco convincente. No me preocupé por eso. Los jóvenes también se cansan. Para la quinta ocasión, apenas dormí un par de horas. Pasé la madrugada escuchando *rock* de los años 60 y 70. La voz de Mick Jagger se oía más vital que nunca en esas horas: *I can't get no satisfaction/ I can't get no satisfaction...* Seguro que todavía el rockero inglés se acostaba con muchachitas como Rebeca y después ni las columnas más sensacionalistas se atrevían a llamarlo viejo verde. Con la primera luz del día, me afeité, perfumé y me puse una camisa blanca, pensando que el blanco incidiría de forma favorable en la opinión de Rebeca, en hacer que viera en mí el ejemplo más exacto de la ternura, la

transparencia y el amor profundo, y comprendiera que es imposible dejar pasar de largo a un tipo de mi clase. Compré mermelada de guayaba y queso amarillo. Pasaron las diez y cuarenta y cinco y Rebeca continuaba ausente. El lobo sentía que lo habían enjaulado. Cuando la vi pararse en el umbral de la puerta, mi cara se iluminó con una mezcla de miedo y alegría. Pero Rebeca era el desgano con cuerpo de persona. Comencé a sentir que un muro invisible nos distanciaba. No traté de congraciarme, no traté de impresionarla. No era, definitivamente, un día para el lobo. La invité a sentarnos en la terraza. Dejé a medio cerrar, como siempre, la puerta de la calle. Rebeca se desplomó en una silla. Entonces me dijo que no volvería más, que le era suficiente con cuatro o cinco sesiones, que nadie era tan bueno como yo para enseñar matemáticas, que en unas semanas aprendió más conmigo que en un curso completo con cualquier profesor de su escuela, y me extendió la *Historia sexual de la nación*. Está simpático, profe, pero no entiendo por qué se llama así. No tomé el libro de vuelta, le dije que era un regalo, que si no se lo dedicaba era porque solo el autor debía hacerlo. Mi corazón galopaba. Cerré los ojos. Se me fue el mundo. No me di cuenta que estaba de rodillas, vencido frente a Rebeca, como un cristiano pecador ante la cruz redentora. No pude hablar. No me salieron las palabras. Rebeca apretó mi cara contra su vientre y yo estreché su cintura. La fui mordiendo sin hacerle daño. Hundí más mi nariz entre sus piernas y mis manos se aferraron a sus nalgas. Un olor salvaje y limpio me provocó escalofríos. Salté y le chupé los labios. Rebeca me devolvió el impulso con maestría. Quise aspirar su aliento, sorberlo de un modo tan fuerte que acabara por tragarme hasta sus vísceras. Me desprendí de su cuerpo y corrí a cerrar la puerta de la calle. Volví tembloroso al cuarto. No me atreví a tocar a Rebeca mientras se desnudaba. La ayudé a lanzar al piso la sobrecama de flores y se dejó caer sobre el colchón. Respiró excitada,

se alborotó el pelo, abrió las piernas igual que en mis fantasías y se desplegó ante mí un paisaje rosa, carnoso, protegido por un diminuto campo de vellos castaños. Rebeca esperó que me desnudara y nos trenzamos en un abrazo. Lamí sus senos firmes, su axila, su ombligo, los lunares repartidos a lo largo del vientre, chupé su sudor, aspiré, penetré... Rebeca pasó al ataque con una agilidad de matrona. Su inocencia le dio paso libre a una maestra del arte porno. Dios existía para mí esa mañana. Jamás estuvo mi verga tan hermosamente recta, tan bárbara y eficaz sobre el campo de batalla. Al despedirnos, Rebeca me prometió que volvería a la semana siguiente. Esperé aturdido. No pude concentrarme en algo que no fuera mi última batalla de sexo. Rebeca cumplió su promesa. Pero su cara estaba mustia. Le pregunté si tenía algún malestar o si habían descubierto nuestra relación. Juró que nadie sospechaba ni sospecharía. Nos arrancamos la ropa y acabamos en el piso, gozando sobre las mesas, las sillas, la cama... Cien veces la penetré por donde quise y Rebeca gimió sin temor a que la escucharan. ¡Ay, Rebeca, *Mi Carmencita*, mi trigueñita fogosa del segundo piso! Entonces ocurrió lo inesperado: un hilo de sangre comenzó a escurrirse entre sus muslos hasta manchar la sábana. Al darse cuenta, rompió a llorar. No es nada, muchacha, intenté explicarle. Pero Rebeca lloró sin consuelo. No es nada, Rebeca, eso le pasa a cualquier mujer, cambiamos la sábana y punto. Si tú no quieres, paramos por hoy, le dije con el temor de que quisiera parar. Pero el llanto de Rebeca tomó altura y el sexto sentido me ordenó silencio. Entonces se puso de pie y vi que el hilo de sangre le llegaba hasta el tobillo. Rebeca se fue descalza hasta el baño y se sentó en la taza del inodoro. Al pararme frente a ella, estaba ya convencido que no era la menstruación la causa de su llanto. Le entregué un cubo con agua, un jabón y una toalla limpia, revisé en el botiquín, saqué un pedazo de algodón y se lo di con el blúmer. Regresé al cuarto. La mancha de sangre se había

vuelto negruzca. Rebeca volvió para acurrucarse en una esquina del colchón. No quiso hablar sobre el tema. Yo tampoco. Me puse a acariciarla como a un cristal muy fino. Tenía miedo de que el cuento hubiera terminado apenas en su comienzo. Rebeca, con voz muy pálida, contó que estaba sorprendida, que debía caer con el periodo después del dieciocho y apenas estábamos a nueve, hizo una pausa, cambió su tono a una nota más dramática, pero evitando ser ridícula, y dijo que yo parecía un hombre especial, distinto, y por eso iba a contarme lo que en verdad le ocurrió, que si yo no la entendía no la entendería nadie... Rebeca me confesó estar loca por Alicia, la amiga que pretendía alquilar un profesor de matemáticas, que las dos se estuvieron encontrando en un cuarto donde el dueño les cobraba a treinta pesos la hora, pero Alicia ya no la quería, o no sabía quererla, porque llevaba una vida promiscua donde cabían alumnas, alumnos, cocineros, profesores y cualquiera que le hiciera un cuento chino y la invitara a meterse en la cama. Es verdad que decenas actuaban como Alicia en el Preuniversitario. Pero no Rebeca. No. Imposible. No podría. Y por culpa de esas diferencias estaban separadas y no tendrían forma de reconciliarse. Y no tener el amor de Alicia y sentirse muerta era casi lo mismo.

Yo también, de pronto, comencé a morir. No porque Rebeca fuera lesbiana... o bisexual, una tendencia en auge. Tampoco porque esperara amor eterno. Ni siquiera temporal, sino porque sentía, de un modo inevitable, que una montaña de piedras se estaba derrumbando sobre mi suerte. Rebeca, ¡Dios mío!, ¿qué hiciste?, recoge ya mi cadáver, envuélvelo en una bolsa, quémalo donde mejor te parezca, no dejes ni un mínimo rastro para que la justicia no te obligue a responder por la muerte de un tipo sucio hasta los huesos. Desde mi desconcierto le sugerí calmarse y que volviera a vestirse. Rebeca saltó hacia mí, pegó su cara a la mía y se mantuvo respirando fuerte contra mi oído. Una escena tierna,

entre ridícula y paternal. ¿Cuánto duró? ¿Dos minutos, tres minutos, diecinueve? Debíamos separarnos, olvidarnos de esta locura, tomar cada uno por caminos que no volvieran a juntarse... Pero una idea relampagueó en mi cerebro. Yo no sería un rival para Alicia. Ningún macho lo sería: ni el Marlon Brando de *Nido de ratas*, ni el Richard Gere de *Gigoló americano* o el John Travolta de *Pulp fiction*. Pero una criatura exótica y repulsiva sí podría. Aparté de mi cuerpo el cuerpo de Rebeca, la tomé por los hombros y la recosté al colchón. Intentó ofrecer resistencia cuando vio que mis manos tiraban del blúmer, pero después desistió. Tiré a un lado el blúmer y el algodón y abrí sus piernas de par en par. ¡Bella obra! ¡Bellísima! Rugiente obra de orfebre. Rebeca debió pensar que solo la penetraría. Pero no pudo contener un grito de sorpresa cuando vio que mi lengua se hundía en el canal descompuesto de su vulva, adonde entró y salió sin remilgos, volvía a entrar y salir, investigaba ciegamente arriba, analizaba locamente abajo, en el fondo, libando y gozando el dulzón salitre de la sangre, el estado esponjoso de la vulva en días como aquel. Disfruté sus jugos más íntimos, tragué sus coágulos veloces. Hice un alto para mirar a Rebeca. Puro espanto. Lo esperaba. Parece sangre del grupo AB. Tomé un respiro. Lo digo porque tu sangre, Rebeca, no tiene tanto salitre, es una sangre con un sabor más suave, por eso eres tan melancólica; estoy seguro que la de Alicia pertenece al grupo A, que es una sangre con más salitre y con más demonio. Cerró temerosa las piernas y protegió su sexo con las dos manos. Usted está loco, profesor, ¿qué está diciendo?, ¿no siente asco? Y por qué habría de sentirlo, Rebeca, si en la sangre viajan juntos, en absoluta armonía, la vida y la muerte; nada en el mundo pesa más que la sangre. ¿Nunca leíste *El paciente inglés*, de Michael Ondaatje? ¡Qué lástima no tener la novela! Mordí sus manos, sus pechos, su ombligo, volví con mi lengua a hurgar en el centro de sus muslos y la sangre estalló en su vulva, contra mis

labios ¿De verdad que no la leíste? Usted está loco, profesor, usted está loco. No estoy loco, Rebeca, soy un vampiro, *déjame curarte, vida, déjame darte todo mi amor*. ¿No dice así una canción de Maná? ¡Oh, rojísimo y glorioso maná de Rebeca! ¡Oh, glorioso maná a la altura de mi hambre! ¿Tenía esta mujercita un mínimo de conciencia acerca del gran poema que se escurría entre sus muslos? ¿Del gran poema que un vampiro estaba lamiendo?

Permanecimos abrazados y desnudos la tarde entera, envueltos en un suave silencio, entre caricias y besos largos, en una fiesta para mis cinco sentidos. Pero no nos engañamos con discursos amorosos ni promesas fatuas. Rebeca se despidió al caer la noche. Se despidió sin mirarme a los ojos. No dijo que volvería el próximo sábado, ni el martes, ni el jueves... ni nunca. No le pregunté ni le exigí nada. Pasé la noche en insomnio, saboreando en mis instintos su sangre generosa. “El corazón es un órgano de fuego”, escribió Michael Ondaatje... La lengua también. Las lenguas buscan, bucean, descubren, transmiten decepciones...y hasta se enamoran, como escribió el poeta Luis Cernuda o dijo el catalán Serrat. No sentí asco. No me sentí un tipo perverso. Quizás amar deba ser un arte muy sucio si en realidad pretende ser un arte hermoso. Seguí masturbándome con una dignidad invencible. No es tan desastroso masturbarse cuando uno está más cerca de los húmedos banquetes del profesor de *Lolita* que de las húmedas hambrunas del profesor de *Rapsodia*...

El lunes salí temprano en busca de un librero. Hallé al más prestigioso: un moreno de frases lentas que juraba hacer lo imposible para complacer a los clientes. ¿Usted quiere libros que hablen de vampiros? Sí, quiero algo; pero, por favor, que no sea *Drácula*, esa historia ya pasó de moda. El moreno asintió con la cabeza. Anne Rice, ¿la conoce?, tiene una novela extraordinaria: *Entrevista con el vampiro*. No es difícil de conseguir. ¿La que llevaron al cine? Sí, esa misma... Es una obra fabulosa, pero, si

me da un plazo aceptable, puedo buscarle joyas mejores. ¿*El paciente inglés*, por ejemplo? Pero esa novela no es de vampiros, ni la película tampoco. Óigame, yo la vi dos veces, y no creo que sea una película de vampiros. ¿Quién sabe?, no esté tan seguro: el arte se presta para múltiples lecturas y múltiples usos. El moreno se encogió de hombros y me pidió un plazo de tres días para cumplir el encargo. Me pareció un tiempo razonable. Pues en tres días le lleno la bolsa de vampiros y de sangre, ¡ah!, señor, ese tipo de obras cuesta caro, ¿sabe? Por supuesto, lo que sirve cuesta caro. Me alegro, señor, que lo sepa. Lo que cueste no es importante, puedo darle hasta propina. Caminé sin rumbo toda la mañana, tropezando con los transeúntes y pidiendo disculpas. Sobre la una encendí la computadora y vi de pronto la pantalla en blanco, esperando por mis primeras palabras, por mi alargado debut como escritor de ficciones. Mis manos se enredaron en el teclado antes de que pudiera escribir la primera frase: “Soy un vampiro”. Escribí sin parar durante seis horas y, desde el amanecer siguiente, continué inventando fábulas grotescas sobre los grupos sanguíneos, sobre la estrecha relación entre el color de los ojos y el sabor de la sangre, conté vidas y sobrevidas de vampiros que jamás existieron, fui amontonando historias que un crítico literario haría trizas, pero que Rebeca leería con asombro. Tomé un descanso al sentir un mareo. Estaba hambriento. Compré pollo y frijoles y comí con apetito. Sentí que tomaba por los cuernos mi relación con Rebeca. ¡Ah, Rebeca, cuántos placeres te dará este vampiro! Entre un hombre y una lesbiana, una lesbiana; entre una lesbiana y un vampiro, ya lo veremos, Rebeca. Nada puede ser más exótico, deseable y repulsivo que un vampiro. Nada esclaviza más que las perversiones. El día señalado busqué la encomienda. El moreno me entregó *El paciente inglés*, la *Entrevista...* de Anne Rice, la novela *Vampiresas*, descarga *light* de una escritora puer-torriqueña, y el cuento *La dama pálida*, de Alejandro Dumas, con

una foto en portada de una mujer exangüe, con un siniestro atractivo, muy parecida a la actriz Mary Astor. Pagué con entusiasmo aquella carga de chupasangres y fui a ponerla junto a mis relatos. Estarían a disposición de Rebeca en nuestro próximo encuentro. Comencé a preparar una actuación conmovedora: Rebeca, tú eres melancólica porque tu grupo sanguíneo.... Entonces abriría para ella la página inolvidable de *El paciente inglés*, en la que el conde Almasy descarga sus instintos (bellísimos instintos) de animal enamorado en la vagina de su amante muerta: ¿Qué tiene de terrible lo que hice? En cierta ocasión ella me chupó la sangre de un corte en la mano, como yo había probado y tragado su *sangre menstrual*. Imaginé la cara de Rebeca mientras escuchaba la angustia de Almasy. Imaginé la cara sórdida de Alicia mientras escuchaba contar a Rebeca la angustia alucinante de Almasy a través de mi angustia.

Ensayé el *performance* y esperé por ella. Pero no regresó. Un desánimo cósmico comenzó a invadirme. Crucé varias veces frente a su casa, pero la puerta nunca estuvo abierta. Sentí que ya no iba a volver. Sentí que se desmoronaba mi papel idiota de vampiro. Volví a ocultarme en mi soledad como un vampiro se oculta de la luz. Una tarde me tiré vestido en la cama, dormí mal durante una hora, y después fui a la cocina para freírme unos huevos, meterlos dentro de un pan, untarle *catsup* y mostaza, y acompañarlos con un té de limón. Cuando me disponía a comer, sonó con insistencia el teléfono. Desde el otro lado de la línea llegó la voz de Clara. Preguntó por mi salud y mi estado de ánimo. Le respondí cualquier cosa. Me dijo que había enviado fotos tuyas a Hamburgo, que Marcelita la encontró muy bien, más joven y bella que de costumbre. El tono almibarado de Clara pretendía irritarme. Tal vez estaba teniendo sexo del bueno, o no tenía sexo de ninguna clase, dos pretextos distintos, pero igual de válidos, para lanzar ataques contra tu antigua pareja. Le respondí que yo

no había enviado ninguna foto a Hamburgo, pero también haría lo imposible por acabar siendo más joven y bello que de costumbre. Clara se rió con gusto. Su risa me provocó náuseas. No pude impedir que cruzaran por mi cerebro mis últimos años de matrimonio con ella, años repletos de desganos, depresiones, sexo mal hecho... Entonces decidí agredirla: te ríes con risa de vieja menopáusica, con risa de mujeres que están secas. Clara enmudeció. Mi estocada le había atravesado el pecho. Mujer decadente, inservible, mujer sin brillo en los ojos, mujer en guerra con la pasión y el sexo y, casi seguro, con la felicidad, ¿de quién pretendes burlarte?, debí gritarle al teléfono, pero Clara fue muy veloz en el contraataque. Sí, ya no le daba la menstruación, pero estaba viva y no estaba seca, chilló en mi oído y continuó los insultos sin tomar aire. No me hagas caso, soy un vampiro, perdona que te pregunte por la sangre, logré a duras penas intercalar mis palabras entre su rabietta. No eres un vampiro, eres un imbécil. Me harté de escuchar insultos, colgué el teléfono y terminé de comer. Sobre las ocho tocaron a la puerta. Abrí sin apuro. No imaginé que fuera Rebeca. De pronto tuve ante mí a una muchacha con el cabello pintado de rojo estridente, una figura de atleta y un cuaderno escolar en la mano. Buscaba al profesor Aramís, ¿es usted?, me da pena molestarlo; pero tengo problemas con las matemáticas. Si me dices que eres Alicia, te digo que soy Aramís y que puedo ayudarte con las matemáticas. Sí, claro que era Alicia, ¿cómo lo supo? Los vampiros siempre saben quién es quién. Alicia se cubrió la boca con el cuaderno para que no la viera reírse. ¿Entonces?, preguntó bajando el cuaderno. Puedo ayudarte, claro que puedo. Alicia se acarició la cabeza con orgullo. Un color especial, le dije en un susurro morbosito. Me han dicho, profe, que es un tinte muy agresivo, que parece sangre, ¿qué usted cree?, ¿está muy escandaloso? Estoy por pensar, Alicia, que el escándalo es lo único que salva al hombre, lo único que lo mejora. Alicia

pareció no comprender la frase, o quizás la comprendió a la mitad, o la entendió como quiso. Tocaba entonces preguntar por Rebeca. No me decidí. O quizás ya no me interesaba preguntar. Sin embargo, Alicia me leyó el pensamiento. Rebeca es muy buena, profe, pero es muy cobarde. No respondí ni a favor ni en contra. Y tú, por supuesto, Alicia, sí eres muy valiente. Alicia aseguró que sí, que de haber nacido hombre sería alpinista, o corredora de motos, o intentaría atravesar en camello el desierto del Sahara. ¿Te gustan las historias de vampiros, Alicia? Le encantaban las historias de vampiros. Pues hoy sacaste tu número de suerte: en esta casa vas a encontrar las mejores, y hasta podrías leerte las que yo estoy escribiendo. ¿Y qué cuentan sus vampiros, profe? Mis vampiros se chiflan por las personas con sangre del grupo A, que es sangre de personas atléticas, aventureras y provocadoras. Alicia me corrigió de inmediato. Entonces es muy posible que mi sangre no les guste porque mi sangre es del grupo B positivo. No me perturbó mi desacierto, puse una mano sobre su cabeza y le di unos golpecitos amables. No te preocupes, los vampiros de mis cuentos son muy flexibles. Alicia comenzó a mirarme, estoy seguro, con el hechizo macabro de Mary Astor. La sangre B no está mal, se lo juro, profe. Sobraban ya las palabras. Entonces cerré la puerta y pasé el cerrojo sin preocuparme de nadie.

La lista del cubo



Ahmel Echevarría

Agradecí haber escuchado la bendita alarma del despertador. La había programado para que tuviera una melodía grata y al menos fuera dulce mi despertar. A las cinco de la mañana, las notas musicales de *The London Bridge is falling down* interrumpieron la sucesión de imágenes y sonidos que se sucedieron dentro de las paredes de mi cabeza durante casi toda la noche.

Me sentía agotado, tenía un largo día de trabajo con Bob Esponja y El Mexicano, debía estar al volante de la furgoneta en un viaje de doscientos ochenta kilómetros y había decidido acostarme temprano la noche anterior. Me fui a la cama poco antes de las nueve de la noche y sin la ayuda de somníferos caí en el sueño con el peso de un bloque de acero y concreto. Pero cuando se está verdaderamente agotado no bastan ocho horas de sueño. Debes considerar los imprevistos aunque tu plan sea irte a la cama y dormir. Y un imprevisto es la hora de despertarse, por más que te prepares te toma por sorpresa. Por esa razón escogí la melodía de la alarma: *The London Bridge is falling down*. La bendita alarma. La dejé sonar. Eran las 5:00 a.m., me quedé acostado boca arriba tamborileando las notas musicales ejecutadas por el despertador, hasta que Janela me dio un codazo:

—Ten un poco de piedad, por amor de Dios. Apágala... hoy es domingo.

A pesar de haber elegido la melodía de la alarma, cuando sonó

el despertador mi corazón latió a mil golpes por minuto, como tantas veces a lo largo de mi vida pasé toda la noche soñando. Y al igual que tantas veces a lo largo de toda mi vida, podía recordar el sueño. Pero esa vez amanecí con dolor de cabeza —uno de los que te taladra el cráneo de lado a lado—, y la clásica transpiración que mana del cuerpo cuando tienes el papel protagonista en una buena pesadilla. Era un agudo dolor. Como si un caballo me estuviera pateando la sien.

Fui al baño.

Del botiquín tomé un par de calmantes y me miré en el espejo. Intenté sonreír pero solo alcancé a duplicar una horrible mueca. Me lavé la cara. De la repisa tomé mi kit mágico: Gillette Mach 3 Turbo, crema hidratante Gillette y colonia Nivea. Tras el rasurado intenté una segunda sonrisa frente al espejo: lucía como la mierda, para colmo tenía un raro sabor en la boca.

Arena. Ozono. Carne podrida. Pólvora. Respiro. Y exhalo. No estoy solo, hay un hombre cruzado de brazos. Al parecer está esperando por mí. Hay poco menos de diez metros entre él y yo. Es negro. Una prenda cuelga del brazo de ese hombre, quizá sea un saco. Un saco gris. El negro no lleva corbata y mueve una de sus manos. Mientras camino a su encuentro ese hombre repite el mismo gesto. Al parecer me está pidiendo que huela, que respire profundo. Le devuelvo un gesto a manera de respuesta. Entonces inhalo, repleto así mis pulmones. Y suavemente exhalo toda aquella mezcla. Arena. Ozono. Carne podrida. Pólvora. Conozco el color, el olor y hasta el sabor de la arena del desierto. Pero nunca olí el ozono, al menos eso creo, tampoco he escuchado de alguien que lo haya paladeado. El negro camina hacia mí. Su saco cuelga del hombro. Los días de tormenta huelen a ozono, eso dicen, es el olor que se siente justo antes de comenzar la lluvia. A electricidad dicen que huele el ozono, el aroma azul de la descarga eléctrica. Arena. Ozono. Carne podrida. Pólvora. Los perros

no se atreven a comer la carne podrida. Ese negro parece tener más de 60 años, lo delatan las canas y las pocas arrugas de su rostro. Cuando un negro tiene canas y arrugas ya está bien maduro. Me saluda con un guiño y una palmada en el hombro. Lo conozco de algún lugar. Caminamos en silencio, despacio. He visto a los perros huir con un pedazo de carne en la boca. Los he visto apurar el paso. Cierro los ojos, el negro viejo y yo y un par de perros estamos en una calle desierta. Es mediodía en Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya. Estamos en una calle donde solo se escucha el sonido del viento. Arrastra finos granos de arena, ladridos y el lejano estallido de las bombas. Buena parte de las viviendas están destruidas. Y los perros huyen con un pedazo de carne en la boca, pero no está podrida. Lo puedo asegurar. Los vi acercarse a los cuerpos sin vida de los civiles, las bajas del Ejército de Resistencia o a los soldados muertos. Dan un pequeño rodeo, olfatean el aire y el suelo. Lamen la sangre derramada en el asfalto cuando se aseguran de que no hay ningún peligro. Y también lamen las heridas. Devoran coágulos de sangre, los trozos de sesos o arrancan un pedazo de carne del cuerpo de los muertos. Como chacales. Como hienas. Pero es una carne que el calor del asfalto y el sol de Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya todavía no han descompuesto.

—¿Encontraste la felicidad en tu vida...? —dice el negro viejo; está parado frente a mí, vestido con una camisa blanca, pantalón gris, el saco lo lleva colgado del hombro; ese negro es Morgan Freeman, estaba seguro de que lo conocía de algún lugar—, ¿la encontraste?

Mientras sonrío miro a los lados. Arena. Ozono. Carne podrida. Pólvora. Estamos, Morgan y yo, sentados en unas butacas muy cómodas. Todo es silencio. Solo hay nubes a nuestro alrededor. El cielo, o lo que se alza sobre nuestras cabezas, tiene una tonalidad que alterna el gris y el amarillo tenue. Arena. Ozono.

Carne podrida. Pólvora. Respiro profundo. Y exhalo. Espero a que pasen las nubes. Si digo que impresiona cuanto alcanzo a ver no es justamente por la belleza del panorama. Es solo por la altura. Desde mi butaca todo Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya es un horrible escenario. Las nubes van a la deriva unas detrás de otras, es una suerte, avanzan despacio, muy despacio. ¿Cúmulos, nimbos, cirros? Qué más da, son solo nubes muy gruesas y es una verdadera suerte que apenas permitan ver cuanto sucede abajo. Pero a nuestras butacas llega el olor de Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya. Sé del acre olor de la pólvora.

—¿Tu vida les llevó felicidad a otros...? —dice; debo volver la cabeza hacia atrás, Morgan está parado detrás de mi butaca, el saco cuelga de una de sus manos.

¿Mi vida les llevó felicidad a otros?

Pienso en Gunila y un dolor muy agudo se clava en mi sien. “Gunila” —digo—. Mi enorme y dulce gata tirada en un callejón, a media noche; su falda desgarrada, los moretones en los brazos y muslos, una herida en su cuello. Como un fogonazo, la imagen de esta mujer llega a mi memoria. ¿Por qué la muerte de Gunila estalla en mi memoria? ¿Acaso es cierto que no hice nada por ella? Dios tiene un plan para cada uno de nosotros y no nos pone ante pruebas que no seamos capaces de superar. Eso dicen. Y siento unas palmadas en mi hombro. Siento un leve apretón. Morgan me guiña un ojo. Y sonrío. Pienso en Janela da Alma y el mismo dolor me taladra la cabeza. “Janela” —digo—. Sus largas uñas pintadas de rojo, tirabuzones de falso cabello rubio, un feto sanguinolento en sus manos. Como un fogonazo la imagen de esta mujer llega a mi memoria. Vuelvo a crisparme. Janela me llamó hiena y asesino cuando intenté convencerla de que por el momento en nuestra relación no cabía una tercera persona y era mejor un aborto. ¿Habrá servido para algo que uno de los caimanes blancos de ojos azules la mirara directamente a los ojos?

Janela me pidió visitar La Tierra de los Caimanes y así lo hice. Una amiga le comentó lo de la buena fortuna que podrías recibir si uno de esos caimanes te mira a los ojos. Si te miran debes pedirles algo, y tu petición se cumplirá. Janela insistió. Le pedí el Ford a El Mexicano. Y la llevé a ese parque. Eran cuatro caimanes de color marfil y unos ojos de un profundo azul. Cuatrocientos kilos de puro músculo y más de tres metros de largo. Colmillos, garras, una piel como de escamas de piedra reseca y blanca. Unos ojos de un profundo y frío azul. ¿Cómo es posible que un animal tan bien parecido pueda darte buena fortuna? No éramos los únicos que habían ido a visitar a los caimanes blancos. Nos costó llegar y pararnos junto al enrejado que rodea al estanque de Los Cuatro Fantásticos. Una de esas bestias se movió en dirección a nosotros y levantó su enorme cabeza. Primero miró a Janela, luego a mí. Vi el rostro de Janela luego de que el caimán la mirara; parecía haber hablado con el mismo Jesús. Y me abrazó. De regreso a casa me confesó lo que había pedido al caimán: estar juntos por siempre, tener un bebé. ¿Exactamente cuándo se está listo para la llegada de un bebé? Una vez estuve enamorado de una mujer tres años mayor que yo. Y ella de mí. O quizá estuvimos viviendo dentro de una burbuja de gas alucinógeno durante poco menos de ocho meses el mismo año en que regresé de Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya. Cierro los ojos y me veo en un apartamento en las afueras de la ciudad. “Jazmín” —digo, y su imagen es un fogonazo en mi memoria—. Una bella mujer con un nombre de flor; árabe o persa su nombre, a tono con la mitad de sus genes. Pero no éramos solamente ella y yo. Tenía una camada: dos hijos. Me habló de Dios, de su familia, de su realidad —su realidad era el trabajo como veterinaria en el Departamento de Control y Cuidado de Animales, su realidad también era su camada—. Me habló del sacrificio. Solo pude hablarle de mi realidad y de lo que yo entendía por sacrificio —mi realidad era mis primeros trabajos con El

Mexicano, el ojo de cristal y El Albatros; ¿mis sacrificios?: mis primeros trabajos con El Mexicano, el ojo de cristal y El Albatros—. Estábamos enamorados y dijo que bien podía regalarme la posibilidad de tener un hijo si pensábamos en serio nuestra relación. ¿Estábamos listos para hacer más grande su camada? En caso de arrepentirme el aborto no era una opción a tener en cuenta. Jazmín me volvió a comentar la posibilidad de tener un hijo. Solo le pregunté si estaba segura de cuanto me proponía. Aquella mujer sonrió: “Tener un bebé es un regalo de Dios. Dios no creó la muerte, Dios nos da vida abundante” —dijo cuando quisimos definir qué tipo de relación teníamos y hacia dónde nos estábamos moviendo—. Estábamos enamorados. Pero una burbuja de gas alucinógeno es solo una burbuja de gas. “Jazmín” —digo para que en mi memoria perdure el halo de luz tras el fogonazo.

La mano de Morgan Freeman palmea suavemente mi hombro, también me regala un suave apretón. Pero qué es el amor. ¿El amor es elección? ¿Es libre elección? Y ante mí sonríen Janela, Gunila y Jazmín. ¿Y qué es la soledad? ¿Es libre elección el amor? Pienso en la fatalidad. “Janela, Gunila, Jazmín” —digo—. El amor sería algo así como la libre elección de la fatalidad. “Fatalidad” —digo—. Es el haber dado de cara con nuestra parte más secreta y fatal y jodida de nuestra existencia, de nuestro torcido ser. ¿Qué es la soledad? Es una burbuja de gas el amor. Gas alucinógeno. O aparentemente alucinógeno. Entrar en la burbuja. Repletar tus pulmones. ¿De eso se trata la felicidad? Jazmín, Gunila y Janela caminan alrededor de mí. “Jazmín, Gunila, Janela” —digo—. Me acerco a ellas. Con el índice trato de tocar el rostro de cada una. Pero mi mano las atraviesa. Como si sus cuerpos estuviesen hechos de gas. Cuando Janela pasa frente a mí doy un salto hacia ella. Entro en ella. Respiro profundo. “Janela” —digo—. Repletar mis pulmones con ese gas que es mi Janela del

alma. Creo que el amor es pura mezcla química. Creo que la felicidad es pura mezcla química. Ketamina y cerveza, mi amor. Special K y Beck's, mi amor.

—¿Por qué me preguntas? —digo—, ¿a qué viene todo eso de la felicidad?

Morgan sonríe. Está parado frente a mí, poniéndose el saco. Este viejo me pregunta si luce bien y no solo quiere saber si el saco está cortado a su medida. Me confesó que estaba a punto de patear el cubo. Cáncer terminal en los pulmones. Le queda poco tiempo de vida y tiene una lista de dieciocho deseos a cumplir. Morgan quiere completar su Lista del Cubo y al parecer lo hará con estilo. Con mucho estilo. Debería darse un salto hasta La tierra de los Caimanes para visitar a Los Cuatro Fantásticos. Cuatrocientos kilos de puro músculo, más de tres metros de largo, una piel como de conchas de piedra blanca y ojos de un profundo y frío azul. Algo pasa cuando te miran.

—Luces estupendo, Morgan. ¿Por qué me preguntas?

Se atreve con unos pasos de baile. No lo hace mal para su edad, para el cáncer que le está devorando los pulmones. En realidad no es Morgan Freeman, sino Carter Chambers, uno de los protagonistas de *The Bucket List*, pero entiende que es consigo. Solo estamos él y yo.

Morgan levanta el índice, con un gesto me pide mirar a nuestro alrededor: dos butacas muy cómodas, nubes y cielo —o lo que se alza sobre nuestras cabezas.

—Los antiguos egipcios creían que al morir, cuando las almas llegaban al cielo, los dioses le preguntaban dos cosas —dice, está sentado en el brazo de mi butaca—. Las respuestas determinaban si el difunto entraba o no al cielo.

Sonrío.

—Hay dos butacas, nubes y cielo —digo; también intento mirar hacia abajo, pero no consigo ver a través de las nubes.

¿Entonces dónde estamos Morgan y yo? El cielo tiene una tonalidad que alterna el gris y el amarillo tenue. Morgan se alisa el pantalón, también el saco y me pide, con un gesto, respirar profundo.

Arena. Ozono. Carne podrida. Pólvora.

Arena. Sudor. Carne podrida. Ozono. Respiro profundo. Y despacio libero cuanto hay en mis pulmones. No estoy solo, hay un hombre sentado en el medio de la calle. Es blanco. Un saco beige cuelga de su hombro. Hay poco menos de diez metros entre ese hombre y yo. Espera por mí. Hace un gesto con el que me pide ir a su encuentro. No sé cómo puede soportar, sentado en el medio de la calle, el sol del mediodía. Con otro gesto me pide respirar profundo. Arena. Sudor. Carne podrida. Ozono. Aspiro. Y exhalo despacio. Estoy frente a él, los rasgos de su cara dicen que además de tener poco más de 60 años es Jack Nicholson o alguien muy parecido. Es el leve viento de Al-Jumhuriya al-Iraqiya al mediodía y entra por las ventanillas del todoterreno. Somos cinco: cuatro soldados y Jack. Vamos despacio. Arena, sudor, carne podrida y ozono es cuanto trae la brisa. Vamos en una pequeña caravana que avanza por una calle desierta. Escombros a la orilla de la calle. Fachadas destruidas. Cuerpos inertes bajo el sol. Arena. Sudor. Carne podrida. Ozono. Se escucha el ladrido de algún perro, el monótono sonido del motor, lejanos estallidos.

—¿Encontraste la felicidad en tu vida...? —dice Jack; está sentado al lado del chofer, viste una camisa blanca a medio abrochar, pantalón beige; el saco lo lleva sobre las piernas—, ¿la encontraste?

Con un gesto nos pide que hagamos silencio y que miremos cuanto acontece fuera del todoterreno. Al parecer hay combatientes del Ejército de Resistencia apostados entre las ruinas, en las azoteas. Avanzamos despacio. No nos quedaba otro remedio. Si

hay algo peor que el combate tal vez lo sea la aparente quietud en un terreno desconocido, donde hay quienes desean no verte jamás y están dispuestos a vestir una muda de ropas cortada o no a la medida, pero que sí incluye un par de accesorios: un detonador y explosivos —la combinación ideal para invitarte a un último baile.

Miro a los lados mientras Jack sonríe. Hay tres todoterrenos abandonados. A través de la ventanilla examino las fachadas y lo que puedo ver de algunas azoteas. El viento de Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya penetra en mi nariz. Arena. Sudor. Carne podrida. Ozono. Cuento ocho soldados caídos. Para el chofer son nueve. Varios cuerpos están destrozados. Quizá le dispararon con un RPG-7 desde alguna azotea o una bocacalle. Algunos cuerpos se pudren dentro de los hierros torcidos de los tres todoterreno destruidos. Otros se hinchan al sol, sobre la calle. De los soldados muertos, dos aún agarran sus M16A2; aprietan los fusiles contra el pecho. Como si tras la muerte esperaran un nuevo combate, otra emboscada antes de ganar el cielo o lo que sea esperaban ganar.

Jack está parado en medio de la calle y mira a las azoteas, al cielo. Abre los brazos y sonríe. Respira profundo. Y traga una gran bocanada. Lleva el saco colgado al hombro. Me pide respirar profundo, basta con un gesto suyo para entenderlo. Conozco ese olor, el viento lo deja impregnado en la piel. Cierro los ojos y pienso entonces en Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya. “Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya” —digo—. “Sam” —digo—. Y como si fuera un fogonazo a mi memoria llega la imagen de una mezquita al mediodía, el lejano estallido de una bomba, y ese alarido en el que se escucha: “Allahu akbar...” ¿Dios es grande? ¿Pero quién soy para negarlo? ¿O quién soy, sino un homúnculo, para negar que estamos hechos a su imagen y semejanza, que Él antepuso su muerte para darnos la vida a nosotros?

Muchas gargantas gritan: “Allahu akbar”. Un dolor agudo detona entre las paredes de mi cabeza. Siento unos golpecitos en mi casco, luego un apretón en mi hombro. Jack está sentado a mi derecha dentro del todoterreno, el saco cuelga sobre uno de sus hombros.

—¿Tu vida les llevó felicidad a otros...? —dice; con un gesto me pide que esté atento, que preste mucha atención a las azoteas.

—¿Por qué me lo preguntas?

En realidad este sesentón no es Jack Nicholson, sino Edward Cole, uno de los protagonistas de *The Bucket List*, pero entiende que es consigo. Lo he llamado de ese modo desde que me pidió ir a su encuentro. Jack se arregla el cabello y vuelve a sonreír.

¿Mi vida les llevó felicidad a otros? Entonces cierro los ojos y pienso en Sam. “Sam” —digo—. Y me sorprende un estallido. Un fogonazo. Quizá fue una mina sembrada en la calle. Quizá fue un disparo de un RPG-7 desde cualquier azotea. Jack me lo advirtió. Debíamos estar atentos. Ni los Abrams escapan al disparo de esos lanzacohetes.

El todoterreno pierde el rumbo y se impacta contra una fachada. El chofer es un amasijo de carnes, huesos, tela y sangre mezclado con trozos de acero. También el copiloto. El estallido viene acompañado de un fogonazo. Me taladran la memoria. Siento unas palmadas y un apretón. Me vuelvo. Jack está junto a mí:

—¿Tu vida les llevó felicidad a otros...?

Apenas puedo verlo. Logro quitar un poco del líquido que me nubla la vista. Sangre. La sangre es la sede de la vida —eso dice El Mexicano—, la sangre no debe ser derramada; perder sangre es perder algo de vida. Pero la fe no es clara con la vida eterna. ¿O sí? Es sangre y quizá fue un chorro que manó de la cabeza del chofer o del cuerpo del copiloto. Y siento un agudo dolor. Es mi ojo. Ahora lo sé. Una esquirla se clavó en mi ojo derecho. Con un leve gesto Jack me dice que debo salir del todoterreno, señala

hacia una puerta abierta y corro hacia allí. El resto de la caravana ha sido destruida. Unos pocos logramos salir medio vivos. Estamos dispersos, medio vivos y solos, cada cual parapetado donde alcanzó a refugiarse. ¿Dios está con nosotros? ¿Quién soy para decir lo contrario? Dios no creó la muerte. Dios nos da vida, vida abundante. Eso dicen. Y Jack me mira. Sonríe. Eso sí, el trance de la vida a la muerte es bien doloroso —eso dice El Mexicano—. Disparos. Arena. Sudor. Carne podrida. Ozono. Conozco el olor y el sabor de la arena de Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya. La calma en un lugar como Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya tiene un raro y tenue olor. Así debe oler el ozono. La calma que se rompe tiene el aroma azul del arco eléctrico. Conozco el agrio sudor cuando el sol cae vertical y nos va cocinando desde las tripas. Es bien salado el sudor. Olemos como si ya estuviéramos muertos. Cuerpos que se agarrarán a sus fusiles incluso después de la muerte. Cuerpos a la espera de la última emboscada, esa que quizá nos impida ganar el cielo o lo que creemos vamos a ganar. “Sam” —digo cuando Jack me da un codazo e indica que algo se mueve allá en el todoterreno—. Sam grita. Intento salir para sacarlo del todoterreno y traerlo conmigo, pero el sesentón y las balas que estallan en la fachada me lo impiden. Sam grita. No puede moverse. Está atorado entre los hierros. Dios nos da vida en abundancia, pero es muy doloroso el tránsito de la vida a la muerte. Eso dicen. Y Sam parece estar varado en la mitad del camino entre la vida y la muerte. ¿Acaso no es justo que El Padre, El Hijo, o El Espíritu Santo hagan algo por este chico? Solo bastaría un rápido pase de manos de la Santísima Trinidad para que saque a Sam de ese atolladero. Pero Sam me mira a mí. Sus alaridos están dirigidos a mí. ¿Por qué a mí? ¿Por qué no le pide a su Dios? ¿Acaso este era el plan de Dios diseñado para este chico? Quizá no fue dócil, quizá no se dejó guiar. Pobre Sam pecador. Dice El Mexicano que los cristianos tienen mesa común, pero no

lecho o cama común. ¿Qué habrás hecho, Sam? Dios escribe derecho pero con renglones torcidos. Es muy jodido el relato que Dios ha escrito para ti, Sam. ¿Qué habrás hecho? Siento un puntapié en mi pantorrilla. Jack está de pie. Las balas impactan contra el todoterreno y la fachada de la casa donde nos hemos ocultado. Con un gesto Jack me pregunta cómo luce. Este sesentón no solo quiere saber si el saco está cortado a su medida. Me confesó estar a punto de patear el cubo. Cáncer terminal en los pulmones. Le queda poco tiempo de vida y tiene un amigo que ha hecho una lista de dieciocho deseos a cumplir. Se llama Carter Chamber. Jack quiere que a su amigo se le cumplan cada uno de los deseos. Lo ayudará, lo acompañará, y al parecer lo hará con estilo. Con mucho estilo.

—Luces estupendo —digo—, ¿pero por qué me has hecho esas preguntas sobre la felicidad?

Se alisa el pelo. Sonríe. Y se atreve con unos pasos de baile. No lo hace nada mal para su edad, para el cáncer que le está devorando los pulmones. Levanta el índice y con un gesto me pide mirar otra vez hacia el todoterreno. Tomo el fusil. Dios escribe derecho pero con renglones torcidos. Y como soy zurdo y me han jodido el ojo derecho no necesito esforzarme para hacer un buen disparo. Es una vieja rutina. Aguantar la respiración, colimar, apretar el gatillo un par de veces. Y reviento la cabeza y el pecho de dos árabes que iban por Sam. ¿Acaso este era el plan de Dios diseñado para este chico? Aguantar la respiración, colimar, apretar el gatillo. Y con un par de disparos termino la agonía de Sam.

—Los antiguos egipcios creían que al morir, cuando las almas llegaban al cielo, los dioses le preguntaban dos cosas —dice, Jack está parado bajo el umbral de la entrada—. Las respuestas determinaban si el difunto entraba o no al cielo.

Sonríó. ¿Dónde estamos Jack y yo? Aspiro profundo. Dice El Mexicano que el temor a Dios debe ser traducido como temer

alejarse de Dios, apartarse, olvidar sus consejos y ser un irremediable pecador. El Mexicano también dice que el pecado es una obra de muerte. Y exhalo todo el aire apresado en mis pulmones. El Dios que nos ha tocado en suerte debe ser todo amor. Quién soy para negarlo. Qué soy sino un homúnculo. Y Jack hace un gesto de negación mientras vuelve a sonreír, porque ve cómo aprieto el fusil contra mi pecho.

Terminé el desayuno: yogurt de frutas, café, un par de huevos y tostadas. Incluso me serví un pedazo de pastel de manzanas horneado por Janela. Pero a lo largo del desayuno persistió en mi cabeza el dolor, retazos del sueño y las preguntas de Jack y Morgan.

Fui al baño. Puse bastante Colgate de eucalipto en el cepillo e insistí sobre mi lengua. El sabor a carne podrida, arena, pólvora y ozono al levantarme era una mala pasada que quería jugarme mi cerebro. Incluso me cepillé dos veces la boca y tragué un poco de Colgate. Me esperaba una larga jornada de doscientos ochenta kilómetros tras el volante de una furgoneta y temía que volviera a sentir toda aquella mezcla de sabores y con ella el recuerdo de cada fragmento de mi sueño.

En menudos pedazos



Jorge Ángel Pérez

A quienes, en La Habana, están desechos.

Cuando Ramón queda conforme con el cierre de un negocio aprieta bien los ojos, respira fuerte y levanta su brazo derecho, sonríe mirando los dedos tan abiertos, los que forman, como dice, cuatro uves de Victoria. Ramón sonríe y se persigna. Es rápido el movimiento de su diestra para hacer la cruz. Ramón sueña que saltó bien alto auxiliado por la pértiga, imagina que fue rápido el arranque y que avanzó preciso: subiendo, ascendiendo más, que afirmó la vara y traspasó el listón. A Ramón le habría gustado saltar mejor que Bubka, ir veinte centímetros más allá de los seis metros. Ramón sueña, imagina, pero solo por un rato, mientras aleja con sus párpados la luz. La felicidad de Ramón esta emparejada con la cinta horizontal y muy altamente levantada, su felicidad, su suerte, dura solo los segundos que coinciden con la cerrada oscuridad. Es que Ramón está deshecho, a Ramón le faltan las dos piernas, a Ramón le falta un brazo, es el izquierdo.

Ramón anda y desanda las calles de La Habana, muletea, pega fuerte en el asfalto y se luce en el golpeteo de adoquines. A veces se burla de su paso cuando avanza, dice que el ritmo es parecido al de las claves: madera contra madera. Cuando sale de su casa de Aguiar, de su cuarto de entresuelo, lo que menos le gusta es bajar las escaleras, cada vez le parece que pierde el equilibrio y que va

a romperse las narices. Nunca dijo nada pero mucho se le nota el temor a perder la armonía que precisa su descenso, que al levantar la muleta no pueda reafirmarla sobre el suelo. No pide ayuda, pero a Crema, el aguador, le permite que lo auxilie. Es que el Crema sabe muy bien restarle patetismo a aquella escena. El Crema lo toma entre sus brazos para hacerlo bajar las escaleras y dice, mientras desciende, que Ramón está igualito a la bandera de Bonifacio Byrne; deshecho en menudos pedazos, entonces Ramón se carcajea y asegura que cualquier día lo ayuda en el negocio de vender el agua, si quiere sube dos cubos hasta la casa de Esteban, y muestra su manquera, levanta la muleta. A veces lo ayudan otros a bajar, pero no le gusta tanto, le parecen muy solemnes, y las voces que ofrecen el auxilio se le antojan rimbombantes. Ramón rechaza a quien le ofrece compasión y rápido se aleja, a veces se le olvida dar las gracias. Únicamente Esteban, el obsesionado con el agua, quedó sin enterarse del accidente que dejara sin piernas a Ramón.

Ramón anda y desanda por la calle del Obispo y da vueltas en la plaza que prefiere, la de Armas. Ramón se exhibe frente a la Catedral y se deja retratar haciendo saltos, piruetas muy pequeñas. Ramón no pide una moneda y mucho menos un billete, pero a veces se lo dan. Ramón dice que no muestra la tristeza porque entonces le huyen los turistas, y que sus mutilaciones son ahora su fortuna. Sonríe y muestra lo perfecto de sus dientes; son blancos, parejitos y posando en la sonrisa. Cualquier día encuentra una mujer, a fin de cuentas le queda aún la pértiga, dice y vuelve a sonreír.

Fue siempre el salto su obsesión, y parecía que iba a conseguirlo. Ramón saltaba sobre sus pies e impulsado con sus manos y la pértiga. El muchacho era feliz lanzándose hacia el cielo. “Voy a ser mejor que Bubka”, y parecía que iba a conseguirlo. Ramón estuvo siempre encandilado con los brincos y estaba harto del

solar, de la indigencia, él sería un triunfador. Para su primer salto a la gloria lo esperaba Nueva York, la tierra en La Habana no era firme para fijar la pértiga. Él soñaba con la vara arqueada y el impulso último, los pies sobre la cinta, su cuerpo en arco y la caída. Ramón soñaba con sus manos levantadas, abiertas, como en la V de la Victoria, sus pies hundidos en el colchón. Mucho más de seis metros en el salto, veinte centímetros, quizá otro poco. Un fuerte impulso, un perfecto brinco. Ramón imaginaba sus eventos neoyorquinos y a su madre galana en medio de las gradas, aplaudiendo, dando vivas; y a su muchacha ataviada, muy florida en el vestido, protegida del sol con espejuelos oscurísimos.

Una noche estuvo dibujando hasta muy tarde, no lo hacía tan mal. Entonces se dibujó sosteniendo la vara larga: era muy alta, bien arqueada, y era él quien se elevaba, quien bordeaba con sus curvas un rascacielos en Nueva York. Para que no aparecieran dudas escribió su nombre en la camiseta del muñeco saltador, y Nueva York en lo más alto del rascacielos. En la mesa apostó el dibujo, era la señal de que se había marchado. Prefirió no despedirse de su madre, temía que intentara disuadirlo. Largas las piernas que lo llevaron al camino. Alto, erguido, ágil el muchacho.

Y Ramón regresó, ya no ágil, ya no erguido.

Bien sabía que Nueva York estaba lejos y que no sería muy fácil hacer el viaje. No fue vencer el trecho por el mar lo que escogió. El mar era furioso, era inasible. Ramón entendía mejor al viento, a las alturas. Viajó a Oriente, hasta Guantánamo llegó. A fin de cuentas, él podía traspasar la valla sin tocarla; entre la varilla y el alambre del cercado no había tanta diferencia, las dos estaban tendidas en la altura y él tenía una pértiga en sus manos. Nada le resultaba más gustoso que andar asido a su asta larga. Prefería el salto, y no tenía otra opción que no fuera la escapada,

pero nunca por el mar. Ramón estudió el viento y tomó un extremo de la pértiga, se aferró a ella, levantado el extremo más lejano se puso a andar. Sabía que era importante la destreza, la concentración y el salto. Ramón se movilizó ligero, más que el viento, con la sutileza de un soplido. Ramón escogió afincarse con la pértiga y saltó.

El extremo afirmado de la vara activó el dispositivo de la mina, y no se adelantó el saltarín, no fue al otro lado de la cerca, no llegó a donde quería, él se elevó y cayó en pedazos menudos, muy cerca de donde comenzara su carrera. Y no pensó en el fracaso mientras se elevaba. Supuso un salto altísimo, el mayor, y que los dioses de su madre lo ayudaban, que en unos días estaría en Nueva York. Ramón hizo rápido la cruz sobre su pecho, mientras la altura lo encumbraba, y cerró los ojos creyendo que caería apoyado en sus dos pies. No hubo dolor, al menos al principio, y no hubo llanto, ni un quejido. Ramón creyó que había ganado, que estaba al otro lado del alambre. Ramón creyó que el salto era el inicio del camino a Nueva York, pero sus sueños fueron rotos, se hicieron trizas en la altura.

Cada vez hace la cruz antes de ponerse a caminar aferrado a su sostén. Entendió la muleta como pértiga: fiel a su afición se fijó a la de madera. Ramón no se dejó ver en jimiqueo, y dio gracias a los dioses de su madre porque lo alejaron de la muerte, a fin de cuentas la muleta era familia de la pértiga, y él un hijo de San Lázaro. Fue Babalú quien le quitó las piernas y le alejó la muerte, eso arguyó la madre, y él asintió, y anduvo oscilando, tambaleándose, vacilante. Ramón no dejó que notaran su tristeza, escogió las noches para el llanto y estuvo triste mucho tiempo, quizá lo esté todavía. ¿Qué iba a hacer en lo adelante? ¿Qué iba a ser? A Ramón se le truncó tanta esbeltez, tanta apostura.

“No soy pa’ ti”. Decía Ramón al maricón de al lado mientras bajaba o subía de a tres los escalones y caía firme. “No soy pa’

ti”, dijo siempre para responder a Jorge Ángel, a sus coqueteos. “¿Y ahora eres pa’ mi?” Pregunta su vecino cuando lo ve bajar de a trancos dudosos, pequeñitos. “¿No eres pa’ mi? Pregunta el maricón que también responde, “Claro que no, llegaste tarde, yo no como picadillo”. Ramón sonrío con las ocurrencias del vecino, él y Crema son los únicos que no le muestran compasión. Ramón prefiere que lo traten como antes, y si es preciso que hagan bromas aunque lo enfrenten a una realidad a la que teme, que le duele mucho. Jorge Ángel lo llamaba antes mermelada y ahora picadillo. Todo cambió, nada es igual, antes era campana y ahora mucho silencio, piensa Ramón, se dice él mismo, y recuerda sus gemelos perfectos, sus talones, los pies largos y de arcos pronunciados. ¿A qué lugar fueron a dar los metatarsianos y sus dedos de la mano izquierda? Jorge Ángel lo llamaba antes mermelada, y ahora picadillo.

Ramón altísimo saltó, y cayó profundo, desarmado. Y extraña un montón de cosas; el balón sobre el empeine de su pie derecho, luego en el izquierdo, y el golpeteo incesante que ejercita. Siempre en la puerta del solar, y los vecinos pidiendo cada día que saltara, y hasta improvisaban; la varilla era una soga altamente amarrada en sus extremos, y consiguieron también un colchón viejo para amortiguar el golpe, para que el saltador no se dañara en la caída. Siempre los brazos abiertos, como en la V de Victoria, porque en triunfo terminaba cada salto, porque Gloria era el nombre de su madre, y Victoria el de su hermana. Ramón saltaba y salían los curiosos, se llenaban los balcones, y había aplauso, algarabía. Solo su madre protestaba; asomada a un balcón y desgredada, daba alaridos, se quejaba, anunciaba un accidente, impugnaba el salto.

Ramón adoró siempre las apuestas, más las que involucraban sus brincos; de cada ganancia le tocaba un poco, a fin de cuentas era él quien arriesgaba más. Ramón decía que en eso aventajaba

a los caballos. Entonces se paraba el tráfico, y los apostadores hacían mediciones, gritaban sin recato, sin temor a que apareciera un policía que mandara parar la fiesta. Ramón saltaba y abría los brazos después de la caída, sonreía, tomaba alardeando su dinero. “Mucho más tendré en Nueva York”, y se llamaba campeón él mismo, y todo el vecindario vitoreaba. Por esos días muchos enviaron los saltos de Ramón y el dinero que metía en sus bolsillos. Muchos lo invitaban a saltar y él aceptó siempre con la única condición de ser quien controlara las apuestas. Era conocido en cada rincón de La Habana Vieja, en toda la ciudad, y las apuestas crecían cada vez, cambiaban de barrio. Ramón era feliz en medio de sus saltos, y después. Cada noche iba a bailar, si algo añora, eso es el baile, y a la muchacha que desapareció después del accidente. Su madre dice que lo advirtió pero que a él le tocaba decidir. Jorge Ángel lo llamaba mermelada y ahora picadillo. Jorge Ángel, que no cesa, lo invita a bailar claqué, insiste, quiere saber si no se aburre, si quiere lo invita a un trago. “Entra, acompáñame en el claqué. Si tú haces de Fred Astaire yo seré tu Ginger Rogers”. Tanto insistió Jorge Ángel, que Ramón terminó aceptando y tomó el trago que el maricón sirvió, luego admitió uno más, y muchos. Después de tanto beber le apareció la tristeza. El alcohol trajo una angustia recia que Jorge Ángel no esperaba, y vino también el llanto, contó de su dolor. Jorge Ángel no es bueno para el consuelo, y conoce que a Ramón no le gusta que sea compasivo. A Jorge Ángel también le dieron ganas de llorar pero prefirió el escarnio; si no podría saltar alto, si nunca sería mejor que Bubka el ucraniano, mejor se lucía reposando sobre una mesa de centro, él le ofrecía la suya, aunque fuera estrecha, su cuerpo no iba a sobrepasar las dimensiones. “Te verías muy bien de adorno. ¡Qué rareza para mi sala! ¡El torso del Belvedere! ¡La Venus de Milo aún más amputada! De no ser Bubka puedes ser búcaro o bugarrón. ¿La mina te dañó la pértiga?”, pregunta Jorge Ángel y

también sonrío, muestra su lengua, asegura que le regalará zapatos si le muestra lo que le gusta. Ramón se sentiría mejor si su vecino no hiciera chistes. El alcohol lo puso triste y habla del camino a Guantánamo, de sus planes, de las esperanzas que tenía, de Nueva York, del dinero que pensaba ganar, de sus pantalones recortados, de los zapatos que vendió la madre, y del miedo que tiene a caerse en medio de la calle. En las noches le duelen las axilas, le duelen los recuerdos. Antes tuvo mujeres a montón y ahora se masturba cada día. Con la pérdida de sus piernas y del brazo izquierdo se le fueron todos los sueños. ¿Cómo va a llegar a Nueva York? Ramón perpetúa su esbeltez, lo hace en voz alta y pregunta a Jorge Ángel si recuerda, incita su palabra. Largos sus extremos inferiores, muslos duros, definidos en su musculatura, titánicas las piernas de gemelos pronunciados, largos los pies; en empeines altos, y altos también los arcos. Ramón recuerda los pantalones ajustados que mostraron las bondades de su cuerpo.

—Aún te quedan las nalgas —dice Jorge Ángel y lo invita a que las muestre—. Es solo curiosidad —insiste el maricón.

Jorge Ángel reclama y quiere que Ramón entienda, con semejantes mutilaciones mejor abandona tanta moralidad. Y entonces sí que habla en serio el vecino de Ramón. Si quiere le ofrece ayuda, pero solo si él lo quiere, intenta convencerlo de que ya no está para escoger. “Dios te dejó la pértiga”. Se esmera para que entienda, no será el primero que viva de su cuerpo, y para colmo el suyo está desarmado. Son muy pocas las opciones que le quedan. Ya no salta, no hay apuestas y la vida está muy dura, se lo dice él que conoce muy bien La Habana y sus rincones. Si se lo permite puede ayudarlo, sabe de algunos que no lo dudarían. Conoce muy bien la perversión. Jorge Ángel quiere que le muestre la pértiga, que le dé un adelanto y él se encargará del resto. Dice que podría ganar mucho dinero, y que tiene amigos que estarían prestos a pagar sus asistencias, mucho más que los apostadores.

Sería un negocio como otro cualquiera, que con él podría entrenarse y que no le cobraría un centavo. “Si quieres pruebo primero. Muéstrame la pértiga, el saxofón, soy bueno improvisando, me dicen Charlie Parker”. Y no deja de insistir, de cualquier forma quiere convencer al mutilado, él es bueno en los negocios, bien lo sabe el que está lisiado. “Permíteme que haga un concierto. Deja que mis manos sostengan el peso del instrumento y que mi boca sople, déjame sacarte música”.

Ramón odia a Jorge Ángel en su obstinación, si pudiera incorporarse lo agarraba por el cuello, pero no puede y no quiere armar escándalo, ya es bastante que lo visite, qué pensarán en el solar, qué dirían si lo vieran en casa del maricón, él no va a dejarse seducir y con palabras exige que se detenga, y también con los ojos, y con la mano que le queda. De buena gana Ramón aceptaría otro negocio, podía ser el de las pinturas que vende Jorge Ángel, podía ser cualquier cosa que no fuera convertirse en maricón, pero su vecino insiste, quiere que acepte. “No es tan difícil, solo tienes que probar”. Podría ponerlo en contacto con el chupados, quien tiene una imaginación muy generosa, tanto que sería capaz de invitarlo al cine Payret y a sentarse muy cerquita de la pantalla, alejados del tumulto, lugar preferido de los disolutos y a donde llegan menos las veladoras de la sala. El hombre prefiere los dedos de los pies, los talones, los empeines, la piel muy suave de los arcos. Allí le iba a quitar los zapatos y luego las medias, le encanta ir descubriendo poco a poco la blancura en medio de la oscuridad del cine, y tiembla si la piel es suave, si es resbalosa y lubricada, y le iba a hacer cosquillas en los pies, y también iba a olerlos, a besarlos. “¡Qué maravilla!”, dice siempre y queda olfateando por un rato. El chupados huele, hace cosquillas en los pies, se masturba y pide al efebo que se ría, pone diez dólares en el bolsillo del amante ocasional antes de abandonar el cine. “Dime si no es negocio. La pértiga no interesa. Solo

los pies. ¿Tu hombría está en los calcañales? Decide tú”.

Ramón sonríe y dice que no, exige que no insista porque siempre va a decir lo mismo. Que nada va a ganar con mostrarle sus limitaciones, él las conoce mejor que nadie. Bien sabe que es difícilísima su vida, y que puede ser peor, sabe que su madre hace de todo para procurarle la comida, y que pelea muchísimo, que él pocas cosas puede inventar con una mano aferrada a la muleta. Insiste en que lo ayude de otra forma, conoce de sus variadísimos negocios. En el solar se sabe todo, muchas veces ha visto cuando llegan sus visitas y cuando se van más tarde, siempre se llevan algo que no trajeron. Escuchó muchos comentarios. En el solar todos dicen que vende cuadros de artistas de gran fama y que por eso recibe muchísimo dinero, que es un traficante de joyas, que todo aquel que en el mundo quiere comprar algo *Art Déco* viene a Cuba y se encuentra con Jorge Ángel, que hizo largos recorridos por la isla comprando, por muy poco, todo el marfil y el cristal trabajado por Lalique. Es por eso que Ramón quiere entrar en el negocio, alguna cosa puede conseguir, y cumplir mandados, hacer de recadero. Ramón casi suplica antes de marcharse y vuelve al día siguiente. Se le ocurrió una buena idea. Conoce a alguien que puede construirle una muleta nueva, hueca, donde puedan guardar el cuadro si lo enrollan bien, pero Jorge Ángel se ríe y le recomienda no ver tantas películas, también que el negocio está completo. “Otro no cabe”.

Si Ramón tuviera articulaciones se habría puesto de rodillas, aunque no fuera devoto ni servil, pero de nada serviría. El vecino estaba decidido y puso en la mesa cada carta. “Lo tomas o lo dejas”, dijo el día anterior, al siguiente, en el tercero, y lo siguió diciendo, y mantuvo su promesa de ayudarlo de otra forma, de la manera en que no quería Ramón que lo ayudara, porque él no era maricón, y no iba a serlo, aunque se muriera de hambre y cada vez se preguntara qué hacer para ganar dinero, de dónde sacar

billetes para pagarse la comida. Aunque estuviera dispuesto no iba a resultar; su masculinidad no reaccionaba frente a un hombre ni aunque estuviera de espaldas y empinado. Aunque el maricón hablara de la teoría de Darwin para la evolución de las especies que se enfrentaban a nuevas circunstancias, no cambiarían sus gustos. Nada podía hacer que no fuera ajustarse a su muleta, que ya era mucho, y salir a la calle a trabajar.

Armonizar la muleta con su cuerpo sí que era muy difícil, parecía imposible que pudiera levantarse. Al muchacho le faltaban las dos piernas, la mano izquierda y también el antebrazo. Era un prodigio, parecía una quimera. Sentado en la cama tomaba la muleta, aferrado a ella con su derecha hacía apoyar la axila y comenzaba a incorporarse, suavemente, solo así era capaz de conseguir el equilibrio, por eso no le permitía a nadie que viniera en su auxilio. Jorge Ángel decía que a Ramón le subió el apoyo, de los pies pasó a la axila, quizá sea verdad, y él también lo reconoce, por eso insiste en levantarse sin ayuda, con la muleta inclinada, subiendo poco a poco, y él casi colgando, enganchado a su soporte. El peor momento es cuando la madera queda recta, bien fijada al suelo, entonces es cuando precisa más del equilibrio; el mejor agarre; el único posible es cuando toma el tronco pequeño de madera, el cilindro horizontal fijado al centro, esa es la única posibilidad que tiene de aferrarse a la muleta. Al principio fue a dar muchas veces contra el suelo y se desesperaba. Incontables veces terminó llorando. Era muy difícil, casi imposible, mantenerse erguido y sujeto a la muleta para quien no tiene pies, hay que ser un maestro en la armonía, buscar el punto exacto, mantenerse un poco inclinado, una minucia, sobre el lado en que se afirma; lo peor es levantar la madera y devolverla al suelo en justo apoyo y mantener el ángulo que hace la muleta con el suelo. Ramón debe conseguir la precisión de un relojero en cada movimiento. Ahora sabe que ha sido más difícil que vencer la

altura ayudado por la pértiga. Nunca lo abandonan los temores, supone que es el miedo quien lo mantiene concentrado, si se relaja, si olvida el riesgo, cae al suelo. Ramón es un acróbata a toda hora, mejor que cualquier cirquero. Para mortificarlo, insiste Jorge Ángel, dice que sus propuestas siguen en pie y sin muletas, a menos que logre un buen contrato con el Cirque du Soleil. Por eso sale a la calle esperando el pago, esa es su gran proeza, y bien sabe que merece reverencias. Él es un artista del equilibrio y su carpa son las calles, él trabaja a toda hora. Algunas veces tiene suerte y siente que le reconocen el sacrificio cuando le dejan caer una moneda en su bolsillo, y en ocasiones un billete. Si algo le incomoda en serio es que se aglomeren para verlo, que vengan los turistas a indagar y que hagan fotos, que se vayan y no paguen. Alguna vez se golpeó fuerte, olvidó que su único sostén era la muleta y con ella quiso romper una cámara de hacer fotos. El fotógrafo turista miraba conmovido, se reía, y también la esposa, y los dos hijos. “*Ma, look how funny*”, dijo la niña halando la blusa de su madre, y señaló a Ramón, y aunque no entendiera palabra alguna del inglés, le molestaron la expresión de la niña y la mirada de la madre, la sonrisa del hermano, el flashazo de la cámara del padre. Le molestó toda la familia, tan perfecta, equilibrada, y que la niña tuviera dos manos, una para halar la blusa de la madre y otra para señalarlo, le molestó que el padre tuviera también dos auxilios con cinco dedos cada uno, que lo enfocara, que apretara el obturador intentando llevarse lejos su imagen amputada, la fotografía de un animal de feria. No pudo soportar e intentó romper la cámara con la madera antes apoyada sobre el suelo, esa vez Ramón no tuvo miedo y perdió la concentración, olvidó lo de su apoyo y cayó al suelo sin que pudiera averiar el aparato del fotógrafo, se derrumbó, muy parecido a como lo hacía cuando traspasaba la sogla auxiliándose de la pértiga, solo que esa vez no tuvo un colchón donde hundir el cuerpo sin gol-

pearse, Ramón cayó sobre su espalda y contra el asfalto, tan rápida e inesperada la caída que no le dio tiempo a levantar la cabeza, que chocó contra el suelo, que se abrió en un surco, que sangró muchísimo. Esa vez no pudo levantarse solo. Lo alzaron otros, y lo metieron en un auto, y aceptaron los veinte dólares que ofreció tímido el turista de la cámara, y lo dejaron en el hospital, sin compañía, y entre ellos se repartieron los veinte dólares: diez para cada uno. “Buena jornada”, dijo quien repartió, y el otro respondió con una sonrisa breve. En el hospital le quitaron la camisa que estaba bañada en sangre, y también el menudo que tenía en el bolsillo y el billete con la cara de Washington, y no pudo volver esa vez apoyado en su muleta. Cuando llegó la ambulancia a la puerta del solar fue el Crema quien cargó el peso de Ramón. Gloria subió la muleta, lastimosa por la mala suerte de su hijo. “Estás como la bandera de Bonifacio Byrne”, dijo el Crema y Ramón no permitió que continuara, se echó a llorar, le pidió que no hiciera chistes, le dolía la cabeza, la vida entera. Jorge Ángel se apareció con un pollo para la sopa, con fideos, con papas, Gloria le agradeció, Ramón volvió a llorar y culpó al vecino de su desgracia, le recordó las veces que le había pedido auxilio, todo cuanto suplicó para que lo dejara entrar en algún negocio. Esa vez no hizo bromas el maricón.

Ramón siente que cada vez se le hace más difícil sobrevivir, después del último accidente se volvió más receloso. Sentado en un quicio de la calle del Obispo se queda tranquilo muchas horas, hasta ahora se ha negado a poner una lata cerca y esperar dinero. No le gustan las limosnas. No le gusta la quietud de los mendigos. Es preferible pedir, usar la palabra es ya un trabajo, por eso pide para comer y habla de su madre enferma, y sugiere que le vendría muy bien un vaso de leche. Algunas veces consigue la compasión de algún turista que le ofrece ayuda. Aunque prefiera que le den el dinero, hay días en los que cede ante la desconfianza de sus

benefactores, para eso también se ha preparado. La vendedora muestra el sobre con la leche y anuncia el precio: diez dólares el kilogramo. Hay quien paga sin chistar, hay quien dice que no hay en el mundo leche más cara y Ramón entorna muy bien los ojos, muestra una imagen suplicante, mira el desecho que es su cuerpo. Ramón aprendió a aceptar la lástima y se marcha con el sobre de la leche, ya tiene una jabita que cuelga en el hombro del lado derecho y donde guarda los obsequios. Luego vuelve, cuando el turista se ha marchado. La vendedora es solícita, es veloz, lo ayuda a descolgar la jaba, saca el sobre con la leche y lo repone en su lugar. Seis dólares son para Ramón, a la vendedora le tocan cuatro. Algunos días tiene suerte y otros no, es mucha la competencia y él se mueve muy despacio. Hay contrincantes en todas partes, en el parque central, en la plaza de Armas, en la calle del Obispo, en la Catedral; hay mujeres jóvenes, saludables, que salen con sus hijos y piden leche y carne, y lo que sea, y que igual devuelven a la tendera; hay hombres que venden discos de conga y salsa, y tabacos, y marihuana, y pueden correr cuando viene el policía. Hay un ejército de contrarios; volatineros montados sobre zancos, vendedores de cacahuetses, de agua, de yelmos y jofainas de barbero, de mobiliario francés del rococó y renacimiento florentino, y estilo imperio, y *Art Déco*, hay quien vende marfil trabajado por Lalique y también cristal; hay quien da placer si se le paga, hay un ejército de historiadores patrañeros e improvisados que muestran la ciudad y sus rincones. Están los que, parados frente al Capitolio, señalan el edificio con el índice y aseguran que solo hay dos en todo el mundo: el Capitolio de La Habana y La Casa Blanca, ambos idénticos, el primero copiando al segundo, que El Castillo de los Tres Reyes del Morro se ve desde lo más alto de los Alcázares, que la Catedral de La Habana fue proyectada en el mismo estilo, y por el mismo arquitecto, que la de Sevilla. Difícil se le hace a Ramón sobrevivir sentado sobre

un quicio de la calle del Obispo. Al principio lo auxiliaban sus contrarios, después se aburrieron de ayudar tanto al lisiado y lo adelantan en cualquier negocio.

Ramón siente que se acabó toda su fortuna, aunque Jorge Ángel diga que le queda la belleza de sus ojos y la fuerza que tiene en la mirada. “Parecen sinceros. ¿Cómo mirarás cuando te excitas?”. Aún le queda su cara de huesos prominentes, aún le quedan algunas cosas, y lo mejor es que también le faltan, la calle está llena de pervertidos. A veces, cuando escucha a su madre peleando en la cocina porque no tiene nada que poner en los calderos, se pregunta cómo sería si acepta lo que Jorge Ángel le propone, a veces piensa que va a ceder, tiene miedo cuando imagina el momento en que asiente y le pide que sea discreto, que si es prudente le muestra la pértega, le deja tocar el saxofón. Ramón piensa y se toca en la entrepierna. Cierra los ojos y se toca, recuerda a sus muchachas, se masturba.

En cualquier momento tendrá que aceptar.

Cada día intenta imaginar cómo será y se toquetea y siente asco, siente miedo, y a su madre peleando en la cocina. Preferiría que Jorge Ángel no existiera, que no insistiera, que se fuera al diablo, y se toca, y tiene la certeza de que nunca será como tener debajo a su muchacha o como saltar auxiliado de una garrocha. A veces Jorge Ángel llega y lo sorprende, anuncia que le trajo un refresquito y mira lo que tiene levantado en su entrepierna, se acaricia el pecho con su mano enjoyada, chupa su boquilla de ámbar de Groenlandia, suelta el humo. “Te traje un refresquito, te lo tomas cuando termines”, dice y le da la espalda, luego se voltea para mirar al que se queda en la cama, y baja los ojos para ver su pértega.

Muchas veces ha pensado en la insistencia del vecino. Siempre hizo lo mismo, cuando Ramón tenía piernas y era esbelto; cuando era bello y saltador le reclamó, y después también. ¿Qué será de

Sergei Bubka?, ¿dónde estará?, se pregunta el mutilado y escucha la cantaleta de su madre asegurando que hace calor, como si él no lo supiera, y que nada tiene para cocinar. Gloria asegura que esa tarde tomarán sopa, con concentrado de bacon o de pollo, solo un cuadrito para el agua bien caliente, nada más. Gloria le recuerda que la herida en la cabeza le ha servido de pretexto cuatro meses, que ya es hora de que salga a trabajar. Ramón se toca, recuerda las piernas que le faltan, piensa en Jorge Ángel.

Cuando el Crema lo ayudó a bajar las escaleras le contó que el maricón tenía fiesta. Era dos de agosto y estaba celebrando el cumpleaños, había llegado mucha gente, todos jóvenes. Él mismo ayudó a subir varias cajas de cerveza, y por los olores parecía que la comida era buenísima, preguntó si no lo habían invitado y él respondió que no, se alejó por Aguiar; muleteando, muleteando.

Fue su madre quien vino a darle la noticia, estaba muy nerviosa, lloraba sin consuelo, lo poco que tenía se esfumó, se convirtió en polvo de cenizas. La mujer quiso describir la fuerza de las llamas, habló de los bomberos, lloró. Se preguntaba en qué lugar irían a vivir, exigió a Ramón que dijera algo, que no se quedara tan callado, necesitaba una palabra. “Grita coño”. Gloria lo llamó insensible e intentó pegarle, Ramón se defendió con la muleta, y ella volvió a llorar, a preguntarse dónde iban a vivir, en qué lugar, y habló de Esteban, el que pasó toda su vida obsesionado con el agua para terminar achicharrado. “Ovidio está muerto, dicen que la hija lo encerró en el cuarto”, pero Ramón no se inmutó, ni siquiera cuando su madre habló de Jorge Ángel. Nadie lo había visto después del incendio, debió entretenerse intentando resguardar las cosas de valor, tenía muchas; se comentaba que podía estar sepultado entre los escombros, quizá le quedaba algo de vida.

Ramón permaneció sentado, sin chistar, y vio a su madre correr llorando hacía la calle de Aguiar. Ramón se tocó la pértiga,

recordó a Jorge...

...Cuando le llevó el refresco el día anterior, también le dijo que tenía un regalo para él, que cuando quisiera podía pasar a buscarlo. Ramón salió en la noche de su casa, entró en la de Jorge Ángel y notó muy nervioso a su vecino. Fumaba aferrado al ámbar de Groenlandia de su pipa, y le ofreció algo de beber; si quería le servía un whisky, un vodka con naranja, una cerveza. Por el whisky se decidió Ramón, con hielo, y en los vasos, anchos y redondos.

—Pensé que tomarías vodka, seguro que Bubka le ponía naranja —le dijo Jorge Ángel cuando le alcanzó el vaso y mostró el regalo.

Era una fotografía a todo color, enmarcada y cubierta por un cristal; Ramón muy levantado en el podio más alto, roja la camiseta y rojo el *short*, colgando del cuello una medalla muy dorada y los brazos abiertos, levantados, como en la V de Victoria. En el segundo pedestal apareció Bubka, el ucraniano luciendo galardón de plata, y otro más en el tercero, uno que Ramón no reconoció y que, por el apellido que Jorge Ángel declamó afectado, le parecía italiano.

Ramón agradeció mucho, se reía nervioso, miraba al cuadro, al vecino, y otra vez al cuadro, tomaba un trago, se reía, le brindó al vecino de su vaso, le dijo que era feliz, y no se preocupó por la manera en que el amigo había conseguido una farsa tan real. “Solo un *fake*, obra de un amigo, me costó mi dinerito”.

Si hubiera tenido piernas no dudaría en levantarse y abrazar a Jorge Ángel, pero no pudo subir y volvió a beber, y escuchó a la cantante que escogió el vecino, le gustaba mucho, estaba de moda entre la gente de buen gusto, eso decía el dueño de la casa, y que se llamaba Lhasa, era mexicana, vivía en Canadá, la canción que se escuchaba era la que prefería; y ponía su voz para acompañar a la mujer, tenía buen tono, empastaba muy bien su voz con la de

Lhasa, y se exaltaba más en una estrofa que en las otras: *Y es el hombre al fin como sangría/ que a veces da salud y a veces mata.* Jorge Ángel sentía que Ramón le daba las dos cosas, salud y muerte; muerte y salud, pero no dejó que lo notara. Esa noche no hizo chistes, no lo provocó, no al menos como otras veces. Ramón estaba esperando los embates, los juegos, los coqueteos, las propuestas y promesas. Ramón miraba su regalo, miraba al dadivoso, y el otro fue tierno, muy cortés, casi silencioso; apoyaba o rebatía discretísimo, elegante, haciendo ver que era inteligente. Era solícito, y Ramón aceptó quitarse la camisa, había mucho calor, el whisky era muy fuerte. Jorge Ángel miró su pecho. Le habría gustado verlo intacto, como lo miró en sus carreras con la pértega y luego en el salto, en la caída. Ya no era igual. Jorge Ángel no vio anunciarse los pectorales definidos, él esperaba un pecho helénico, el mismo que antes disfrutara con miradas, el mismo que antes añoró tocar, pero no fue lo que encontró, ni siquiera le pareció cercano al torso del Belvedere; la estatua mutilada mantuvo el pecho fuerte y definido, el de Ramón no era ya elegante y musculoso, era esmirriado, casi enteco, y pálido. Jorge Ángel tuvo ganas de llorar por los recuerdos y por lo que entonces vio, tuvo ganas de besar al mutilado.

Ramón esperó a que dijera algo, bien notaba sus miradas pero esperaba la palabra, estaba feliz, agradecido, y olvidó todo lo que había afuera, se concentró en el trago, en la conversación, respondió a las miradas, se tocó y levantó sus fuerzas, se miró, observó al otro cuando lo despojaba de sus pantalones recortados y sintió un escozor cuando le acarició sus cicatrices, cuando recorrió el pecho, cuando fue gozón y maternal, cuando lo escuchó decir que también era un perverso y se prendió a la pértega, se encajó en ella como si detrás tuviera el hoyo pequeñito donde debía ajustarse antes del salto; y Ramón se empuñó imaginando que saltaba después de afincar en el hoyo la garrocha,

y cerró los ojos, los apretó fuerte, primero los pies por sobre la varilla, y también el arco que hizo con su cuerpo, y cayó sobre sus pies, con las manos levantadas, como en la V de Victoria, y llamó al contrario por su nombre. Jorge, le dijo, y también mi ángel, le dio todo, todo, todo, lo cercó con su brazo derecho, el único, y le besó el cuello, le besó la espalda, quedó quietísimo metido en el huequito, con su pértiga.

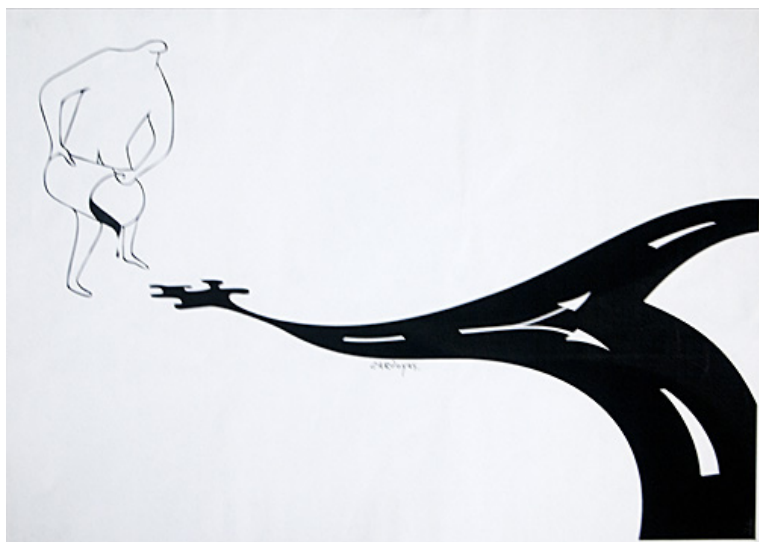
Ninguno de los dos se atrevió a hablar después. Solo cuando Ramón se marchaba, Jorge Ángel le puso en el bolsillo un billete de diez dólares, lo invitó a su fiesta de cumpleaños que sería al día siguiente y en la tarde, vendrían sus amigos, los más íntimos, dijo en medio de una sonrisa socarrona. Ramón contestó que no, prefería volver cuando estuviera solo. “Claro, si tú quieres”.

Y ahora la madre le anunciaba del incendio en el solar, y la muerte de Esteban, la de Ovidio, y para colmo, le contó que no aparecía Jorge Ángel. Ramón pensó en su suerte, recordó el cuadro que le regalara la noche anterior, el que colgó detrás de su cama y que debió quemarse. Ramón pensó en el traqueo del cristal, en la caída, y caminó la Habana Vieja. Ramón pensaba en Jorge Ángel, en lo que pasó entre ellos unas horas antes. Muchas veces deseó que no insistiera, que no existiera. Ahora no volvería a insistir. Ya no existía y lo extrañaba. No debió dejarse embaucar. Debíó resistir pero no lo consiguió, ya era tarde, y lo extrañaba. Habría resultado mejor el incendio un día antes. Ramón cree que nunca es tarde, al menos las llamas contendrían la lengua al maricón, nadie se iba a enterar de todo lo que ocurrió. Ramón camina La Habana y piensa en Jorge Ángel, quisiera tocarse la entrepierna pero tiene su mano aferrada a la muleta. Piensa en las llamas. ¿Quién volvería a ayudarlo con diez dólares? ¿Quién iba a levantarle la fuerza de su pértiga?

Ramón salió muleteando. La madre supone que está metido en algún negocio, y que hace bien, cualquier cosa es buena si se

trata de comer, dice que la noche anterior al incendio le ofreció diez dólares, por suerte Gloria los guardó cuando vio crecer las llamas, todavía están entre sus pechos, resguardados. Nadie sabe dónde está Ramón. Al Crema le gusta especular, insiste en que debió hacer el trecho de mar al que temía tanto montado en una balsa, que quizá algún día llegaba a Nueva York, que no pudo cerrar los ojos y levantar el brazo mientras se marchaba, que su mano estuvo aferrada al remo para batir el mar, que Ramón avanzaba, muleteando, muleteando...

Elementos comunes



Yonnier Torres

*A Julio Cortázar, Roberto Bolaño y Lewis Carroll.
A Legna, Anisley y Raúl.*

Primavera 2010. La Habana, Cuba. Lluve.
El agua mancha la ciudad. La gente cruza la calle con
bolsas de nylon atadas a la cabeza.

El tren se detiene sobre el puente. Los pasajeros miran hacia abajo, hacia arriba. A través de las ventanas el tiempo parece detenerse mientras las gotas tatúan el cristal y los charcos se extienden en los desniveles del asfalto.

Abro el libro de Cortázar. Cuento las páginas que me faltan por leer, hago cálculos, inferencias, me detengo por unos segundos en las piernas de la ferromozza que atraviesa el pasillo, pide los boletos sin hablar, con un gesto de la mano que se me antoja suave y a la vez violento, cual si le estuviera haciendo un favor a cada uno de los pasajeros, un favor que luego le fuera a pesar en la conciencia. Imagino que con doce horas de viaje sea suficiente para terminar de leer la novela. La ferromozza cruza hasta el vagón del fondo. Sus piernas se pierden entre la luz, la lluvia y la estrecha puerta de hierro. Abro la mochila, saco el libro de Bolaño, el de Carroll y me propongo no perder tiempo en cavilaciones tontas. Si logro mantener la concentración podré leer a los tres y bajar del tren, al término del viaje, con un estilo bestial:

El tipo es una bestia, dirán los poetas que se sientan cada tarde

en las mesas del Café.

El tipo es una bestia, dirán los miembros del Jurado.

El tipo es una bestia, dirá la escritora y solo entonces se verá desarmada, no le quedará otro remedio que abrirme la puerta del cuarto, quitarse la ropa y apagar la luz.

Una apuesta es una apuesta, le diré, como hice el día que nos conocimos en la Casa de Cultura. Me sacaré los zapatos, los pantalones, pondré encima de la mesita de noche los tres libros, cual si formaran parte del ritual y sus autores, complacidos, pudieran ver los resultados de mi esfuerzo.

El tren reanuda la marcha. El puente queda atrás, entre la cortina de lluvia y las fachadas de los edificios. Salimos de la ciudad y entramos de a poco en el descampado. Afuera el paisaje se repite idéntico: un desierto interminable de rocas blancas, a ratos algún conejo, un caballo o un grupo de cangrejos carreteros, de esos que se cuelan entre las vías del tren y atraviesan los rieles cuando va a caer la noche.

Me duele el pecho, repaso las líneas que acabo de leer. Busco un vínculo, algo que me una a Cortázar y solo encuentro kilómetros entre mis intenciones y su ilusión, entre sus litros de vino y los tragos que me despacho directamente de la caneca, siempre que rebaso una docena de páginas. El alcohol baja como lenguas de fuego y me alivia por unos minutos. Luego vuelve la humedad, la lluvia, la fiebre y el sudor.

Registro cada uno de los bolsillos hasta que encuentro la tableta de pastillas, ya solo me quedan dos. En cuanto se detenga el tren debo ir directo a una farmacia, sin las pastillas los dolores son incontrolables.

La escritora no sabe de mis dolores, yo tampoco sé de los suyos. Así es mejor. Solo intercambiamos elementos comunes, cuestiones de interés para los dos.

Siempre hemos hablado de literatura. Nos colgamos del telé-

fono los miércoles de doce a cuatro de la mañana. Yo le cuento lo que dicen de ella en La Habana. Ella me cuenta lo que dicen de mí en Santa Clara, en Cienfuegos, en Camagüey. Dicen horrores. Los mismos horrores que dicen de Legna y de Raúl, pero a ellos no les importa, a nosotros tampoco.

La ferromozza regresa al vagón, reparte la merienda justo en el momento en que Cortázar vomita el primer conejo. Miro el pan con la misma cara que Cortázar mira al conejo vomitado, lo guardo en la mochila, él lo pone sobre el armario y piensa dónde esconderlo para que la señorita de París no lo encuentre. En el patio de la Casa de Cultura siempre hay sol, las paredes derruidas no arrojan sombra, la escritora me dijo que era una imagen muy sugerente, una suerte de acción de resistencia, castigo preconcebido, algo así como una autoflagelación. Nos encontramos de repente y de pura casualidad, como se encontraron Legna y Raúl en el medio del patio, bajo el sol del mediodía, rodeados de escombros, en una Casa de Cultura que antes había sido un colegio de monjas y ahora era el escenario para un recital de poesía performática. El poeta ajustó el micrófono sobre el podio, miró al público con un gesto muy parecido al que usaba la madre superiora para mirar a sus monjas y con un girasol en la mano recitó un poema vulgar que hablaba sobre una traición, un par de conejos blancos y un pez. A Legna y a Raúl les hubiera encantado, pero a nosotros nos pareció horrendo y salimos de la Casa de Cultura.

El tren se detiene, va marcha atrás. Siento fatiga. Creo que voy a vomitar. Cierro los ojos pero el sonido del movimiento a la inversa me penetra. Saco la cabeza por la ventana, vomito y entre hilos de alcohol, sobre los rieles, comienzan a caer conejos. Algunos dicen que debemos salirnos del camino, darle paso a varios vagones llenos de soldados que van a hacer entrenamientos a los campos de Consolación del Sur. Miro a través del cristal,

tengo la impresión de que el paisaje crece a medida que retrocedemos y en cámara lenta, como en esa película de Tarvskosky, el humo lo cubre todo.

Caminamos hasta el parque. La voz del poeta atravesaba la calle, chocaba contra el muro. No paraba de decir en un continuo letargo:

Los geranios crecen...

Los geranios crecen...

Los geranios crecen...

Quise invitarla a tomar helado o café, como hizo Raúl con Legna, pero no habían heladerías alrededor del parque, cafeterías tampoco. Las calles estaban desiertas. El sol mantenía enclaustrada a la gente y solo dos viejos, en un banco del parque, miraban con insistencia el reloj de la catedral. Las manecillas se habían detenido a las siete y cuarto, ciento setenta años atrás, cuando la Casa de Cultura era un colegio de monjas y las paredes del patio arrojaban sombras sobre la imagen de un Cristo benévolo; un Cristo dibujado por los artistas plásticos de la localidad a cambio de cinco pesos y unas cuantas estampitas de la Virgen María.

Después de pensarlo muchas veces le dije a la escritora que mejor que un helado o un café, era una pizza y de haber tenido cinco pesos más, la hubiéramos comprado, pero ninguno de los dos sabía dibujar a Cristo.

Los soldados pasan a gran velocidad, apenas logro ver sus rostros cansados bajo los cascos. Dejan a su paso un ruido terrible. Mientras la tristeza se empoza con hedor a muerte, el tren reanuda la marcha. Afuera dejó de llover, algunas vacas tragan la hierba como si fuera un purgante, miran con sus ojos tristes, con sus ojos de vaca. La gente se acomoda sobre los asientos, sacan almohadas, sábanas y toallas. Retomo la novela de Cortázar, intento adelantar en la lectura, pero hay una chica en el asiento de enfrente que no me quita la vista de encima. Subió en la última

estación y desde entonces no ha hecho otra cosa que observarme. Yo me incomodo, trato de taparme el rostro con el libro pero resulta peor porque no puedo ver lo que hace, hacia dónde mira. Quizás si le doy a leer el libro de Carroll se entretenga un rato, se deje llevar a través del túnel en el suelo y desaparezca tras un conejo blanco, pero entonces perdería mi libro.

Los viejos mantienen la vista en el reloj de la catedral con una fuerza tenaz. Decidimos sentarnos en un banco del extremo opuesto del parque, ella me dijo que la imagen era muy sugerente, tiene la manía de hacer literatura con elementos comunes. Traté de enseñarle el juego de los Beatles, como mismo me lo habían enseñado Legna y Raúl. Debía mencionar una primera canción y yo otra que comenzara con la última letra de su título. Ella dijo que solo dejaría de ser aburrido si apostábamos algo. La primera vez aposté mi disco de Red Hot Chili Peppers contra un beso que rebasara los dos minutos, perdí el disco cuando me quedé sin canciones después de *Yellow Submarine*. Las apuestas fueron cada vez mayores. Perdí muchas cosas y solo gané un *striptease* muy básico, de alguien que no sabe desnudarse con gracia.

La ferromozza anuncia que haremos una parada de treinta minutos en la estación.

Salgo a la calle y pregunto por la farmacia más cercana.

Los dolores en el pecho vuelven como estacas clavadas a golpe de martillo.

Camino una, dos, tres cuadas.

La dependienta me dice que hace un mes no entran esas pastillas, que pruebe suerte en la otra farmacia, queda como a un kilómetro bajando por la calle principal.

Le pido al mensajero que me lleve en su bicicleta.

Me mira.

Lo piensa.

Me mira.

Lo piensa.

Sale pedaleando.

Le digo que acelere.

Vamos a toda velocidad.

La dependienta me dice que hace un mes no entran esas pastillas, que pruebe suerte en la otra farmacia, queda como a un kilómetro subiendo por la calle principal.

Le pido al mensajero que me lleve de regreso.

Lo piensa.

Me mira.

Lo piensa.

Me mira.

Sale pedaleando.

Se oye el silbato del tren.

Subo al vagón.

La ferromotora anuncia que saldremos en un minuto. Estoy empapado en sudor. Tomo el último trago de la caneca y las lenguas de fuego, por unos segundos, aplacan el estruendo de los martillazos en el pecho.

Abro el libro de Cortázar, las gotas ruedan por mi frente, caen sobre las hojas manchando algunas palabras que se desdibujan, como si contuvieran dentro un significado especial. Los dolores regresan. Trato de olvidar. Recuesto mi cabeza al cristal de la ventana.

Cerré los ojos y la escritora me dijo: *ese juego es una mierda. Vamos a hacer una apuesta de verdad*. Nos fuimos del parque. El recital de poesía performática en la Casa de Cultura había terminado. Esa noche durmió en mi apartamento, sostuvo una terca resistencia, probé con el incienso, con las velas aromáticas, con el contacto por descuido pero ella estableció a tiempo una línea imaginaria en el centro de la cama. No pude dormir. Ella tampoco.

Despertamos hablando de literatura. Le unté mantequilla al

pan. Ella escribió unos cuantos versos en la servilleta sobre un conejo blanco, un pez plateado y unos cangrejos carreteros. La dobló con elegancia. Extendí el mantel sobre la mesa. Escribió una dedicatoria y bajamos las escaleras.

Me aprieto el pecho con ambas manos. Creo que voy a morir y pienso en los Beatles, en la sonrisa de Paul, en los ojos de Lennon. Me gustaría llegar al cielo con esa imagen. El tren está por detenerse en la última estación, ella quizás me espere impaciente, quizás le haya telefoneado a Legna y a Raúl para decirles que estoy por llegar, que iremos directo para el Café, que guarden la mejor mesa y compren una botella de vino. Quizás mire hacia la curva cuando oiga el silbato del tren. Sostengo el libro de Cortázar, tiro al suelo la tableta sin pastillas, agarro la sonrisa de Paul, los ojos de Lennon y me detengo unos segundos en las piernas de la ferromozza, que atraviesa el pasillo para decir: *hemos llegado al destino final*.

LITERATURA POLICIAL

Sinfonía para un crimen



Yamilet García Zamora

Oyes el sonido del cañonazo —todavía se puede escuchar en Centro Habana, caray— y entonces, solo entonces, apuras el paso. No hay crimen perfecto, y las palabras de tu amiga, la escritora policíaca, resuenan en tus oídos. Sí, sí lo hay, solo hay que pensar un poco las cosas, saber hacerlas. Y sonríes. Hoy es el día, nadie podrá cogerte nunca, porque te vas en una balsa, a la Yuma, a vivir bien, Yo, asere, voy a ser millonario, le dijiste a tu “amigo”, el mismo que vas a despachar esta noche. La de tu partida.

Doblas por Lealtad y enfilas Reina. La calle está oscura y sorteas los posibles huecos en la acera. El 314 se perfila entre las sombras, los socios jugando dominó afuera, sin camisas, la botella de ron, la gritería. Hoy le están dando al Pulgas unas pastillas con ron y el pobre perro se revuelca, intentando huir. Qué sociedad protectora de animales ni qué carajo, estas bestias no saben de eso. Saludas a todos y entras al solar. Un ramalazo de pestes te alcanza: mierda, meao, sudor. Alguien hace el amor en el segundo cuarto y no les importa gritar, que las paredes se muevan y todo el solar se entere que la singueta es de padre y señor mío. Ni que los niños oigan. Ni que los ancianos sientan envidia y los jóvenes se masturben con el inconfundible hedor —porque aquí no es olor, ni siquiera el sexo huele bien— de los cuerpos desnudos. Una rata pasa a tu lado y se detiene. No huye. No se esconde. Te reta. Me cago en tu madre, puta rata, vete pal carajo. Das una

patada en el piso y el animal te enseña los dientes. Pero un olor a comida llega del cuarto del medio y la rata sale corriendo. Frijoles negros y arroz, dices, olfateando. Hoy tienen todo un banquete los blanquitos.

Entre las sombras, te escondes de los curiosos. ¿Curiosos? Todos te miran con indiferencia, los que están haciendo cola para bañarse. Atraviesas el patio, saltando los charcos de sustancias innombrables y llegas al último cuarto. Sabes que Julio está ahí, el mariconcito de carroza más conocido de La Habana. El que te armó un *show* hace ya varias semanas en medio del camello, No te hagas, bugarrón, no te hagas. Tú eres mi macho, lo sabes. Y eso, asere, no se le hace a un hombre. Desde tu musculatura de mulato estibador de los muelles, acostumbrado al alcohol, la mariguana y las jevas, sentiste una punzada en la cabeza y te bajaste del camello, rojo, furioso. Ya verás, maricón, ya verás. Y esperaste. Tres meses. Más meloso que nunca. Como si lo hubieras olvidado todo. Pero estabas maquinando tu venganza. Y la huída. Me piro y nadie podrá achacarme al muerto. Porque, asere, sí hay crímenes perfectos.

La puerta está entreabierta —como siempre— esperando por los posibles clientes, cubanos, extranjeros, no importa. Un altar a Yemayá en una esquina. El olor a incienso —sí, papito, yo jineteo por las cosas buenas, no solo por las buenas pingas. Aquí no se sienten las pestes. Hay baño dentro del cuarto. Y barbacoa. Y cocina con gas. Julio está acostado, con la grabadora pegada al oído, escuchando música, quizás, El bolero de Ravel. Sí, Julio me la enseñó porque yo no oigo música clásica, ni sabía nada, de verdad, el mariconcito me enseñó algunas cosas, menos leer literatura policíaca, eso siempre lo he hecho, me gusta eso de los asesinatos. Por eso, recuerdas, empezó tu amistad con Telimay, la gordita rara de la secundaria, que escribía cuentos policíacos a los 14 años. Tu amiga, a pesar de ser ella toda una doctora en esa

idiotéz de Ciencias Filológicas y tú, un estibador. Ella me presentó a Julio, su primo, porque, vaya, yo nunca le he dicho que me gusta singarme a los hombres, soy macho, me acuesto con mujeres pero creo que ella adivinó esa debilidad.

Julio, en la oscuridad, no te oye llegar. La música lo ensordece. Lo embobece. Un movimiento, uno solo, le tapa la boca, la nariz. Lo ahoga. Lentamente. Manotea en el aire y tú te separas, no vaya a arañarte o arrancarte algún pelo que te pueda incriminar. No te das cuenta que las manos del otro se han aferrado a la grabadora. Lo arrastras hasta la cocina. Le metes la cabeza dentro del horno. Suspiras. Qué hambre tengo, este maricón de mierda hace tres meses que no me invita a comer, Porque estoy bravo contigo, papito, lo que te dije en el camello era verdad, solo me pegué un poquito a ti, para sentirte, mi mulatón. Y me empujaste. Por eso te dije lo que te dije, papichurri. Y estoy bravo contigo. Nada de comida, porque si alimento tus tripas, alimento tu pinga. Y también estoy bravo con tu pinga. Sientes un ligero vahído, no sabes si de miedo, hambre o triunfo. Abres el gas. Un tenue tufillo sale, muy tenue, pero no le das importancia. Adiós, amorcito, a los hombres no se les arma esos *shows*. Aquí, en Los Sitios, eso cuesta la vida. Lo piensas. ¿Lo piensas? ¿Lo susurras? Te dejo la música porque me enseñaste que “es sacrilegio apagar una buena melodía”. Con cuidado, le muerdes el cuello —sin dejar huellas de dientes—, le das un chupetón, limpias la saliva. El crimen perfecto, Julito, te suicidaste. Cierras la puerta y te vas.

Ay, mi prima, tremendo *show*, niña. Le grité en medio del camello, una pataleta de maricón despechado. Pero ese mulatón me gusta y no tiene que hacerme eso en público, rechazarme así. No, si lloro de despecho, de ganas de acostarme con él pero lo estoy llevando de la mano y corriendo. No, déjame a mí, preparo un té en la hornilla eléctrica, niña, si no tengo gas. El mismo día de la bronca con Ciriaco, fue un día perro. Nada, que la gente de

este solar es apestosa, cochina y envidiosa, me echaron pa' lante, que tenía una toma clandestina de gas y ná, me lo cortaron. Eso sí, lo sabe todo el mundo menos Ciriaco, no lo invito a comer y le digo que es una venganza. Sí, mi prima, voy a fumarme un pito porque estoy muy nerviosa, imagínate, sin gas, pasando trabajo con la comida, sin macho. ¿Vas a hacer eso? ¿Como a las once? Sí, no te preocupes, te espero, al menos, comeré caliente. Ay, niña, vales un millón de pesos... no, me daba pena decirte todo esto, y como no venías... vaya, pensé que estabas en una de tus bajadas de musa...

Sí, la acompañaste porque estabas aburrido. Porque era sábado por la noche, ya habías visto las películas y ella te insistió tanto, Vamos, Ciriaco, no seas así, bailamos un poquito, dale, hazme la media, es en Los Sitios y no quiero ir sola. Te reíste de sus miedos de blanquita-doctora-asesina-en-broma. Mijita, te pasas el día escribiendo de la gente de la calle y no te atreves a ir a una fiesta. Dale, vamos.

Lealtad abajo, atravesando todo Los Sitios, hasta llegar a Belascoaín. La fiesta, en su apogeo. Alguien llamó a Telimay y tú te quedaste solo, en una esquina de la atiborrada sala. Te pasaron un vaso que aceptaste y un cigarro que rechazaste, Ahora no, compay, más tarde... si te queda, No te preocupes, asere, aquí al lado venden. Parejas sudorosas, bailando con frenesí, lujuria, sin tapujos ni permisos. El pegajoso calor de La Habana. Ron. Hierba. Sudor. Perfumes que se escapan porque no aguantan el embate de las gotas, chorros, que corren por los rostros. Telimay se acercó con un hombre alto, delgado, de sonrisa amplia. Ciriaco, mira, mi primo, Mucho gusto, yo soy Julito, al que le gustan los palitos por el culito. Lo miraste, un poco extrañado por las palabras del otro, Qué loca de carroza, pensaste, pero una corriente te atenazó la pierna, los muslos... el estómago. Lo sientto, asere, yo no tengo palito, yo tengo una tranca. De ahí a la

cama, pasaron veinte minutos.

Mira, Teli, yo sé que tú eres, vaya, una gente mechá, siempre lo fuiste, desde la secundaria, pero yo, la verdá, me quedo con La Gata Triste y Arturito, el del collar doble. Y ella te miró con roña, No hables así de los clásicos, no son tus amigos, Claro que sí, Teli, igual que tú, eres mi asere, hablo contigo aun cuando no estás, discuto de crímenes contigo, con ellos. Están en la casa de ella, un apartamento pequeño, al lado del solar de Julito. Y sabes que la mamá está en el trabajo y llegará tarde porque tú no le gustas a la vieja, esa amistad con un mulato mariguanero, borracho y quién sabe cuántas cosas más. Pero tú quieres a Telimay, es tu gran amiga y ella te adora, te presta libros. Vaya, Teli, a mí me gusta que me prestes libros pero algunos son tan aburridos, el *Máscaras* ese no me lo pude meter, hay libros que no entiendo. La Gata, sí. Y ves que ella suelta la carcajada, no lo puede evitar, tus desplantes literarios la hacen reír. Pero ni siquiera La Gata escribe crímenes perfectos, te dice, tu teoría se desmorona. Cualquier detalle, el más insignificante, el que no se planeó, lo echa abajo todo, porque, Ciri, los asesinos no son máquinas, son personas. Tomas un buche de ron mientras ella se prepara su té, Tan intelectual bebida, Teli, la fastidias siempre. Te digo, Teli, mi asere más leída y escrita, sí hay crímenes perfectos, escribe una novela de eso, te lo he dicho una pila de veces, yo te ayudo, vaya, yo invento todo el crimen y tú le pones las palabras bonitas esas de la pos mierdera o como carajo se llame. Ella se dobla de la risa y te sientes bien, en un ambiente donde eres oído por una persona muy inteligente, alguien que escribe de ti, de la gente de la calle, de los crímenes de esta ciudad, espejo de todo lo negro, llámese género, raza, amor, política o sexo. Está bien, Ciri, vamos a meterle mano a la obra: piensa en cómo hacer el crimen perfecto y yo lo escribo, Pero pronto, Teli, porque yo me voy. Ves cómo ella se entristece, tantas veces ha discutido contigo eso, No, Ciri,

esa no es la salida. Pero ya no te dice nada. Un crimen perfecto, Teli, pasional, como todo en este país porque, vaya, tu novela está buena, pero, asere, eso de los fantasmas y la historia es muy elevado para la... ¿cómo dijiste el otro día? Coño, me gustó la frasecita... sicología tropical del cubano. De pinga, Teli, eso de matar. ¿Crees que los escritores policíacos puedan ser asesinos? ¿La Gata? ¿Arturito? Te miró, esperando la pregunta que no hiciste. Pero ella sí. Y tú, Ciri, ¿podrías matar a alguien?

Sales del solar, caminando lentamente y silbando una canción. Ya nadie juega dominó, el Pulgas está endrogado, dando vueltas sobre sí mismo y tratando de morderse el rabo. Nadie te mira. Sigues por toda Reina, entre el silencio y la oscuridad. Coño, deberían tirar de una vez este cabrón edificio, lleva como veinte años apuntalado, a ver si le cae arriba a Yumurí, o a un pobre infeliz que venga caminando, y después, se jodió el muerto y La Habana seguirá apuntalada. Doblas por Belascoaín, rumbo al malecón. No le dijiste a nadie, solo a Teli, Me voy mañana, amiga, en una balsa con unos socios del Canal. Me van a recoger en el Malecón, para salir de la playa del Chivo, como a las doce de la noche. No te preocupes, la gente está saliendo por montones, hay que aprovechar la racha, no paran a nadie y te recogen los guardacostas yanquis apenas sales de las aguas de Cuba. Claro, asere, en cuanto llegue te llamo pero antes tengo que arreglar un brete. Le viste los ojos llenos de lágrimas, quizás la única persona que realmente te quería. Te abrazó con fuerza, Cuídate mucho, Ciri, todavía me debes el crimen perfecto para mi novela, Y tú, me debes el Nobel.

Le digo, compañero, es mi primo. Le traje comida caliente, porque no tiene gas. Encontré la puerta cerrada, lo que me pareció raro, porque él nunca cierra la puerta. Y como tengo llave... No, compañero, todo estaba oscuro, tuve que encender la luz y entonces lo vi, de rodillas, medio tirado, con la cabeza dentro del

horno. Me asusté mucho y corrí a sacarlo. Me di cuenta que estaba muerto y entonces, los llamé... Pero, bueno, compañero, ¿qué va a hacer con la cabeza dentro del horno, si no tenía gas hacía unos meses? Claro que no puede ser un suicidio, mire, hay señales de asfixia, ¿ve?, marcas de dedos que trataron de esconder con esos chupones de enamorado. ¿Yo? No, compañero, soy escritora policíaca, por eso me doy cuenta de los detalles. Y, fíjese, estaba escuchando la grabadora. Pero las teclas que estaban encendidas eran las de grabar, no las de reproducir. No, no oí lo que se grabó, me dio miedo, no sé por qué. Pero usted es la autoridad, puede escucharla.

La noche era cerrada por completo y apenas se veían entre ellos. No te diste cuenta de la cercanía de la policía. El “¡Arriba las manos!” te paralizó. Viste como los otros se echaban a correr pero el cerco policial los detuvo. Como a través de una neblina, oíste una voz preguntar: ¿Quién es Ciriaco? Crees que diste un paso adelante. O levantaste la mano. No recuerdas. Las esposas cayeron sobre tus muñecas y apenas pudiste balbucear ¿Qué pasa? Y otra vez, a través de la neblina, o del tiempo, oíste tu propia voz, accionada desde una grabadora: “Adiós, amorcito, a los hombres no se les arma esos *shows*. Aquí, en Los Sitios, eso cuesta la vida. Te dejo la música porque me enseñaste que ‘es sacrilegio apagar una buena melodía’. El crimen perfecto, Julito, te suicidaste”.

El último jonrón



Leopoldo Luis

Martincito estaba en el comedor mirando el juego de pelota entre Villa Clara e Industriales cuando sintió un ruido extraño en la terraza. Recién terminaba de almorzar, pasadas las dos de la tarde, como acostumbra a hacer cada domingo después de beber unos tragos con el primero que aparezca y le acompañe.

La casa le resultaba demasiado grande. La había construido él mismo, bloque a bloque, guiado únicamente por su instinto para los trabajos manuales y, en cuanto a diseño, atendiendo a las preferencias arquitectónicas de su esposa.

Martincito no es albañil, sino soldador. Un excelente soldador. Soldador A. En realidad técnico medio en construcciones mecánicas, dedicado a la soldadura durante veintidós años. Los mismos que estuvo casado con Helena, antes de que ella y su hija de diecinueve lo abandonaran en agosto del 94. Casi un año pasaron en la base de Guantánamo, en el que apenas supo de ambas; más dieciséis en Miami, de donde escasamente recibe una que otra información intrascendente sobre el destino de su familia. Mala pata la de Martincito, acabar solo.

Eso sí: conserva la casa. La propiedad, como corresponde en estos asuntos, rezaba a nombre de ambos, pero tras la partida Martincito adquirió del estado cubano la mitad que perteneció a la ausente, llegando a convertirse en propietario absoluto. De inmediato hizo algunos cambios. Vendió los muebles innecesarios

y compró televisores para colocar en las habitaciones que efectivamente ocupaba: la cocina, el comedor y el cuarto. Tres televisores GoldStar de diecinueve pulgadas con una antena ubicada a suficiente altura. Estuviera donde estuviera —en la cocina, en el comedor o en el cuarto— Martincito tenía garantizado su partido de béisbol. Es un gran fanático. Como que fue un jugador magnífico. Le daba duro a la bola, Martincito. A cualquiera le bateaba un jonrón. Ahora disfruta el juego que transmitan por la tele, sin importar los contendientes, porque para él la liga cubana consta de dos equipos solamente: los Industriales de La Habana y el que integran el resto de las catorce provincias del país, a favor de las cuales apuesta siempre en su lidia con los del bando azul.

Ya dije que Martincito acababa de almorzar un exquisito filete cuando escuchó ruido en el patio. ¿No había dicho lo del filete? Lo que sucede es que Martincito no cocina. Claro, puede darse ese lujo porque gana buen dinero con la soldadura, haciendo encargos particulares. Unas veces fuera del horario de trabajo, en la parte trasera de su vivienda, donde tiene los aparatos. Otras veces se los lleva al taller y aprovecha la menor oportunidad para eludir sus deberes y enfocarse en lo suyo. Es así.

Martincito compra víveres y surte el refrigerador de la vecina del fondo, una mulata cincuentona que perdió al marido en un accidente de trenes. La mulata cocina para ambos y Martincito recoge la cantina por la tarde, en cuanto llega de la fábrica. No siempre la recoge, porque en ocasiones se baña y come en casa de la vecina y luego espera también la noche para mirar la pelota. Como los dos están solos han hecho buenas migas, Martincito y la mulata. Una vez por quincena Martincito se queda a dormir. La mulata no se queja: el soldador es un hombre de sesenta años.

Ya está viejo, pero tremendo pelotero fue Martincito. Integró más de una vez la preselección de la provincia. Jugó con Huelga, con Macías, con Blandino y con José Pérez. Conoció a las grandes

estrellas de Azucareros, cuando Azucareros era el mejor equipo de Cuba. Hay que oírle contar sus historias. Para todos los gustos las tiene Martincito. La mañana en que le bateó de jonrón al “Duke” durante una práctica. La tarde en que Montejo y él cubrieron los jardines, ellos solos, porque faltaron los demás jugadores al entrenamiento. Qué tarde, recuerda Martincito, Montejo en el *leftcenter* y Martincito en el *right*, capturando lo que fuera. Y eso que era *cátcher*. Pudo haber llegado lejos Martincito, pero la competencia era mucha. ¿Cuántos receptores buenos no tuvo Azucareros? Lázaro Pérez, Albertico Martínez, José Gómez “El látigo”...

La decimosegunda serie fue su mejor momento. Estuvo a punto de entrar en la reserva. Pudieron haber incluido a cuatro *cátchers* en el equipo, con tal de dar un chance a Martincito. Él habría sabido aprovecharlo, sin lugar a dudas. Pero no lo hicieron y así son las cosas. Ese fue también su último año. La depresión le dio por casarse y alejarse poco a poco del juego. Fue un error. Las mujeres van y vienen, pero el béisbol se queda. Ahí tienen a Martincito, ¿no lo abandonó su propia hija?

El domingo en que oyó el ruido Martincito estaba solo. Se había llevado el filete a casa, el *congrí* y la yuca hervida aderezada con mojo de ajo y *empellitas* de puerco. Yo estuve dándome unos buches con él por la mañana, pero al mediodía lo dejé con su almuerzo y su juego de pelota y me fui a acostar un rato. Me gusta descansar los fines de semana.

Parece que, por algún motivo, Martincito bajó el volumen del televisor y se percató de que alguien entraba en su terraza. Martincito está orgulloso de esa terraza, que en verdad no es una terraza sino un patio con piso de cemento en el ala derecha de la casa, donde cae sombra por la tarde y donde Martincito tiene unos sillones de aluminio pintados de azul y varias plantas. Es un sitio agradable la terraza de Martincito. Yo mismo he pasado

espléndidos ratos allí, compartiendo un dominó y unos rones con los muchachos del barrio. (Lo de muchachos es solo un eufemismo, todos pasamos de la media rueda).

El caso es que Martincito bajó el volumen y descubrió al intruso. Tal vez fue lo contrario: descubrió primero al intruso y acto seguido apagó el GoldStar. Lo que sí es seguro es que Martincito no salió sin echar mano al bate que le regaló el “Duke” al terminar la decimosegunda serie. ¿No mencioné lo del bate? Fue en el 73 o en el 74 cuando el “Duke” se lo regaló; el bate con que Martincito le dio jonrón en el entrenamiento y también la pelota, donde escribió con tinta: # 13, “Duke” Hernández. No el “Duke” de los Industriales y de los New York Yankees, sino el de verdad, el de los Azucareros, que también fue pitcher y jugó segunda. Se llamaba Arnaldo y no Orlando, como el de los Industriales y de los New York Yankees. Martincito era fan al primer “Duke”, no al segundo, por cuestiones de afinidad generacional. El bate tenía como treinta años y también la pelota, y Martincito los guardaba como si fueran un tesoro.

Pues Martincito agarró el madero y salió a la terraza dispuesto a romperle el espinazo a quien fuera. No es un tipo violento Martincito, ni cosa ni que se le parezca. Pero no es fácil que te sientes a almorzar frente al televisor y se te cuele un desconocido en el patio sin pedir permiso, como si tu casa fuera el solar de la esquina y no una casa particular que, por demás, has levantado con tus propias manos. Justificado está, sí señor, que Martincito saliera armado. Le dio un empujón a la puerta y se le paró delante al sujeto, al que encontró arrellanado en uno de los sillones de aluminio como si estuviera en la piscina de un hotel y le dijo nada más quién coño eres y qué coño haces en mi casa.

Es fácil suponer lo que sucedió después, aunque ni el propio Martincito recuerde los detalles. Todo parece indicar que el individuo se negó a moverse; es más, ni siquiera se dignó a contestar.

Martincito se puso a increparlo y a gritarle cosas sin que el tipo se diera por enterado. Como si con él no fuera. Bueno, a cualquiera se la va la rosca en una situación como esa. Sin embargo, Martincito actuó con previsión y ahí es donde entro yo a formar parte de la historia. Sin soltar el bate y sin que el individuo se moviera de su asiento, Martincito tomó el teléfono y me llamó enseguida.

¿Un extraño durmiendo la siesta en tu terraza? No jodas, Martincito, ¿qué tengo que ver? Dile simplemente que se marche. ¿No hace caso? No jodas, Martincito, ¿cómo no va a marcharse? ¿Está borracho el tipo? ¿Es una especie de loco, de retrasado mental? Llama a la policía. ¿Pegarle con el bate? No, espera, espera, Martincito, no te atolondres. No con el bate, no jodas. A puño limpio. Vas a buscarte un rollo, deja el bate. Ya salgo, Martincito, ya salgo.

Me vestí y salí para casa de Martincito: son como dos cuadras. En el barrio todas las casas están más o menos a la misma distancia unas de otras. En una cuadra puede haber cuatro o cinco de ellas. Todas tienen su patio cercado y desde allí se puede ver el patio de los vecinos, y los vecinos ven el de los otros vecinos y así. Es una buena estructura. Una magnífica zona para mudarse. Siempre hay tranquilidad. Los atardeceres son divinos, qué silencio.

Yo viví quince años en Centrohavana y no hay quien soporte aquello. Pareciera que nadie trabaja. Antes de las nueve o las diez de la mañana no se siente un alma, pero después de esa hora la calle es un infierno. Empiezan a despertarse los vagos, a recuperarse de la borrachera de la noche anterior. Al mediodía los ves en los paladares, luchando su almuerzo. Quién sabe de dónde sacan el dinero, el caso es que no les falta. Por la tarde se dedican a sus negocios y luego vuelven a coger la borrachera. Un círculo vicioso. A las dos o las tres de la madrugada se restablece la calma. No

hay quien pueda descansar en esas condiciones.

Llegué a casa de Martincito en menos de diez minutos y me lo encontré súper alterado, empuñando el bate y profiriendo horrores frente al sillón de aluminio. Desaforado Martincito, fuera de sí por completo. Qué coño te pasa, le dije, estás borracho que no ves que no hay nadie en el sillón, que se ha marchado el sujeto. ¿Cómo que se ha marchado?, me miró con rabia. Y yo: tranquilízate Martincito que ya se ha ido el hombre, no te das cuenta. Que no se ha ido a ningún lado, me dice entonces Martincito, míralo coño, mira al cabrón riéndose en mi cara. Y amenazando con el bate al sillón de aluminio: que te rompo la vida hijoeputa, lárgate de mi casa, y yo aferrando por el brazo a Martincito y él más descontrolado que nunca tratando de zafarse, y yo que deja eso Martincito que no te vuelvas loco, que si hubo alguien en tu patio se apendejó en cuanto te vio con el bate y se largó, no jodas. Pero Martincito a no hacerme caso y a continuar amenazando al hombre-invisible y yo en un trance cada vez más difícil porque no había manera de sujetarlo más tiempo, que no sé de dónde saca tanta fuerza la gente cuando le da un arrebató y ya no pude aguantarlo y Martincito la emprende a golpes contra el sillón de aluminio y si no lo destruye del todo es porque le falló el bate, que aunque muy bien conservado era un bate de treinta y pico de años, que lo guardaba Martincito como reliquia desde que se lo regaló el “Duke” en la decimosegunda serie. Y se partió en pedazos el bate contra el metal, primero se astilló la madera y luego se le hizo trozos en las manos a Martincito, que ya no soportó el esfuerzo y respiró profundo y se dejó caer sobre el cemento de la terraza entre las plantas revolcadas y los restos del sillón de aluminio. Entonces me le acerqué por detrás y me senté junto a él en el piso y le eché un brazo sobre el hombro y le dije coño Martincito tranquilo viejo ya pasó, lo del sillón se arregla pero el bate, compadre, un verdadero crimen lo del bate, qué pasa mi

hermano, si te hizo daño el ron vas a tener que dejar de beber o vaya usted a saber qué coño le puso la mulata a los frijoles que te encendió los sesos, no llores Martincito que ya se arregla todo. Y lo ayudé a levantarse y le traje un poco de agua y en eso el patrullero apareciendo porque llamaron los del comité diciendo que unos hombres se mataban en la terraza de Martincito y los miro-nes llegado, todo el mundo a comentar, no sé, como si Martincito fuera un delincuente habitual, que si hay un hombre trabajador en este barrio y educado es Martincito, puedo dar fe de ello, si toda la vida lo he tenido de vecino menos los quince años que estuve viviendo en Centrohavana.

Por eso me levanté y abrí de par en par la verja que separa el patio de Martincito y les dije adelante que no pasa nada, el bueno de Martincito que se tomó unos tragos mirando el juego y todo el tiempo los comentaristas dando por favorito a Industriales, no digo yo si iba a perder la tabla. No hay nada que lamentar si no el escándalo, perdonen todos, y el bate legendario que el “Duke” le regaló cuando la decimosegunda serie.

Y entró todo el que quiso y pudo ver el leño formidable reducido a fragmentos, como si hubiera dado Martincito un jonrón larguísimo, un último bambinazo sobre las gradas del jardín central en el noveno inning para dejar al campo a Industriales, porque debió confundir Martincito al equipo de la capital con el sillón azul de la terraza. Un hombre de su edad no debe andar bebiendo solo, se lo tengo dicho. Miren como han quedado los muebles.

Y la gente a reírse del pobre Martincito, como si no se emborracharan también los hijos de puta, que no pasa fin de semana sin que se forme bronca en la esquina y a llover las palabrotas como en mi época de Centrohavana. Que no faltó quien recogiera los balancines del sillón de aluminio y los restos del espaldar, sabrá Dios con qué intenciones (lo que no deja de ser robo).

Y Martincito avergonzado por su conducta irracional, pidiendo disculpas, porque los hombres como él rectifican sus errores y salvan la dignidad bajo cualquier circunstancia. Y los allegados: tranquilo Martincito que el sillón te lo arreglamos y en dos días ya nadie recuerda el papelazo, lástima del bate, una verdadera pieza de colección, hermano, que ya no tiene remedio.

Eso fue, más que menos, lo que ocurrió. Los policías desalojaron a los curiosos y se llevaron a Martincito al hospital donde puede que le inyectaran un sedante. Me fui a dormir y al otro día me enteré de que los Industriales habían ganado el campeonato. No en balde tanto silencio en el barrio. Más que de costumbre. Villa Clara siempre se atasca en los finales. No son los tiempos del “Duke”, ni de Huelga y de Macías. Ni de Blandino, Montejo y José Pérez. ¿Ya conté que fui jugador de pelota? Siempre lo olvido. Martincito y yo jugamos primera categoría juntos. Nunca fui gran bateador, pero también di mi jonrón de vez en cuando. Me gustaban los jardines. Martincito era catcher. Siempre le atrajeron las máscaras. Por eso se metió a soldador.

En Centrohavana la celebración sería grandiosa, por lo del campeonato. Si les gustará la pelota a esos vagos. Se irían en manada hasta el estadio, a disfrutar de lo lindo. No me arrepiento de haberme ido, aquel lugar apesta. No importa si ganan o pierden los Industriales.

Como a la semana supe que Martincito estaba preso. Nos come la rutina, nos mastica y nos traga. Cuando vengo a ver han pasado siete días y de nuevo es domingo. Me digo coño y dónde está Martincito para echar un dominó y me dicen Martincito está preso. ¿Preso Martincito? Preso Martincito, así mismo. ¿Y qué hizo? Mató a un tipo. ¿Mató a un tipo Martincito, a qué tipo? A un tipo, no se sabe, Martincito lo dejó irreconocible.

Y usted dice, oficial, que tal vez consigan identificar el cadáver y que no fue en defensa propia porque se extralimitó Martincito,

y que habría estado bien un estacazo, incluso dos, para obligarlo a salir de la terraza; pero que nada justifica que le triturara el cráneo hasta que el bate dijo hasta aquí y se le rompió entre las manos, el bate que con tanto celo guardaba Martincito, regalo del “Duke” en la decimosegunda serie, con los Azucareros disputando el título.

Que me hable de asesinato y me diga que conservan congelado el cuerpo en lo que la investigación avanza, y que si quiero puedo echar un ojo y apreciar cómo le puso Martincito el rostro al infeliz, créame, no me convence. Habrán sacado al muerto de otra parte, porque en la terraza de Martincito ese individuo no estaba y el bate se quebró contra los muebles de aluminio.

Yo lo vi. Todos lo vieron. Puedo testificar, si quiere.

Disles que no me maten



Lorenzo Lunar

Es probable que usted no haya leído mi primera novela policiaca. La tirada fue apenas de dos mil ejemplares y eso, en un país donde todo el mundo sabe leer y escribir, es apenas una gota de agua en el mar; sobre todo si se tiene en cuenta que me gasté todo el dinero de mis derechos de autor en comprar la edición casi completa.

Esto de comprar gran cantidad de ejemplares de mi novela lo hice con un noble objetivo: llevar el libro al público a quien en realidad estaba dirigido. Me daba lástima ver mi novela, tan linda, con su encuadernación en cartulina cromada y todo cuento, en medio de la Feria del Libro, pasando inadvertida ante las miradas de los turistas indiferentes.

Como la trama de mi novela ocurre en los bajos fondos de un barrio marginal de mi ciudad, decidí llevar a la práctica eso que alguna gente dice hacer desde una oficina y a lo que han puesto el nombre de Cultura Comunitaria. Y me fui con mi novela al barrio.

Una tarde me senté en la esquina más concurrida del barrio y me aventuré a leerle algunos fragmentos a un grupo de muchachos que bebían algo que según supe después era aguardiente hecha a partir de miel de purga fermentada con mierda de niño chiquito. Me fue algo difícil sacarlos del sano entretenimiento que encontraban en el juego de la chapa, sin embargo, cuando logré leerles el primer fragmento se entusiasmaron tanto que insistieron

en que les dejara el libro que llevaba conmigo a cambio de un litro de aquella bebida exótica. “Pa que se inspire, asere”, me dijo uno que parecía ser el líder del grupo porque convenió conmigo la presentación de la novela la tarde siguiente en el mismo lugar. “Yo me ocupo de la promoción”, aseguró, “y al que no venga de la gente que yo invite le rompo el culo a patadas, no se preocupe.”

La tarde siguiente, cuando llegué a la esquina, me sorprendió un molote de gente que se disputaba un lugar lo más cerca posible del poste donde ocupaban una evidente presidencia los muchachos que la tarde anterior habían estado conversando y bebiendo conmigo. “No se preocupe, escritor, todo está organizado”, me dijo Dignoser, que así se llamaba el líder del grupo. “¿Trajo los libros?”

—Traje cinco o seis —le dije.

—Con eso no alcanza para el lanzamiento.

—¿Lanzamiento?

—Claro, ¿no es así como se le dice a cuando se vende un libro?

—Sí...— contesté y miré al molote que se revolvía ante mi presencia.

—¡Con orden, caballero! ¡Con orden que la gente que está rectificando la cola aquí desde por la mañana no se va a quedar sin ná! —gritó una negra con tipo de campeona panamericana de lanzamiento de la bala, con unas chancletas aplastadas por el excesivo peso y el excesivo uso y los calcañales más sucios que la conciencia de Poncio Pilatos.

—El tipo trae nada más que siete libritos de mierda —exclamó decepcionado un maricón con siete collares de santería al cuello, y el molote volvió a revolverse como una anaconda después de zamparse un toro.

Yo pedí calma a la multitud que respetuosamente se organizó al escuchar mi voz.

—Voy a mi casa a buscar más —dije.

Un rubio alto, sin dientes, con la camiseta rota y peor aspecto que un músico de heavy metal se adelantó a decirme algo, pero Dignoser lo detuvo con un gesto de su mano.

—Tiene media hora, escritor —me dijo con solemnidad y yo supe que de mi puntualidad dependía no solo el prestigio del muchacho en el barrio sino también mi integridad física.

Solté el bofe en la bicicleta, pero a los veinte minutos ya estaba de regreso con cien ejemplares de mi exitosa novela. Otros veinte minutos más tarde regresaba a mi casa sin un solo libro. En el bolsillo tres dólares y cincuenta pesos cubanos y amarrados a diferentes partes de mi bicicleta dos mazos de lechuga, una cabeza de puerco, dos jabones Lux, un pomo de champú por la mitad, tres sábados cortos del aguardiente de marras y un jarrón de porcelana china de la dinastía Ming con su chapilla de inventario del Museo de Artes Decorativas. Comparado con los derechos de autor era un buen negocio. Además, mi novela había caído en manos de su verdadero público.

Pero la historia no concluye aquí. Reencontrarme con un barrio parecido al de mi infancia, cuyos recuerdos me habían servido para la construcción de mi primera novela, era toda una tentación. Las buenas relaciones que había establecido con Dignoser y sus amigos me permitían conversar con personajes de tremenda riqueza y colorido y, quizás, hasta encontrar historias que me permitieran acometer una segunda novela más veraz que la recién concluida. Qué lejos estaba yo de imaginar el precio que habría de pagar. Comencé a darme cuenta cuando noté que a Dignoser habían comenzado a llamarlo en el grupo por el nombre de Gravilla. Gravilla era el bautismo de uno de los delincuentes de mi primera novela. Pero aquello era solamente un botón de muestra, poco a poco fui conociendo personalmente a cada uno de los personajes que yo había creado: Pedro Pechoemulo, Chago el Buey, Frank la Puerca, El Puchy, Pedrusco el Rey del Brillo y El

Gordillo acudían a la esquina cuando yo visitaba el barrio, a compartir conmigo el aguardiente. Increíble era la manera en que habían encarnado mis personajes, baste decirles que El Gordillo, que antes se llamaba Robin Díaz Hurtado, engordó más de quince libras para asumir su personaje y esto le costó que su novia lo dejara. Sin embargo, él sentía que el sacrificio estaba recompensado; era famoso, su nuevo nombre aparecía en un libro. Y esto solamente fue el inicio. Como mi objetivo fundamental era escribir una segunda novela tuve la infausta decisión de discutir el desarrollo de la trama con mis nuevos amigos en la esquina. El asunto de la nueva novela era una serie de crímenes que ocurrirían después de un robo de gafas en un almacén de una corporación. La policía debía ubicar la mercancía en el barrio a través de un informante y ahí comenzaba la pesquisa. Lo que nunca imaginé fue que al día siguiente de haberle expuesto la idea a mis amigos ocurriera un robo similar en los almacenes de la TRD de la ciudad. Coincidencia, pensé. Otra tarde tuve una penosa discusión con El Gordillo. El muchacho no aceptaba la condición de informante que yo le quería imponer en mi proyecto de novela y armó un tremendo escándalo en la esquina, hasta quería fajarse conmigo porque eso de chivato no le servía a él. Dignoser, o sea Gravilla, intervino a mi favor y entre El Puchy y él le dieron una mano de patadas al Gordillo por chivato y por traste y le prohibieron que volviera por la esquina. Aquella noche el complejo de culpa no me dejó dormir.

La tarde siguiente llegué bien temprano a la esquina. Todavía no estaba ninguno de los muchachos, pero me esperaba Leonardo, el Jefe del Sector de la Policía en el barrio. Era un joven de treinta y tantos años, igual que el personaje de mi novela, de hablar pausado y buenos modales como mi héroe. Su verdadero nombre era Raúl, pero ustedes ya saben.

—Vamos a hablar de hombre a hombre, escritor —me dijo.

—¿Qué es lo que pasa?

—Como usted verá, yo me encuentro en una situación muy difícil. Tengo que actuar y en este enredo hay dos o tres socios de aquí del barrio. El Puchy es como mi hermano, estuvimos juntos en Angola antes de hacerme policía y todo eso que usted sabe. Yo sé que él tiene que ver con esto y anda huyéndome. También me preocupa lo de Pechoemulo.

—¿Qué pasa con Pedro Pechoemulo?

—El cadáver no aparece.

—¡El cadáver!

—Claro, el cadáver. Se supone que lo hayan asesinado. Si Chago el Buey es el que tiene las gafas y Pechoemulo lo sabe y quiere joderlo en el negocio, es lógico que lo mate... Claro, que eso no lo va a hacer el mismo Chago, él se cuida mucho de esas cosas. Seguramente va a usar a alguna de su gente... No, al Gordillo no, ese es un infeliz que hasta yo le saco información y lo que hace es enredarse cada vez más con Chago y esa gente... Pero... puede usar a Tanganica. Tanganica acaba de salir de la cárcel y es incondicional de Chago el Buey. Además, en el barrio se comenta que estando él allá adentro, Pechoemulo andaba con su mujer, Mabel la Rubia, ¡tremendo cuero!

¡Todo un argumento! La verdadera solución para mi novela. Yo había soltado la idea y los personajes se me habían ido de las manos. Eso cuando ocurre en la hoja de papel es magnífico, pero cuando la creación literaria y la realidad se revuelven una con la otra, y la vida de un hombre está en juego ya es harina de otro costal. Sin embargo, a Leonardo no parecía importarle nada la tragedia. Él estaba en lo suyo, y para él y para todo el barrio si Pedro Pechoemulo no estaba muerto le faltaba poco.

Traté de explicarle que todo aquello era una locura, que había que hacer algo para detenerlo.

—Detenerlo, sí —me dijo—, hay que detenerlo. Voy para la

Unidad de la Policía a buscar una orden de detención a nombre de Inocente Ascuy, alias Tanganica... Ese tiene que ser el asesino —y me dejó solo en la esquina.

Los muchachos no aparecieron aquella tarde. Cuando la cosa se pone mala en el barrio es normal que todo el mundo se pierda. Casi era de noche cuando decidí volver a mi casa. Deseaba con toda el alma un trago de aguardiente y allá todavía me quedaba un poco de la que había negociado por mis libros. Al pasar frente a la casa del maceta del barrio, o sea Chago el Buey, vi salir a un negro grandísimo vistiendo un pitusa y camiseta azul, tenía un collar de cuentas blancas y rojas en el cuello y la barba arreglada en forma de candado. Me saludó con un gesto y una sonrisa malévola.

Mi primer impulso al llegar a la casa fue deshacerme de la novela. Romperla, quemarla, desaparecerla.

No podía convertirme en un asesino a través de mi literatura. Decidí darle una última lectura antes de hacerlo, cuando terminé me di cuenta que no podía. Hubiera sido otro crimen. Tenía una excelente novela y Leonardo me había dado la solución perfecta de la trama. Traté de reconciliarme con mi conciencia pensando que lo que estaba pasando en el barrio no eran más que coincidencias de la vida y que si aquello tenía que ver con mi novela no era por mi culpa; eran ellos quienes habían decidido asumirlo así. El conflicto interno fue una batalla difícil, pero hay momentos en la vida de los hombres en que deben tomarse determinaciones crueles. Era mi novela y no iba a ceder por un muertecito más o menos. Y no cedí. No cedí ni cuando aquella noche se apareció Pedro Pechoemulo a la puerta de mi casa a pedir clemencia.

—¡Disles que no me maten, escritor! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Disles así. Disles que lo hagan por caridad.

—No puedo. Chago el Buey no quiere saber nada de ti.

—Tú sí puedes, escritor. Puedes decirles que eso no es así. Haz

que te oigan. Tú tienes tus mañas. Disles que ya con este susto está bueno.

—No se trata de sustos, parece que te van a matar de verdad. Y yo ya no quiero volver más allá.

—Anda, escritor, disles que tengan un poquito de lástima de mí.

—Vete —le dije.

—Yo le puedo pagar a Chago, yo le puedo pagar. La cosa puede ser así.

—Ya no hay remedio —le dije y cerré la puerta.

Él debió quedarse un rato ahí parado. Quizás antes de irse al bar escuchó el tecleo de mi máquina de escribir.

—Ponme otro doble —dijo Pechoemulo al dependiente. El hombre lo miró indeciso. Pedro Pechoemulo estaba bien borracho.

—Sírvale, que se emborrache más. Que beba todo lo que le dé la gana —le dijo el negro grande, y se pasó la mano por la barba cuidadosamente recortada a manera de «candado».

Pedro Pechoemulo terminó el último trago de su vida y salió del bar dando tumbos. Tanganica le siguió los pasos. Cuando entraron al barrio, por un callejón oscuro y estrecho, Pechoemulo cayó arrodillado sobre el asfalto. Tanganica lo sintió llorar.

—Por favor, Tanga, mírame, yo ya no valgo nada. ¡No me mates!

El negro se inclinó sobre él y le abrazó el cuello. Luego hizo un gesto breve y se oyó un chasquido.

Leonardo lo encontró arrinconado al pie del poste de la esquina. Por fin se había apaciguado.

—No tendrá nadie que lo extrañe —dijo bajito. Después se montó en su bicicleta y salió a buscar un teléfono.

Hierve la sangre



Rafael Grillo

“Qué hermosa”, piensa, con los ojos henchidos por los destellos de plata, sus dedos acariciando la curva de luna mahometana. Delgada en el nacimiento junto a los gavilanes en forma de S y ensanchándose en el recodo hacia la punta. Hoja de unos cuarenta centímetros, calcula a golpe de vista; la mitad de largo que sus hermanos mayores, debe ser un alfanje del tipo empleado en abordajes, adivina. Y sólo así, dejándose hechizar por lo singular del objeto en que se materializó la sorpresa anunciada, procura que se desinflen las irritaciones precedentes. Ausculta los bordes de la iracunda arma morisca y la descubre tajante por un solo costado, hasta su terminación en un triángulo; este sí afilado en el vértice y los dos cantos... *¿Detalles, no? Buscas detalles.... Presumo que tú eres el mismo que publicó aquel artículo en una revista. Recuerdo el título: “Novelista asesina a su esposa porque no lo dejaba escribir”... Es cierto, que eso fue lo que confesé a la policía... pero puesto de esa manera, parece totalmente irracional, absurdo, hasta para mí. ¿Quieres oír la historia completa? O te conformas con que yo, para justificarme, te salga con un par de citas ingeniosas, de las que el público espera de todo escritor. Por ejemplo, esta de Oscar Wilde: “Las mujeres nos inspiran a hacer las mas grandes obras, pero son ellas mismas quienes nos impiden hacerlas”... “Hermosa... ¡La espada de Mahoma!”, se dice. Y para completar el conjuro que pueda tragarse los restos de fastidio, hace inventario: “Un astrolabio, el*

modelo de navío español del siglo XVI, una pistola de chispa, el mapa con la Ruta de los Galeones, el *macahuitl* de los aztecas...” Ella cumple su palabra de propiciarle una ambientación de época en el estudio y a él debiera bastarle ese argumento para olvidar el pecado de intromisión y los minutos interminables fuera de su rincón de trabajo, forzado a esperar en el dormitorio, mientras ella pretexto que algo tiene que hacer en la habitación de arriba, algo que no puede decirle, una sorpresa es una sorpresa... *Parece que sólo te interesa reconstruir la escena, la circunstancia... Es verdad que entonces dije que “me hervía la sangre y la maté”, pero eso no es suficiente, no, somos seres complejos, lo sabes, y cada acto de un hombre resume su entera existencia. Sólo te pido un poco de paciencia, no demasiada, que no voy arrancar en la infancia como si esto fuera un psicoanálisis... Yo me figuro que antes de venir a entrevistarme a la prisión te hayas leído La palmera doméstica, mi novela, con la que gané el Premio Carpentier. ¿Sí? Pues desde ahí partiremos...* Él aguarda, cónyuge domado, la autorización para retomar su faena. Contempla revuelto el espacio de ella, indemne el suyo; y elucubra que ha dejado así la cama adrede, como queriendo restregarle la noche, otra noche más, en que no acudió al lecho y prefirió pernoctar con los fantasmas de la novela, el proyecto irresuelto, interminable... *Ya conoces la historia de mi libro. Nada original, como suele ser la norma en las novelas infalibles, apenas la variación de un drama de todos los tiempos: un matrimonio y el contraste entre su cara pública y el ámbito privado. De trasfondo: la realidad de hoy, donde las dobleces y las lacras internas conviene enmascararlas tras adhesiones políticamente correctas y el lustre que aportan los cargos prominentes. Los protagonistas: el marido, diseñado a sí mismo para promover la imagen del tipo cabal, responsable ante la profesión y el entorno social, pero que es un tirano en la vida del hogar. Y su mujer, que es la víctima insospechada; a la que poda*

constantemente las aspiraciones de crecimiento individual, a la cual arrancó de su tronco familiar y encima le cercena la ilusión de parir las ramas de posibles descendencias. A la que ha dejado convertida en muñeca hermosa para ostentar en citas mundanas... Como la palmera africana, exacto, regada con celo y bellamente recortada para que no desborde la maceta, por una esposa que no se ha dado cuenta de que su obsesión con el árbol miniaturizado es la venganza desplazada de su objeto verdadero, una desviación inconsciente de sus frustraciones y de su rabia íntima... El episodio sexual en el clímax de la novela, cuando luego de sodomizaciones forzadas y otras vejaciones nocturnas, la mujer bonsái es aporreada por el marido hasta obligarla a encamarse con él y un desconocido, representa la vejación extrema, el evento que hará inflamar las venas hasta el punto de ebullición. Y aunque yo preferí narrar el desenlace desde una perspectiva onírica, de todos modos se admite la interpretación de que al verse ella ensangrentada, con las tijeras de jardinería en mano, es porque se haya producido el pasaje al acto, la reconstrucción en la realidad de la escena de mutilación que entreveía en sus pesadillas... Pega mandobles al aire, inundado de excitación, con el rostro contraído como villano de película. “Hermosa”, repite, completamente rendido a la seducción de la espada. Sospecha que ambos, el alfanje y él, recuerdan su primitiva naturaleza y gozan el acople perfecto, con los surcos del mango acanalado amoldándose a la carne de la mano. Al examinar el agarre es que se percata de la cabeza de negro, esculpida en el pomo de prieto bronce. El enigma sobre el pasado incognoscible de la espada revierte la batalla desde los mandos activos de su cuerpo hacia el campo frío del pensamiento. “¿Fuiste prenda de un berebere con oficio de negrero? ¿O te hizo forjar el esclavo que reviró la suerte y pretendió inmortalizar su ejemplo de espíritu irredento?”... Disculpa que me haya desviado; mi intención no era la recitación de la

*novela, sino aludir a mi situación personal en el período que la escribí... En aquella época yo era gerente de Recursos Humanos en una empresa importante y la gente me creía afortunado. Falsa apariencia. En mis adentros gemía un fracasado, porque mi ilusión secreta era dedicarme a la literatura, y en cambio el tiempo pasaba, y mis esbozos de cuentos y novelas dormían en los márgenes de la agenda que portaba en las reuniones. Por eso, justo el día en que cumplí los treinta años y aún sabiendo cuánto ponía en riesgo, me dije: “Mi reino por una novela”... “¡El acero del pirata!”, se ilumina. Cinco siglos adelante, a través de un hueco negro de la Historia, viajó aquella pieza perentoria en el dibujo de su personaje. Sobre cubierta el capitán de piel oscura, con el puño asido al alfanje que reposa en la cintura, desconfiado todavía, aunque en la mar negrísima no resplandezca el fanal del enemigo. Acodado a la banda de estribor, el mestizo congratula al cielo por su luna creciente, esa zanjita tímida al despachar claridad, arqueada y estrecha como la silueta de su sable, aliada súbita de *Lucifer*, el temible bergantín. Diego Grillo siente orgullo de su bajel de dos palos, el más lóbrego y siniestro, al que tiñó con alquitrán en toda la tablazón y el trapo para que en noches como esta, un espectro invisible surcara los mares... *Quise arrancar con mi proyecto más querido y antiguo: una novela basada en Diego Grillo, un personaje real, el primer pirata cubano, quien fue mulato, hijo de esclava africana y soldado español. Pero ese empeño requería que me consagrara a la investigación histórica y necesitaba el apoyo, la comprensión, que no encontré en Palmira, mi primera esposa. Yo creía que mi decisión le traería alivio al eliminarse el motivo de sus quejas más frecuentes; sin embargo, mi mayor permanencia en el hogar no compensaba para ella el descalabro que sufriría la economía familiar. Le rogué paciencia, pero Palmira enarboló a favor de su desacuerdo el tic tac biológico. Al cabo, tras cinco años de vida en común, el cada cual a lo**

suyo era la única solución: ella a procrear su hijo, yo a parir mi novela. El impacto de la soledad, agobiante en los primeros días, poco a poco se convirtió en bálsamo, y si bien no continué con la historia de piratas, enseguida me surgió en la mente una trama nueva. Escribí en cinco meses La palmera doméstica, y el envío a la convocatoria del Premio Carpentier fue un atrevimiento que, inesperadamente, resultó. Al lanzamiento del libro asistí internamente dividido todavía entre el júbilo y la incredulidad. Estaba nervioso a la hora de las firmas, garabateando cualquier nadería, hasta que llegó el turno del hada bienhechora, aquella muchacha de blusa blanca y ancha como gavia de fragata. Me dijo su nombre y encabecé la dedicatoria: “Hermosa Cleo”... Despunta el alba y el bucanero tuerce la derrota hacia Campeche, a toda vela y con el viento asistiéndole a barlovento, sabiendo que a su favor tercia la sorpresa y el que la plaza extraña a sus defensores más avezados; esos que ahora, desconcertados, andan rebuscando a Lucifer en la plena gigantez del Golfo. Un exultante Diego Grillo agita a la horda de curtidos saqueadores. Pero no es el oro y la plata de Nueva España lo que agranda su ánimo, sino la hermosa Isabel, por fin al alcance de su sed, separada de su amuleto, el capitán Monasterio. “¿Puedo pasar?”, y pasa sin esperar la anuencia. “En la sala está Santiago, tu amigo español. Dice que pasó a saludarte. ¿Le digo que ya vas a bajar?”, indaga la consorte y el pirata enamorado habrá de aplazar su entrada a puerto... Me expuso que ella también escribía, aunque su piel de nieve y los ojos verde mar ya eran señuelos suficientes. Es innegable que había en Cleo verdadero potencial y no por l’amour fou alabé yo sus cuentos; pero lo que consumó en propiedad mi encantamiento, lo que me hizo repugnar súbitamente la soledad en que no había encontrado mala compañía, fue su simpatía con el cauce supremo de mi vida y el arresto con que planteó el designio de sujetar sus ímpetus de escritora para ofrecerse a sustentar los

*míos. Apenas con aseverar que adoraba mi boceto de la novela de piratas, consiguió que yo rubricara risueño la alianza. De aquel prólogo como de ilusión hollywoodense sólo conservo una reminiscencia de mala espina: La imagen de un despertar de luna de miel, con la hermosa Cleo narrándome el sueño suyo, en el que una feliz pareja recorre el museo llevando de la mano a Dieguito, nuestro hijo... Se demora en bajar. Preferiría quedarse en compañía de los Hermanos de la Costa y evocar juntos la contienda en alta mar del día en que el espadón del Caballero de Calatrava inauguró el pugilato contra el acero del renegado. "Santiago...", recuerda y se sonríe. Lo había conocido hace un par de años en la Universidad de La Habana, cuando asistió a las conferencias del reputado arqueólogo. Él se acercó al perito con la intención de conquistarlo para que le franqueara el acceso a los fondos documentales del Museo de Historia de Madrid. Mas el interés profesional devino a la postre en camaradería auténtica, o así llegaría a creerlo él; y hoy no falla que en las frecuentes viajes de trabajo a la isla, el español saque tiempo para al menos una visita a la casa del escritor. Lástima que la amable cosecha de la amistad haya comenzado a malograrse por culpa del gusano de la sospecha: "¡Santiago!", repite con acento de revelación y se dispara escalera abajo. La daga mora desciende consigo, colgándole del puño apretado... *Atrapa esta otra cita de Wilde: "Si usted quiere saber lo que una mujer dice realmente, mírela, no la escuche"... Luego de esos primeros meses en que las horas enteras fueron devoradas por los espejismos del deseo o la tempestad del amor, cuando el reloj perezoso de la vida cotidiana, el que impone su ley de medida y vista adelante, empezó a marcar el paso, yo quise empeñarme a tiempo completo en la escritura de la novela. Entonces Cleo me sacó la coartada de la pareja para arrastrarme hacia otras prioridades, como atajar el deterioro de la casa que ahora habitábamos en común, y tuve que enrolarme en una plaza**

de editor y además tributar cientos de horas extra a faenas de traducción... ¡Hasta que me harté, y con el palacio a medio terminar todavía monté la rebelión, declarándole al hada falsa que ni portaba ella vara mágica ni era yo el magnífico Aladino asegurado por el djin de la lámpara!... “¿Este alfanje no es el original, eh?”. La pregunta, caída inmediatamente después de un frío saludo, toma a Santiago desprevenido. El experto pide tenerlo en sus manos, como si precisase hacerle el examen. “Vamos, que esto llegó aquí por ti...”, indica él y detecta el miramiento de los cómplices. Cuando Santiago encara al amigo transformado en inquisidor, no logra evitar que a su sonrisa de gentil se arrime el fastidio. Y ella suelta un “¡¿Y ya tú te habías dado cuenta?!”, que dispersa en la atmósfera el equívoco perfume de la candidez mal simulada. Lo huele enseguida el que por viejo y diablo se sabe el truco de mover la conversación hacia el renglón de la curiosidad ilustrada para templar la tirantez en ambientes de intelectuales: “Es una réplica excelente. La traje como parte de un lote que mi museo va a donar a la Oficina del Historiador de La Habana... ¿No te gustó el regalo?”. Pero el escritor resucita el tono de fiscal: “¿También la espada azteca es falsa, no?”; y el español asiente, ya con cara de enterado de que el otro no va a dejarse embaucar. Ella está mirando muy seria: ¿Qué hay detrás de aquellos ojos verdes? ¿Chasco... desilusión... contrariedad... cautela...? Él encubre sus apetencias de averiguar: “Tengo que dejarlos... Ya saben cómo es el asunto cuando uno está inspirado... Gracias por tu... tus regalos Santiago”... Cleo pareció ceder, comprimida por el peso de la realidad y de mis razones. Incluso se comprometió a implantarme un decorado de época en lo que renombró como “gabinete de escritura”. De modo que en el cuarto construido a medias, donde nuestro Dieguito dormiría en el mañana, establecí lo que debió ser mi coto privado, la guarida de la que sólo saldría el día en que hubiera concluido mi gran novela, esa que nos serviría el

*maná en un futuro... Pero lo que de veras acaeció después, el recuento total hasta la fecha a la que tú quisieras que yo acabara de llegar, sería interminable y tedioso, repleto de aparentes nimiedades, las goticas insidiosas del día a día. Que si los deberes de marido, que si las tareas del hombre de la casa, y las frecuentes interrupciones para poner orden en el “gabinete”: las mil y una menudencias amargas que un día, un día cualquiera te hacen estallar... Sólo la gente como tú, los que no han liquidado a persona alguna, puede juzgar que matar es un acto extravagante. Te invito a indagar una estadística: ¿Qué hay en el mundo más escritores o asesinos? Matar, te lo aseguro, no es más difícil que escribir una novela... Escribir para no pensar en... Eso... Se salta episodios, ya los escribirá más adelante; la catarsis lo implanta en el fragor del combate librado en los callejones de la villa, su jactancia de pendenciero diestro incitándolo a toparse con un rival a su altura. Preferiría que se entrometiera delante el mismísimo Santiago Monasterio, aunque esa ya oportunidad ya no puede darse, porque el filibustero optó por dejar al padre de Isabel desbarriado en el ancho mar, evitando que su alfanje arrancase de un tajo los dos corazones fundidos por el cordón de sangre. Los ojos de azor marinero divisan en el centro del tropel a un bajito y corajudo que derribó a tres de los salteadores con la saña de un *macauitl*. Diego Grillo saca celeridad de su sangre hirviente y aparta a empujones a otros posibles gladiadores. No es la furia desnuda de la pelea, ni el ansia de venganza por la pérdida de los suyos, lo que hace al mulato arrollar hasta el encontronazo con el montante de los Guerreros Águila. Sino su color de mestizo, el semblante de un raza turbia como él. Enervado por el malinchismo del indiano que rinde la espada del abuelo azteca al mandato de Su Majestad Católica, alza el infiel su sable hostil a Castilla, esquivo los filos de obsidiana y atina a traspasar con el hierro la madera quebradiza del arma contrincante. El traidor no se queja*

a pesar de la frente rajada; hinca las rodillas en la tierra mexicana y muere en silencio, adherido a su sombra de indio. Un grito. Aguza los oídos. Otro grito, y entiende su nombre. Ya va descendiendo cuando se percata que blande todavía el acero del pirata... *“Ella se murió. Después sí me entró rencor en contra de ella por eso, por haberse muerto”*. ¿Esto te dice algo? Es del cuento Cleotilde de Juan Rulfo. A continuación, el mexicano escribió: *“Ahora ella me persigue. Ahí está su sombra, arriba de mi cabeza”*. Lo mismo que me ha pasado a mí... Yo creí que recuperar la soledad me traería consuelo; y no fue así, desde que el espíritu de Cleo se posó en el techo de mi celda para estorbarme el sosiego. Me ha salvado la providencia del escritor, la capacidad de suplantar los espectros de la realidad con personajes de fantasía. Cada vez que Cleo volvía, yo me enfocaba en la novela y retomé el hábito de escribirla en las viejas agendas. Los domingos, aprovechando las visitas de mi amigo Alejandro, la transcribía en su laptop. Ahora ya está concluida, y como título le puse El clamor de la sangre... ¿Esta entrevista la vas a publicar de verdad en la revista? ¿Crees que eso pueda ayudar a que la Asociación de Escritores se solidarice conmigo y publique la novela?... Claro, qué vas a saber tú... Está bien, ya vamos a Eso, a lo que pasó aquel miércoles... Mira de refilón hacia la sala: Santiago sigue ahí, muy cómodo sobre el sofá recién tapizado con vinilo rojo; y él continúa hacia la cocina con andares de rufián sigiloso. “Invité a tu amigo a comer”, dice ella sin volverse, ocupada en lavar las verduras. “Tu amigo”, replica él para sus adentros, doblemente fastidiado con ella, porque adivinó su arribo y por el énfasis que plantó en su expresión. Atrás viene la demanda: “Puse a descongelar el pedazo de carne que nos quedaba. Hace falta que me lo piques en trocitos”. “Carne”, piensa él, con la imagen de una vaca desollada y sin cabeza adhiriéndosele a una sentencia que no puede determinar ahora si le está llegando de la imaginación o desde la memoria:

“Yo sé que todo lo que uno mata, mientras uno siga vivo, sigue viviendo”. ¿Proviene de un libro leído o acaso de páginas que él escribirá? Lo acomete un temblor de adentro, que afuera apenas se hace perceptible en la inquietud de la mano que sobrelleva el alfanje. “Hermosa”, hace una loa sin voz a la dama de espaldas. Sabe él que nació estropeado el intento por la inabordable lejanía de la mirada verde mar y barrunta que ya no alcanzará a corregir la erupción... Prospera el estallido de la sangre; sigue ampliándose hasta salpicarle los dedos. Esos que no podrán resistirse al frenesí de la cuchilla atroz. Náufrago a la deriva, el otrora terror de los mares lanza el alfanje sobre la blanca y ancha tela. Como para atraer hacia sí la nostalgia de una hermosa singladura, pincha una vez, penetra... Sustentando el trozo que perpetuará el recuerdo de la nave en boga, pincha de nuevo, y pincha. Hasta que en sus brazos cae el velacho de fragata.

Con las manos limpias



Rebeca Murga

A quiles Rosales no espera para ver cómo su madre se desangra; tampoco oye sus gritos, encendidos por el dolor. Sale del cuarto con las manos limpias, como un ser libre que comienza a vivir el nuevo día. Ya no habría más burlas, ya no. Ahora puede andar tranquilo, hasta que venga a buscarlo el hombre de las esposas y la pistola.

Camina, sin prisa.

En la memoria una tonada que aún cuelga de los labios de su madre. Él la cantará ahora, solo, como hacen los hombres. Ya es grande, se lo dijo la maestra cuando él defendió a la niña Laura de los golpes de los otros, los hijos de los hombres de las esposas y la pistola, que también serán hombres de esposas y pistola cuando crezcan, para imponer el orden.

La niña Laura lo defendió cuando ellos se reían de él y le gritaban bobo. Por eso, un día le pedirá que sea su novia.

A él le gusta el orden, y su madre le ha dicho que eso es bueno, pero con Laura es diferente. Laura será su novia, y él no quiere una novia loca y de huesos jorobados.

Llega a la calzada. Hay muchos carros hoy y tendrá que atravesarla de un extremo al otro; pero él sabe que con la luz roja no se cruza, ahora seguro ponen la verde y entonces sí, su mamá se lo enseñó desde el primer día de clases. Repasa la sentencia: el niño debe portarse bien al cruzar la calle. Una y otra vez: el niño debe portarse bien, para que no venga el hombre de las esposas y

la pistola, decía la madre mientras él pensaba en sus tres grillos, atados sobre láminas de aluminio al sol para que aprendieran a ser mejores niños y comerse toda la comida. Las luces son como sus grillos, y si no se portan bien para que él pueda cruzar la calle, las sacará de esa caja y les hará escribir cien veces en una hoja: yo debo portarme bien.

Ha cruzado. Fue muy fácil, bastó cerrar los ojos para no ver la escena y salir corriendo entre los gritos y los claxon desesperados.

Camina.

La culpa es de la maestra, que escribió la nota.

Y de su madre, que fue a la Iglesia de El Cobre a ver a la virgen:

—Vuelvo pronto, macho, sé bueno.

La madre lo dejó al cuidado de la maestra, pero los días lo esquivaron y Aquiles Rosales vio caer los lagrimones. Ya no quería más regaños, ni los huevos crudos en ayunas para ponerse fuerte y que el hombre de las esposas y la pistola no se lo llevara. Además, extrañaba a sus grillos, y un poco a su madre.

¿Es tonta la maestra? A él no le gusta bañarse, y la odia como nunca cuando frota la piel hasta dejarla ardiendo y llena de espuma. Eso no volverá a pasar, ya no, el niño es feliz ahora. Pero si la maestra otra vez se porta mal él comenzará a cantar y la asustará con sus dientes. El orden, porque el niño debe tener sus cosas en orden, es siempre el mismo: la tonada se eleva al cielo y la saliva cubre sus dientes; la tonada se hace ritmo caótico y la saliva, como una nata blanca, opaca el frenillo, la encía y la lengua; la tonada se refugia en su mente cuando él cierra los ojos para no ver la escena y clava el punzón en el abdomen. Él respeta el orden, será ella la que rompa la armonía con sus chirridos y sus movimientos de elefante en una cuerda floja cuando la golpee.

La madre, en cambio, le veía revolcarse por el fango vestido

de hombre indio, cazaba gusarapos para él y le permitía comerse los mocos. Pero se fue a El Cobre en busca de la virgen, y estar con la maestra era como estar solo.

La soledad le gusta, sí, para jugar a que tiene una novia y le besa los labios, le roza el cuello con su lengua y sigue bajando a los pezones, que lame y pellizca hasta ver cómo abre sus piernas y se entrega señorita para él, que la penetra arriba y abajo como en las telenovelas, mientras siente la tonada explotar en su entrepierna. Pero despreciar su soledad con la maestra es una penitencia, y él no lo permitirá otra vez.

Camina, ya falta menos. El recuerdo de la madre se limita a lo que le contara de la virgen, aunque él también puede sentirlo. Son unos verdugos que llegan, le hacen la reverencia quitándose el sombrero y lo toman por la oreja para decirle:

—Vamos, macho, la pasarás tan bien como tu madre.

Entonces lo golpean y cae al suelo, vencido por el cansancio de los días. Como su madre. Gritos. Golpes. Está desnudo. Los verdugos se quitan las capas, ellos también están desnudos. Sucios. Lo ponen de rodillas y atragantan su garganta. Olor a orine. Lo toman por la cintura y lo dominan. Gritos. Golpes. Sangre. Confusión y fiebre. El empujón que arde insolente, uno tras otro hasta el cansancio. Sudor y saliva hasta el final. Y las palabras del hombre de las esposas y la pistola, que aturden al oído:

—Macho... así, macho.

Luego, como a su madre, el golpe en la cabeza.

Se ha detenido. Por un momento los verdugos le llenaron de musarañas la cabeza y pensó que le colocaban las esposas; pero él ya es grande, como dice la maestra, y echa a correr con todas sus fuerzas en busca de un escondite.

Una cueva. Esa fue la suerte de su madre, cuando los verdugos la dieron por muerta y el hombre de las esposas y la pistola, que

él sabe bien que es policía aunque se disfrace de hombre malo, dio la orden de escapar. Una cueva. Uno de esos refugios que se construyeron porque ya venía la guerra y luego, cuando se quedaron con las ganas de jugar a los soldados, como le explicó en voz baja a su madre la maestra, han quedado para meaderos y cagaderos populares. Una cueva que le permitiría sanar sus huesos y su cabeza para seguir en busca de la virgen milagrosa; unos huesos que se joroban y una cabeza que se vuelve un espantajo delirante por los golpes y la obsesión de la memoria. Él presiente que una cueva puede ser la salvación; pero en el pueblo no hay ninguna, no importa, porque el hombre malo, que él sabe que es un policía, ya se ha ido.

¿Se fue o eran de nuevo las musarañas de sus pensamientos? ¡Qué furia cuando la maestra dice que todo es un invento de su mente, unos bichos que le nublan su inteligencia! Él los ha visto, son unos verdugos con la cara triste, no han encontrado novia y aún se orinan en los pantalones. Unos verdugos que no se dejan montar por el hombre de las esposas y la pistola, que se pone bravo y les apunta; pero no dispara, sino que se vuelve para atorarle la frase en el oído:

—Macho... así, macho.

Pero no, la maestra tiene razón. La maestra es buena. Son los bichos. No hay nadie en la calle, no está el hombre de las esposas y la pistola para detenerlo. Puede caminar sin prisa, cuando lo hace las musarañas se espantan.

Silba una tonada y recuerda a su madre, que regresó con la paz de todas las virgencitas juntas. Su niño estaba a salvo, la virgen hacía el milagro: una vida por la otra. Lo abraza, pero él no la reconoce. Está muy fea su madre con los huesos jorobados. Y loca, muy loca.

Esas piedras. Los amigos le tiran piedras a la loca del pueblo. Él también tira, tira con todas sus fuerzas. No quiere ver en esos

ojos a su madre. Está furioso con esa musaraña que procura alimentarlo y que agradece a la virgen la salvación de un inocente. No más enfermedad para Aquiles Rosales. Piedras. Piedras y gritos para la loca. Vergüenza. Él tira, tira y da en el blanco. Y reparte la hazaña entre sus amigos, aunque después se obligue a escribir cien veces en una hoja: yo debo portarme bien.

Él es inteligente, lo dice la maestra. Cuando las piedras rebotan sobre el cuerpo de su madre y ella grita que ya llegan los verdugos con el hombre de las esposas y la pistola, él escupe en el piso y emprende el canto para que la loca no sienta dolor.

Dolor. Cuando nadie lo ve llora por ella, y la saliva es una nata que le cubre los dientes.

Camina, ya falta menos. Sabe que el hombre de las esposas y la pistola exigirá un culpable, y no lo dejará en paz hasta oírle delatar a todas sus musarañas. Pero él no puede hacerlo, qué pensará la niña Laura si él se vuelve un chivato, no querrá ser su novia ni lo besará en la boca. Un culpable.

Golpes, piedras y verdugos.

Musarañas de sus pensamientos.

Ya viene el hombre de las esposas y la pistola. Un culpable, hace falta un culpable. ¿Y si el niño corre, si se esconde en una cueva hasta que no haya más verdugos en el mundo y nadie lo recuerde? La culpa es de la maestra, que escribió la nota y sus amigos conocieron la historia de la loca, y al hijo de la loca. Por ella olvidó a sus grillos, que murieron tostados sobre láminas de aluminio sin que nadie se acordara de zafarlos. Sí, la culpa es de la maestra. Ella se ha portado mal, no más baños ni huevos crudos en ayuna para él. La maestra merece una tonada.

Aquiles Rosales, con las manos limpias, corre para su cueva; pero ha visto a los verdugos y se detiene. Tristeza. Sudor. Los verdugos lanzan golpes al aire, lo amenazan. Comienza la tonada. ¿Y la niña Laura? ¿Se casará con otro? No, él vendrá a buscarla

para lamerle el cuello y pellizcarle los pezones. Tristeza. Olor a orine. Los verdugos hacen unas señas feas con las manos, se besan entre ellos y lo invitan a acercarse. Sangre. Ve las manos de los verdugos, rebosantes de sangre. Ya llegan, casi lo tocan. El punzón resplandece, a las órdenes de la tonada. Lloro, y la saliva es una nata que le cubre los dientes.

Aquiles Rosales corre, el niño se porta bien. Pero el hombre de las esposas y la pistola se multiplica, muchas pistolas le apuntan y suenan las esposas al cerrarse.

El viejo que se comía la suerte



Mario Brito

Soligial llora por no ser como debía ser. Lloro por no haber sido nunca como siempre quiso. Por su mala estrella. Lloro con rabia. Por haber sentido rabia. Por haber sido siempre un animal. Porque de un animal femenino de trabajar y fornicar, había degenerado en un animal doméstico, aguantón y resignado.

¡Margarita!

Por ser vieja y viuda, llora: la vieja más viuda y la viuda más vieja. Por haberle tenido miedo a la muerte, cuando en realidad debió temer a la soledad, al desamor y a la vejez.

¡Laura!

Soligial llora por el día siguiente y por el anterior y por este. Su llanto no es desgarrador ni estrepitoso. Apenas tiene lágrimas. Es una mueca de sufrimiento y una apretazón en el pecho, unas ganas de no vivir atravesadas en la garganta.

¡Mongó!

Más parecen maullidos que sollozos. Lloro para sí, en suspiros entrecortados por los mocos. Lloro por culpa del Bisa, que repite el llamado a Laura, a Margarita y a Mongó y que saquen ese buey de la punta de yuca, pero Mongó no puede contestarle porque hace años se hundió en el estrecho de la Florida, y Margarita y Laura tampoco, porque están allá internas en un sanatorio desde que lo vieron hundirse. Solo queda ella, con ojeras de muchos días; ella, que enciende la luz y mira el reloj: ya en el ateje está al cantar el gallo de las cinco.

Se asoma por tercera vez al cuarto de donde viene la voz, y debe recibirla el vaho pestilente de los amaneceres —la mierda de

viejo tiene más peste que la otra, será que el olor es una revelación de cómo se halla uno por dentro—, pero el Bisa está sentado en el borde de la cama y la mira con los ojos inexpresivos de siempre, como si fueran de plástico, mas no ve manchas ni pegotes pestilentes en sus manos ni en la sábana. El viejo pide el tibur, que tiene deseos de orinar y de hacer caca y Soligial se asusta. Vuelve el presentimiento de ayer, cuando no había derramado la comida, se había lavado las manos, echó la ceniza y el cabo de tabaco en la basura y había preguntado por la hora del baño. Soligial pronosticó que debía suceder algo grande. “Va a llover”, estaría lloviendo una quincena y le saldría moho a las toallas. Todo un acontecimiento... ¿o el Bisa se iría a morir? Quizás lo trascendente era eso, pues la repentina mejoría de los enfermos graves es un mal síntoma, y lo trascendental era que ella se vería al fin libre de aquel azote, Jesús, María y José, la mejor premonición de su vida.

Pone el tibur sobre el cajón y sienta allí al viejo. Ya no tiene aquella apretazón en el pecho, sino un atisbo de euforia, aunque sabe que el ajetreo con el Bisa no ha comenzado. Comenzará un poco más tarde, cuando tenga que conducirlo hasta el patio a cepillarle esas prótesis hediondas. Después a bañarlo, afeitarlo, el desayuno, se orina, cambiarlo, sacarlo al colgadizo, la merienda, atajarlo, el almuerzo, se orina, cambiarlo, se escapa sin rumbo, a buscarlo —¡si tuviera un candado para la reja del patio!— se caga, bañarlo y se dormirá. Una hora. Pero un sueñecito aun sin oscuridad marca el ayer. El Bisa despertará y pedirá café y desayuno creyendo que ya es mañana ¡a las cuatro de la tarde!, no importa, él se orina, merienda, se escapa, a buscarlo, se orina, comida, se caga, ¡tantos infartos que les dan a gente buena y sana, carajo, si cuando uno llega a viejo, que Dios la perdone, lo que deben darle es un toletazo por la cabeza! Cierta vez pensó que si autorizaran a deshacerse de todo ser humano que constituyera un engorro familiar o social, debían procesar a este y convertirlo en

algo útil, digamos, en pienso para animales, y esa idea ha seguido tomando forma en su cabeza. Cuánto iba a disfrutar viendo las tiras de carne salada del Bisa destilando salmuera al sol, deshidratándose en los cordeles del patio, Jesús, María y José; cuánto placer al mezclar proteína de viejo en la canoa del cerdo o al lanzarla a las gallinas en el pollero, y degustar después un contra-muslo, saborear una sopa o triturar chicharrones con la certeza de que el Bisa se ha convertido — ¡al fin! — en algo útil y agradable. Solo así podrá dormir las noches de un tirón, podrá evitar el atascamiento diario de sábanas, frazadas y todo tipo de ropa saturadas de meao en la batea; podrá vivir a plenitud cada hora del día o de la noche con la seguridad de que ese viejo solo es un kilogramo de huesos entalcados en una cajita metálica y veinte libras de excelente masa proteica para cebadero en el ranchito de desahogo, que se convertirán después en unos nailitos con carne de primera en el frigidaire. Virgen Santa, está hasta el último pelo de lidiar con mierda, pero hoy cojo y lo amarro en el taburete y voy a ver quién se escapa.

El viejo termina y se baja del cajón. “Tengo sueño”, dice con voz gargajosa, como si siempre tuviera flemas en la garganta a punto de salir, pero no tose y se las traga. Soligial continúa sorprendida. Lo limpia con papel periódico y luego con un paño húmedo. Aguarda con resignación toda la lentitud y torpeza de los movimientos hasta que lo arropa de nuevo en el camastro. “Apaga la luz”, dice el viejo y cierra los ojos. Antes de salir, Soligial percibe la respiración acompasada y flemosa. El Bisa se ha dormido y para ella recién comienza su día trascendental.

Soligial limpia las cagadas de mosca y polvo a las hojas de su malanguita. Frota con suavidad la mota enchumbada en agua con azúcar. Son cinco hojas. Y antes de exprimir el hisopo para proceder al secado, vuelve a contarlas. Cinco. Ayer eran siete.

Escudriña la tierra del macetero buscando un cachazudo. Ni siquiera hay cagarruticas negras. Solo en el tallo el espacio vacío como evidencia de los despojos.

Le habían regalado aquel tallito pelón con muy buenas recomendaciones el mismo día que compró el puerco: “Tú verás; a medida que prospere la matica, prosperas tú”. Y con la falta que le hacían unos meses, qué unos meses, unos días de bonanza... Pero no solo demoraba en crecer, sino que estaba perdiendo lo que con tanta esperanza y angustia había logrado.

Termina el aseo con desaliento y saca el choncho al patio, ya majadero por el hambre, para amarrarlo a uno de los parales del colgadizo. “Si haces lo que te digo, verás que aumenta a libra por día. Primero tienes que desparasitarlo y después... échale comida”. Unas gallinas acuden a los ronroneos del cerdo y rodean la calderita aún vacía. “Anota la fecha y fíjate: el cochinato y la matica te van a sacar adelante. Juntos”. El puerco tan esmirriado y pelón como el gajito. En serio, tenía muy poca fe, pero no le fue difícil incorporar a las otras la rutina de suministrarle la dosis de sol recién nacido, el bueno para los tallitos tiernos. “Ten mucho cuidado en no echarle yuca atrasada. La vianda cruda le hace bien si está fresca, pero es mejor que te acostumbres a salcocharla. La yuca atrasada los mata redondos, porque desprende cianuro. Ten mucho cuidado...” En tantos años, qué no sabría ella de criar puercos.

Siente chirriar la puerta desvencijada que da a la calle en el patio del frente y levanta la cabeza. “Otro predicador”, se dice cuando ve al hombre que traspasa el jardín desde la acera hasta el portal, sorteando a duras penas las pilas de mierda de gallina en las lajas de cemento.

Los predicadores venían todos los sábados, muy correctos y educados, a hacerla perder el tiempo. Aunque hoy no era sábado, ni aquel hombre parecía predicador, a menos que ahora los

Testigos de Jehová estuvieran usando pulovitos pingüeros, riñoneras, gorras de los Yankees de New York, gafas de la *shopping* y portafolios negro colgado al hombro.

Buenos días —dice el hombre desde el umbral. No ha tenido que tocar porque la voz y la mirada atraviesan todas las puertas en línea hasta el patio, donde ella acaba de mezclar el alimento para el cerdo. Tampoco tiene estampa ni uniforme de trabajador social.

Ya va —contesta sin perderlo de vista. Si es un listero, igual lo va a despachar. Lleva meses apostando, pero cuando le anota al viejo, tiran la tragedia; cuando le juega a la tragedia y al viejo, sale la mierda, y si se arriesga con la mierda, sale el viejo, como afirmación de que la mayor tragedia de un ser humano es convertirse en un viejo de mierda. Confirmación irrevocable también de que ella no tiene suerte. Pone la calderita delante del choncho, que la ataca con glotonería, azora las gallinas y se dirige a la sala.

Entre y siéntese —y ella espera de pie. No había visto hasta ese momento el Mercedes parqueado en la calle. Le echa una ojeada de curiosidad y, ¿por qué no? de reconocimiento. Es el mismo que ayer en la mañana estaba más o menos allí y ahora recuerda, ¡vaya memoria!, que el hombre había permanecido sentado en un mogote, siempre de frente a su casa y ella le cruzó muy cerca la segunda vez que regresaba con el Bisa a remolque después de una escapada. Pero ni siquiera atendió cuando el hombre dijo: “Pobrecito el viejito”, porque su mente estaba puesta allá adentro donde rechinaba la leche al derramarse sobre la hornilla.

Solo quiero que me dedique unos minutos, señora, para hablar de lo que me trae aquí con la seriedad que lleva —el hombre se esmera en hablar despacio, pronunciando las eses para denotar refinamiento—. No he venido por casualidad, sino porque conozco algunas cosas acerca de usted y del ancianito.

Perdone, es que estaba atendiendo la cría...

Se ve estupendo, ¿come bien?

Soligial mira al puerquito, que tira tajos con el hocico a las gallinas alrededor del recipiente. Debió haberlo metido en la corraleta. En realidad, ella no lo veía avanzar. Se mantenía ante sus ojos casi como la misma rabuja de hacía tres meses. Pudiera alimentarlo mejor, pero el pienso resultaba demasiado caro, escaso y perseguido. Era menos peligroso fabricarlo deshidratando y moliendo yucas, cáscaras de viandas, desechos de frutas, cascarones de huevo, piel de ajos y vainas de leucaena, ya que no siempre disponía de maíz, y mucho menos de soja. Para completar con proteína, le añadía un porciento de harina de pescado que también secaba al sol en perenne disputa con las auras.

Sí, tiene buena boca —y recuerda que debe hervir con sal una parte del rastrojo de yucas que había conseguido el día anterior en la Cooperativa. La otra parte, junto a las cáscaras, los cogoticos y las puntas, las machacaría para secarlas al sol. Era algo que debía hacer sin falta esa tarde.

Por lo limpio, se ve que usted se preocupa por él.

Lo baña tres veces a la semana, porque no puede soportar aquel hedor dentro de la casa por las noches, y una de sus tareas cotidianas, apenas se levanta, es baldear la cocina, aunque el animal duerme, como un dócil perro, sobre un saco de yute. Contesta que sí, que ella se encarga de eso, sin abundar en explicaciones.

Le ocupa mucho tiempo de su vida, ¿verdad?

Responde que no, sin titubeos. En realidad, solo hay que ser sistemático.

¿Y ya quisiera salir de él?

No, no. Todavía no. Quiero que coja unas libritas más —se ha propuesto cebarlo hasta las doscientas. Solo así podrá “llegarle” a las varas de madera y a los caballos de guano—cana que requiere la reparación de la cobija, pagar el trabajo y guardar algún dinerito. Pero eso será a finales del año. Ahora no.

El hombre se quita las gafas y la mira moviendo la cabeza.

No le estoy hablando del puerco, señora, le estoy hablando del viejo.

¿Del viejo?!

Del viejo. Vengo a buscar al viejo.

¡Era eso! Lo trascendental tiene que ser eso. Al fin comienzan a abrirse los caminos, malanguita linda, y ella que había sospechado otra cosa... Este hombre viene enviado por alguna institución benéfica a través de la trabajadora social, está segura. Y quiere llevarse al Bisa a un Hogar de Ancianos. Sí. El Bisa y ella se merecen una vejez tranquila.

Pero él...no está en sus cabales... —y como el hombre se quedara mirándola, argumenta—: Que tiene los cabales malos —como si se refiriera a piezas de un equipo electrónico y aquello resultara un requisito en contra. No obstante, el corazón retoma los saltitos de por la madrugada.

Lo sé. Estuve observándolo ayer y me conviene. A todos nos conviene, señora. A mí, a usted,... a Dundee.

Soligial se sienta.

¿Y quién es usted?

Digamos que un facilitador.

Pero... ¿viene de parte de algún hospital especializado...una iglesia...una logia...?

No precisamente. Prepárele sus cosas que a la noche vengo a buscarlo.

¿Para llevarlo a un asilo... o algo?

Pudiéramos hacerlo creer, pero no. Esto es un asunto particular.

Soligial no entiende para qué algún “particular” puede querer a alguien así. Quizás unos nietos... Entonces el tal Dundee debe ser un niño que se ha antojado de tener un abuelo. Pero se lo devolverán antes de las veinticuatro horas.

¿Y por qué a él?

Ya le dije. Entre las cosas que investigué, señora, supe que es su suegro; que su nieta (la biznieta de él) no está con ustedes y que demorará en estar; que padece de demencia senil y que usted ha renunciado a todo por atenderlo. Además, señora, con esa enfermedad, sé también que ya constituye un estorbo.

No diga eso, tampoco así.

Así y todo, le ofrezco quinientos dólares por el viejo.

¿Cómo?

Que me lo llevo.

Espérese... —Soligial tartamudea. Tanto tiempo de plegarias y velas en pos de embonar un giro de la suerte, para que ahora alguien se presente a comprarle al Bisa—. Espérese, ¿eso es legal?

El hombre sonríe por primera vez y ella se fija en un casquillo brillante de la dentadura. Extrae del portafolio tres libros y los va turnando ante sus ojos.

Mire, en estos libros está toda la legalidad que se necesita para que las cosas salgan bien: el Código Civil, el Código Penal y el Ele-Pecal.

¿El qué?

Son siglas: Ley de Procedimiento Civil, Administrativo y Laboral. Está todo previsto para que no aparezca como abandono a un incapacitado.

Pero...

Se puede prever dentro de la Ley. Aquí está lo que usted quiere saber. La Ley y la Trampa.

¿Usted toma café?

Se demora más que nunca en enjuagar la taza y el platillo, destapar el termo, servir el café y regresar a la sala. Piensa con turbulencia en la propuesta. Pero, ¿cómo justificar la ausencia? Que se perdió, diría, mas habría que denunciar la pérdida, insistir infinitamente en la búsqueda. Que fue de visita a unos familiares

(¿dónde, cuáles, por cuánto tiempo?). Que lo internó en un asilo y allí murió al cabo de los meses (¿trámites a través de quién, en cuál ciudad, cuál asilo, por qué nunca fue a visitarlo?). Esta es la gran oportunidad... pero está el dinero.

Desde la sala le llega la voz del hombre.

Usted nunca ha expresado su pesar en voz alta. Nadie tiene que sospechar que su mano está en esto.

La taza se hunde en el agua del platón. Se percata de los temblores cuando la frota en el pañito de las manos. Y regresa con la convicción de que solo cinco minutos y lo despacha. Hay algo que no anda claro. Nada anda claro.

¿Usted está seguro de lo que está diciendo? —y le alcanza el platillo tintineante.

Es lógica esa primera reacción suya. Yo sabía que sería de esa manera, por eso le hice la propuesta de precio. Su entrega y su dedicación a ese hombre merecen una recompensa.

Desde el patio siente el revoloteo de las gallinas, que siguen asediando la comida del cerdo.

Hay cosas que no entiendo...

Usted no tiene que entender muchas cosas, señora. Solo deje la puerta abierta esta noche a las siete, que haya testigos de que se escapó. Del resto yo me encargo.

Yo no puedo hacer eso.

Lo que no puede hacer es perder la oportunidad. No es el primer enfermo mental que viene a nuestras manos porque se extravía. Con la diferencia de que en ese caso ya vienen gratis. Usted no tiene a nadie a quien rendir cuentas, por eso no tiene que darle explicaciones a nadie. Los vecinos, los amigos, otros viejos, saben que él se escapaba. Y quinientos dólares son quinientos dólares.

¿Y a dónde lo llevaría, si es que se lo lleva?

A la residencia del Jefe —y escurre la taza—. Muy buen café.

Me encanta el café criollo.

Y eso... ¿es lejos?

Es mejor que usted no sepa muchas cosas, señora. Sepa solo que va a aliviar su vida.

Las manos temblorosas de Soligial reciben el platillo, que sigue tintineando.

¿El Jefe es Dundee?

El hombre comienza a guardar los libros en el portafolio. Corre después la cremallera despacio, como si comenzara a incomodarse.

Dundee es la mascota del hijo del Jefe.

¿Y no es un niño?

No, señora. Dundee es un cocodrilo.

La taza deja el canto del fondo marcado en el piso de tierra.

¿Cómo?

Que le doy otros quinientos por su discreción.

Soligial recoge la taza y lo mira a la cara. Nota una gran frialdad en los ojos de aquel hombre. Y seguridad. El tipo está confiado. Siente un erizamiento repentino desde las piernas, un hormigueo por la espalda hacia arriba, hasta la cabeza, un mareo que le impide volver a incorporarse. Se apoya en el taburete.

¿Para qué quiere al viejo? —y se da cuenta de que su voz está deformada por el espanto. Siempre le ha resultado rechinante la palabra cocodrilo, pero ahora la encuentra terrible.

Es que la mascota cumple diez años y por esa fecha siempre se le hace un regalito.

Váyase —articula con palidez.

No es usted la primera que se niega en una situación semejante, señora.

¿No se da cuenta de que es inhumano?

Inhumano es que no haya podido usted volver a casarse por atenderlo a él; que le haya dedicado todo el tiempo para tenerlo

limpio y sano y que ahora ni él sepa en el mundo que está viviendo, ni la deje a usted vivir el suyo.

A Soligial se le vuelve a nublar la vista. Aparece el Bisa con aquellos ojos inexpresivos, viendo delante suyo un lagarto sin saber que es un lagarto; que se le encima amenazador sin saber que es una amenaza; que le destroza una pierna sin saber que es un peligro y que lo arrastra hasta el agua sin saber que será el final. Mil dólares no pagan el cargo de conciencia.

Es un asesinato.

¿Y cómo se llama lo que está cometiendo él con usted? Aún está en pie, pero mañana puede estar encamado y, si no padece de otra enfermedad, aparte de la mental, puede durar diez o quince años, de los cuales no va a querer acordarse nunca cuando transcurran, si ya no está usted misma loca. Evite eso hoy, señora, que todavía está a tiempo.

Soligial sigue apoyada en el respaldar del taburete. Ve el reguero de vísceras, agua ensangrentada, burbujas de mierda.

Eso es cruel.

La crueldad es un mecanismo de defensa, señora. Para vivir hay que ser cruel.

Váyase —repíte—. No puedo hacerle eso a nadie, y menos a un familiar.

El hombre se pone de pie. Acomoda el portafolio en el hombro, se instala las gafas y acentúa el cinismo en otra sonrisa breve cuando suelta la vulgaridad:

Recuerde, señora, que ni el chicharrón es carne, ni el plátano burro es vianda, ni la suegra es familia. Búsquese un testigo, que a las siete estoy aquí.

En ese momento el Bisa llama diciendo que ya es hora de dar de comer a los animales.

El resto del día transcurre en un puro sobresalto. No tiene que lavar la trapería del camastro y es peor: dispone de más tiempo

para pensar en la muerte. La de su marido debió haber sido trágica, pero rápida: minutos debatiéndose entre las fauces de los tiburones, y ya. Estar muerto no es difícil, lo difícil es estar vivo. Morir es un proceso corto; estar muerto es un resultado largo, sobre todo para los que quedan vivos, se dice. La del Bisa puede ser parecida. Rápida y servir para algo: para alimentar a un caimán o a un cocodrilo, no está clara de la diferencia, y para un espectáculo recreativo. Abrirán la jaula. Él entrará con ingenuidad, lento, con sus pasitos inseguros, y la familia de Dundee y los curiosos alrededor, expectantes, hasta que gritan, ríen y aplauden como cuando explota una piñata al tirar de las cintas. Quizás hasta fotos o vídeos. Terminará así el Bisa, aquel que en su juventud fue un muchacho taciturno, luego un adulto introvertido y después un viejo zocato, tan zocato que no hacía muecas al afeitarse, según observó un día Yiskiyelki, la primera vez que ella regañó a la nieta por faltarle el respeto al bisabuelo. Soligial no recuerda haberlo visto borracho, ni moviendo el cuerpo al compás de ningún ritmo, o silbando una melodía. Aseguraría que no supo silbar, y si lo había visto carcajear era contadas veces, muy pocas veces, cree que ninguna vez.

A cada momento escudriña la calle, esperando ver el automóvil estacionado en los alrededores. Extrema la vigilancia sobre el viejo. En pueblos grandes hay lugares para atender y cuidar ancianos, pero en Ríos de Primavera el lugar del Bisa es bajo el colgadizo, recostado en un taburete. Allí fuma y escupe contra las tablas aquella saliva ambarina, mientras, con la misma tranquilidad que se le consume el tabaco apretado contra los dientes y se le escapa el humo por la nariz, le chorrea el orine por los pantalones para encharcarle los zapatos y las medias, siempre con la mirada de maniquí triste perdida en un tiempo impredecible, y dispuesto a traspasar la puerta en cualquier descuido. Por eso Yiskiyelki se había ido, porque era un viejo cunculillante.

“¿Cun... qué?” se le había encarado Soligial: “Cun-jodedor; cun-atravesao; cun-decrépito; cun-culeco; cagalitroso... ¡eso es cuncu-lillante! ¡No puedo ni con él, ni contigo, ni con este pueblo!”.

Imagina también diálogos con el tipo, a sabiendas de que no supo manejar la situación. El hombre la intimidó con sus insolencias. Debía haberle dicho: “¿Y si usted tuviera un papá...?”, pero él no iba a dejarla terminar: “Señora, esto siempre se hace con el viejo de otro”, y lo peor es que tendría razón. La había escogido a ella porque el Bisa, con relación a Soligial, era “el viejo de otro”. “Verdad que no es familia mía ni casuncarajo...”, pero le diría que no, siempre que no, hasta le auguraría un final semejante, en el cual aquella prepotencia de joven saludable se convertiría en impotencia con la llegada de la vejez y quizás alguien se creyera con derecho a disponer de su vida. “De un viejo de mierda nadie se acuerda”, le contestaría el tipo. Por miedo a la muerte arrastra ella ese calvario no recuerda desde cuándo y está hoy en esta encrucijada. Si el corredor (porque no era otra cosa que un intermediario corredor de viejos) le hubiera propuesto solo el dinero... pero estaba el cocodrilo. De nuevo, NO. Aún le queda confiar en la prosperidad que le pueden acarrear los cuidados a su malanguita y al cerdo. Dentro de pocos meses verá el resultado. Pero, crueldad aparte, aquello también era un soplo de la suerte, qué un soplo, ¡una ráfaga!, que Dios la perdone, cuántas cosas puede hacer con mil dólares. Y vuelve a darle vueltas a la advertencia del corredor: de no aceptar ella, si el viejo se escapa, adiós Bisa y adiós dinero.

Es en este punto donde toma la determinación. No va a permitir que las fotos del viejo se desgajen amarillentas, como otras que ha visto en los postes del tendido eléctrico o en las paredes de la tienda.

Por eso aprovecha el horario de siesta para hacer una gestión en el barrio y ya a las cuatro está de vuelta.

Lo encuentra sentado a la mesa, de espaldas a ella, prematuramente levantado. Tiene que prepararle la merienda y baldear el charco de orine que la tierra aún no ha absorbido bajo el taburete. Le parece más indefenso que nunca, encorvado y con el pelo canoso revuelto por la almohada, esperando. ¿Esperando, qué? Nada, se dice, o todo. En fin, a ambos ya solo les resta vegetar. Busca un peine y se le acerca para organizarle un poco el cabello. Es cuando le ve la boca, de donde le cuelga un hilillo de saliva oscura.

¿Qué estás comiendo? —no recuerda la fecha exacta en que había dejado de tratarlo de usted, pero debía coincidir con el paulatino resquebrajamiento mental del Bisa—. ¿Qué tienes ahí?

Entonces ve el macetero de barro sin las últimas tres hojas y el cogollo partido en redondo.

¡Abre la boca! —pero el viejo le riposta con la misma estupidez de siempre en la mirada y traga. Ella se queda mirándolo—. ¡Qué barbaridad! —hasta que mueve la cabeza como si negara algo incomprensible—. Eras tú.

Agarra el macetero y contempla el muñón desamparado.

Pone el peine en la mesa y se va a la cocina.

Ya comió —dice el viejo con aquella voz catarrienta. Debe llorar, pero solo deja el recipiente con el tallo mutilado en el fregadero y se pasa las manos por el pecho, donde se le han vuelto a atravesar las ganas de no vivir. Tres meses de esperanza convertidos en un gargajo verde.

Los toques en la puerta y la pregunta: “Sol, ¿ya está el café?”, no la sorprenden. Sabía que Orencio llegaría casi tras ella por la golosina.

Entra —le dice mecánicamente, porque ya él ha entrado. Le ve un pequeño envoltorio en las manos y piensa que por fin algo está saliendo bien. Suspira—. Siéntate.

Orencio pone el paquetico junto al peine y le dirige al Bisa un

saludo que no tiene respuesta, como siempre.

Es de uso —dice—, pero lo engrasé un poco y quedó bueno.

Ya sabes —contesta ella—: hasta el fin de año.

Sí. No dejes de pagármelo. ¿Dónde está el animalito?

Allá afuera.

Mientras Orencio sale al patio, Soligial acomoda la cafetera sobre la hornilla. Es lenta, y a veces ella comparaba aquella languidez con la manera en que se desplazan sus días, sus meses, su vida. Cuando los años le pasan a uno por arriba y lo revuelcan, te ponen que, al cruzar una calle, miras a la izquierda y, al mirar a la derecha, ya se te olvidó si viene un carro por la izquierda y tienes que volver a mirar.

Desde el patio oye la voz de Orencio preguntándole azorado que qué le pasa al puerquito.

Sale a ver. Y lo ve arrinconado en la corraleta, caído de los cuartos traseros, convulsionando. En el piso, restos de yucas mordisqueadas, y el saco que había olvidado poner al sol, boca abajo, picoteado por las gallinas. Se lleva las manos a la cabeza.

¡El viejo me desgració!

Es su día trascendental, lo sabe desde ayer. Y mira al vecino con una súplica en los ojos:

¿Se puede hacer algo?

Orencio le tira un brazo por los hombros huesudos y le palmea la espalda, como quien da un pésame.

Sí —dice—. Aprovecharlo. Pon bastante agua a calentar, que voy a cambiarme de ropa para ayudarte.

Y la conduce en silencio al interior de la casa. El Bisa ha desenvuelto el paquetico y golpetea la mesa con el candado, del que cuelgan dos llaves. Soligial apenas lo mira. Va hasta el fogón, donde la cafetera aún no ha comenzado a colar.

Solo necesita que Orencio esté con ella allí hasta las siete, más o menos.

Confesiones



Obdulio Fenelo

La segunda vez que lanzó la mirada a la calle, la dejó rondar las fachadas disparejas, elevarse sobre el montón de construcciones y caer de golpe contra el campanario de la iglesia. A esa hora del día el crepúsculo acentuaba el color amarillento de El Sagrado Corazón y lo tornaba irreal. Siempre rezaba antes de hacer un trabajo, así resolvía lo del arrepentimiento. Sería difícil lograr la salvación, tocar el paraíso, pero al menos Dios sabría sus intenciones. Nueve Padre Nuestro y un Ave María recitados casi poéticamente frente a la cruz, y luego la confesión. No subía la vista, le aterraba la mirada final de Cristo, la fuerza redentora.

Le indicaron esperar allí, y llevaba varios minutos sentado en la antigua fondita china. El carro frenó discreto. Mercedes Benz antiguo, color marrón, cristales reservados. El conductor sacó una mano e hizo la contraseña: dejó caer el papel de confitura y continuó la marcha. Los tipos nunca daban la cara. No se apresuró. Bajó dos dedos más el refresco y salió.

—Es mío —dijo el niño agachándose primero, burlón.

De dónde carajo había salido. Quiso ser amable, aquellos pequeños diablillos podían desarmarte con una pregunta, joderte un buen negocio.

—¿Podemos negociar? Te compro el papelito.

—No es un papelito, es un tesoro.

—Está bien, te compro tu tesoro.

—Los tesoros no se venden, si no dejarían de ser tesoros.

Perdía su precioso tiempo. Aún le faltaban las oraciones y la iglesia cerraría en media hora. Tuvo el impulso de sacar la pistola y despacharlo, porque ya no veía a un adorable bebé, sino a un monstrico que se le reía en la cara. No, no disparaba a menores. En su historial contaban ancianos, hombres, mujeres, putas hermosas, enfermos, tullidos, maricones, jamás niños. Había perdido algunos clientes debido a aquel precepto inviolable. Algún día, si llegaba vivo a los sesenta, se mudaría a otra ciudad, fundaría una familia y tendría a su pequeño salvaje.

—Un peso y te compras veinte como ese.

—Cinco, y me compro cien.

El niño continuaba enseñando la sonrisa maligna. Metió la mano en el bolsillo. El billete más pequeño era de diez.

—Me vas a estafar, cabroncito.

El niño tomó el dinero, soltó el papel y escapó corriendo. Retornó a la mesa. Lo abrió y se quedó mirando muy fijo. Nunca conocía a sus víctimas, Dios le evitaba esa prueba, y ahora de repente el nombre y el lugar le resultaban angustiosamente próximos, y hasta el rostro se le quiso construir en la memoria. No pudo terminar el refresco, estaba caliente. De no ser un día laborable hubiera preferido pedir aguardiente, salchichas chinas. No bebía antes de hacer un trabajo y de las salchichas solo quedaba el recuerdo. Enfrentaba a la víctima cojonudo, contrario a otros matones que se emborrachaban para darse valor y no recordar ni arrepentirse. No necesitaba el alcohol ni la droga, su deuda espiritual quedaba saldada, y al día siguiente, hombre nuevo.

Guardó el escrito. Mala suerte, dijo. Era una prueba, estaba seguro. Él se debía a su profesión, a su destino. La única sangre no derramada sería la de los ángeles—niños, aunque fueran pequeños bandidos como el reciente. Los demás quedaban condenados.

Pidió otra cola. Bebió varios sorbos. Exigió la cuenta. Se paró

en la acera y volvió a subir la vista hasta tocar la punta del campanario. No quiso seguir pensando en la cara conocida. Acostumbraba a cambiar de iglesia. Todos los párrocos terminaban confidentes de la policía. Quería liberarse. Confesaba el crimen no cometido aún y el cura de turno, aunque fingiera parsimonia, se sobresaltaba con la noticia y las palabras olorosas ya a muerte: Padre, debo matar a un desdichado, y a pesar del pecado mi alma se mantiene limpia, no hay rencor y ya estoy arrepentido. He sido elegido para mandar malos espíritus al infierno, ¿comprende?, un trabajo común, como carpintero o abogado. Ya recé varios Padre Nuestro y un Ave María. ¿Me absuelve? Absolvía, y salía disparado para la estación de los polis. Trompetas, traidores de sus juramentos. En El Sagrado Corazón encontró tolerancia, la voz amable, las palabras piadosas del párroco, que no fue directo a los *fianas* sino a su casa. Quiso comprobar su integridad, el aguante, y repitió una vez más la revelación criminal, las mismas frases, y la actitud no cambió. Entonces decidió elegirlo confesor espiritual, sin fiarse del todo. Mantenía discreción y se transformaba en cada visita: a veces barba y gabán, a veces afeitado y sombrero, o gafas y bigote. La relación fluía natural, a través del confesionario.

Caminaba comedido, como acostumbrándose a la idea. Llevaba la mano izquierda en el abrigo, el papelito apretado dentro. Entró a una florería. Llevar flores estaría bien, lo precisaban las ocasiones especiales. Compró doce girasoles pensando en los doce apóstoles. Un girasol a cada mediador y todo resuelto. ¿Bajo qué santo había nacido? San Felipe Neri, confesor, un santo pequeño, olvidado.

Miró las flores complacido. Le seguía picando la garganta, pidiéndole a gritos el trago fuerte. La garganta o el miedo, porque inexplicablemente comenzó a sudar algo desmedido. ¿Miedo a quién? A Dios quizá. Lo probaba, quería verlo dudar, desfallecer.

No puedes hacerme esto, Señor, sabes que es solo un trabajo más y debo cumplirlo bien o me autodespido del mundo.

Volvió a la fonda. El mozo le sirvió un doble. Violaba un precepto sagrado. El ron desapareció a través de su boca y saboreó el ardor, el gusto añejo.

Quedaban pocos minutos, pronto cerraría la parroquia. No era fecha de grandes santos, la encontraría desolada. Mantuvo el paso medio, la vista fija en lo alto, posada en las torres. Se le ocurrió silbar su melodía preferida, *Más allá del cielo*. Milagros Vocecita la cantaba magistral los domingos en el Ruiseñor, un bar de Oriente. Una negra con voz de mezzosoprano blanca, aunque no le gustaba que le dijeran eso. Las voces eran incoloras y ella no tenía culpa. Cierto, no se podía culpar de impostora, porque hasta cuando hablaba dejaba escapar el timbre filtrado, y quien la escuchase sin verla creería estar oyendo a una jovencita blanca y no una negra camino a los cincuenta. De haber tenido menos años le hubiera propuesto matrimonio. La voz lo cautivó. Se pensó alguna vez cambiando de oficio, de matón a empresario musical, promotor de la sin igual Milagros, talento le sobraba. Conquistarían Europa, los Estados Unidos. ¿Qué pasó con Milagros Vocecita? No se supo. Apareció muerta en un hotel, dos puñaladas le rompieron el corazón. No creyó que lo molestara tanto una muerte; él, acostumbrado a tantas. Intentó averiguar entre matones y gente baja. Nadie sabía. ¿Por qué venía Milagros Vocecita a sus pensamientos? Quizá porque todas las muertes fatales se relacionaban, y esta de hoy también lo inquietaría.

Recordó que no había instalado el silenciador. Pensó pasar a un baño público y colocarlo, sin embargo allí podría encontrar a algún mirón insistente. El confesionario podía servir, lo utilizó en otras ocasiones, su sangre fría lo acompañaba.

Los dos policías apostados en la esquina de Rosario y San Rafael lo escudriñaron indiscretos. Cambió de acera. Los policías

siguieron velándolo. ¿Qué coño miraban? A lo mejor los girasoles gigantes. Se detuvo a ojear dos o tres vidrieras y espió la esquina. Los agentes reanudaron el diálogo y le quitaron la vista.

Cuando llegó a la iglesia, el sudor le corría de la espalda a las pantorrillas. La vida colocaba trampas, entrecruzaba los caminos. ¿La vida o Dios? Daba igual, alguien torcía las cosas e impedía su flujo normal, inventaba el dolor y se gozaba en la tragedia. Elegía a hombres como él y los utilizaba como instrumentos ¿Con qué fin? Dios sabría. Muchas cosas no tenían explicación, y buscarla significaba perder el juicio, descreer, confundirse.

Dos mujeres rezaban delante y un hombre detrás. Una tercera aguardaba junto al altar. Demasiadas personas, tendría que esperar la hora del cierre y velar que ninguna devota fanática se quedara rondando. Debía de ser adentro, los demás lugares engendraban mayores complicaciones. Se persignó y respiró profundo. Sin levantar la vista, se arrodilló a los pies de la cruz y colocó los girasoles. Se misericordioso, Señor, tu hijo viene a ti humilde y confundido. No quiero profanar tu casa, solo hago mi trabajo. Pronunció nueve Padre Nuestro y un Ave María, ni más ni menos. Se retiró a las últimas filas, cerca del hombre que tenía la cabeza apoyada en el asiento. Parecía dormido o borracho, vestía mal. Pobre diablo, pensó.

La iglesia no demoró en despejarse, solo quedaba el hombre, que seguía inmutable. El cura salió del confesionario y él se le adelantó.

—Necesito unos minutos, padre, no demoraré.

Miró de soslayo al Cristo y entró persignándose. El confesor no lo reconoció hasta que empezó a hablar:

—Debo matar a un desdichado...

Sacó el silenciador y lo fue enroscando sin ganas. Tuvo que secarse el sudor de la cara, controlar las manos, tomar fuerzas para seguir hablando. Pensó en el hombre de la última fila, la

distancia le impediría escuchar.

—...comprenda, solo hago mi trabajo, Padre, un oficio más, como carpintero o abogado. Usted sabe entender porque cumple su misión como nadie, lo he comprobado: dos confesiones de trabajos de muerte y se va a casa a guardarse el secreto. Es muy duro mi empleo en un país como este, quedan muy pocos curas dignos, ¿sabía que la mayoría son confidentes de la policía? Dios los juzgará, y a mí, a lo mejor, llegue a perdonarme, y usted no deberá hacer menos. Sepa que no hay rencor en mi corazón y ya estoy arrepentido. ¿Me absuelve?

Terminado el “en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”, dos balas atravesaron el cráneo frontal del clérigo y se alojaron en su cerebro.

Buscó rápido el fondo, los bancos finales. Notó la ausencia del hombre. Apenas puso un pie fuera del confesionario, descubrió la punta del cañón apuntándole entre dos brazos firmes, provenientes del hombre en harapos. Miró al Cristo. Recuperaba cierta paz, cesaba el sudor, la leve culpa. La voz imperativa le ordenó tirar el arma. Intentó levantarla, pero los disparos no llegaron a cruzarse, el otro se adelantó. Mientras caía, se sorprendió pensando en Milagros Vocecita. Más allá del cielo.

Los curiosos invadieron la iglesia. El policía vestido de malavida habló como si se disculpaba:

—Nunca creímos que el cura fuera el próximo. No le dio tiempo a salir del confesionario, a hacer la señal acordada.

Llegaron más policías a despejar la muchedumbre. Una ambulancia se llevó los cuerpos. De una de las manos cayó el papel de confituras. Nadie lo advirtió excepto un niño. Lo agarró sigiloso y lo guardó en su bolsillo. Reía.

CIENCIA FICCIÓN

Castigo y crimen



Yonnier Torres

*“los rusos... son vastos,
vastos como la tierra en que viven,
y sumamente proclives a lo fantástico y lo desordenado”.*

F. Dostoievski

El inspector Iliá Petróvich encendió la luz y Raskólnikov se cubrió los ojos con las manos. La habitación era pequeña, estaba compuesta por una mesa y dos sillas, del techo colgaba un foco blanco, las paredes estaban cubiertas de cristales, sobre el picaporte de la puerta resaltaban los botones rojos de un intercomunicador, que conectaba la *Sala de Interrogatorios* con el *Departamento de Análisis* y a espaldas del inspector, en el extremo derecho de la pared, una cámara encerraba el rostro de Raskólnikov, intentando registrar cada una de sus expresiones.

Petróvich miró la hora en su reloj de pulsera y dijo:

—Durante varios años, San Petersburgo ha sido la ciudad más violenta de Europa: robos, asaltos, violaciones, atentados, homicidios, secuestros. La pobreza se agolpaba en las calles, como ese polvo arremolinado en las esquinas cuando está a punto de llover. Pero gracias a los esfuerzos del Gobierno y al interés de la Comisaría Central, la situación ha cambiado.

Se acercó a los cristales como si quisiera inspeccionar la limpieza, volvió a mirar la hora en su reloj y tomó asiento frente a Raskólnikov:

—Usted estudiaba leyes.

—Estudio leyes —respondió Raskólnikov.

—Hace dos semanas que no asiste a las clases en la Universidad.

—Hace dos semanas que estoy enfermo.

—¿Ha tomado medicinas?

—Para la fiebre no las necesito. Me basta la sopa de coles que prepara Nastacia y el té amargo. Dentro de poco estaré recuperado y volveré a la Universidad. ¿Por qué me han traído hasta aquí?, a nadie lo interrogan por faltar a clases.

—Esto no es un interrogatorio —dijo Petróvich—, esos son métodos arcaicos, digamos que las acciones de interrogar, descubrir o investigar, han pasado de moda. ¿Ha oído usted hablar de la psicología conductista?

—No, nunca. Me está haciendo perder el tiempo, no tengo motivos para estar aquí. Ustedes deberían encargarse de tareas útiles, atrapar a ladrones y criminales.

—Eso hacemos, eso hacemos —el inspector se recostó al espaldar de la silla, se acarició suavemente las cejas con la punta de los dedos y luego cruzó las manos sobre el pecho. Raskólnikov, sin dudas, comenzaba a perder la paciencia.

—La señora Nastacia es muy buena con usted —dijo Petróvich—, vela por su salud como si fuera su madre...

—¡¿Qué importa eso ahora?! —gritó Raskólnikov— Exijo que explique por qué me tiene encadenado a esta silla de mierda.

—No se altere joven. En la psicología conductista hay dos cosas fundamentales: los motivos y las reacciones. Usted coincide plenamente con el patrón de pruebas para las monomanías de tipo A, o sea, las más comunes. Está hundido en la miseria, no posee nada a su favor, debe dos meses de alquiler, solo se alimenta con lo que le prepara la buena de Nastacia y para colmo, le ha vendido sus libros de leyes al estudiante Razumijin, para pagar sus deudas de juego. Usted está, sencillamente, acabado.

—Eso no es cierto —respondió Raskólnikov—, dentro de poco recibiré veinte rublos, voy a empeñar el reloj plateado de mi padre. Pagaré el alquiler, recuperaré los libros y volveré a las cla-

ses en la Universidad.

—Pero se quedará sin el reloj. Es el único recuerdo que posee de su padre, ¿qué pensarían su madre y su hermana si se enteraran que lo ha empeñado? No le quedan salidas, ya lo indica la psicología conductista: usted cometerá un crimen.

—Eso es absurdo —dijo Raskólnikov y tuvo deseos incluso de echarse a reír, pero no lo hizo. La risa, generalmente, es un símbolo de debilidad—. ¿Cómo puede dar por sentado que me convertiré en un criminal? Podría ofrecer lecciones para chicos retrasados en Aritmética, en Derecho Civil, incluso en Biología. Ganaría diez rublos por semana. Razumijin me podría ofrecer algún trabajo de traducción, conozco el alemán y el francés...

—No se esmere —interrumpió el inspector—, el conductismo es infalible. ¿Sabe qué es esto?

Extrajo un pequeño aparato de su bolsillo y lo colocó encima de la mesa.

—¿Un teléfono móvil?

—No, mírelo bien.

—¿Un iPod?

—¡No! ¡Por Dios! —gritó Petróvich— Este es el resultado de años de psicología conductista. Nuestro Gobierno invirtió medio millón de rublos en su construcción. Este aparato, pequeño, sencillo, es capaz de captar y transmitir con una semana de antelación, los actos criminales que sucederán en cincuenta millas a la redonda.

—¿Cómo en la película de Spielberg?

—¡Por Dios! —gritó de nuevo Petróvich—, pero qué dice, mejor que en la película de Spielberg. Esto no posee margen de error, es portátil, viene acompañado por un Manual de Instrucciones, un estuche de puro caucho con el logotipo del producto en líneas doradas y por si fuera poco, tiene una garantía de seis meses.

Raskólnikov quedó impresionado, la cámara pudo captar con precisión sus gestos y el repentino cambio de semblante. Su expresión de asombro se trocó por miedo y confusión. ¿Cómo es posible?, pensó, ¿dentro de una semana seré un criminal?

El inspector encendió con orgullo el aparato y disfrutó cada segundo el gesto estupefacto del joven. Se puso de pie y dando paseítos de una pared de cristal a la otra, dijo:

—El próximo lunes con la caída de la tarde comenzará a llover. Por la avenida del río Neva, una muchacha completamente ebria será seguida de cerca por un hombre que intentará aprovecharse de la situación, pero usted aparecerá en una de las esquinas, descubrirá lo que sucede, armará un escándalo, el hombre correrá asustado y usted, haciendo gala de gentileza y buenos sentimientos, le entregará los únicos tres kopeks de su bolsillo a la muchacha, para que tome un coche hasta su casa —Raskólnikov respiró aliviado y la cámara captó una media sonrisa—, luego caminará en dirección contraria hasta llegar al apartamento de la usurera Aliona Ivánova, a quien le había entregado el día anterior el reloj plateado de su padre. Entrará al recibidor y la matará con un hacha; y no solo a ella, sino además a la sobrina Lizabeta, que tendrá la mala suerte de llegar a casa en ese justo instante.

—¿Con un hacha?—preguntó Raskólnikov.

—Sí, con un hacha.

—Pero es que yo no tengo hacha.

—Veamos —dijo Petróvich y presionó algunos botones—. El aparato no lo señala. Sería pedir demasiado. A fin de cuentas eso es lo de menos, en todas las tiendas de herramientas de San Petersburgo las venden, además es probable que en la planta baja de su edificio, cerca de la cocina, encuentre una pequeña.

Se acercó al intercomunicador, pidió que le alcanzaran un modelo oficial y un lapicero, le puso pausa al aparato y dijo:

—Tomemos declaración.

Raskólnikov intentó protestar, decir algo, pero las palabras no le salían, estaba pálido, le faltaba el aire y mientras el inspector le sostenía con dureza la mirada, solo pudo balbucear y repetir en una letanía constante:

—Yo no soy un criminal, yo no soy un criminal, yo no soy un criminal...

Media hora después, completamente exhausto, aceptó su condición y se declaró culpable.

Petróvich tomó la primera hoja del formulario y dijo:

—Veamos, Rodión Románovich Raskólnikov. ¿Cuál es su edad?

—23 años

—Móvil de los crímenes.

Raskólnikov se quedó un rato en silencio. No sabía con precisión por qué habría de matar a las dos mujeres con el hacha.

—Espera un segundo —dijo Petróvich— revisemos la memoria. Deslizó su pulgar por la superficie táctil. —Era de suponer, cuando las mujeres caen al suelo revisas todas las gavetas buscando el reloj de tu padre y de paso, te echas las joyas en los bolsillos.

Apuntó la información y cuando se disponía a realizar la pregunta siguiente, la imagen en la pantalla del aparato comenzó a parpadear.

—¿Y a esto qué le pasa? —dijo— quizás sea la cobertura, enseguida regreso. Abrió la puerta y fue corriendo al *Departamento de Análisis*.

Raskólnikov quedó solo en la habitación, recostó su frente sobre la mesa y no dejó ni un instante de pensar: un criminal, me he convertido en un criminal.

Al rato entró Petróvich a la habitación, tomó a Raskólnikov por el cuello de la camisa y comenzó a gritar:

—¡Todos los estudiantes son iguales, tanto caldo de coles y té amargo solo produce debilidad! ¿Acaso no puedes golpear más

fuerte? ¿Acaso no sabes que Aliona Ivánova y su sobrina tienen prótesis craneales de acero? Con tal chapucería no hay quien trabaje. El aparato acaba de transmitir las últimas imágenes de esa noche. Mientras abarrotas tus bolsillos, las mujeres se levantan, toman el hacha y te abren la cabeza a la mitad —Petróvich miró su reloj de pulsera—, ya es casi la hora de salida y tengo que comenzar todo de nuevo.

Luego de la conmoción el joven se dejó caer sobre la silla, recobró el aliento y dijo:

—Entonces no mueren. No soy un asesino.

Petróvich presionó los botones rojos del intercomunicador:

—Traigan a Aliona Ivánova y a Lizabeta.

—¿Bajo qué cargos? —le preguntaron.

—Homicidio.

Guardó el aparato en su bolsillo. Salió por la puerta, apagó la luz y Raskólnikov quedó nuevamente sumido en la oscuridad.

En candela con Ochosi



Erick J. Mota

Primero fue el dolor de muelas. Y luego. Y luego también. El dolor de muelas persiste en todo momento y carece de posición de alivio. Los calmantes casi nunca funcionan y siempre la cura es mucho más dolorosa. No existe sentencia ni castigo en el mundo que supere a un dolor de muelas.

Después vinieron los aseres y me golpearon. Unos tipos de casi dos metros de alto con caras de cinta negra en varias artes marciales. Eran tipos de la calle, sin estilo, con ropas de colores chillones. De los que suelen contratar los maridos celosos para dar una golpiza, o las putas de esquina para sentirse importantes con un guardaespaldas.

Me golpearon con los puños, con el canto de la mano, con los pies y el mango de las pistolas. El dolor de muelas era peor. Cuando creyeron que habían acabado conmigo, me arrastraron afuera. Rodé tres pisos de escalera hasta llegar a la calle. Tres pisos de escalera maloliente y estropeada.

Hago notar que nadie en el solar intervino o acudió en mi ayuda. Como nadie ayudó al jefe de la FULHA y al Machuca, mi socio en aquellos largos entrenamientos de la Siberia, cuando los acuchillaron en la azotea del Focsa. Esta gente no cree en nadie. Ah, los barrios decentes... Eso dijo el que me alquiló el cuarto. Nadie se mete donde no lo llaman. Un lugar sin héroes. Sin demonios. Típico de Centro Habana. El sitio ideal para esconderse de Ellos. Cuanto necesitaba era dejar pasar el tiempo hasta que se

aburrieran de buscarme.

Y pasara el dolor de muelas.

Todo fue por culpa de Diana. Había hecho más de quince llamadas a mi número, a pesar de mi pedido expreso para que no lo hiciera. Estaba en problemas con los Santeros, la línea no era segura y ella se ocupó de violar los veinte mil protocolos de seguridad que habíamos acordado.

No es que Diana sea una mala mujer, sólo está algo perturbada. Venir clandestina desde Miami fue traumático para ella. Hubo mal tiempo y la balsa se volcó. Los tiburones se despacharon. A ella la salvó una de las patrullas que custodian las plataformas petroleras de los Testigos de Jehová. La rescataron y le permitieron llegar a La Habana sin informar a inmigración. Pasarse más de veinticuatro horas en una plataforma de extracción rodeado de Testigos de Jehová puede ser traumático para cualquiera. Incluso si los tiburones no se hubiesen comido a tus compañeros de viaje. Sé cómo es, yo también llegué en balsa a La Habana. Pero mi historia es diferente. He visto cosas más peligrosas que el estrecho de la Florida.

En la calle me estaba esperando Daniel, Sacerdote Iworo y brazo ejecutor del clan de Ochosi: blanco, caucásico y grande, aunque no tanto como los aseres. Uno de los tipos que más dinero había hecho con el hackeo de sistemas en la Red Global.

—Te fuiste sin terminar el trabajo, Pablito. Dejaste vivo al punto.

—Era un niño —y el dolor de muelas que no se iba—, yo no mato niños.

—Tiene 15 años. Estoy seguro de que ha tenido más jegas que tú y ya debe haber matado a alguien por ahí. Además, se atrevió a desafiar a los clanes de la Regla de Ocha. Debe morir.

—No es mi estilo —intenté levantarme, pero el dolor era enorme—. Me dijiste que un novato entró en tus servidores y se llevó

una mierda sagrada de esas. No me dijiste que era un niño. Yo tengo mi ética, Daniel, igual que ustedes, los santeros tienen la suya allá adentro, en la Red Global. No mato embarazadas. Tampoco a niños. Si quieres un psicópata contrata los servicios de la fundación Charles Manson.

—Pablo, Pablo, nunca vas a aprender. El clan llegó a sentir respeto por ti, por tu profesionalismo. Pensamos que tú eras el indicado para el trabajo. La ofrenda virtual que le robaron al altar de Ochosi no es cosa de juego. El Oricha aún lo está reclamando pero el muchacho sigue sin conectarse. Hasta ahora eso le ha salvado la vida. En cambio la tuya no vale nada.

Me incorporé y puse las manos en la espalda, para estirarme. Mi pistola no estaba allí. La busqué con disimulo haciendo un medio giro lentamente, como al azar. Entonces la encontré: en la cintura del asere¹ que estaba detrás de mí.

Tengo buenos recuerdos de esa pistola, la copia china de beretta 9 mm. Se la quité a un infante de la marina mexicana. Estábamos en Old Texas cuando Mexicocalifornia atacó. Las defensas tejanas nunca fueron más allá de una milicia armada con viejos M-16 del extinto Army Force. Y claro, la brigada de pacificación rusa. Pero teníamos órdenes de no intervenir a menos que nos atacaran. Para cuando pudimos entrar en acción ya no estábamos en condiciones de ayudar a nadie. Las últimas órdenes del alto mando fueron resistir hasta la muerte. Al día siguiente deserté y me fui a Miami.

—¿Qué hiciste con el dinero?

—Lo gasté —el dolor de muelas persistía—. Tengo muchas

¹ Saludo en dialecto bricamo que mezcla varias lenguas carabalíes, el efik y el ibibíú. Dentro de Cuba la palabra se usa (en jerga) como vocativo: *Asere, atiéndeme que te estoy hablando*.

deudas y el revendedor de municiones no me hace rebajas.

—Ay, Pablo. ¿Qué voy a hacer contigo? Cuando empezaba a confiar en ti, te comportas como un pata e' puerco. Ahora debo ordenar a estos tipos, que no te llegan ni a los tobillos, que te maten.

Daniel hizo un gesto con la mano y los aseres asintieron.

Por alguna razón que desconozco recordé los campos de entrenamiento spetznaz, en Siberia.

El dolor de muelas, milagrosamente, se detuvo.

Tres de los tipos estaban en mi campo visual, uno a cada lado y otro al lado de Daniel, el cuarto asere estaba tras de mí. Escuché el rastrillar cuando sacó su pistola, o mejor dicho, la mía. Me volteé a toda velocidad mientras apartaba la cabeza de la línea de tiro y le torcí la muñeca en el segundo movimiento. Soltó el arma pero no la dejó que tocara el suelo. Acto seguido disparé contra el que estaba a la izquierda de Daniel. Los otros dos, también hicieron fuego.

Sin dejar de torcer el brazo del asere, lo coloqué delante de mí a modo de escudo. Las balas se detuvieron en su cuerpo. Siempre usan chalecos rusos, pesados y gruesos. Le pegué un tiro a cada uno y otro extra para Daniel. Siempre que se choca con un sante-ro hay que dejarlo bien muerto o el Oricha que lo protege te matará desde la Red. O hackeará la mente de alguien que lo haga, lo cual es peor.

Para concluir, e imprimirle algo de estilo a la función, terminé de torcerle el brazo al asere que me quedaba hasta que se arrodilló delante de mí. Le puse el cañón en la espalda, bien pegado al chaleco antibalas, y el proyectil le atravesó el pulmón. La presión de los gases contra la armadura rígida hizo que el arma culateara más de lo normal.

Me acerqué a Daniel y vi que aún respiraba. Le apunté justo entre los ojos y me dispuse a apretar de nuevo el gatillo. Hasta me

daba gusto.

Todos ellos son iguales. Entran en la hermandad para vestirse de blanco, tener prendas de oro, relojes rusos y pasearse por Centro Habana en ladas blindados a altas horas de la noche. Todos se creen tipos duros cuando en realidad eran niñitos nerds de una escuelita en el barrio de Los Sitios. Terminaron de hackers, pobres y sin jeva. Entregan cada día más neuronas a los Orichas, no por fe, sino para ser importantes. Tienen protección divina desde la red y caminan seguros por los barrios sin ley. Ahora los tipos grandes y fuertes que les quitaban la merienda en la primaria trabajan para ellos, son sus guardaespaldas.

No hay fe en estos tipos.

Solo son unos descarados.

Y aquí, fuera de la red, lejos del Oricha, son unos cobardes.

—No me mates, Pablo, por tu madre, no hay ninguna necesidad... te vas meter en candela por gusto... mira, ¿sabes quién tiene la culpa? Diana, tu mujer... ella te chivateó. Le ofrecimos que se quedara con la casa cuando murieras y lo dijo todo. El resto del Clan sabe que vine por ti, si me matas la Regla de Ocha va a estar detrás de tu cabeza.

En eso volvió el dolor y le disparé.

No valía la pena contestarle.

Yo todo lo que hice fue por ella. El muchacho era sobrino suyo. Quería dinero para montar una red neural y ponerse a quemar con un juego de esos de inmersión total. Diana habló algo de un premio que se daba al que ganara. El chama hizo lo único que sabía hacer, hackear. Y lo hizo con la gente equivocada. Porque es verdad que los santeros tienen mucho billete. Pero también es cierto que la mayoría de las cosas que poseen, o no son de ellos, o son sagradas. No debe ser fácil ganarse la vida dejando que un dios africano, residente en una red cibernética, posea tu mente para atravesar cortafuegos inteligentes.

El sobrino de Diana terminó robando algo que no podía vender a nadie sin que le metieran un tiro en la cabeza. Y tampoco podía conectarse y devolverla. Los Orichas no entienden de esas cosas. Te robas algo sacro y te castigan con un electroshock por el puerto de conexión en la nuca.

Para cuando le pusieron precio a su cabeza estaba tan desesperado que acudió a su tía Diana. Ella me convenció de protegerlo pero se puso fatal y la Regla de Ocha terminó por contratarme a mí para matarlo. Entonces le dije que se escondiera por un tiempo y me inventé lo de la ética del asesino profesional. En un final, ninguno de esos aseres ha saltado de helicópteros en medio de la ventisca o se ha tirado en rapel para atravesar paneles de vidrio y caer en una habitación llena de chechenios. Y la gente se cree que nosotros, los entrenados por los rusos tenemos normas éticas para matar. ¡Ni que fuésemos samuráis!

Lo único que me faltaba para terminar el día, era ir por la perra chivatona de Diana. Porque fue ella la que me metió en este problema para que venga a echarme palante de esa manera. No es ético, vaya.

Pero no me apuro... para el asesinato siempre hay tiempo y necesito ir cuanto antes a un dentista.

No existe sentencia ni castigo en el mundo que supere a un dolor de muelas.

Fangio's in memoriam big race



Yoss

For Pedro Ruslán Ruano Herrera, que me dio el “pie forzado”
con las pictures de su pre-tesis de artes plásticas.
For el Vlado, creator del concepto CH.
For Erick Mota, por su Habana Underguater... an obvious precedent.
For Marianela, en Santa Clara...
te debía this short story, muchacha beautiful and sweet.

Mi Nueva Kola
My New Kola
Tu Nueva Kola
Your New Kola
La Nueva Kola del pueblo cubano
The New Kola of the cuban people
Nuestra Nueva Kola
Our New Kola
Dulzura con sueños
Olvida el Red Bull, el Shark, el Energy, la LS Cola
NU Kola
Sabor inimitable
Unique taste
Euforizante alucinógeno no adictivo.
Aprobado por la OMS y confeccionado a base de
variedades endémicas de campanilla (*datura sp*)
De venta autorizada sólo en el territorio de Cuba,

Estado Libre Asociado de la Unión Norteamericana.

No admita sucedáneos

Don't accept surrogates

The sweden Thor Olafssen, *number one* de la carrera, atravesó *the colossal* holograma publicitario bilingüe *like a silver arrow* y dobló *around* el Memorial Castro sin aminorar *the speed*, pero *without neither* derrapar por eso. Su máquina, puro *state of the art*, de conducción asistida por IA y tren de levitación magnética multipuntos, usó el *stainless steel* de las *old silhouettes* del Che y Camilo en las *facades* de los Ministerios de Orden Interior y Comunicaciones *to obtain* el apoyo extra que la salvó de salir despedida *on the bend* y le permitió *to continue* hacia El Vedado a de 420 km/h.

The public howled, admirado, *although* la maniobra había sido *so fast* que *very fews* lograron seguirla *in real time*, mucho menos *understand it*; la mayoría *only* la pudo apreciar a *full* gracias a las *plasma megascreens* instaladas por cortesía del Gobernador Ventura Aldama, que aspiraba a *to be reelected the next year*. Allí el giro apareció a *bullet time*, *and even* enriquecido con sofisticados *explanation's diagrams* y *shinings* planos cenitales del circuito, *taken by* los diversos satélites y heliplataformas *low-flying* que cubrían *the rally*.

Descontando los superfluos *comentarys* de los *oficial's speakers*, aquello era exactamente *the same* que ofrecía la *Wired Holovision Net*, y además *without the danger* de convertirse en otro de los *collateral's damages*, si alguno de los bólidos se salía del circuito, como *many times* ocurría, pese a la *absolut security* que supuestamente conferían las *very tall kevlar fences*, sin contar con los *huge* Thalos de la US Navy *that were waiting vigilants* casi en cada *corner...* aunque en opinión de *lot of people, too* armados hasta *the teeth*, más bien como en previsión *of some terrorist action* o algún ataque del *even unforeseeable* Abakuágang

que verdaderamente *readys for* intervenir *in the eventuality of any accident*.

Anyway, *no guts, no glory...* quedarse *full safe at home* significaría perderse *too* el *very attractive* extra, *so beyond his control* para *every* criollo *one hundred per cent*, de poder fanfarronear *after the facts* diciendo “*I was there, just slam at the street*”...

After Olafssen pasó el jamaiquino *nationalized* norteamericano Robert Mc Pherson, en su modernísimo *antigrav saucer*; pese a toda la potencia de cálculo de su IA, *the most advanced* de todas las plataformas auxiliares informáticas *in competition*, él sí *braked* ligera y prudentemente *for not taking the risk* de que la fuerza centrífuga del *closed* giro lo hiciera *take off* del suelo *making him lost* el control del vehículo discoidal.

This dirty cowardice le ganó un *chorus* de abucheos de los *merciless* espectadores, *most of them* renuentes a que en *the next elections* la isla *becoming finally another state* del poderoso vecino del norte y como tal *all but anxious* de que el representante norteamericano *will gain the victory...*

—Tanta prudencia *costed to* Mc Pherson dos décimas de segundo. Olafssen *continued increasing* su ventaja y ya *began to* definirse como *winner* indiscutido —comentó cínicamente la voz del Apóstol en el auricular de Buka, en fluido *spanglish* cubano—. *It's not so bad, we can resist* que gane el sueco *asshole...* *actually, we can survive almost everybody* mientras no sea ese *nigger son of a bitch* disfrazado de yanqui el que se lleve este año *the Golden Bowl*. *And you, baby*, como Dios u Olofi no intervengan *personaly* para tirarte un cabo, *only can win the Lead's Turtle*.

—Al carajo la jicotea... *Shut up you and your big mouth, fucking toad*, y ayúdame tú, so plomo... *if you can* —gruñó la muchacha a través de su *tight* protector bucal de biogel *of sugar*

cane. The stress sweat apelmazaba su *lightly golden hair*, resbalándole luego *for the cheeks: her helmet* era *so primitive* que ni siquiera estaba climatizado—. *Bloody hell*, Apóstol, no seas aura, *at least* voy en *third place*... ¿a que *you never believe* que lo hiciera *so really good*? *And so far* falta el Vedado, *the water way* del Malecón y sus muelles, y sobre todo *The Maze* de CH... ahí *no one* de esos *strangers* sanacos podrá moverse *like me*, que *was grown in the neighborhood*.

Between la Facultad de Estomatología y la de Artes y Letras, Buka y su Montuno *passed through* otro titánico *advertisement*, aunque este *written only* en el más ortodoxo castellano:

¿Ansioso por dejar el país a toda costa?

¿Ni la Unión Europea ni Panasia le otorgan visa por ser latino?

¿Tan desesperado está que ha considerado incluso la emigración ilegal?

Piénselo mejor. No ponga su vida en manos de los coyotes o balseros.

En GENRAST tenemos la solución que tanto ha buscado.

Según la recién aprobada Ley Mundial de la Memoria Genética, todo el que sea capaz de probar que posee antepasados europeos o asiáticos hasta en la quinta generación tiene derecho a solicitar la correspondiente nacionalidad.

Cuba es un país de inmigrantes... y sólo un tercio llegaron de África. Nosotros rastrearemos su ADN para encontrar a sus tatarabuelos del Primer Mundo.

Si funcionó para argentinos y chilenos, convirtiendo a dos prósperos países en eriales vacíos ¿por qué va a fallar con usted?

—¿*Do you remember* que existe algo llam'do GPS? —acotó pesimista el Apóstol—. Y *all* esos *dickheads* lo tienen, *I'm sure*. Irás tercera, ricura, *but your concrete probabilities* de ganar la Copa Fangio, *my sttuborn and* idealista *darling*, siguen siendo

apenas las de *a bloody snowball in the hell* o un merengue en la puerta de un colegio. Pero, *be careful now: the next giro will be the good one*, el de la verdad.

Buka *didn't say anything, because her own máquina* ya estaba *turning around the big needle* del *Brothers Castro Memorial*: trescientos metros de altura de puro diamante polimerizado *challenging the sky with its blinder shine*.

Nothing de levitación magnética ni antigrav: su *sloppy's* Montuno, *a modern miracle* del bricolaje en vehículos de superficie, *constructed with used parts* de *many different*s autos, desde los *old american classics* Pontiacs, Oldsmobiles y De Sotos hasta las *chinese's modern shits* Kia y Yutong, sin olvidarse de los *wonderful russians* Lada, Moskvich y Niva, tenía como tren de rodamiento *a prediluvian* sistema de colchón de aire, y era propulsado *for the same powerfulls* turbinas que lo mantenían *soared* a pocos centímetros *over the road*, para poder contar además *with a little help from his friend* el efecto suelo.

Sad but truly, the top del artefacto eran los 400 km/h... y eso *only* con viento a favor. *Not either* podía mantener aquella velocidad *for more of* veinte segundos, o corría el riesgo de *literally* desarmarse *in a myriad of pieces*.

Con *only 23 years*, Buka, auténtica *revelation pilot* de la carrera convocada por el Gobernador Ventura Aldama *in homage* al centenario de la *revolutionary abduction* de Juan Manuel Fangio en el 1958, había crecido en *the most marginal towns* de La Habana: CH... aunque *she was born in Santa Clara City*.

Fuese como fuese, *like any habanero will say*: “la jevita tenía *more tricks* escondidos *in her sleeve* que un *wizard* en las de su *frac*”.

And, last but not least, el Apóstol también la estaba *supporting* con los suyos.

At the beginning del giro *was precisely* el Apóstol quien asu-

mió parcialmente *the control* del Montuno y lo hizo *take out* los *turboflaps* de *side* frenado. *Understanding the purpose* de su misterioso *partner*, Buka *launched* un arpón con *stinky head* que se adhirió *at the diamond of the obelisc*, dándole al bólido el punto de sujeción *that she need...* con lo que el *whipping effect* resultante, *plus the force of Coriolis* generada por las *little* aletas, y aunque casi llevándola al *brain's blackout* por puro *overdrive* de aceleración, la hicieron *to gain* tres segundos enteros.

El público *shout like a platoon of mad's monkeys*, animando a la única competidora del *local team*, aunque los locutores, tan *bootlickers* del gobierno yanqui *as usual*, comentaron que aquello *shall be forbidden*, porque había sido una falta de respeto a un Monumento Nacional *and suggested even* que Yorkana Marianela Del Valle (*a. k. a.* Buka, y sugirieron *poisonous* que el alias provenía de su *secret past* de *street bitch*, por su *supossed unimitable* habilidad para los *blowjobs*) *must be disqualified* por el ultraje, además de legalmente acusada por faltar al *fair play*.

—Esto no va a ser *easy*. Corremos *versus* dos rivales *and an army of traitors*. No sé si vale la pena seguir *helping you*. Ni *why* te empeñas —siguió en su tónica *psico-down* el Apóstol—. *Even* ganas, que no ganarás, *they will find a way* de quitarte *the award*. *Not even crazy* van a dejar que *a poor young cuban girl* se lleve ese trofeo. Y aunque te lo den, *I'm afraid that this* jodida *island* *will continue being* un feudo yanqui... es *like with* Puerto Rico hace décadas: todos los boricuas *love a lot feeling big patriots saying shits* de los americanos, pero *very happy* que estaban también de *have the hated passport of the Empire*. Y ya sabes: Cuba y Puerto Rico son de un pájaro las dos alas...

—Y, Apóstol, si no te callas, lo haré yo con una pala —*menaced* Buka a la voz, parafraseando la célebre cuarteta, mientras su Montuno traqueteaba *like a thunderbird* al atravesar el sello magnético de presión *to enter* al *hightown* de El Vedado, comple-

tamente cubierto por una *dome* climatizada e *infrared and UV rays proof*, copia exacta de las *old archologys* de Houston y Miami.

El Apóstol, seudónimo *evidently chosen* en honor al apodo que *many years ago* (*before* toda religiosidad se volviera *a bit suspicious*) tuvo el *today almost forgeted* héroe nacional *of the island*, era *the best known voice* de la resistencia antiyanqui cubana. *His truly identity* era un misterio; sus patrióticos artículos y arengas *denouncing the strong* anexionismo que amenazaba *with transforming* ese mismo año *the biggest* de las Antillas en el estado cincuenta y dos de la Unión, *broadcasted by* varios servidores y proxys ilegales, *was turned him* en el subversivo *most wanted* por el FBI y la entreguista Policía Nacional... pero *even now* en vano.

A real informatical genius, el Apóstol no sólo *has deceived* todas las *persecutions*; también había conseguido *to make contact* con el primitivo sistema de guía cibernética del Montuno de Buka... y aunque *at the start* desde La Cabaña *Fortress* la corredora había intentado *don't hear* su charla, lo cierto es que *very soon* había comenzado a *to thank* los consejos *of the enigmatical* activista... *and, specially*, el poder contar con un interlocutor que *helped her* a relajarse del tremendo *driving stress*.

A sun beam aparentemente *random* incidió entonces *over her pupils*, deslumbrándola...

HACHÍS DE MI DOLOR

HASCHISCH OF MY PAIN

Marihuana martiana

Martian marihuana

Las mejores cepas transgénicas

The best transgenics cepas

95% del peso seco en TetraHidroCannabinol.

95% of dry weight in TetraHidroCannabinol.

Fugas garantizadas.

Garanted fuges.

Material imprescindible para resistir la realidad cotidiana.

Indispensable material to resist the day-by-day reality

Deje que sus problemas se hagan humo...

Let your troubles smoke...

Suavemente...

Easily...

Any otro *driver* habría frenado... pero, *with suicidal self-confidence*, Buka simplemente *close her eyes* y condujo con los párpados apretados *for more than* doscientos metros, hasta que *has surpassed* el alcance efectivo del *publicity beam*.

—Great, kamikaze... *be careful in the future* con esos anunciantes ilegales... pero la *blinded conduction* que acabas de hacer es *even more dangerous*. Estamos jugándonosla al canelo, mami-ta, *be careful*. Ojalá *we can abduct* a Olafssen o a McPherson, como hicieron los del M-26-7 en el 58 con Fangio —se permitió soñar el Apóstol, *while* circulaban a 350 km/h por el tramo recto de 23, la *main artery* de El Vedado, ahora con sus anchas *pedestrian sidewalks* aisladas con *tights hydraulics mattress* para *protect the invaluable buildings* circundantes *de any accident*—. Por mi madre que eso sí que *would make a huge international* salpa'fuera.

—Ni así. *We will be accused* de terroristas... y en un par de meses *they will present* una súper holoserie *showing the facts* desde el punto de vista que más les conviniera: el del *US State Department* —sobbed Buka, aprovechando *for drink* un par de tragos de aguazúcar, para reponer energías; *all the others* competidores recibían directamente *in his veins* un suero de dextrosa... pero ella era cubana, ninguna corporación *was sponsoring her*, y sólo por suscripción popular (*promoted*, entre otros, por el Apóstol, *she supposed*) había logrado cubrir ¡y bien apretada-

mente! la prohibitiva *race's inscription fee*.

—Cosa *beatiful* ¿*perhaps* tú viste “Operación Fangio” *the movie* que dirigió Alex Lecchi sobre los sucesos que *inspired this award*? —se interesó *suddenly* el Apóstol.

—*I have no time* para ver esas *holoshits* de los brasileños y los yumas que *twisted our history* —se excusó Buka, que además de *callgirl*, antes de dedicarse a correr vehículos *for money* había también sido *address distributor* de holoserias ilegalmente descargadas... y *never and ever* abrió siquiera uno de los envoltorios *that daily carried*.

Ya salían de 23 *and heading towards* CH por el Malecón. *There* el colchón de aire del Montuno resultó *an unexpected* (para los otros corredores) *advantage*: saliéndose *out of the highway* con un *very dared* acelerón, Buka pasó limpiamente *over the wall* del Malecón y aún en el aire *shooted* un par de *oil charged rockets* (*price*: un ojo de la cara *every one, in the Army's excedent black market* del barrio del Canal) que al instante convirtieron *the waves under* en un quietísimo *mirror*. Y desplazándose entonces *like a dolphin*, casi sin alzar espuma, logró así *to reduce* en otros tres segundos *the disadvantage* con el sueco y el jamaiquino-nor-teamericano, *crawling like a water snake* por la intrincada maraña de los *floating docks* de GENRAST *and the others corporations*.

In the holovisión, los comentaristas, *more indignateds than before*, si eso fuese posible, prácticamente pedían *the head* de la *bad tricky woman*, ¡y además, una *damned* separatista! que *without any experience* en *this class of rallys* solo podía estar teniendo *an unbelieved good luck*. Obedientes *parrots*, denostaron de *this ungrateful* cabrones independentistas, *remembering* que los Thalos de la US Navy habían sido *the only force* capaz de devolver *the order at the country*, en el 2028, *after the hideous* doce años de *street's riots*, ¡casi una *civil war*! que sucedieron al

definitive fall del *dying* régimen comunista. ¿Acaso *the assholes cubans wants* que *the chaos will to return*? ¿Or *don't realized* de que *if* esa *Buka win*, con todas sus ilegales acciones, *the cause* de aquellos terroristas se vería *terrificly and very dangerously estimated*? ¿Que *until today* el pueblo *of the island* ni soñar con *being ready* para la *selfgovernation*? ¿And que únicamente *the Washington's administration aglutinator power* mantenía *the country far away* de un tremendísimo *bloodbath* y en general, el despelote vigueta?

—*Very good...* ya *I was asked why* coño *do you have* esos dos coheticos —aprobó *laughing* el Apóstol, *while* continuaban *surfing over the oiled water* paralelos a la Avenida del Puerto, para *to bend* alzando *a lot of foam* frente al Castillo de la Fuerza y enfilar *to the ground* para la etapa final de la *Big Race*: CH.

—*Oh, yeah...* no te ocultaré que *such film* “Operación Fangio” *was* una reverenda *bullshit*, aunque no brasileña ni americana; coproducción cubanoargentina —continuó con *his sudden obsession* el Apóstol. —El argumento...

EH, MUJER...

No mires a los lados.

Sí, es contigo. A ti misma te hablamos.

¿Has sido esterilizada por el Programa de Prevención Poblacional Obligatoria por no alcanzar la tasa mínima de ingreso anual?

Lástima.... porque la operación es tan irreversible como necesaria para evitar la explosión demográfica.

Todos lo sabemos.

Pero eso no nos sirve de consuelo.

Ni a nosotros, ni mucho menos a ti.

La pregunta fundamental es:...

¿TE SIENTES SOLA?

¿Te parecen demasiado caros los perros, gatos y otros animales

de compañía resistentes a las plagas transgénicas y de pedigree homologado?

¿Piensas que tu vida sin un hijo carece de TODO SENTIDO?

Nosotros también...

Por eso mismo TE OFRECEMOS UNA OPCIÓN.

A ti... y A ELLOS.

A esos hijos que nadie quiso.

A los nunca nacidos.

A quienes fueron rechazados por sus propias madres.

Tú puedes darles un lugar en el mundo.

Simplemente...

¡Compra un PELUSOtm!

Completamente legales... y seguros.

Desarrollados con tecnología bioinformática de última generación a partir de los fetos abortados en las clínicas de Regulación Demográfica, nuestros bioandroides infantiles tienen todas las ventajas de un auténtico niño... pero ¡lo mejor! ninguno de sus defectos.

PELUSOStm

El remedio definitivo contra la soledad y el aburrimiento.

Eidéticamente condicionados para no evacuar sus desechos corporales fuera de lugar ni de hora. Para no ingerir sustancias peligrosas. Para no llorar nunca más de dos minutos seguidos. Para no decir malas palabras ni hacer travesuras... salvo aquellas que usted previamente elija y pueda soportar. Para ser inimitablemente cariñosos, obedientes, inteligentes.... BUENOS HIJOS.

Y, LO MÁS IMPORTANTE:

¡Para serlo PARA SIEMPRE!

Para NO CRECER JAMÁS.

Usted puede solicitar un PELUSOtm de la edad y el tamaño corporal que usted desee (sin límites), con la seguridad de que permanecerá así...*

¡ETERNAMENTE!

Pruebe un PELUSOtm

Y verá cuán rápidamente olvida el significado de la palabra “soledad”

**En teoría; como es lógico, los precios se incrementan de modo exponencial al aumentar la edad de la unidad encargada, por encarecimiento del proceso de preparación. Un PELUSOtm de 12 años vale un millón de dólares. Uno de 15, once millones. El costo de unidades con edades superiores a los 15 años se calcula en billones... aunque jamás se ha manufacturado ninguna.*

—*Fucking Pelusos. Ese TM no es de Trade Mark, sino de Tremenda Mierda —grunted Buka, when la emisión direccional selectiva, activada automáticamente en español al read en su identity chip su condición de hispanic no kids woman, terminó de to excite su lóbulo auditivo. —Ojalá one of these days los crazy dogs del Abakuángang asaltaran the factory y se los llevaran even the last, aunque luego los convirtieran en Mascualos... ¿What was you saying, papito?*

—*Don't say you tanta mierda, mi niña. Ya too mucho mess hay con un puñado de esos spawns sueltos por CH, imagínate tú with thousands and thousands...*

—*Who knows, maybe acaba de sinked todo esto pa'l carajo —whispered la muchacha; lo más hard to hold del Apóstol era his allknowing and ever didactic attitude, como si el muy cabrón was the owner de la llave de los thunders.*

Volviendo to the streets con otro jump, tomó el túnel under la Plaza de Armas y enfiló por Bishop Street, ahora ya menos de un segundo after McPherson.

El Apóstol return to speak of “Operación Fangio”: —*It's not a holo, sino a 2D film, del 99, con Darío Grandinetti y Laura Ramos... and maybe you remember she de before la silicona, se hiciera la transexual and leaped to the gay hard porno. Pero a él*

sure not... too old for you. Te preguntaba *cause perhaps* ese *evil one* del Gobernador o *the think tank* de sus canchanchanes que tuvieron *the very brilliant idea* de celebrar *this year* el centenario de su secuestro y las tres décadas *of american militar ocupation* si vieron la película, *and if you too...* ¡CUIDADO!

Sólo *the warning* del Apóstol y sus *very quickly* reflejos permitieron a *the young* piloto cubana no chocar *with the debris* del deslizador magnético del *poor* Olafssen, que una fracción de segundo *before* había saltado en *pieces*, envuelto *in fire*, por *the mortal impact* de un *homemade* misil tipo “Destimbalador”.

—*Speaking about* el Rey de Roma...—*say* el Apóstol.

—... *and appear* sus nalgonas ¡Coño, los Mascualos...! —*was complained* a su vez Buka, *when* decenas *of greats* siluetas humanoides, *the doomsday weapon* de las pandillas criminales de CH, *began to emerge* de las alcantarillas y desvanes *and hanging down* desde los restaurados *buildings* del Casco Histórico, *making fire with all* sus potentes *and improvised* armas contra los helicaviones de la US Navy que ya estaban *coming*.

If three decades ago los marines norteamericanos *had pacified* Cuba con sus Thalos (así bautizados *in homage* al mítico *bronze giant* construido por Dédalo *for making the coastguard* en la Creta del Rey Minos) grandes exoesqueletos armados o *combat mobile-suits*, que por *its movility and fire power* eran prácticamente *one man armies*, los *sparkly* delincuentes cubanos del Abakuágang *have learned very soon* cómo *make front* a tales titanes metálicos *tripulated by special force's soldiers*: la casi inmediata *answer* criolla fueron los Mascualos.

So named tanto porque su *mutated skin* poseía *a harsh quality* muy semejante a la de ciertos *sharks* como por *a very simple word's game* (Tales y Más-cuáles) los Mascualos *were not* simples trajes robóticos, sino *real living ciborgs*, basados *in the same technology* de los PELUSOStm: seres humanoides *breded-cons-*

tructed a base de *fetuses ilegaly stolen off the abortive clinics* y arrojados en cubas con *beastly dosis of Growing Hormones* para *guarantee* un desarrollo aceleradísimo, *meanwhile* los neurocirujanos-armeros del Abakuágang les injertaban cuánto artefacto de destrucción *they had conceive and ensemble*.

De ese modo, *in only a few months* (contra el mínimo de dos años *that was need to train* un buen piloto de Thalos) salía del *growing tank* un titán: seis o siete metros de *tall, giant muscles* y pertrechados *until the teeth* con *láser blasters, heavy calibre machine guns* y afustes múltiples de misiles... *but with the mental age* de un *baby* recién nacido, al que sus “padres-patronos” de la mafia afrocubana *trained like a puppy*, hasta que *they learned how to destroy* manzanas enteras con el entusiasmo *free of all remorse* que sólo un niño pondría *in his children’s games*...

Very few pilots de Thalos eran rivales para un Mascualo, *one to one*... aunque la capacidad de *strategic coordination* entre varias unidades *that defined* a los *ciborg-suits* del US Marine Corp les daba la ventaja *when the number of contenders* implicados en la refriega *increased*.

Periodically la Policía Nacional *and the yankee’s occupation troops* hacían auténticas batidas por *the most dangerous towns of the city*, tratando de *seek and destroy* los tanques donde *were growed* los bizarros *monsters*, único armamento *made in Cuba* del que los ocupantes *were really afraid*.

But so many money have la mafia local del juego, la droga y la prostitución, *and so extended* eran el relajo y la corrupción *even in the lines of national order forces*, que *only* rara vez capturaban *anyone*... *the same cuban cops* eran los primeros en *to notify* a los delinquentes, para que *they can change the ubication* de sus “*stunts factories*”

The proof de aquella *complicity* acababa de sentirla *in his own flesh and blood* el casi ganador del rally... Buka se alegró *when*

she realized que *the viking* había *at least* logrado escapar *alive*; *his vehicle have* cabina eyectable, que ahora *hanging in the sky* bajo *the orange flower* de su *parachute*, balanceándose *over the roofs* de Obispo *and with the dome* del Capitolio Nacional *behind*.

Por lo visto, *like usually after* largas deliberaciones, *the mobster's clans* del Abakuágang *have decided too* que preferían que *the island continous being* ¡at least parcialmente! autónoma... *and that was his way* de transmitir *the message* al cabrón de Ventura Aldama *and his masters*, las autoridades de ocupación.

This time, excepcionally, y actuando coordinadamente, como *exotics* híbridos de mastodonte y acorazado, la escuadra de Mascualos del Abakuágang *maintained the control* de Obispo durante casi un minuto entero. Los Thalos del US Marine Corps temían aventurarse en el Casco Histórico, pues la profusión de recovecos *and alleys* en las que *might be hidden* infantes *with heavy wapons* convertía al laberíntico *town* en una auténtica *and huge trap* para sus ciborgs. En cuanto a los helicaviones de la Navy, *uncapable of flyed low except* en las raras plazas, tampoco tenían gran *tactic efectivity*,

But the almost miraculous alliance entre los Mascualos terminó *very soon*; niños al fin, *even* gigantescos, los ciborgs *began to shoot* unos a otros, *like in a deadly game*... Y en menos *of thirty* segundos, *fighting all against all* y contra las fuerzas de ocupación *yankees*, balcanizaron *the battle and finished* alejándose de Obispo.

McPherson, *becoming* sorpresivamente *leader*, había vacilado, *meanwhile* su GPS contactaba con los satélites *looking for an alternative path* sin riesgo... dilación de la que Buka *made a good use*, enfilando *for the O'Reilly street*, prácticamente *to reach* al jamaiquino-norteamericano.

Cierto que fue *a really big risk* el que corrió, pasando *among at least cinco colossals* Mascualos enzarzados en *his defy* contra

los helicaviones de la Navy... pero, siguiendo *the wise advice* del Apóstol, desplegó el asta telescópica con *the huge cuban flag* que había preparado para lucirla *if she would win the race*.

This subterfuge no sólo le permitió *to pass through the battle field* con el pellejo sano, sino que *even deserve her* algunas populacheras *words* de aliento, proferidas por los ciborg con sus *paradoxically childlikes* voces de bajo:

—¡Buka, *the number one* de to'a CH!

—¡Viva Cuba Free, *fucking shit*!

—¡Baby, *that's the way*: a pulmón y cojones!

—¡We are the champions, cosa rica!

—¡Hazlos *to bite the dust*, que nosotros les arrancamos *the fangs*!

De modo que, *when they return to Prado* a la altura del Parque Central, para la recta final *until the very closed* Parque de la Fraternidad, la cubana y el americano iban *almost head to head*.

But even en aquella *short distance* tenía que imponerse *the technical superiority* del vehículo antigrav de McPherson, que *litte by litte, step by step* fue dejando atrás al Montuno de Buka...

...hasta que, *gushing* del Capitolio *like ants of the heart* de su hormiguero, con *deafening noise*, una extraña *tide* de singulares *artiluges* les cortó el paso.

Both vehículos *were forced to stop* para evitar a *deadly clash*.

—¡Apóstol, puñetero *asshole*! ¿*What the hell* es esta mierda?
—no pudo contener *her indignation* Buka...*but when she doesn't receive any answer*, no le quedó más que detallar alucinada *the strange invasion*:

Its looked like ¡viejísimos Fórmula 1 *racing vehicles*! Todos idénticos: *four wide wheels* de radios entrelazados *like webspiders*, fijadas *in two axis* a los lados *of a red aerodynamic fuselage* y con

the big número 2 in white en los laterales *and before* del compartimiento para el piloto, *more closed to the end of the car's body* que del morro de la máquina. *And there*, tras el breve muñón *of a windshield* que dejaba entrever la parte superior *of a circular steering wheel!* se alzaba *the head of a man*, al que *the leather helmet* y *the glasses* de aviador le otorgaban una expresión *at the same time* very concentrada *and curiously* anónima.

Las decenas de antediluvianos *racer's cars*, atronando *and fullfilling with smoke the street* con *its internal combustion motors*, iban de un lado para otro, *ever out of clashed...* y Buka tardó unos segundos *in realize* que tal milagro se debía a que *its passed one thru the others*.

Eran hologramas.

She tried entonces de reanudar la marcha, *but couldn't; all the systems* de su Montuno *were completely dead*. Buka *raise her eyes...* y se dió cuenta de que *in spite of* el evidente *mess caused by the apparition of* los hologramas, ningún helicavión o Thalos yanqui *has appeared yet*.

She could neither hear any word del Apóstol; por lo visto *the radio* estaba *so dead* como *all the others systems*.

¿*Maybe* una especie de *electromagnetic pulse* continuo?

Thats seems, coño.

¿*And now* qué carajo *she can do?*

Desperate al tener *the goal so closed but* no poder *reach there*, Buka *opened* la escotilla *and with an agile jump* se subió *over* la cabina de su Montuno *for to see* más cómodamente la escena: *behind her, when* los demás competidores *were approached*, *all of them* caían *over the strange field* que inutilizaba todos sus sistemas electrónicos *and were immobilized, one after other*.

Entonces, *a group of white figures* apareció *and came running*. Buka se tensó, *afraid of the attack* de algún clan Abakuágang... *if these mads* pretendían *even scratching* su Montuno, *they will*

discover lo que valía una buena *english wrench*.

But the strange men, aunque rodearon su vehículo, *didn't seem really interested in inflict her any damage*. La muchacha, con *the heavy* herramienta en la mano, *over the roof* del bólico a colchón de aire, los miraba, *very intrigued: just like before* los hologramas, *these are all very similars*: muy altos, *almost eight feet, dressed in white, with faces, hands and hairs whites too...* se dirían mimos, si no fuera porque *all their surfaces have a strange* cualidad casi estatuaría, *maybe like marble*.

¿Androides? *But* además, *their faces*, con la alta, *very wide forehead*, sus ojos *sad and bright*, el poblado *mustache and the little "mosca" under the lip...* le resultaba *very familiar*.

Really conocidísima, qué coño.

—Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el respeto a la dignidad plena del hombre —*said* entonces *one* de los “estatuos” y Buka *smiled* al reconocer *the Apóstol's voice...* and even a la figura *that he'd chosen* para sus robots controlados a distancia:

Of course... el Apóstol.

The hero cuyo apodo *he adopted...* if le resultaba *so familiar was because for many years his face appeared* en tantos *bills and coins* de la isla, *until the credit chip* y el dinero electrónico *finished them*.

—Con todos y para el bien de todos —agregó *other of the Apóstoles*, y como si aquella *sentence* fuera *an agreed signal*, todos *puts their hands* bajo el chasis del Montuno, *and in a synchronized effort* que hizo chirriar *even his potents mechanics muscles*, lo *arised* con su piloto encima *and began to walk to* el Parque de la Fraternidad.

Shyly, dos o tres *at the beginning*, luego *tens, hundreds, any time* con más confianza, los espectadores *jumped the barrier and joined the group* que avanzaba *slowly*. *Many of them borrowed*

their shoulders to help a los Apóstoles, y entre *acclaims and applauses*, la velocidad de su avance *very soon became faster than before*.

And más y more cada second.

—Cabroncito, *son of a bitch*... qué calladito te lo tenías... *and so well planed*; ¡el perfecto antisequestro! —*was saying* Buka, fascinada, *almost shouting* para que los “estatuos” pudieran oírla *over the crowd noise*—. En vez de *disappear only one driver*, pones en circulación decenas de hologramas *of one that doesn't exist*...

—Exactamente *one hundred of them* —dijo uno de los Apóstoles, sin que su voz sintética *betrayed the effort* que estaban haciendo *he and his equals*—. *One for any year* transcurrido *after the abduction* de Juan Manuel Fangio en el Gran Premio de Automovilismo de Cuba, el 24 de febrero de 1958.

—Juan Manuel Fangio, *born in 1911* —*recited* otro de los Apóstoles—. *World absolute champion* de Fórmula 1 en 1951, 1954, 55, 56 y 57. *Died in 1995*, hoy ha conducido *his old* Ferrari con el número 2 *one more time*... *and forever*.

—Oye, *men* —*asked* Buka, curiosa—. Hay algo que *I need to know*, asere. ¿*How the hell* logras que estos androides sigan funcionando? *If just now* hay un pulso electromagnético *active in this zone* ¿or no?

—No afecta a lo que no es mecánico —*answered other* de los Apóstoles. Era como si *they were able to speak* solamente una vez... *and never more*—. *And we* no somos androides.

—El Apóstol verdadero es una IA —*revealed almost in a whisper* otro—. De los *olds russian controls systems* para ICBM. Se les quedó aquí, *and one day became* autoconsciente... bueno, no fue así de *easy*, pero esa *is a really long history* y no tenemos *much time*. Nos fabricó *pecially for the ocassion* en un *growing tank* que le prestaron los del Abakuágang... *we are just clones*

modificados. *Not only Mascualos can be prepared* en esas cubas. *Just* Cubas, mira tú... *very patriotic* ¿no crees?

—*And before you put the question*, la textura marmórea es *in homage* al modelo: *the original statue* que por más de un siglo estuvo *very close from here*, en el Parque Central.

—*And we too have a little question for you*, muchachona —añadió otro más—. Buka, *this alias* tuyo *¿why* es? ¿*The history* de tu pasado de puta callejera... *is true*?

—*Bloody hell*, pensé que era obvio —*shrugged her shoulders* la muchacha, *touching full of proud the cuban flag* pintada con aerógrafo *over the chest* de su negro mono policarbonado de piloto—. Buka... Kuba. *Very patriotic too* ¿no?

In this moment la proa del Montuno *reach the finish line*, y los apóstoles depositaron *the heavy vehicle over the street, again*.

—*Be careful*, Buka —say uno.

—Te estaremos... *I'm watching you* —dijo otro.

—Como la vieja cancion de *Police*. Por si *you need help* —explicó el cuarto.

—Esta fue *only a battle* —añadió el quinto.

—*The war* continúa —afirmó el sexto.

—*Even seamos libres again... and forever* —confió el séptimo.

—¡Viva Cuba Libre! —gritaron al fin *all of them*, y en ese mismo momento *fell* por los suelos *and began to dissolve* entre volutas *of a white smoke with a very strong smell of* ácido orgánico, *while the first* sonos de la conga con que el pueblo habanero celebraba *the unbelievable triumph* de su representante *began to sound* en el Parque de la Fraternidad.

Pese a *the almost* unánimes *popular protests*, Yorkana Marianela Del Valle (*a. k. a. Buka*) *was disqualified* por “conduc-

ta antideportiva”.

But she received un montón de interesantísimas *propositions* para trabajar como piloto de varios *international level rally's teams*.

After a very long deliberation del comité organizador, la Copa Fangio In Memoriam *agreed to* el eslovaco Karel Nesvabda, que, *driving* un vehículo impulsado por biogás, *was the only one* que pudo atravesar *the goal line* por *his owns efforts*.

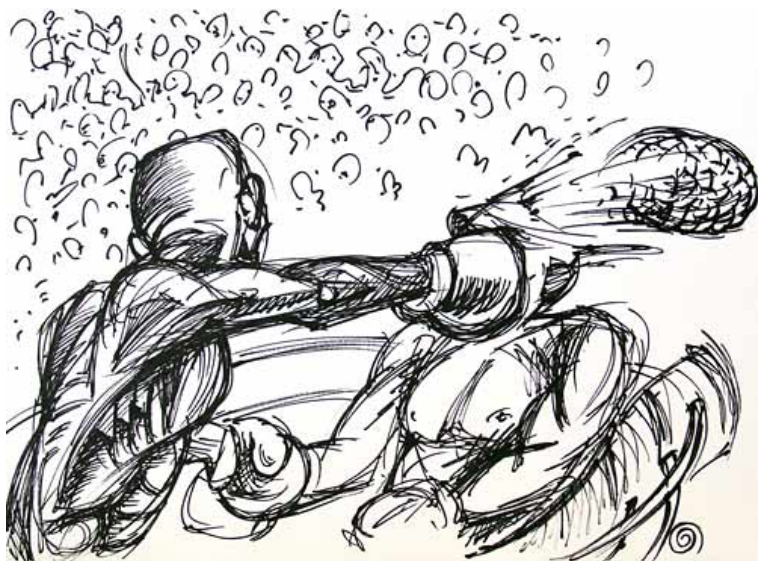
En las elecciones del 2059, *fifty per cent* de los cubanos *voted* a favor de que *the island* continuara siendo Estado Libre Asociado de los EUA. Un 25% votó *for the independence*. *Only a* 15% por *the full integration* a la Unión.

Hubo un 10% de abstenciones o boletas anuladas.

In his blog y sus emisiones clandestinas, el Apóstol calificó *the result of* los comicios como “*moral victory*” y llamó al pueblo cubano a continuar *the fight* sin desmayo *even to reach the truly* y definitiva independencia.

The real identity de este activista *continue being a defiant mistery* para las fuerzas de ocupación yanquis.

El “Incidente Johnson-Muñoz”



Gabriel J. Gil

A Yoss, por el Voxl de “El equipo campeón”...

El público aullaba enardecido, atestando las gradas de la vieja sala habanera Kid Chocolate, hace poco reacondicionada por completo para el pugilismo cerebral. Las apuestas, legales e ilegales, estaban por las nubes.

En la única pelea de la noche, esperada con ansiedad por la afición cubano e internacional, se enfrentarían por segunda vez dos de las mayores estrellas internacionales de esta popularísima disciplina: el actual campeón del orbe, el estadounidense Michael “Mind-Boggler” Johnson, y su retador, el cubano Manuel “Sin-Cráneo” Muñoz, quien un año antes cayera en Baltimore ante el yanqui en el combate final por el título mundial profesional.

Como toda disciplina de combate, el pugilismo mental profesional, pese a no ser propiamente “de contacto” no era ni mucho menos un inofensivo juego de niños. Aunque no se tocaran nunca, no resultaba raro que uno de los dos adversarios quedara lesionado de por vida o incluso resultara muerto antes de que concluyeran los doce *rounds* que componían cada encuentro del “deporte del siglo XXII”. Quizás por eso era que muchos médicos se oponían a los encuentros, considerándolos un espectáculo inhumano, bárbaro y de extremo mal gusto.

Pero, pese a todos sus sensatos y humanitarios opositores, una morbosa atracción, tan antigua como el circo romano —si no

más—, convocaba a miles de espectadores a asistir virtual o personalmente a cada cartel de pugilismo mental, todos ansiosos de ver sangrar por la nariz, por los oídos y por los ojos a los luchadores... y muchos además de apostar hasta la camisa por uno de aquellos dos temerarios.

A los que, lógicamente, nadie obligaba a participar en tan peligrosa contienda, por mucho dinero que hubiera en juego...

El combate estaba a punto de comenzar. En el centro del cuadrilátero, con experta soltura, los técnicos electrónicos cubanos ya ponían a punto el complejo y carísimo *MIO* (intensificador de ondas mentálicas, por sus siglas en *voläpuk*, la nueva lengua internacional). Comprobado su perfecto funcionamiento, cubrieron el inmenso bloque de inextricables circuitos con un chasis metálico y oblongo; la mesa sobre la que se enfrentarían los púgiles, mente contra mente, según el principio de neuro *feed-back* por mediación tecnológica.

Meticulosos, los paramédicos del patio aseguraron los puntos de apoyo para la quijada y los brazos de ambos contendientes, y revisaron con cuidado las pantallas que, colocadas detrás y encima del sitio de cada “boxeador”, servían para que ambos pudiesen visualizar al detalle la actividad cerebral de su contrario. Luego comprobaron por la misma parsimonia los neurocascos amortiguadores de los golpes mentálicos, que, según los ancianos que recordaban el “auténtico” pugilismo, no eran sino un sofisticado sucedáneo moderno de los antiguos guantes acolchados.

Cada contacto fue probado varias veces, para que sólo los boxeadores pudiesen atacar y ser atacados mentalmente. Se corroboró que los botones de rendición funcionaran sin problemas; y por supuesto, también el circuito de transmisión y proyección de las acciones mentales a las pantallas del jurado y a las del público.

Entretanto, en esquinas alternas del cuadrilátero, ambos

luchadores calentaban sus mentes con breves y sencillos ejercicios matemáticos... como calcular las raíces cuadradas, cúbicas, y quintas de varios números de diez cifras, para acto seguido someterse a un relajamiento radical: usualmente con algún holograma de alto impacto erótico...

Sólo entonces le tocaba el turno a la auténtica prueba de auto-control: hallar la raíz cuadrada de un par de números de cinco cifras. Si después de aquel brusco cambio en su actividad mental el púgil era aún capaz de calcular el primer dígito, se consideraba que sus procesos cerebrales funcionaban a la perfección.

A juzgar por la rapidez de sus respuestas, tanto “Mind-Boggler”, el actual campeón, que peleaba esta vez fuera del patio, como el cubano “Sin-Cráneo”, novato del año en la muy competitiva Liga Nacional, se encontraban en óptima forma mental.

“Mind-Boggler” tenía a sus espaldas un impresionante historial de golpes mentálicos: había desencadenado en sus oponentes desde esquizofrenia hasta autismo, pasando por tumoraciones varias y desconexión temporal entre los hemisferios cerebrales. Estaba en el cenit de su fama y forma mental. Por su parte, la carrera del cubano, como demostraba el que se presentara por segundo año consecutivo a discutir el título en calidad de retador, aún estaba en pleno ascenso: si bien hasta ahora sólo había ganado por *knock out* un par de peleas, dejando en estado semivegetativo a sus contrincantes, casi siempre ocasionaba secuelas motoras irreversibles a quienes lo enfrentaban.

Todos los pronósticos indicaban que sería un duelo cruento y reñido, de los que prefería la fiel afición del nuevo deporte. Según cálculos conservadores, varios miles de millones de eurodólares podrían cambiar de mano al final del combate por concepto de apuestas.

Sonó la campana. Los púgiles dejaron sus esquinas, se ajustaron los neurocascos y chocaron las cabezas así protegidas, según

la tradición del antiguo y actualmente prohibidísimo *box* convencional. Luego, al nuevo estilo, tomaron asiento y apoyaron la barbilla y las manos en los soportes correspondientes.

El árbitro activó el *MIO* a través de su consola y dio inicio el primer *round*.

Con fiero instinto, ambos boxeadores, maestros del neuro *feed-back*, buscaban las zonas cerebrales más sensibles y menos protegidas de su contrario, amagaban y arremetían, como en cualquier otro deporte de lucha. No necesitan estudiarse mucho; ya se conocían más que bien...

“Mind-Boggler” comenzó la ofensiva con un rápido ataque al lóbulo de la visión de su oponente, pero la enérgica riposta del cubano produjo en su encéfalo tal desorden hipotalámico que, tras una erección instantánea, empezó a sudar a chorros.

Captando la velocidad de reflejos de su contrincante, mayor que en su primer enfrentamiento, el norteamericano optó por cambiar prudentemente de táctica hacia una pelea de desgaste: mientras amagaba con directos a la pituitaria, comenzó de manera subrepticia a hacer estallar neuropéptidos en el cerebro del antillano, que poco a poco fueron adormeciéndolo.

Por suerte, justo antes de caer dormido, “Sin-Cráneo” apeló a sus reservas de autocontrol, y recobrándose, contraatacó interfiriendo las vías neuronales más recurrentes de su rival, lo que lo entorpeció de manera notable.

Y sonó la campana. La puntuación en el primer *round* había sido mezquina, pero pareja: 7 a 7, marcaba el jurado, y el público no lo cuestionó. Los modernos métodos de arbitraje neuroelectrónico hacían indiscutibles las decisiones arbitrales, excepto para los fanáticos más obtusos y parciales.

Los entrenadores del norteño corrieron en la consola de su púgil algunos ejercicios MENSA, mientras le hacían un TAC cerebral con una máquina portátil. Los del criollo, por su parte, lo

sometieron a hipnosis y le hicieron tres regresiones; con muchos menos recursos económicos, no tenían el acceso a la tecnología de punta de sus rivales.

Al terminar el tiempo de descanso, dos despampanantes mujeres desnudas salieron al cuadrilátero, ostentaron orgullosas y con seductores contoneos su filiación mamífera para anunciar así el comienzo del 2do *round*. Pero ninguna comisión feminista presentó protesta alguna: al fin y al cabo no se trataba de humanas auténticas, sino simples Afroditas, *cyborgs* de placer de última generación.

Los luchadores tomaron asiento nuevamente en el *MIO*, ya sin saludarse.

El árbitro activó por segunda vez los dispositivos.

Ahora “Sin-Cráneo” tomó la delantera: envió una onda mental que destruyó a su oponente un par de axones esenciales, dejándolo anonadado durante casi un cuarto de segundo. Al americano incluso se le desorbitaron por un instante los ojos ante tan relampagueante ofensiva, pero unas cuantas palabras claves, oportunamente voceadas por su equipo técnico desde su esquina, le hicieron salir del *shock* a duras penas, despabilarse y erigir nuevas conexiones neuronales.

No obstante, ni así logró recuperarse lo suficiente como para lanzar el contraataque que necesitaba para nivelar las acciones en el segundo asalto; apenas pudo detener un sólido golpe sobre la zona de la audición, que lo hizo tambalearse.

Pero no era desequilibrarlo la estrategia del cubano: “Sin-Cráneo”, actuando improvisadamente, según la tradición de la escuela antillana de boxeo, había concluido con astucia que si las funciones mentales de su contrincante se agudizaban con las palabras de los entrenadores, entonces para ganar lo primero que debía hacer era impedir que pudiera oírlas. Por eso insistió en su ataque al lóbulo auditivo del norteco, una y otra vez.

Poco después ya resultaba obvio que el yanqui llevaba las de perder: con dos puntos de ventaja, el caribeño seguía golpeándolo con vertiginosos ataques mentálicos, ora en la hipófisis, ora en el cerebelo y la audición.

Ya se veía flamante Campeón Mundial, el primero de Cuba en la historia del pugilismo mental. Ya estaba a punto de poner a “Mind-Boggler” fuera de combate. Sólo necesitaba un golpe decisivo, buscar el punto débil para el tercer *knock out* de su carrera...

Pero, mientras tanteaba la maraña neuronal de su adversario en busca de su punto débil, sucedió algo tan insólito que le hizo dejar de enviar ondas mentálicas durante todo un cuarto de segundo:

“Sin-Cráneo” *captó* una frase proveniente del cerebro de “Mind-Boggler”.

Captó, sí, porque no fueron sus oídos los que la escucharon; el yanqui, *groggy* por la golpiza que le propinaban, ni siquiera había abierto la boca. Tampoco era una frase en *volāpuk*, sino en el más “callejero” español cubano, un dialecto local que el yanqui no tenía modo de conocer:

Estoy roto.

Dos palabras, insignificantes por sí mismas, pero a la vez muy importantes.

Quizás otro deportista cualquiera habría pasado por alto el hecho, sin comprenderlo... pero “Sin-Cráneo”, que antes de descubrir su talento para el pugilismo mental trabajó por años como investigador adjunto en el Instituto de Neurofisiología Avanzada Félix Varela de la capital cubana, sí que comprendió al vuelo el significado del evento.

¿Si sería que, por pura casualidad...?

Había que comprobarlo. Aunque ello significara arriesgarse a perder la ventaja...

Tanto el público como el jurado notaron bien pronto algo raro en el combate. Sorprendidos, observaban los gráficos cerebrales en las pantallas, sin entender nada. Y el más desconcertado de todos era el estadounidense.

La extraña pasividad del púgil local se prolongaba; volvió a internarse en la mente de su contrario, ya sin intención de golpear... para *escuchar*, ahora de manera incluso más clara e inequívoca que antes:

¿...qué sucede...?

Consternado, pero increíblemente satisfecho, “Sin-Cráneo” retiró esta vez sus sentidos de la materia gris de “Mind-Boggler” durante todo un medio segundo.

¡Entonces estaba en lo cierto! El estupor y el triunfo iluminaron tanto su rostro como las pantallas públicas.

Por pura suerte, fuera del laboratorio, y en condiciones del todo inesperadas, Manuel “Sin-Cráneo” Muñoz acababa de comprobar la existencia de algo que miles de científicos habían buscado en vano durante largas décadas; la transmisión del pensamiento.

Alteradas por el tremendo *stress* del combate, su mente y la de su adversario, de algún modo inimaginable, habían entrado en resonancia... y uno de los pensamientos del yanqui había pasado a su propio cerebro.

Fue entonces cuando “Mind-Boggler”, curioso, decidió a su vez escudriñar en el cerebro de “Sin-Cráneo” las mismas zonas. Y así fue como se vio de repente invadido por una intensa emoción. Un orgullo que no le pertenecía; la satisfacción de descubridor del cubano, por haber finalmente hallado el por tantos años buscado secreto de la telepatía.

Telepatía, sí. Ambos se hurgaron mutuamente en sus entramados neuronales. Llegaron, tras breves pero escalofrantes fracciones de segundo, a conversar de modo claro, sin hacer uso del

voläpuk, del inglés, del español o de ningún otro idioma sonoro. A las cuatro décimas de segundo “Sin-Cráneo” logró contactar la zona de emisión de sentimientos del encéfalo de su contrario y comenzó a sentir emociones foráneas. A las seis décimas de segundo “Mind-Boggler” dio el paso crucial: estrechó el lazo cerebral que los unía, compartiendo memorias, a lo que correspondió el cubano lo mejor que pudo, compartiendo sensaciones. Primero táctiles, luego visuales, luego auditivas...

Pasó un segundo, dos, tres... en las pantallas, los gráficos neurológicos, que el público seguía conteniendo el aliento, eran en verdad sui géneris. Algo nunca antes visto, que iba mucho más allá del simple neuro *feed-back*. Había circuitos neuronales que quedaban abiertos sólo para, según todas las apariencias ¡cerrarse con otros similares en la mente del otro púgil!

El grado de integración seguía creciendo. En las pantallas, las zonas activas en un cerebro mostraban perfecta simetría con las del otro. Nada tenía sentido: la consola del árbitro mostraba graves daños encefálicos en ambos adversarios, pero los luchadores parecían lúcidos, conscientes, en perfectas condiciones.

Al quinto segundo, el público comenzó a gritar.

Vítores, los pocos capaces de captar la trascendencia de aquel insólito evento.

Reproches, quienes solo eran capaces de ver que su pasatiempo favorito se había visto inesperadamente interrumpido por algún oscuro motivo, y temían que sus apuestas pudieran ser anuladas si se decretaba un empate o se suspendía el desafío.

Al sexto segundo, “Sin-Cráneo” y “Mind-Boggler” seguían impertérritos su mutua exploración mental. Intercambiaron pensamientos, recuerdos y sensaciones.

A los seis segundos y tres décimas de establecido el contacto, Johnson comenzó a mover sus manos obedeciendo órdenes mentales del cerebro de Muñoz... como si fueran una sola mente, una

mente más sobrehumana que humana, en dos cuerpos.

Fue demasiado.

De súbito, el puente mental se quebró.

Una neurona falló; luego otra, y cien, mil más se desconectaron, en incontenible reacción en cadena.

Violentamente separados, abandonados de nuevo a sí mismos, ninguno de los dos cerebros pudo seguir manteniendo el control consciente... y los cuerpos desmadejados del cubano y el yanqui cayeron sobre el *MIO*, convulsionando con furibundos estertores.

Sorprendidos por la rapidez con que todo había ocurrido, los paramédicos, técnicos y neurofisiólogos de ambos equipos de apoyo acudieron de inmediato a prestar ayuda, pero todo fue en vano. No pudieron sino corroborar el deterioro terminal e irreversible de los centros nerviosos de los inermes púgiles, ser impotentes testigos de sus muertes simultáneas.

Las cuidadosas autopsias efectuadas en los cerebros de las dos víctimas mostraron daños nerviosos masivos: miles y miles de sinapsis irremediadamente rotas. Fue así por completo imposible determinar dónde se encontraban los centros telepáticos que según suponían algunos testigos presenciales debían haber entrado en resonancia por puro azar, y de paso repetir el experimento para comprobar si su hipótesis era correcta.

Serios investigadores, escépticos, hablaron de alucinación colectiva, negando enconadamente que nada inusual hubiese sucedido. ¿Telepatía? Patrañas... al máximo, un error electrónico de los más comunes.

Hubo otros que, aún sin creer, aconsejaron prohibir para siempre el pugilismo mental, so pena de enfrentar otros incidentes similares o peores en el futuro. Según su hipótesis, la conexión entre las mentes de ambos deportistas sí se había producido; los registros de las máquinas no mentían. Pero estaba claro que no era una experiencia por la que nadie en su sano juicio querría

pasar. Las palabras claves podrían ser sobrecarga y cambio irreversible: aquella unión ¿telepática? que los convirtió por breves pero intensísimos segundos en una sola mente, también habría alterado sus cerebros de tal modo que, al ser luego separados, tales órganos simplemente no pudieran ya encargarse de coordinar las funciones más elementales de sus propios cuerpos.

El encuentro se declaró anulado. Empate por doble muerte.

Y como era de esperarse, al pasar los días y convertirse en semanas y meses, los comentarios nacieron y rodaron y las teorías sobre lo sucedido en la sala habanera Kid Chocolate y que muchos han comenzado a llamar “Incidente Johnson-Muñoz” se han sucedido, negándose unas a otras, como suele ocurrir en la ciencia... y no sólo.

Para algunos neurofisiólogos, Michael “Mind-Boggler” Johnson y Manuel “Sin-Cráneo” Muñoz fueron, a la vez, inocentes víctimas y arriesgados, temerarios, pioneros dignos de culto, precursores en el seductor y promisorio campo de la telepátia y la teleempatía, ciencia aún en pañales, pero que tal vez (si alguien suministra el presupuesto necesario para ciertas pequeñas investigaciones, claro...) algún día permita al hombre hacer realidad su sueño de comunicarse con especies inteligentes de otros planetas... cuando las encuentre... si las encuentra.

Para los incurables románticos que nunca faltan, el cubano y el norteamericano se han convertido en una especie de Tristán e Isolda: trágicos protagonistas de una leyenda contemporánea de comunión mental hasta la muerte... muchos (y no sólo *gays*) creen firmemente que debían ser amantes en secreto. De ahí que entraran en resonancia sus cerebros... o si no ¿por qué a ninguna pareja de pugilistas le ocurrió tal cosa antes... ni después?

Para los místicos, que son cada vez menos en estos tiempos, el “Incidente Johnson-Muñoz” fue apenas el débil remedo humano mediado por máquinas blasfemas de una conexión más profunda

con Dios (o el Absoluto, lo mismo da); pero de cualquier modo una señal de que su búsqueda tiene sentido y debe continuar, porque algún día será gloriosamente coronada por el éxito. Y amén.

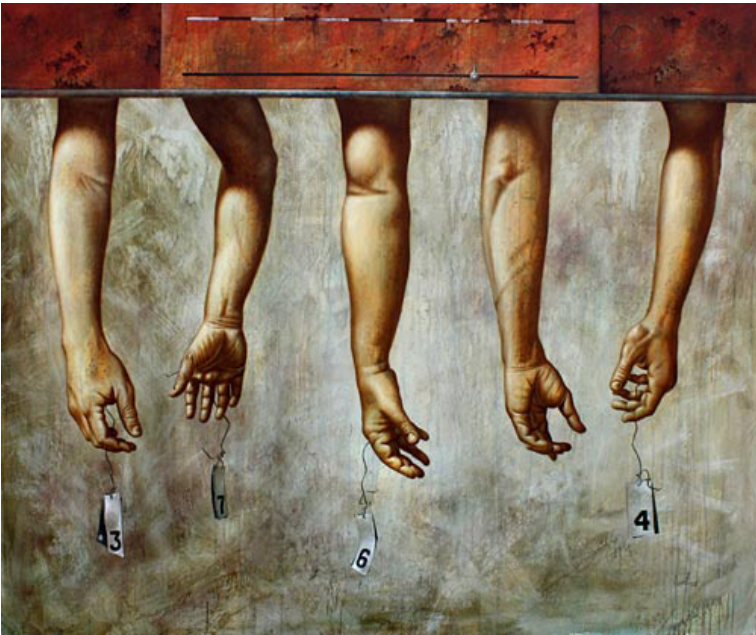
Para los ufólogos, el carácter único e irrepetible del “Incidente Johnson-Muñoz” es evidencia incuestionable de la intervención alienígena. ¿Cómo no?

Entretanto, lo cierto es que la popularidad del pugilismo mental ha caído en picado: considerando las muertes de “Mind-Boggler” y “Sin-Cráneo” como una advertencia definitiva, cada vez menos atletas se animan a calzarse en su cabeza el neurocasco y participar en el “deporte del siglo XXII”. Quizás dentro de muy poco acabe por ser definitivamente prohibido, para tranquilidad de sus humanitarios detractores y desilusión de sus fanáticos seguidores... y hampa del juego ilegal surgida y alimentada a la sombra de sus jugosas apuestas.

Lo curioso, aunque prácticamente nadie le ha prestado mucha atención a sus vehementes declaraciones, es que hay un par de técnicos electrónicos habaneros que juran y perjuran que ellos no pensaron que todo acabaría así, y que la causa de todo fue sólo un par de “mejoritas” improvisadas que se les ocurrió hacerle por su cuenta al *MIO* a última hora, para compensar lo inestable que se pone a veces el voltaje en la capital cubana y ¿por qué no? probar a mejorar sus funciones...

Aunque, en los últimos días, nadie sabe por qué, los dos electrónicos cubanos de marras han dejado de insistir en su responsabilidad en el incidente, e incluso se rumora que han desaparecido. Quizás, al fin y al cabo, algún personaje de la mafia internacional de las apuestas decidió finalmente darle algo de crédito a su versión...

Shift



Juan Pablo Noroña

Los cinco representantes esperaban sentados alrededor de la mesa de reuniones.
Esperaban.

El de más edad se inclinó sobre la mesa para poder ver en dirección a la puerta. —El chino no viene, y son las nueve —dijo—. Media hora aquí viéndonos las caras.

—Él vendrá —dijo el que estaba a la cabecera.

—Claro que sí, cuando crea que nos ha humillado lo suficiente.

Se hizo silencio.

El único negro se limpió la garganta antes de hablar. —¿Por qué sería tan hijo de puta como eso?

—Es sólo su estilo de negociar —dijo el anfitrión.

—No es un negociador —dijo el más joven—. La tarjeta dice “Persona de Contacto”.

—Eso también es parte de su estilo, enviar a alguno de poco nivel.

Volvió el silencio.

—Es su forma de decirnos que no nos dan opción —dijo el que no había hablado antes, un hombre de cabello castaño rizado.

El negro apoyó la cabeza en la mano derecha. —¿Y de verdad no tenemos opción? —preguntó—. Siempre podemos seguir con *Winix* y la arquitectura propietaria.

—El *software* no es el problema —declaró el joven—. Y la

gente de Winux no nos ofrece nada para resolver nuestras deficiencias. Nada.

—Porque no necesitamos nada —dijo el mayor de todos—. Hasta el otro día estábamos muy bien.

—¿Bien? ¿Bien? El cuarenta por ciento de los recursos de la red nacional se van en compatibilizarnos con el mundo. El cuarenta.

El de pelo crespo se encogió de hombros. —No vamos a llorar por eso.

—¡Pero además, el mercado interno está regado, con varios estándares a la vez!

—Exacto —dijo el anfitrión—. Por esa razón los consumidores profesionales y privados estamos bajo un estrés adquisitivo tremendo. Nuestras decisiones de compra son el doble de difíciles, e igual tenemos que adquirir adaptadores y emuladores.

—Está bien, está bien —convino el negro—. Sólo quisiera que también nosotros pudiéramos condiciones, sólo eso.

—No tenemos con qué. Saben que estamos necesitados, y está muy claro que ellos no nos necesitan a nosotros: ya tienen Jamaica y México.

El negro suspiró pesadamente.

—Tenemos que pasarnos ya a Taisun y la Arquitectura Dinámica, y eso para empezar —dijo el joven—. Y sólo los chinos nos darán el dinero para hacer el *shift* de toda la tecnología.

—Debimos haber entrado en caja hace tres años —dijo el anfitrión—. Cuando valíamos como punta de lanza; ahora sólo somos un mercado más. No esperen que los chinos nos paguen caro y nos vendan barato. Además, ellos son prácticamente los dueños de este país, qué carajo, así que saben lo que valemos y lo que no.

El lumínico del local de comida rápida anunciaba “Comida china” en grandes letras rojas cuya tipografía semejava ideogra-

mas. Sin embargo, inmediatamente debajo, en el menú, la casa ofrecía *tempura*, *tensuki soba* y *kitsune udón*. Si algo aborrecía el joven Cheng era la tendencia occidental a asociar lo chino con lo japonés, y los nativos parecían sufrirla en grado insuperable. Además, ahí no paraba; Cheng pudo ver, en la caja abierta de un cliente que salía, que le echaban salsa de tomate a los fideos *tensuki*.

Decidió no ordenar nada. Prefería pasar hambre a soportar una comida probablemente mal hecha y de seguro servida con obsequiosidad inepta. Levantó la cubierta del *pad* de control del auto para encenderlo y largarse; pero justo en el último instante antes de que apartara la vista del cartel de comida rápida, un grupo de putas pasó frente al local, y una de ellas hizo contacto visual con él.

Cheng bajó la vista tan rápido como pudo, maldiciéndose por haber olvidado oscurecer los cristales del auto; ya era tarde. Las putas, tres, se acercaron ágilmente al vehículo. Una de ellas se corrió la incalificable pieza superior de su ropa y aplastó ambos senos contra la ventanilla; otra adhirió la boca abierta contra el vidrio, succionando y moviendo la lengua en círculos; la tercera saltó a la capota, se subió la falda y se sentó en el parabrisas. Para asco de Cheng, fue evidente que en primer lugar la puta no llevaba ropa interior, y en segundo, que no era ella sino él.

El *pad* de mando estaba abierto como una oportunidad, y Cheng encontró el *switch* de la descarga electrostática.

La/el puta/puto saltó como una mosca de una mesa y cayó delante del auto. Cheng se echó a reír al momento, y rió con más ganas cuando vio al travestí levantarse quejoso y comenzar a gesticular y manotear con gran aspaviento y bravata, pero eso sí, sin tocar el vehículo. Como la insonorización del auto hacía la escena silente, era doblemente hilarante; Cheng se retorció agarrándose el vientre entre carcajadas y lágrimas. Era aun otra

muestra de que este era un país de segunda, se dijo Cheng: no sólo la gastronomía era de segunda, sino también la prostitución. Rayos, hasta los europeos tenían mejor ambas cosas. Cheng conectó el motor a toda potencia, sin liberar el embrague, y el travestí pasó corriendo a la acera, lo cual desató otra escala de risotadas.

Recuperando la compostura, Cheng tomó el volante y miró al frente. Al hacerlo, vio que una de las putas, la pez-limpiador-de-peceras, sostenía un cuchillito amenazador ante el parabrisas. La descarga electrostática la habría alcanzado en la boca; algo seguramente muy molesto. Curioso y deseando más diversión, Cheng esperó.

La puta, sin dejar de mirar a Cheng a la cara, bajó el cuchillo hasta que se perdió de vista en dirección a la rueda. Cheng sonrió cuando la mujer hizo un gesto de clavar, y volvió a largar la carcajada al verla saltar hacia atrás haciendo ademanes de dolor y tomándose la mano, ya sin arma y con manchas de sangre. Es lo que consigues, pensó Cheng, si intentas perforar una rueda de alta resistencia con una navajita plegable.

Cheng liberó el embrague y sacó el auto de allí sin soltar el volante. En cualquier otro lugar hubiera puesto el piloto automático; con los conductores nativos, eso sería suicida, además de que también debía evitar los baches en la calle. Diversión aparte, estar destinado en este país era un infierno para Cheng. Odiaba tanto el lugar como a sus habitantes.

Por esa razón no se dolía en lo más mínimo por quienes iban a morir en las próximas horas.

El Coco, Cintras y Marquito se habían pasado las últimas horas de la tarde consiguiendo balas para el arma del último, y la búsqueda los había llevado a recalar en la casa del Cansao, ya entrada la noche.

El Cansao se había declarado en falta en cuanto le expusieron

su necesidad. Sin levantarse de la butaca les dijo, rascándose la cabeza—: Hace meses que no se ven balas de calibres raros americanos. De balas rusas y normales, todo lo que quieran; pero no hay ese calibre especial de los Malos. Eso, si no quieres ir tirando con cuarenta y cinco largo, que sirve en tu hierro.

—Quiero la de verdad y pago lo que sea, Cansao —dijo Marquito—. Yo sé que tú lo sacas de abajo de los muertos.

—Te podría hacer una mierda y venderte balas rusas refundidas para esa munición en el patio de mi casa —dijo El Cansao—. Pero yo soy tu hermano. A ver, déjame ver la pieza, si la tienes arriba.

Marquito se sacó el revólver Taurus de la espalda y se lo extendió al Cansao. Éste lo tomó con parsimonia. —Cuatro cincuenta y cuatro; tremendo hierro —olisqueó el cañón y al instante apartó el arma de sí—. Compadre, si vas a andar sin calzoncillos asegúrate de que el cañón del arma no te caiga entre las nalgas. Coge, anda. Ustedes los jóvenes tienen cada moda...

—¿Tienes o no, Cansao? —preguntó impaciente El Coco—. Dilo rápido, que nos vamos a ver a Jorge el de Belascoaín, que se nos hace camino además.

El Cansao se repantigó aún más en su butaca y abrió las manos. —Dale, ve con él. Te va a vender fusibles de electricidad con baño de níquel de pesetas, metidos en cartuchos rellenos de cabecitas de fósforos.

—Eso mismo —dijo Cintras—. Vamos, Marquito. Ya me tienes mal con las balitas especiales para tu revolvito especial.

Marquito se desasíó de la mano de Cintras. —Mi revolvito especial, como tú lo llamas, me ha salvado la vida más de una vez, y a ti también.

—Te creo —intervino El Cansao—. ¿Qué precisión y alcance tiene, Marquito?

El joven se dio la vuelta hacia el vendedor. —A una cuadra he

matado gente con esto.

—Tremendas patadas que mete, ¿verdad?

Marquito asintió. —Una vez le di en la cabeza a un tipo, y se la desaparecí. También dejé cojo a un tipo; le ripié el muslo de uno solo.

—¿Y cómo conseguías las balas?

—Una reservita que venía con ella cuando la compré. Después, como siempre guardo los casquillos originales, le ponía plomos hechos, pero hechos bien y con buenos materiales. Pero ya ni eso aparece, y me quedan las puestas y tres más.

El Cansao se llevó la mano a la barbilla y pensó por unos segundos. —Te diré lo que voy a hacer por ti. Voy a mandar a buscar la pólvora de la fórmula que lleva con un tipo que lleva mercancía para el norte de vez en cuando, y yo mismo te fundo las balas con buen plomo, te les doy el baño de latón y te cargo los cartuchos. También voy a ver si te consigo casquillos nuevos.

—Yo no acabo de entenderlos a ustedes los quemados a las armas —dijo El Coco llevándose las manos a los *dreadlocks* de las sienes—. Si el hierro es bueno, ¿para qué tanta exquisez con las balas? Si no se traba, lo disparas y ya está.

—La bala es la mitad del tiro, Coco. Una bala mal hecha sale sin puntería, además de que te hace mierda el cañón, si es que sale.

—¿Y ese contacto tuyo no me pudiera traer las balas y ya? —preguntó Marquito.

—Difícil —contestó El Cansao—. Es mucho más complicado traer balas enteras, sobre todo del norte, de los Malos malísimos.

—De todas maneras no sirvió. Necesito las balas ahora; no se puede ir al fuego con ocho tiros.

Cintras se acomodó la panza que le colgaba sobre el cinto y volvió a tomar a Marquito por el antebrazo. —Mi hermano, el tiempo pasa y tenemos cosas que hacer —dijo—. Agarra tu auto-

mática y vamos para allá.

El Cansao hizo un gesto de aprobación. —Balas para automática tengo de todo, Marquito —dijo—. Nueve, nueve del ruso, nueve del ruso chiquito, tres cincuenta y siete, cuatro cinco, cinco siete... lo que quieran los señores.

—La automática es para el diario —protestó Marquito—. Para las cosas serias llevo el Taurus. Además, no tengo la automática arriba.

—¡Acabáramos! —exclamó El Coco—. ¿A esta hora y con ese recado? Mira, cómprale un hierro al Cansao y partimos ya pero ya. ¿También tienes armas, Cansao?

El Cansao asintió calmosamente.

Marquito pareció pensarlo por un rato, y después pidió con decisión: —Dame algo alemán.

No había nadie sentado en la mesa, y en el salón de reuniones quedaban sólo el negro y el hombre más joven, quienes acodados en el *pullman* de la ventana oeste disfrutaban una excelente vista de la Bahía.

La Bahía era más negra que la noche, pero su superficie reflejaba las luces de ambos lados con un brillo aceitoso e irisado que no tenían las estrellas. En la parte del oeste, sin embargo, era menos vívida la iluminación y se quedaba más cerca de la orilla.

—Mira para allá —el joven señaló hacia la parte vieja de la ciudad, la occidental—. El país de la ciguaraya; en cada cuadra se está cometiendo ahora al menos un asesinato, un robo, una violación, una estafa, una pelea.

—Eso siempre ha sido así, Fernando —dijo el negro—. Yo nací ahí, en Centro Habana.

—Pero El Vedado no era así antes —dijo Fernando—. Ni Miramar, ni Boyeros. Todo desde la Bahía hasta Jaimanitas es una selva llena de fieras, Samuel.

El negro se encogió de hombros. —Bueno, justicia poética. Ya

los niñitos del Vedado no se pueden hacer los finos con la gente de Alamar, como en mi época; ahora la gente bien vive aquí en El Este. Mi hijo va a nacer aquí en El Este.

—¿Y tú crees que la ciguaraya no sabe cruzar un túnel o no puede coger una lancha? Esto aquí va a terminar como eso allá, y dónde nos vamos a meter yo, tú y tu hijo.

—Batabanó o Alquizar. O Guanabo, para seguir con vista a la costa norte.

—Guanabo está lleno de putas y traficantes —dijo Fernando—. También vas a necesitar un ejército para quitarle el terreno a las cadenas de turismo, o mucho dinero. Además, Batabanó es un fangal y Alquizar tiene central; ¿nunca has olido un central en zafra?

—Pues hasta Matanzas llegamos.

El joven meneó la cabeza. —Hay que pararlo ya, Samuel, hay que pararlo ya.

—¿Parar qué?

—Todo en este país va siempre a menos. Tenemos que estar empezando cosas para ir tirando antes de que las echemos a perder.

El negro se enderezó en el asiento y se cruzó de brazos mientras el joven seguía hablando.

—Siempre estamos atrás —dijo el joven—. Y nos enteramos cuando el golpe avisa. Por una vez tenemos que entrar en caja rápido, y entrar bien en algo bueno.

—¿Como la Arquitectura Dinámica, supongo? —dijo Samuel.

Fernando sonrió sardónicamente a la vez que extraía de un bolsillo del saco un objeto cuadrado y plano no más grande que la palma de la mano. —Toma —le alcanzó al negro.

Samuel tomó el objeto.

—Ábrelo —dijo Fernando.

Samuel encontró el cierre del aparato y lo abrió en dos como

una ostra. La parte de arriba era la pantalla, la de abajo tenía el *pad* y los periféricos. —Es como cualquier otra *palmtop* —dijo—. Los periféricos parecen estar mejor hechos, pero nada más.

—Son mejores —afirmó Fernando—. Cada uno está hecho con la calidad que tendría en un ordenador personal orientado específicamente a su uso. El dispositivo de vídeo y sonido es profesional, el de datos, el *Be-jack*, las interfaces, todo.

El negro se encogió de hombros. —Un todo en uno —dijo con desgana mientras le devolvía el aparato al joven—. La gente les tiene manía, no se vende. Recuerda, si de algo sé, es de ventas.

Fernando se guardó el artefacto cuidadosamente. —Esto es más que un todo en uno, es un cualquier cosa en uno.

—Yo sé, yo sé para lo que sirve la Arquitectura Dinámica. Si quiero que este aparato me sirva para procesamiento de sonido, el *chipset* se convierte en un procesador de sonido, si quiero una interfase total, se convierte en un *Be-pad*.

—Como los mejores del mercado —dijo el joven, apuntando hacia arriba con el dedo índice—, como los mejores del mercado. Y también puede convertirse en un controlador central para varias unidades, similares o diferentes; por ejemplo, puedes integrar un estudio de televisión entero en esta cosa, sin perder ninguna capacidad, es más, ganando en velocidad y estabilidad. Sin contar que es lo más escalable que te puedas imaginar; cualquier pastilla virgen sirve para cualquier función: procesamiento, memoria, circuitos.

—¿Y qué gano con eso? —preguntó Samuel—. Ni que comprarse las cosas por separado fuera tan difícil, además de que lo que se hace de fábrica específicamente para algo es siempre, siempre mejor. Eso sin contar que con esta tecnología los vendedores tendrían una sola venta en vez de varias. No veo la ventaja ni para el consumidor ni para el proveedor.

El joven hizo un gesto de perplejidad retórica. —Pues mira, el

mundo entero se está pasando a esto, como mismo se pasa a Taisun —dijo—. Olvídate, son demasiadas las ventajas de explotación para los usuarios, y los proveedores no pierden tanto. Les queda la venta de pastillas nuevas, licencias de *software* propietario, y las refacciones; el ciclo de reposición es mayor que el ciclo de obsolescencia de las piezas de arquitectura fija.

—¿Y su propio ciclo de obsolescencia?

—¡No tiene! ¿Cómo va a caducar algo que constantemente se cambia?

—¿Y con tanto cambio no se pierde la continuidad del estándar, la compatibilidad entre las generaciones de tecnología?

—¿Por qué, si ni siquiera hay generaciones? ¿Para qué modificar el estándar cualitativamente si lo puedes escalar casi hasta el infinito?

Samuel descruzó los brazos y puso las manos sobre los muslos. —Es la nanotecnología del futuro —concedió—. Pero sigo sin ver por qué es tan necesario para este país, como tú dices, al punto de correr tanto, y en los zapatos de los chinos nada menos.

Fernando levantó una pierna y se sostuvo el zapato en alto con una mano, mostrando la suela. —*Made in China* —dijo—. Los tuyos también, seguro.

El negro imitó el gesto del joven. —No, mi hermano —dijo—. *Made in Italy*; aquí si hay nivel.

Entre risas, ambos soltaron sus respectivas piernas.

—Sobre tu pregunta —dijo el joven cuando terminó de reír—, es muy sencillo. La Arquitectura Dinámica es, al menos en los últimos años, el único *shift* tecnológico que une a las ventajas de la tecnología en sí, las de la inercia del estándar. Por tanto, no nos va a pasar lo de siempre, que en cuanto alcanzamos un estándar, el mundo se mueve al siguiente más rápido de lo que podemos seguirlo. La AD mantendrá una continuidad que nos permitirá estar a sólo un paso detrás del mundo, no a una cuadra como

siempre.

—¿Y tú crees que realmente eso va a hacer diferencia? Igual nunca estaremos al día.

—Cierto, pero ahora no estar al día va a dejar de ser tan malo como antes. La disparidad va a ser de un orden menor. Por ejemplo, tendremos un acceso mucho más rápido a la *web*.

—Eso te duele, ¿verdad?

—Y dilo. El día entero me lo paso leyendo quejas de clientes, inventando cómo compatibilizar las redes y solucionando problemas de conexión; todo es culpa de la multiplicidad y el atraso.

Samuel se quedó pensando por un rato. Fernando lo miraba con intensidad, como si esperara algo de él.

—¿Cómo va el *shift* a parar a la ciguaraya? —dijo el negro al cabo de un rato—. En principio, esa era tu idea.

—Así como el caos genera caos, el orden genera orden —respondió Fernando—, y el orden, por supuesto, niega al caos.

—El orden es la famosa Arquitectura Dinámica, supongo.

—Y el caos la ciguaraya.

—Norinco, Norinco de mierda —dijo Marquito observando su nueva automática—; le ronca haberse comprado esto.

—Mi hermano, la mía es Norinco —dijo Cintras—. ¿No te cuadran? Está bien. Pero no jodas más.

Los tres estaban sentados en cajones plásticos en una esquina, bajo un arquitrabe ruinoso y medio vencido de las columnatas corridas de Belascoaín.

Marquito apuntó a los soportales en penumbras al otro lado de la vacía avenida. —Me cago en el Cansao. Le pido algo alemán, y nada más que tiene copias chinas.

—¿Y eso es malo? ¿Las pistolas alemanas son mejores por qué? ¿Porque son rubias?

—Por el control —dijo Marquito, la cabeza ladeada y un ojo cerrado—. Los alemanes les hacen todas las pruebas a las piezas

y los chinos se saltan unas cuantas.

—¿Y eso qué tiene? —preguntó El Coco.

—Que una pistola alemana es una garantía de por vida, y una china, un albur.

Cintras y El Coco chistaron de fastidio, al unísono.

—Échate qué talla —dijo de repente Marquito—. Una vieja trasnochadora.

Por los soportales de la acera opuesta caminaba una anciana, despacio y pegada a la pared. Los triángulos de luz definidos por las columnas llegaban apenas con un vértice hasta sus flacas rodillas; el resto de ella se veía siempre entre sombras imprecisas.

—Se saló la vieja —dijo Marquito, y apretó el gatillo.

El ruido del disparo rebotó de acera a acera y cimbró las tapas del alcantarillado antes de morir entre las columnatas.

—¿Qué coño tu estás haciendo, Marquito? —exclamó El Coco.

—Afino la mira, que debe hacer falta —dijo Marquito, aun apuntando—. Fíjate que fallé.

En efecto, la silueta de la anciana se veía en pie, inmóvil contra la pared.

—¡Corra, mi vieja! —gritó Marquito—. ¡Le doy un chance!

El Coco meneó la cabeza desaprobadoramente. —Yo la verdad que perdí el interés en las viejas el día que descubrí a las mujeres.

Cintras echó una risotada.

—Métele un tiro de susto —dijo Marquito—, para que se mueva; si no, no tiene gracia.

Cintras comenzó a sacar la pistola.

En ese momento una enorme furgoneta negra frenó justo delante de los tres, con un estrepitoso chirrido de neumáticos.

—La recogida, Marquito —dijo El Coco—. Ya deja eso.

Los tres caminaron hacia la parte posterior de la furgoneta,

cuya portezuela trasera acababa de abrirse. El Coco y Cintras entraron apresuradamente y se acomodaron en uno de los asientos corridos a lo largo del costado del vehículo; Marquito se quedó indeciso, un pie en la moqueta y otro en la calle. Aún tenía la pistola en la mano. La alzó apurado y volvió a disparar hacia la acera de enfrente. —Mierda, otra vez fallé —gruñó; y con aire de disgusto guardó el arma, pasó adentro y se sentó.

Dentro de la furgoneta, al final de los asientos, había un hombre alto, rubio, con ropa casual de marca. —¿Y ese tiroteo? —preguntó—. ¿Quién coño es el vaquero este, Coco?

—Ese es Marquito —respondió El Coco—, uña y carne conmigo, hombre a todas, y el otro es Cintras, mi suegro, un tipo probado.

—¿Y la balacera que ustedes estaban formando, con quién era?

—Marquito estaba probando el hierro, que es nuevo.

—Acabaste conmigo, Coco —dijo el hombre de la furgoneta—. Me llamas tarde, te apareces con dos tipos nada más, y uno de ellos se pone a tirar tiros a los latones de basura.

El Coco y Cintras intercambiaron una mirada de entendimiento; Marquito fijó la vista en sus zapatos.

—Cara, mi hermano —dijo El Coco—, tú no estás obligado a nada conmigo, ni yo contigo; si tú quieres, nos bajamos y ya.

—No te hagas, Coco, tú sabes bien que ahora no tengo más remedio —dijo el hombre y dio un golpe en la carcasa del auto—. ¡Arranca!

La furgoneta se puso en movimiento.

—Para terminar las presentaciones —dijo El Coco—, este es mi socio El Cara.

—¿Tú, te llamas Marquito, no? —preguntó El Cara sin más preámbulo—. ¿Tu hierro no está alineado? Te lo cambio.

Marquito hizo un gesto de afirmación.

El Cara metió la mano en un gran envoltorio que estaba a sus pies, sacó un arma y se la tiró a Marquito. Éste la tomó y le dio la vuelta para ver la marca. Al leer, dio un respingo.

El Cara hizo un gesto que lograba expresar tanto curiosidad como desdén.

—No le gustan las pistolas chinas —explicó El Coco.

—¡No jodas! —exclamó El Cara—. ¡Aquí todo es chino, mi hermano! Fíjate que, si la mujer me pare un chinito, yo no me voy a poner bravo.

El Coco y Cintras corearon ruidosamente las risotadas del Cara; Marquito con media boca.

El Cara volvió a meter la mano en el envoltorio y comenzó a sacar paquetes que después les tiraba a los demás. —Son todos ajustables —dijo—, pero los hay más anchos, más largos, para todos los cuerpos. Busquen el suyo. Los cascos vienen en dos tallas nada más, gente y cabezones.

Los demás comenzaron a manipular los paquetes, y tras descubrir que eran armaduras para tronco y muslos, comenzaron a probárselas.

—Hecho en China, mi socio —le dijo El Cara a Marquito con expresión burlona—; lo siento, no tengo otra marca.

—Él se lo pone, no te preocupes —dijo Cintras, observando cómo Marquito le daba vueltas al chaquetón—. La cabeza es por ahí.

—No hagan la noche conmigo —masculló Marquito—, que yo no soy maricón de nadie.

El Cara largó una carcajada. —¡No importa, chama! A cualquiera lo vacilan, y no por eso deja de ser hombre; el bugarrón que te metió ese cuento te engañó. Tremenda pena me da contigo que te hayan convencido tan fácil.

Todos menos Marquito rieron con ganas.

—Bueno, el baleiro —anunció El Cara—. Díganme los calibres.

—El nueve ruso —dijo Cintras.

—Cinco con siete del gordo.

Marquito miró la pistola que le acababan de dar y levantó nueve dedos. —Del americano —explicó.

El Cara asintió complacido. —Tengo, y bueno —dijo—. Aluminio con acero para todo el mundo, de las rápidas que se pueden disparar en lo que sea.

Comenzó a sacar cargadores de pistola, que primero miraba a la luz cenital del techo de la furgoneta y después repartía o ponía en el suelo.

El Coco y Cintras se pusieron como niños con juguetes nuevos; Marquito cambió la expresión.

—Les voy dando de esto por si se cayó un conector que tenemos —explicó El Cara—, para conseguir Akás en el camino allá; más adelante sabremos si hay o no. Ah, los Akás no son chinos, son del tiempo de los rusos, pero están en talla.

De repente El Cara se calló y miró por una ventana. —¡Yuzaima! —gritó—. ¿Por dónde tú me estás llevando?

Desde el asiento del conductor respondió una voz de mujer. —Estoy buscando la autovía de Regla, como me dijiste.

El Cara agitó la cabeza. —¡No hay tiempo! —dijo—. Vamos por el túnel; coge por el cuarto conducto.

—¿Qué tú quieres hacer en El Morro a estas horas? —preguntó la conductora—. Además, nos van a parar.

—En esa carrilera y en este carro, no. Parece de reparticiones. A la salida del túnel nos arreglamos; lo importante es cruzar la bahía —El Cara se sumergió de nuevo en su saco de equipo.

Mientras, los otros hombres cambiaban sus cargadores por los nuevos. —No me los mezcles, Cintras —pidió El Coco.

—Vienen pintados —dijo Marquito—. No hay pérdida.

El Coco se dio palmetazos en varios puntos del chaquetón, comprobando como por instantes el traje se ponía rígido con los

golpes, y después movió los brazos y las piernas. —CÓmodo, está cómodo.

Cintras, por su parte, apuntó con el arma a través de la ventanilla, persiguiendo en su desplazamiento aparente a los faroles más lejanos de la Avenida del Puerto. —Vamos a partirle la vida a unos cuantos. ¡Páwata, páwata, páwata!

Marquito asintió, mirando de reojo al atareado Cara a la vez que acariciaba su pistola.

El anfitrión le sirvió café al hombre de cabello crespo en una taza de porcelana azul. —¿Así o más, Sergio?

Sergio negó con la cabeza. —Poquito. De café ya tengo en vena lo suficiente para una semana; este poquito te lo tomo para no hacerte un feo.

—Tú siempre tan amable —sonrió el anfitrión mientras echaba en su taza una generosa cantidad—. Yo sí que no puedo resistirme a la segunda mejor exportación colombiana.

—¿Esta gente no querrá?

—No, hubieran venido aquí a la cocina.

Sergio se apoyó contra la meseta del fregadero. —¿No hay camareras aquí?

—No a esta hora. A esta hora no hay nada; gracias a Dios mi tarjeta me da acceso para todo, hasta para sacar la cafetera del estante, y el café de marca lo guardo en mi oficina.

—Qué chino más atravesado este Cheng —dijo Sergio—, mira que poner la reunión para esta hora, y aquí en vez de en la Lonja del Comercio.

—Fui yo quien decidió la hora y el lugar. No me pongas esa cara; tengo mis razones. La que te puedo contar es que no conviene aún que se sepa de estas negociaciones, y la noche, ya sabes, es la madre del secreto...

—... y la hermana del silencio. Yo también he oído la canción —Sergio tomó un sorbo de café.

—Entiendes, entonces.

—Conmigo no tienes problema, Pedro.

Los dos se concentraron en el café.

Sergio puso cara de éxtasis. —Pedro, este café está bueno.

El otro sonrió. —¿Bueno nada más?

—Tú sabes cómo soy yo —dijo Sergio—, cuando exagero es que estoy siendo amable, y cuando digo las cosas normal, sin inflar, estoy diciendo lo que siento. Y lo que siento es que este café es el mejor que me he tomado en años.

Pedro se frotó las uñas de la mano derecha contra su chaqueta y luego se las sopló. —Tú sabes que yo me muevo en Colombia —dijo.

—Yo sé como tú te mueves en Colombia, y que conste que no le digo nada a tu mujer, ni a la mía, que es lo mismo.

—Aparte de eso, aparte de eso; tú sabes que yo tengo mis negocios allá. No te voy a decir nada, pero este café me lo regala una personalidad colombiana que le pisa los callos al presidente y no le pide perdón.

Sergio sonrió. —Tú eres el hombre del negocio.

—Y tú el de la ciencia —dijo Pedro—, siempre ha sido así. Por eso yo te respeto; por eso y porque sé que tú me respetas desde los tiempos de la universidad, cuando todo el mundo decía que yo era un inútil. Todo el mundo menos tú.

—Si eso me ha valido tomarme este café contigo —Sergio puso la mano izquierda sobre el hombro de Pedro—, fue el mejor juicio de carácter que he hecho en mi vida.

Pedro levantó la mano en un ademán moderador. —La cuestión ahora no es de juicio de carácter —dijo—, pero igual necesito tu confianza; confianza en mí y en mi juicio.

Sergio suspiró. —Y confío, confío. Es sólo cuestión de punto de vista. Hay cosas que tú simplemente nunca vas a ver.

Pedro puso la taza sobre la meseta y se cruzó de brazos.

—¿Cómo qué, a ver? —preguntó—. De verdad me interesa saber.

—Bueno, tú puedes ver todo este asunto del *shift* a la AD y Taisun, la compatibilidad con el mundo y los chinos, en términos de política y de economía; yo los veo en términos de resistencia.

—¿Resistencia? ¿Qué es eso de resistencia?

—La que tú quieras. Cultural, económica, política.

—¿Pero resistencia a qué?

—Resistencia a ser una provincia del mundo —dijo Sergio—, en vez de un país.

—No te entiendo —Pedro agitó la cabeza nerviosamente—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que sería muy bonito ser parte del mundo si el mundo fuera un lugar bonito; pero no lo es. Y no lo digo yo; tú también lees la prensa extranjera. Ahora mismo, hay más cosas malas que buenas ocurriendo, y precisamente las cosas malas prefieren las redes para moverse. Mucho fraude, mucho negocio incierto y desfavorable, contenido basura. Y a todas esas cosas se les traba el paraguas para entrar aquí; llega despacio, sin ganas.

—También a las cosas buenas, sabes —apuntó Pedro—, de entrada y de salida.

—Es idea que te haces. Los turistas no vienen por cable ni por satélite, ni las maquinarias; y los cítricos, el café, el tabaco, el níquel, los músicos, la mano de obra, todo sale por barco o avión.

Pedro dio unos golpecitos con los dedos en el enlosado de la meseta; el material no percutió en lo absoluto. —No es tan simple como tú dices. La inferioridad tecnológica respecto al resto del mundo no es sólo un problema de transmisión de datos; también tiene efectos económicos.

—Inferioridad en informática de usuario, Pedro, nada más, y eso no tiene tanto peso en nuestra economía. No te sigas creyendo esa propaganda de “eleve la eficiencia de su empresa con los nuevos ordenadores Fulano”. A la hora del cuajo, nuestra economía

no tiene sectores que dependan de la informática blanda. La agricultura, el turismo y la minería llevan equipos que usan *software* integrado, propietario y para técnicos. Aquí no andamos moviendo de un lado para otro *terabytes* de *marketing*, consultorías y servicios en línea.

—Sí lo movemos —afirmó Pedro—. Hay mucho trabajo de oficina, mucho trabajo de gerencia que hacer. No caigas en el error de pensar que no lo hay, o que no es importante.

—Eso es comodidad para las secretarias, y eso no da nada —dijo Sergio mientras dejaba la taza en la meseta—. En cambio, ¿tienes idea de cuántos técnicos viven de hacer emuladores o ensamblando piezas incompatibles? ¿De cuántos talleres hay fabricando piezas multiestándar? ¿De cuántas soluciones técnicas para problemas extremos generamos aquí y vendemos fuera? Es una industria nacional orientada a un mercado nacional, que da empleo y mueve capital pequeño; eso no lo tiene ningún país, y lo lloran. Tú sabes que lo lloran. Todos los economistas dicen que ojalá que haya de nuevo economías nacionales, que haya fronteras de nuevo, y este país es de los pocos que nunca dejó de tenerla. ¿Qué es nuestra situación tecnológica sino la frontera más dura del mundo? No, mi hermano, yo no me quiero montar en el carro del mundo, no ahora que hay tanta gente que quiere bajarse—. Sergio levantó la taza y paladeó el último sorbo con expresión reconcentrada, como si estuviera sopesando sus propias palabras.

Pedro apuró el fondo de su café. —Ya salió —sonrió cómplice mientras sostenía la taza entre ambas manos.

—¿Salió qué?

—La industria nacional. Tu industria nacional —Pedro marcó el “tu” con tono sarcástico.

Sergio acarició con displicencia el solapín que colgaba del bolsillo superior de su chaqueta. Decía “Investigadores indepen-

dientes” en austeras letras rojas sobre fondo cobalto. —Bueno, tengo que halar para mi lado, para mi gente ¿no? Oye —dijo en aire de mofa— está bueno este título que inventaste; lo que más me gusta es la onda de la investigación.

—Tengo que mantener el nombre de mi empresa; no puedo mandar a hacer un solapín que diga “Informáticos merolicos y delincuentes a medio tiempo”.

Ambos rieron discretamente.

—Bien, Sergio —dijo Pedro tomando la cafetera—, en vista de que no te puedo convencer, te voy a dar más café, hasta que te vuelvas adicto y te pueda chantajear.

—Tú sí sabes cómo. Pero espérate, que este café se merece mi taza especial.

Sergio se llevó la mano a un bolsillo interior del chaleco y sacó un objeto compuesto de dos aros plásticos concéntricos, de cinco centímetros de diámetro el de afuera y algo menos el de adentro. El exterior era transparente y tenía por encima un reborde que cubría al interior; por debajo tenía adherida una película traslúcida de un material tenue, casi inexistente, que atrapaba al aro pequeño. —Echa en el medio, sin miedo —dijo presentando el objeto ante la cafetera.

Pedro puso cara de fastidio mientras dejaba caer un chorro tímido de café. Para su sorpresa, en cuanto el líquido tocó el material traslúcido, este cedió como una tela de araña, sin romperse, y bajó llevándose consigo el aro interior hasta separarlo diez centímetros del aro. Pedro se quedó boquiabierto observando el jarro en que se había convertido elartilugio.

—Es una macromolécula con memoria de forma —explicó Sergio—. La presión hidrostática la hace cambiar de estructura, y se estira y se tensa; se puede tomar el líquido sin peligro de que se recoja porque no recupera la forma de inicio hasta que la carga no baja de un umbral.

Pedro sacudió la cabeza benévolaemente. —A ti te encantan los tarequitos.

—Me privan —reconoció Sergio—, me vuelven loco.

—Y tú eres el que no quiere el *shift*; con la cantidad de tarequitos que no entran por incompatibilidad de estándares.

—Precisamente por eso. Si mañana todas las pirujitas de secundaria fueran a la escuela con tacitas como ésta, me iba a deprimir cantidad. Ahora, yo soy una de las cuatro o cinco personas en esta ciudad que tienen algo como esto. Dale, acaba de echarme el café.

Marquito se acomodó las cartucheras y pistoleras con ademanes viriles. Tenía el Kalashnikov cruzado sobre el hombro, un pie adelantado para adoptar una pose perdonavida y la barbilla tan levantada que le debía ser incómodo mirar al frente. Llevaba dos fundas, una a la derecha para la nueve milímetros y otra a la izquierda para el revólver, y cananas para las tres armas.

Cintras, de pie junto a él, rastrillaba una y otra vez el fusil, profiriendo expletivos y flexionando las rodillas cada vez que terminaba el ciclo del mecanismo. Llevaba el casco con los cierres sueltos y se le balanceaba con cada movimiento brusco.

El Coco terminaba un cigarro sentado sobre la herrumbrosa cureña de uno de los grandes cañones españoles, con el Kalashnikov en el regazo y cara de estar sacando cuentas; sus labios musitaban números de vez en cuando.

Alrededor de ellos, la explanada exterior de la batería costera de tiempos coloniales estaba llena de vehículos y hombres armados o por armar, acompañando a los enormes cañones Ordóñez con un ajeteo guerrero que éstos no veían desde hacía más de un siglo. Por suerte para los hombres no había luna, y sus preparativos no eran visibles para la gente que estuviera en El Morro o en los primeros edificios de la urbanización del Este. Del reparto de La Cabaña y cercanías los tapaban la concavidad del terreno y la

vieja muralla española; al norte no había sino el mar vacío, que además cubría todos los ruidos con su oleaje.

El Coco terminó de arreglar cuentas y se dedicó a observar a los demás. La mayoría galleaba, como Cintras y Marquito, o bromeaba peligrosamente. Unos pocos conversaban en grupos pequeños, menos estudiaban sus armas y su equipo. ¿Cómo rayos se había metido en tamaño brete con esta gente? Yunia; Yunia, la muy puta desgraciada, ojalá y la mataran, pensó. Lo engañaba, se escapaba antes de que pudiera darle lo que se merecía, y lo dejaba sin un peso pero con las deudas de sus caprichos. Tenía que salir bien de ésta, para encontrar a Yunia donde quiera se hubiera metido y meterla en una bañera con cal viva.

—¿Pensando, Coco?

El Coco levantó la vista. El Cara sí que estaba cargado de cosas, y eso que no llevaba AK.

—No pienses tanto, Coco. El que piensa mucho se trava.

—Estoy cogiendo fresco —sonrió El Coco—. Y nivelándome un poco; le quedan dos o tres patadas —le ofreció su cigarrillo al Cara.

—No, qué va. Me hace falta estar claro. ¿Ves esto? —El Cara levantó en la mano derecha una semiesfera metálica del tamaño de una cabeza—. Tiene ruedas debajo —volteó el aparato—, y se mueve solo, pero yo lo tengo que guiar con un puntero láser.

—¿Qué es, un juguete?

El Cara negó con la cabeza. —Una bomba. Es para hacer un paso en un área minada.

—Tremendo invento. ¿Y a donde vamos va a hacer falta?

—Esto y más. Me dieron también lanzagranadas, lanzacohe-
tes, bola de inventos cómicos.

—No me digas que vamos a tumbar al gobierno.

El Cara se echó a reír. —No, es más serio. Vamos a quemar el edificio de una gran empresa. No tenemos que hacer nada espe-

cial, nada más que dejarlo inhabitable por un largo rato.

El Coco dio un respingo. —Contra, mi hermano. Eso es grave. ¿Y se supone que lo hagamos con esta gente?

El rubio se dio la vuelta y observó a los hombres. —No importa —dijo volviendo a encarar al Coco—. Sólo tienen que hacer bulto. Yo y tú somos los que vamos a hacer esto. Yo llevo lo pesado y tú me cubres.

—¿Y si se te rajan?

—Tengo cuatro tipos haciendo la pala —dijo El Cara—, repartiendo Yerba Negra, coca, hongo, Pata Caimán, Seboruca, pastillas, de todo. No se va a rajar nadie. A ti no te ofrezco porque no es lo tuyo.

El negro sonrió, dio la última cachada al cigarrillo y botó el extremo casi inexistente.

Cuando la ínfima colilla cayó entre los matojos, El Cara se aproximó al otro hombre. —Coco, mi hermano, ¿de dónde tú sacaste a estos dos?

El Coco se echó hacia atrás, poniendo las manos ante sí como si temiera que el rubio fuera a desplomarse sobre él. —No te me pegues tanto, que me parece que me vas a dar un beso o cualquier mariconada.

—Yo confiaba en que al menos tú me ibas a conseguir gente seria.

—No se pudo, mi socio —dijo El Coco—. Es que estoy arrancado, no tengo ni para pagar el cuarto. Y así no te respetan, los duros de verdad no te siguen.

El Cara puso una mano sobre el hombro del otro. —No hay problema. Cuando esto se acabe, vas a nadar en dinero. Ven —señaló hacia atrás con un movimiento de cabeza—, ayúdame a ponerle el blindaje a los carros.

El Coco se cruzó el fusil a la espalda y siguió al Cara hasta la parte posterior de una furgoneta, contento de tener algo físico que

hacer. Al llegar junto al vehículo El Cara abrió la puerta. — Ayúdame, que esto pesa —dijo señalando la carga, unos rollos gruesos de un material mate pero perlado, de centelleos metálicos por la luz interior de la furgoneta. El Coco se acomodó la correa del Kalashnikov y se inclinó para tomar el extremo de un pliego en lo que el rubio entraba y se ponía a empujarlo hacia fuera.

—Puede tocar el piso, pero no dejes que se arrastre —dijo El Cara.

Sacaron trabajosamente seis rollos grandes y seis pequeños. Al terminar, El Coco dijo, secándose la frente: —Mi hermano, con la cantidad de manganzones que hay aquí.

—Son capaces de romperlo, y eso que es blindaje —El Cara salió del vehículo cargando una cesta plástica con tubos de *spray* de varios colores—. Pero para ponerlos sí van a tener que ayudar, al menos sostenerlos en lo que tú y yo echamos el *spray*.

—¿Cómo funciona esto? —dijo El Coco acercando una mano curiosa a los tubos de *spray*.

—El rojo es para la parte de adentro, para que pegue; el azul, para la parte de afuera, para que fragüe.

El Coco tomó uno de los rojos. —¿Y con esto se pega en pintura de carro? ¿No se supone que no se le pegue nada?

—Se pega, se pega. Se pega en cualquier cosa, y si no hay polvo, mejor todavía.

—Bárbaro, entonces —reconoció el negro—. ¿Y el *spray* amarillo?

—Sirve para zafarlo después; también para limpiarle la sangre.

El Coco hizo un gesto de sorpresa. —¿Limpia la sangre?

—Una pasada, y nada queda —dijo orgullosamente El Cara—. Ni gota.

El Coco repuso en la canasta el *spray* rojo y tomó uno amarillo que sopesó caviloso. —Mi socio —dijo—, si al final te sobra uno de éstos, ¿me lo podrías pasar?

El hombre grueso y de mediana edad caminaba de un extremo a otro del pasillo llevándose de vez en cuando una mano al móvil que rodeaba su oreja. A la enésima vuelta, el hombre se detuvo, levantó la cabeza y dejó la mano fija apretando el aparato contra su cráneo. —¿Ricardo? —dijo—. Soy yo, Julio. Sí, todavía estoy aquí con la gente de la informática y el chino no ha llegado. No, no me parece que venga —hizo un gesto de impaciencia y cólera cuyo objetivo parecía ser su interlocutor—. ¿Para qué carajo...? —Su cara mostró duda. —No hay nada de qué hablar, aquí todo el mundo tiene su idea hecha —dijo exasperado—. ¿Y eso te importa tanto como para tenerme a esta hora dando sán Sara con esta gente? Además de que estoy muy cansado y cabrón para tirarle de la lengua a nadie, yo nunca he servido para sacarle cosas a la gente. ¿Cómo? —puso una expresión de incredulidad furiosa— ¿Cómo que para qué yo sirvo? Eso es lo más desagradecido que me han dicho en años en la política, y mira que me han dicho cada cosa. Oye, yo soy un diputado elegido y no tengo por qué aguantarte esas cosas, ni mucho menos servirte de espía. No, no, óyeme tú a mí, bien claro: en este país tú no eres el único que tiene un grupo parlamentario, y yo sí que soy el único que manda en Cienfuegos; a ver qué me dice Cabrerías de eso. —El hombre se puso en jarras—. No, yo me pongo como tú me pongas —y marcó la frase señalando con el índice un punto culpable del piso—. Sí, yo sé lo que es la informática en el mundo moderno, estoy en la cabrona comisión nacional de eso. Sí, aquí se pueden decidir cuestiones muy importantes; mejor dicho, se podían, porque a esta hora ya el chino nos está vacilando, haciéndole chistes a alguna puta, de que tiene a cinco guanajos desvelados esperándolo. ¿Hablar con la gente? ¿De qué, Ricardo, de qué, dime, de qué que no se pueda hablar en otro momento? Otra reunión se arregla fácil, no jodas. —Escuchó con paciencia forzada durante dos minutos enteros—. Está bien, está bien; pero me la debes,

buena que me la debes.

El hombre llamado Julio tocó el móvil con la punta de un dedo, se metió ambas manos en los bolsillos y tomó por el corredor hacia la puerta del salón de conferencias. Al asomarse vio a Fernando y a Samuel sentados en extremos opuestos de la mesa. El primero lo invitó a entrar con un gesto, en tanto el otro mascullaba expletivos. Julio rodeó la mesa por el lado de Fernando, rumbo al *pullman*.

—El *shift* es tanto o más en interés de los chinos que nuestro —dijo Julio, dejándose desplomar en el *pullman*—. No debiéramos hacer ninguna concesión ni pactar condiciones de pago que no nos convengan.

—¿Cómo así? —preguntó Samuel desde la mesa.

—El *shift* nos va a poner maduritos para recoger. Después del *shift*, será muy fácil para ellos apoderarse del país entero. Y nos van a comer, fácil, como una galletica de crema; y nos van a comer tan bien, tan bien les vamos a sentar, tan digestivos, que ni van a dar las gracias.

—¿Por qué no van a dar las gracias?

—Porque ellos son así de hijos de puta.

Samuel rió sardónicamente. —¿Qué tú crees de eso que dice Julio? —dijo girándose hacia Fernando.

Fernando bajó el brazo en que descansaba la cabeza para poder hablar. —Que a cualquiera se le va la mujer con un chino —masculló desganado.

—Qué simpático —gruñó Julio—. Mi mujer está en mi casa, gracioso, que ella es decente. Además, yo no sé para qué habla de mujeres alguien que no la ha visto pasar en años.

—¿Y tú estás seguro que eso que tienes en casa es una mujer y no una caguama disfrazada?

Julio se irguió en el *pullman* como si fuera a pararse. —¿A ti qué te pasa, tú quieres problemas conmigo? —dijo apoyando el

reto con manoteos.

—No, ¿qué te pasa a ti? —dijo Fernando, también agresivo y gesticulante—. Uno viene aquí a hablar de asuntos serios, y tú hablando que si hijos de puta, que si galleticas de crema...

El negro dio un manazo en la mesa. —¡Yo no me puedo creer esto! —dijo colérico—. Un diputado y el administrador de la red nacional metiendo guapería como si fueran un par de muchachitos —se levantó de un tirón, dejando los puños apoyados en la mesa—. Si se van a entrar a gaznates o a jalones de pelo, me avisan, que a mí no me gusta meterme estos *shows*.

Los otros dos hombres se recogieron, apocados y en vergüenza.

Samuel se sentó de nuevo, controlando con sendas miradas la paz que acababa de imponer. —Esto es serio, señores —advirtió—, así que hay que tratarlo con seriedad —se llevó la mano a la frente en un gesto de agobio—. Y el cabrón chino de mierda, que no llega.

—Le he puesto un generador de mensajes automáticos —la voz de Fernando era calma y conciliadora—. Cada diez minutos, con un programa de frases. No responde.

—No le da la gana —dijo Julio.

—O no tiene encima ningún receptor.

—O lo tiene metido en los mismísimos...

—¡Cago en diez cabrón! —gritó Samuel, derribando la silla para ponerse de pie—. ¿Quién carajo aquí tiene ganas de fajarse de verdad? ¿Quién carajo? —dijo, el rostro descompuesto y los ojos blancos—. ¡Yo sí estoy loco por meterle las manos a alguien!

—Si te vas a comer a alguien —intervino Sergio desde la puerta—, que sea al chino. En fin de cuentas, él es el culpable de que la gente esté como está.

—No jodas —dijo Samuel, la cabeza hundida entre los hombros como si intentara tragarse algo imposible—. El chino no es

el que está acabándome la paciencia; son acá el señor político y el señor tecnuquito.

—¿Qué te hicieron?

—Me sacan de quicio. Llevan la noche entera tirándose escupidas y no han empezado la piñacera todavía, le ronca la berenjena, con las ganas que le tengo yo al gordo este, que me tiene seco a punta de sobornos.

Julio hizo un intento por levantarse del *pullman*. —Samuel, yo no te puedo permitir...—dijo luchando por acercar el trasero al borde—...una cuestión de respeto...

Sergio se llevó el índice a los labios, mirando fijamente al diputado mientras se acercaba al *pullman* por el lado de Samuel. Al pasar palmeó suavemente el hombro del negro. —Esa es la idea —dijo con voz suave—, que nos fajemos entre nosotros y no con él. Todo está pensado.

—¿Pero por qué? —preguntó Fernando—. ¿Por qué tiene que ser el señor Cheng un hijo de puta? ¿A ver, es porque todos los chinos lo son?

—No, ni remotamente —Sergio se dejó caer junto a Julio y le dio una palmada en la rodilla al enrojecido político—. Pero te puedo asegurar que nunca has visto nada más degenerado y cruel que un chino con dinero o poder. Les hace peor efecto que a nosotros, por mi madre.

—¿Y por qué? ¿Porque tú lo dices?

—Bueno, yo los vengo estudiando desde el otro gobierno y algo les sé. Yo te digo que son diferentes a nosotros, que piensan cosas muy diferentes de la vida, y esas diferencias se hacen más evidentes en los negocios.

Samuel volteó la cabeza hacia Sergio. —¿Y a ti quién te hizo el experto en chinos?—. Aun tenía un tono iracundo.

—Yo mismo. Yo leo en chino bastante bien y me he leído sus libros y sus periódicos, y sus páginas *web*, todo lo que escriben

cuando no hay extranjeros mirando. Y te repito, lo que a nosotros nos vira al revés a ellos los deja fríos, y lo que a ellos les da asco a nosotros nos parece natural.

—Eso es racismo, mi hermano. Tú nunca me has dicho nada ni me has hecho una mierda, pero parece que a los chinos no los llevas tan bien como a los negros.

—Lo de racismo es relativo; si tú vieras lo que ellos dicen de los extranjeros —Sergio se llevó las manos a la nuca—. Mira, no digo que sean peores ni mejores, ni que haya que tratarlos así ni así, ni mucho menos echarlos a los perros. Es sólo que en negocios grandes, donde la gente ni siquiera tiene la decencia o la moral de su cultura, sí conserva la mala entraña; y la de ellos es diferente a la nuestra.

Quedaron en silencio, cavilosos, como atrapados. Los cuatro estuvieron así por unos minutos, hasta que de repente irrumpió en la sala el anfitrión.

—No me lo van a creer —dijo Pedro con azoro—. Hay una gente atacando el edificio.

Fernando, Samuel y Julio levantaron simultáneamente la vista hacia Pedro; Sergio resopló y se encogió de hombros sin alzar la vista.

—¿Cómo? —preguntó Samuel—. ¿Atacando?

—¡Pero qué es esto! —dijo Fernando—. ¿Adónde va a parar este país?

—Tengan calma —dijo Pedro—, el edificio es imposible de penetrar. Además, tenemos una nueva sorpresa para intrusos; china, por más señas.

El puño izquierdo del saco de Cheng emitió un leve zumbido que más que ruido era cosquilla, sacándolo de su ensimismada observación de la Bahía.

Cheng frotó el índice de la mano derecha en la tela del puño y esta se cubrió de cuadros de líneas luminiscentes, que a su vez se

llenaron de caracteres alfanuméricos formando un mensaje en español. “¿Le ha ocurrido algún percance, señor? ¿Le pudiéramos ayudar en algo?”, leyó Cheng con frustración. Era el tercero de los correos del maldito negociador nativo. En el primero se había interesado por su salud y en el segundo le ofreció un auto. Qué persistencia, qué inútil y molesta persistencia. Si tan sólo supieran. Cheng rozó con los dedos el área de interfase del puño, introduciendo comandos para bloquear al emisor de los mensajes, y finalmente presionó el meñique sobre el espacio correspondiente al reloj.

Ya debía haber empezado.

Después de sacar unos binoculares de la guantera, Cheng salió del auto, fue hacia la capota y se sentó de frente al fondo de la Bahía y la urbanización de Regla. Gracias a la altura de la Loma de La Cabaña tenía buena perspectiva tanto de la zona vieja, más cercana, de casitas antiguas y apretadas entre sí, como de la moderna, emergente en áreas más abiertas y con algunas recientes construcciones elevadas. Entre estas últimas estaría el edificio de la reunión. Lo halló después de una breve búsqueda y levantó el largavista con un suspiro impaciente.

Ahí estaban; seis furgonetas en la explanada abierta a un costado del edificio, haciendo una media luna con el seno apuntado hacia la entrada del parqueo interior. Detrás de los vehículos, hombres parapetados hacían fuego sin orden ni coraje aparentes. Cheng rió: a su larga lista de defectos, los nativos añadían la cobardía y la ineptitud militar. No obstante, pronto la fuerza del número dio a los asaltantes la victoria sobre los guardias de la garita. Comenzaron a acercarse a la puerta, hasta que de repente varios de ellos cayeron al suelo en el intervalo de unos segundos, como figuras de cartón sopladas, y el resto volvió en desorden al refugio de los carros. Cheng pensó que alguno de los guardias de la garita había podido activar las armas automáticas de la entrada

del parqueo antes de caer muerto o herido, tomando a los atacantes por sorpresa.

Para entender mejor la situación, Cheng hizo el intento por acercar la imagen, pero se le hizo borrosa e imprecisa. Las sofisticadas lentes de aceite graduables por micro electricidad, corregidas mediante láser y probadas en Indochina y en el Ártico, no funcionaban bien en la combinación local de presión, temperatura, humedad y composición del aire. Un asco de país, se dijo Cheng reenfocando la vista.

Algo se podía ver, no obstante, gracias sobre todo a la iluminación de la plazoleta. Cheng se centró en uno de los hombres, al cual vio saltar de la protección de una furgoneta a la de otra, y que cayó tirado en el suelo y haciendo grandes aspavientos. Seguramente lo habría herido alguna de las ametralladoras autoapuntadas, así como a los demás que yacían en la explanada. Un par de semanas antes la firma de Cheng había vendido e instalado tecnología de vigilancia y defensa por armas automáticas a la empresa dueña del inmueble, y por supuesto, los asaltantes no habían tenido tiempo de enterarse, o tan siquiera la precaución de investigar. ¿Por qué todos en este país tenían que ser tan chapuceros y descuidados? ¿Por qué lo dejaban todo para el final, o incluso para el momento de la verdad, cuando ya nada podía hacerse? Todo al desgano, improvisado. En ese sentido eran aún peores que el resto de los occidentales, que ya era mucho decir. Si al menos tuvieran algún rasgo que los redimiera de la desidia, de la incuria rampante... pero en seis meses entre los naturales Cheng no había hallado tal cosa.

La situación en la explanada no se definía; los hombres permanecían tras los vehículos, blindados al parecer. Dos pobres ametralladoras automáticas los mantenían clavados al suelo, sin posibilidad de avanzar o retroceder, como perros callejeros en espera del carro de sanidad urbana. Cheng pensó en todo cuanto

hubiera hecho un equipo de asalto realmente profesional, incluso con muy poco equipo. Desde cegar los sensores ópticos con punteros láser como el que le viera a uno de los atacantes, a quemar los neumáticos de repuesto y un tanque de gasolina para crear pantallas de calor y humo. Incluso les hubiera ido mejor intentando agujerear la pared exterior con explosivos.

De repente un estallido de luz entró por la izquierda de la visión de Cheng, haciendo que los binoculares se ennegrecieran para proteger sus ojos. Cheng esperó un segundo a recuperar la claridad, y desplazó su perspectiva en busca del origen de la llamarada. Tras un paneo, descubrió a un hombre alto y rubio, escudado tras la última furgoneta, que llevaba un lanzacohetes. Después de todo, al menos uno tiene recursos y agallas, pensó Cheng; pero no los había mostrado a tiempo, pues desde la carretera se escuchaba el ulular de las sirenas policiales. Los atacantes estaban en la clásica situación de sitiadores sitiados.

Cheng dirigió los binoculares hacia la gran puerta metálica del parqueo, a los lados de la cual estaban las ametralladoras, y descubrió divertido que ambas seguían incólumes. De seguro habían detectado y destruido el cohete en pleno vuelo. La tecnología se derivaba del sistema de protección de vehículos de combate gracias al cual las fuerzas blindadas chinas habían aplastado al ejército indio con pérdidas ínfimas. Debían hacer algo mejor los asaltantes, si querían neutralizar a las armas automáticas para al menos escapar con calma.

Justo entonces Cheng escuchó un fortísimo estruendo proveniente de la carretera; una explosión tan potente que las plantas de sus pies sintieron la vibración del suelo. “Sí que hicieron un plan”, pensó Cheng, “al menos esto previeron”. Si los atacantes lograban obstruir por completo el paso por la estrecha carretera, habrían ganado unos quince minutos, el tiempo que demoraría en llegar una compañía del próximo cuartel de la policía especial, en

Cojímar. No obstante, aun estaban en una situación complicada, y ciertamente no le veía la salida.

—¡Dime qué carajo hacemos ahora! —gritó El Coco—. ¡Tú inventa cómo sacarme de aquí!

—¡Cállate, Coco! —dijo El Cara—. ¡Déjame pensar, por tu madre!

En el suelo, detrás del negro, Marquito lloraba quejoso, sin casco, con la espalda contra la furgoneta y aferrándose desesperadamente la pierna derecha, sangrante. —Coco, me muerdo —decía—. Me mataron, Coco. Sálvame, mi hermano; sálvame que me mataron.

—¡Me cago en tu madre, Marquito! ¡No me jodas más!

Marquito prorrumpió en sollozos.

El Cara hizo ademán de descansar el tubo del lanzacohetes contra su hombro, pero en cuanto el metal se acercó a su rostro lo apartó de sí. —Esta mierda quema —dijo sorprendido—. Debe ser por los guantes que no me doy cuenta, pero está que jode.

Furioso, El Coco le arrebató el arma tomándola por el órgano de puntería y la lanzó lo más lejos que pudo. —¡No comas más mierda con los cohéticos y piensa algo!

El Cara desenfundó su pistola y la pegó al visor del Coco. —¿A ti que coño te pasa? —ladró—. ¡Yo soy hombre hasta para morirme!

El cañón del AK del Coco se pegó al pecho del rubio. —Aquí todos somos hombres, Cara —dijo El Coco—, pero nadie quiere morirse. Después, si tú quieres, nos vemos las caras; pero ahora inventa algo, que para algo tienen que servir ustedes los blanquitos.

Los otros cuatro hombres que compartían con ellos la protección de la furgoneta observaban la escena sin decir palabra.

Tras unos segundos de inmovilidad, El Cara guardó el arma con movimientos lentos y cautelosos. —Está bien, ya habrá tiem-

po para resolver las cosas —dijo—. Pero haz que se calle el guajajajo ese, que no me deja pensar.

El Coco bajó el arma y se dio la vuelta arrodillándose junto a Marquito, quien seguía llorando ruidosamente.

La sangre del joven le manchaba toda la pernera derecha y ambos antebrazos, pero parecía brotar lentamente, no a chorros. El Coco hizo el intento de apartar las manos de Marquito del área encima de la rodilla, lo cual provocó gritos de dolor y más llanto.

—¡Estate quieto, maricón! —gritó El Coco y le dio una bofetada al herido—. ¡Que te calles! —y repitió el manotazo con más fuerza—. ¡Déjame ver!

Marquito paró de llorar y comenzó a jadear roncamente, pero puso las manos a ambos lados del cuerpo, dejando al otro plena libertad.

—¿Dónde es? —preguntó El Coco.

Marquito se señaló la rodilla con el mentón.

—¿Y por qué hay tanta sangre más arriba? —se preguntó el negro—. Déjame ver —se fijó en el faldón de la armadura, que caía sobre el muslo. Justo bajo la cadera, había un pequeño agujero, circundado por una pequeña hinchazón del material, como un ínfimo volcán. El Coco levantó la pieza y tanteó el ensangrentado pantalón en la zona debajo del agujero. El herido lanzó un grito de dolor.

El Coco hizo un gesto de comprensión, y bajó la mano hasta cerca de la rodilla. Se veía un desgarro de la tela y mayor profusión de sangre. —Chiflaste, Marquito —dijo—. Una bala loca, te entró por la cadera y te salió por abajo, pero sin tocar el hueso ni las venas gordas. La verdad que no hay dos balazos iguales. Va y te salvas.

—Si tuviera un arma de balas pesadas y de mucha puntería —dijo de repente El Cara—, podría intentar darle a las ametralladoras y echarles a perder una pieza; ellas mismas se romperían

disparando. Puedo apuntarla sin peligro con una pieza especial del puntero láser.

—¡Bárbaro! —El Coco se olvidó de Marquito y se volvió hacia El Cara—. Vamos, yo mismo tiro con el aparato ese.

—Pero no sé con qué —dudó El Cara—. Estos AK están ya viejos, no le darían a nada, sin contar que se calientan tanto que va y les tiran. Y las pistolas que trajimos, dudo que alguna les pueda hacer algo; esas ametralladoras son de tanque, creo, y aguantan golpe.

El Coco regresó a Marquito, e ignorando las quejas y protestas de éste, le sacó el Taurus de la pistolera donde lo tenía mal embutido a la fuerza. —¿Sirve este hierro? —preguntó—. ¿Sirve?

Pedro guardó el móvil con expresión sombría. —Señores, muy malas noticias. Los atacantes se las ingenieron para destruir las armas automáticas y les están metiendo explosivos a las puertas.

—¡Chinas tenían que ser! —exclamó Julio—. ¿Lo ven?

—No jodas con eso ahora —dijo Fernando—. ¿Qué hacemos?

—No teman —dijo Pedro—, aun después de derribar la puerta del parqueo, que no va ser tan fácil, se las verán con la guarnición interna y todas las puertas interiores.

—¿Cuántos son? —dijo Sergio.

—Buena pregunta.

Pedro hizo un gesto de anuencia y levantó el móvil otra vez. Tras dictar el contacto, le dio la espalda a los demás. Cuando se volvió, dos minutos después, tenía expresión muerta y los labios caídos. —El jefe de la guarnición dice que ellos son demasiados y tienen armamento pesado. No garantiza seguridad al ciento por ciento.

—¿Y la policía?

—No esperamos a la unidad de Cojímar hasta dentro de diez minutos, como mínimo —suspiró Pedro—. Podríamos pedir ayuda a la guarnición del Complejo Morro Cabaña, pero no me

llevo bien con el dueño de la cadena que lo maneja. En mi opinión, debemos tomar el ascensor ejecutivo antes de que tomen el parqueo interior, para poder llegar bien tranquilos al bunker del pánico.

—¿Cuál pánico? —preguntó Sergio.

—Muy gracioso —gruñó Fernando—. Vámonos ya, coño —y se levantó de la mesa camino al pasillo; los demás lo siguieron, Sergio de último.

En el corredor Pedro tomó la delantera. —Yo los guío; vamos a tomar el elevador ejecutivo —anunció—. No tengan miedo, desde que se dio la alarma de ataque y mientras no se declare incendio o derrumbe, ningún elevador llega al primer piso o al garaje, excepto el de la guarnición. Sólo yo puedo cambiar eso, desde el bunker del pánico. No llegarán a nosotros tan fácilmente,

—¿Y las escaleras? —preguntó Fernando.

—Colapsaron automáticamente algunos tramos y bajaron las rejas.

—Esto es una fortaleza, señores —dijo apaciguador Sergio—. Ni les puedo empezar a decir todas las medidas de seguridad que tiene.

—Sí, pero esa gente se tiró a pesar de eso —dijo Julio—. Seguro vienen preparados para romper esto como un coco seco.

Sergio dio un bufido de impaciencia y le dio un codazo a Samuel, que caminaba a su lado; el negro le respondió con un ademán molesto, sin virar el rostro serio y tenso.

—Ah, señores —dijo Sergio—. A ustedes les faltan aventuras en La Habana.

—Tú eres mi hermano, pero si vas a hablar tanta mierda en el bunker —dijo Pedro—, te juro que te dejo fuera, ¿me oíste? ¿Sergio?

Sergio estaba parado varios pasos más atrás en el pasillo y se llevaba la mano al bolsillo interior del chaleco, hurgando nervio-

samente. —Caramba, se me quedó la taza en la cocina.

Fernando se giró hacia él sin dejar de caminar. —Por tu madre, Sergio, al ascensor.

Sergio sacudió la cabeza. —Ná, ni loco. Si yo dejo esa taza ahí, más nunca la vuelvo a ver, por hache o por be. Vayan delante, que después yo bajo solo.

—Ni se te ocurra —Samuel se dio vuelta en el umbral del ascensor—. Bajamos todos juntos.

Mientras, el guardia de seguridad había entrado al ascensor y se colocaba ante el panel de mando. Sergio vio la desesperación enjaulada en sus ojos. —Bajen, bajen —insistió—. Total, qué puede pasar.

—No estoy para esto, te lo juro —protestó Julio, apenas visible desde una esquina del ascensor—. Hay gente ahí abajo con armas largas, Sergio.

—Igual que la guarnición, señores —dijo Sergio—. Y hay muchas barreras, ¿no es verdad, Pedro?

—Haz lo que te dé la gana —respondió Pedro, que ya estaba con el resto dentro del aparato—. Nosotros bajamos; te vamos a dejar la puerta del bunker abierta por cinco minutos, fíjate, cinco minutos —y pasando el brazo por sobre el hombro del guardia, rozó el panel de mando.

—Cualquier cosa me escondo en el baño —aseguró Sergio saludando con la mano mientras las puertas se deslizaban; justo antes de que llegaran a cerrarse, escuchó a Julio decir algo acerca de un imbécil que no se tomaba nada en serio.

Sergio rió para sus adentros y se dio vuelta para ir a la cocina. Dio tres pasos.

De pronto sintió a sus espaldas un fragor como de metales muriendo, mientras un golpe instantáneo de viento ardiente y seco le quemaba la nuca. Quedó atontado por unos segundos, suspendido en un estupor, con la vista nublada y temblores por

todo el cuerpo; el instinto le decía que sus sentidos habían sido conmocionados y que la aparente ausencia de sensaciones era una sobrecarga. En breve recuperó la percepción de su piel, agostada e hipersensible como si se hubiera insolado; de sus oídos, apelmazados por una presión que ni recordaba; y de la vista, un tanto errática en los bordes. El equilibrio no quiso reaparecer. Reuniendo fuerzas, se dio la vuelta trabajosamente y miró en dirección a la puerta del ascensor.

La humareda, tenue y poca, se deshacía rápidamente, y al fondo las hojas del ascensor estaban entreabiertas, lo suficiente para que una persona pudiera meter los hombros. Sergio se acercó cautelosamente, percibiendo la calidez que emanaba de los metales, y miró por la abertura. El piso de la caja había desaparecido, al menos en la sección que él alcanzaba, y allá abajo se veían la oscura pared del pozo y los raíles de guía. Al subir la vista asustado por la inesperada negrura, descubrió algo que no había notado antes en la mampara del ascensor.

Asqueado, se tiró contra la pared del pasillo, refugiando la espalda en el frescor del falso mármol; los ojos cerrados, las manos crispadas, la mente en un ciclo de sangre y colgajos chamuscados.

Alguien había planeado muy detalladamente cómo matarlo de la forma más inevitable posible: destrozado y quemado vivo con una explosión de alto calor primero, y arrojado luego desde un piso dieciocho por el pozo de un ascensor. Probablemente gracias a un sensor de presión calculado para cinco personas en la caja del elevador, que activaría cargas de chorro térmico en los soportes del suelo. Cinco personas; todos y cada uno de los invitados a la reunión. El guardia de seguridad había tomado su lugar.

Una técnica de *dim mok*. Preparar la bomba, un toque, atacar un punto afuera, el otro; los verdaderos blancos, como el chino, se mueven hacia un punto donde les dan el golpe final, la explo-

sión. Que en vez de simplemente reventarlos les volaran el suelo bajo los pies, podría ser un toque de sadismo, o un mensaje.

Y el tal Cheng nunca había llegado a la reunión.

Hijos de la gran puta, pensó Sergio. Solo ellos.

Escapar.

No había cómo.

Sólo desde el bunker o el centro de mando se podría cambiar el status de la alarma de asalto a incendio o algún otro tipo de catástrofe, y sólo bajo otro status de alarma podría usar los otros ascensores o las escaleras; el mismo Sergio había diseñado el sistema, por trasmano. El único medio de moverse a través del edificio durante un asalto era el elevador ejecutivo, y estaba inutilizado.

¿Lo estaba?

Si las cargas térmicas se habían colocado con profesionalidad, el chorro sería muy direccional; si acaso un poco se habría desviado, como evidenciaba la sangre en las paredes. La maquinaria y la electrónica bien podrían haber salido indemnes. Sergio se apartó de la pared e hizo el esfuerzo de estudiar el estado del aparato metiendo la cabeza entre las puertas. El panel de controles y el techo estaban intactos, las paredes y puertas no parecían muy dañadas, en tanto del suelo incluso quedaban restos triangulares en las esquinas. Sergio apartó las puertas, estiró un pie para colocarlo en la sección de placa próxima al panel y se lanzó hacia el asidero que iba a lo largo de las paredes. Quedó a medias en el vacío, con un pie en una superficie menor que su zapato, otro colgando sobre el pozo, la mano derecha aferrada a la barandilla y todo el cuerpo y la cara contra la pared lateral.

Sergio estiró cuidadoso la mano izquierda hacia atrás y tanteó por instinto el panel de control, que veía de reojo. Las puertas se cerraron; con dificultad, pero era una victoria. Sergio siguió presionando la placa sensible hasta que el ascensor se estremeció

ligeramente y comenzó a bajar. El movimiento lo desequilibró y casi lo hizo caer hacia atrás, pero se recuperó tirando del agarra-dero y apoyando la mano izquierda en el propio panel de mando.

Fue una larga bajada.

Cuando el ascensor se detuvo y se abrieron las puertas, Sergio maniobró para salir, con extrema cautela. Más que a la caída en sí, que no sería grande, le temía a encontrarse entre los restos de los demás allá en el fondo del pozo. Sólo de pensarlo le daban escalofríos, y ya estaba bastante trastornado.

Había llegado a un nivel del garaje.

Sergio miró en todas direcciones sin apartarse mucho de la puerta. Pensó que era una suerte que la salida del elevador del piso ejecutivo diera a un área apartada del parqueo. Probablemente ningún asaltante habría llegado hasta ahí. Sergio comenzó a caminar con sigilo hacia una pequeña puerta metálica en la gran pared del fondo; quizás lo llevaría a una pequeña habitación donde esconderse o a un corredor de salida. Entonces salió un negro de detrás de una columna.

El negro era alto, nilótico, fuerte. Llevaba armadura semicompleta, un Kalashnikov y arnés militar, pero su equipo era un personaje secundario: los protagonistas eran los ojos, desfachatadamente indiferentes a la muerte propia y la vida ajena. Miraba a Sergio como si fuera el último plato de un buen banquete.

Sergio vio la cara del negro y se preguntó por qué no estaba muerto aun. El otro, por su parte, no movía un músculo.

Había algo en los extravagantes *dreadlocks* que salían bajo el casco, como correas de sujeción, algo en aquella fealdad más allá de raza; Sergio creyó encontrarlos en algún rincón de su memoria. ¿Negocios, conflictos, mero encuentro? ¿Lo que fuese, valdría clemencia?

El negro agitó el cañón del Kalashnikov, apuntando hacia la puerta metálica del fondo. Sergio comenzó a andar despacio, sin

darle la espalda. Sólo tras unos cuantos pasos se atrevió a caminar de frente, sin mover los brazos ni dar señales de apuro; apenas respiraba.

Después de llegar a la puerta y abrirla sin problemas con su tarjeta universal, Sergio se volteó hacia atrás. El negro estaba arrodillado junto a una gran columna y se dedicaba a aplicarle módulos de explosivo que sacaba de una mochila. Sergio se quedó fascinado por la meticulosidad con que el hombre adhería los rectángulos grises a la pared, hasta que una voz lo sacó de la contemplación:

—¡Coco! —gritó alguien desde la entrada del garaje—. Ponlo ahí al trozo, no seas tan perfecto, que eso es lo de menos ahora.

Sergio cerró la puerta tras de sí con el mayor cuidado posible para no hacer ruido; no llegó a escuchar respuesta ninguna del negro.

Cheng vio a los hombres salir de vuelta por la puerta del garaje. Se notaba que se iban por propia voluntad, después de haber terminado cuanto iban a hacer y sin que nadie los echara. Resopló de asombro; al parecer lo habían logrado después de todo, al menos la parte de tomar el edificio y colocar las bombas. A tiempo, también, pues ya se veían las luces de los carros policiales, llegando por la carretera más allá de la urbanización del Este. Cheng se imaginó al soñoliento jefe del cuartel de Cojímar arreando autos y hombres a medianoche para una salida imprevista, y se echó a reír.

Ahora los asaltantes se irían en sus vehículos, harían estallar las bombas a distancia segura, y entonces los representantes quedarían atrapados en una ruina incendiada. Era lo mismo si caían desde un piso dieciocho o si dieciocho pisos les caían encima. Difícil salvarse de algo así, incluso dentro de un bunker. En última instancia, no era asunto suyo, ya no más.

No era siquiera su plan decapitar a la informática local matan-

do a los líderes y coordinadores; él hubiera resuelto el problema con negociaciones de fuerza. Sin embargo, si alguien más sabio había decidido tomar este curso de acción, Cheng no se consideraba apto para juzgarlo. Además, era divertido utilizar a los hampones locales contra su propia elite social y tecnológica; y si él mismo hubiera muerto en el incidente, incluso se volverían locos buscando un culpable entre ellos mismos, aumentando así sus ya profundas divisiones.

La división era buena. El mejor plan del mundo es usar las debilidades del enemigo contra él mismo, y no hay mayor debilidad que la división. División entre los de arriba y los de abajo, y además división entre los de arriba y división entre los de abajo. Y en el país tenían la suficiente de cualquiera de las tres como para manipularlos durante siglos, revolviéndolos a unos contra otros como frutas en una licuadora. Cheng se imaginó a sí mismo variando a placer las velocidades de un aparato de esos y visualizó un vaso lleno de mangos con forma y aspecto de caras largas, angulosas, de estúpidos ojos redondos y demasiado vello facial. Pero en realidad, él no estaba al control de la licuadora. Desde esta noche ni siquiera estaba en la cocina.

Ah, qué noche, pensó Cheng. Debía dormir lo que quedaba de ella para mañana enfrentar fresco al Director General Jiang. Pero no en su casa; un hotel sería mejor. Cheng entró al auto, guardó los binoculares en la guantera y ordenó al vehículo cerrar la puerta y partir.

—¡Recojan los muertos y heridos, y las armas! —ordenó El Cara agitando pesadamente el revólver—. ¡Rápido!

Un blanco alto de facciones bastas se encogió de hombros a la vista del Cara. —¿Para qué los muertos? —dijo con una mueca de despreocupación.

El Cara levantó el revólver y le disparó al hombre a la cabeza; el retroceso por poco le hace darse un golpe con el arma en el

hombro del otro brazo. —Recójanlo a él también —dijo—, lo que queda —miró con asombro el cadáver casi descabezado.

Los demás se movieron con premura, cargando cuerpos entre tres y hasta cuatro personas, torpemente y sin consideración con los que aún podían quejarse.

—¡Los muertos en el de Yuzaima! —dijo El Cara—. Y que nadie se monte ahí. Tú sí, Coco, tú vienes conmigo.

El negro estaba ensimismado observando al hombre tendido en el suelo, pero hizo un gesto de que había oído al jefe.

—¡Coño! —gritó de repente el rubio—. ¡Somos unos locos! ¡Somos los mejores! ¡Aquí sí hay! —y disparó el revólver al aire.

Los hombres se movieron más rápido, en tanto El Cara y El Coco supervisaban al buen tuntún. Cuando la explanada estuvo vacía, en unos minutos, ambos se montaron en la furgoneta donde habían colocado a los muertos, cinco en total.

—Contra, ¿de verdad hay que llevarse a los muertos? —dijo El Coco mientras intentaba acomodarse; tuvo que poner los pies sobre un cadáver, en una parte limpia del cuerpo—. ¿Para qué, para abono?

—Para que la policía no busque a los que saben que son amigos de los muertos, cuando los identifiquen —explicó El Cara—. Ahora, bueno, se van a demorar un poco más, van a tener que hacer análisis de la sangre.

El Coco asintió, complacido. —Y hoy llueve —afirmó—. ¿No lo sabías? —dijo al ver asombro en el otro—. Pensé que lo sabías.

—No, no sabía —dijo sorprendido el rubio—. Qué suerte, mi socio. Qué suerte hemos tenido—. El Cara bajó la vista y comenzó a callar.

El Coco se palmeó los muslos. —Cara, nos la vimos cerca —dijo—. Aquí mismo —sostuvo la palma de la mano a centímetros del rostro.

Del otro lado del vehículo, El Cara jugueteaba en silencio con

el revólver de Marquito.

—De madre estuvo aquello —El Coco suspiró pesadamente mientras pegaba la espalda a la mampara del auto—. Por momentos me pasó mi vida entera por delante.

El rubio asintió despacio. El Coco se quedó mirando el arma en las manos de su compañero de viaje, pensativo, durante unos minutos. Pero de repente se inclinó hacia el otro y dijo: —¿Cara, por qué a ti te dicen así?

El Cara levantó la vista. —¿Cómo dijiste?

—Que por qué te dicen “Cara”. No sé, la curiosidad —explicó El Coco—; es que por poco me muero sin saberlo nunca. ¿Por papi o por feo?

Negando con la cabeza, El Cara esbozó una sonrisa divertida. —Ni por feo ni por lindo —dijo—. Es que, con la piel de yogurt que tengo y este pelo vikingo, tengo cara de negro. Antes me decían Cara de Negro, ahora me dicen Cara y ya.

El Coco se estiró, asombrado. —¿Cara de negro? De negro sueco, ¿no?

—Mira bien —dijo El Cara y se señaló el rostro—. Fíjate en los detalles.

El Coco observó los rasgos del otro con detenimiento—. Contra, verdad que sí. Usted tiene cara de negro; usted es más bembón y más chato de cara que yo —se echó a reír.

El rubio lo acompañó en la risa. —Sí, compadre —dijo al cabo—, debe ser un bisabuelo mandinga como mínimo, porque esta jeta es pura África.

—Y dilo —corroboró El Coco—. Tu familia tenía tapada esa mancha en el expediente hasta que naciste tú y los echaste para alante.

—Qué vergüenza —El Cara hizo una mueca falsamente contrita—, por poco mi padre se divorcia.

El Coco echó una carcajada. —Este país está lleno de negros

—dijo con seriedad pedante.

El Cara miró al otro con sorpresa por unos segundos, y luego se sonrió. —Coco, tú sabes que tú eres negro, ¿no?

—¿Negro yoooooooo...?

Entre carcajadas, el rubio dio un culatazo en la pared divisoria. La furgoneta echó a andar enseguida y se vieron obligados a maniobrar para contrarrestar la aceleración y los giros cerrados, lo cual les cortó la risa.

—Ya venía la policía —dijo serio El Coco, apoyándose en los brazos extendidos a los lados para no balancearse—. Se oían las sirenas.

—Habrá que correr —se encogió de hombros El Cara, a quien no parecía importarle el zarandeo—. ¿Cuándo no?

El negro asintió con expresión de haber reconocido una verdad profunda.

—¿Lo dejaste ir, verdad, Coco? —preguntó de repente el rubio—. Al tipo del garaje.

La cara del Coco se volvió pétrea.

—Lo dejaste ir —afirmó El Cara—. No hay problema, te entiendo. La gente de a pie no puede ser tan sanguinaria como los de arriba; tenemos que tirarnos un cabo unos a otros de vez en cuando.

El Coco se encogió de hombros a la que vez que chasqueaba la lengua.

—Yo también, yo también —continuó el rubio—; se puede decir que yo también le salvé la vida a un hombre esta noche. El agradecimiento de ese tipo puede valer mucho, o poco, no sé; el caso es que lo perdoné, como tú perdonaste a ese. ¿Qué tú crees, habrá valido la pena?

Con un suspiro y una mueca de duda, El Coco se declaró incapaz de responder.

El señor Jiang estaba sentado en silencio tras el buró de su oficina.

Un largo silencio.

Cheng, que estaba en una silla del lado sumiso del escritorio, sabía que no le tocaba a él romper el hielo. El señor Jiang era en extremo rígido en cuanto a las normas de comportamiento entre subordinados y superiores.

El Director General Jiang tenía el aspecto de inclemente severidad que se veía en los mandarines imperiales de las pinturas antiguas. Incluso bajo el traje occidental, se traslucía la misma vocación inflexible de servicio a los superiores por encima de cualquier debilidad o sentimentalismo. Y Cheng conocía a su jefe el tiempo suficiente como para saber que su continente era apenas un atisbo de cuán despiadado e inhumano podía ser, especialmente temprano en la mañana.

Al cabo, el señor Jiang dijo: —Usted debe asumir la responsabilidad.

Cheng sintió cómo la sangre se le iba a los pies. —No entiendo, señor Jiang —dijo secamente.

—¿Qué no entiende? —dijo el jefe de Cheng—. Su ausencia durante el incidente con los delegados de la industria informática local nos ha dejado en muy mala posición.

—Fui demorado por imprevistos.

El señor Jiang resopló. —No, Cheng, usted no fue demorado por imprevistos —afirmó—. Usted demoró primero y canceló después su salida para la reunión, con plena voluntad. Hemos hablado con su servicio doméstico.

Cheng arrugó la frente. —¿Qué dijeron? No sé qué puede ser, qué mentira...

—No persista, Cheng. No nos va a convencer.

El subordinado bajó la cabeza. —Está bien —aceptó—. ¿Qué debo hacer, señor Director?

—Ya se lo he dicho; asumir la responsabilidad.

—¿Pero de qué manera?

El Director se inclinó hacia delante, y al hacerlo, el sol mañanero salió por detrás de su hombro. —Usted será degradado y expulsado sin recomendaciones —anunció—. La documentación ya fue expedida, al igual que las notas de prensa. No tema, le daremos un buen paquete de salida: acciones en alguna compañía ajena a nosotros, de su elección. Esto último quedará en secreto, por supuesto.

Cheng alzó la vista evitando el sol, molesto aun a pesar de los filtros de la ventana. —Pero eso me hará aparecer como único culpable; las autoridades locales pueden detenerme.

—Será su responsabilidad evadirlas, así como fue su voluntad evadir la reunión con los representantes.

—Usted sabe muy bien que si yo hubiera ido...

—Nosotros no sabemos nada, Cheng —dijo el señor Jiang—. No empeore su situación con infundios. Ya bastante mal ha hecho intentando atemorizar a los negociadores locales.

—Yo no... —comenzó a decir Cheng, pero lo interrumpió el amenazador dedo índice del señor Jiang.

—Si usted hubiera ido a la reunión y hubiera muerto —continuó el Director—, hubiéramos podido culpar a alguno de los sobrevivientes como instigador de un plan para abortar los contactos y tuviéramos ahora una excelente posición negociadora. Como usted no fue, se ha hecho evidente que fue usted quien planeó todo con el fin de intimidar a los representantes y conseguir el cierre de las negociaciones estancadas. Si no estaba obteniendo resultados simplemente debió haberlo informado en vez de forzar las cosas; hubiéramos entendido.

El joven ejecutivo se mordió los labios con fuerza.

Jiang se echó hacia atrás en su asiento y se llevó dos dedos a la casi inexistente barbilla. —Por suerte, por lo menos se cumplie-

ron en parte sus objetivos, Cheng; al menos dos de las agrupaciones representadas han enviado mensajes explicando que no tuvieron nada que ver en el incidente. Es obvio que están tan atemorizados que están dispuestos a no incriminarnos. Podemos seguir negociando el *shift* de estas personas.

Volvió a hacerse el silencio. El señor Jiang cavilaba en tanto Cheng dejaba escapar su alteración en pequeñas y controladas dosis.

Al rato, el Director hizo un ademán displicente con la mano izquierda. —Puede irse, Cheng —dijo—. Piense en cómo evadirse, pero por favor no nos comprometa más.

Cheng se levantó lentamente e hizo una estudiada reverencia. Después se detuvo por unos segundos, como si fuera a decir algo; pero enseguida dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Ah, Cheng —escuchó el joven a sus espaldas en el momento en que iba a tocar el abridor de la puerta—. ¿Quién cometió la indiscreción?

Cheng se sonrió, y sin decir nada apoyó un dedo en el *pad* sensible de la puerta. En el perfecto silencio escuchó cómo el mecanismo se ponía en movimiento y la puerta comenzaba a deslizarse.

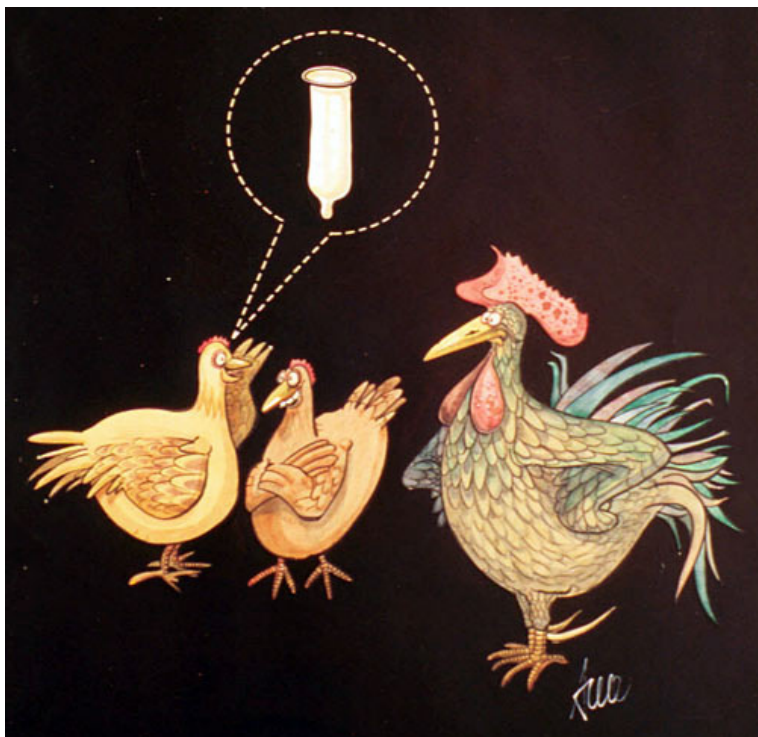
—¿Cheng?

El joven ejecutivo dio el paso que lo ponía fuera de la oficina y sin darse la vuelta dijo: —No sé a qué se refiere, señor. Y si lo supiera, ¿cree usted que yo traicionaría a quien me avisó lo que usted había preparado para esa reunión?

No hubo respuesta.

Cheng echó a andar por el pasillo silbando una melodía local.

Arbitrio judicial



Jeffrey López Dueñas

*A Elaine, por su cuento "Selección Natural".
A la "C-10" por los cinco años estudiando juntos la carrera.
A mis compañeros del Bufete...*

En el estrado, con la negra toga ondeándole alrededor del cuerpo y el birrete graciosamente ladeado sobre la cabeza, dejaba de ser un hombre común para transformarse en alguien único...

Había nacido para las Leyes, no le cabía duda.

O al menos eso creía él.

Cada vez que defendía a un hombre, y poco importaba si era culpable o no, se transformaba en el Aquiles griego o el Napoleón francés. Sus facilidades oratorias y el carisma con que trataba a todos le hacían ganar de inmediato el favor de los jueces y a menudo también la inmediata antipatía de los fiscales... y de algún que otro colega envidioso.

Pero lo que contaba era que cada vez eran más los que buscaban sus servicios: asesinos, estafadores, genocidas... sin importar lo que hubieran hecho, todos se sentían seguros con él. No en balde su larga lista de casos ganados lo había convertido en uno de los defensores mejor cotizados de la Tierra.

Sin embargo, su suerte podría cambiar a partir de ahora.

El Consejo Gubernativo había puesto en vigor el Decreto Ley Planetario 381/3029, donde se constituían como jueces a moder-

nísimas IAs cuyo fallo, basado en la pura lógica de los hechos probados, haría que las injusticias, y sobre todo los innumerables casos de corrupción de magistrados, terminasen de una vez y para siempre...

Al menos en teoría.

Como ciudadano y operador de la Ley durante muchos años, entendía que aquel cambio era necesario y para bien.

Pero, como abogado defensor, veía en grave peligro su futuro profesional. Se terminarían las causas justificativas y los atenuantes; ya no podría jugar con las emociones del jurado, ni manipularlo hasta confundirlo.

No, ahora todo sería preciso. Daría lo mismo que el acusado tuviera toda una familia que alimentar, una infancia plagada de maltratos domésticos o unos antecedentes impecables... si era culpable, sería condenado y sentenciado a la esclavitud en las colonias planetarias, extrayendo minerales y alimentos para los habitantes de la vieja Tierra.

Y el destino había querido que la primera audiencia de nuevo tipo correspondiera a un proceso en el que él intervenía como defensor.

Miró casi con lástima hacia el banquillo de los acusados. Allí, escoltados por un par de *cyborgs*, gendarmes comunes en juzgados y prisiones, (por aquello de que un humano siempre será mucho más cruel con otro humano que cualquier máquina), estaban sus dos clientes.

Temía que muy poco iba a poder hacer esta vez para lograr su absolución. Porque aquellos dos hombres, grises, pero bien alimentados, habían cometido el Pecado Capital, el peor crimen imaginable en aquella sociedad:

Robar gallinas.

Seis gallinas.

Todo comenzó en el 2012, cuando el Estado de Guyana atacó

con armas nucleares a la República Popular de las Islas Caimán... como represalia a que, días antes y en visita oficial, la limusina del presidente caimanero atropellara por accidente a Patato, el perro sato y adorada mascota de la Primera Dama guyanesa.

Aquella “escaramuza” atómica por muy poco no se convierte en la Tercera Guerra Mundial (por tantos años vaticinada y esperada que ya nadie la creía posible)

Aunque al final se navegó con suerte: pese a tantos pronósticos, el mundo no se destruyó en el holocausto definitivo.

“La Última Guerra”, como se le conoció después, apenas si duró tres horas y no involucró a otros países... pero las consecuencias fueron casi tan graves e irreversibles como si hubiese tratado de un conflicto global.

Se tardó un par de años en comprender que las grandes cantidades de polvo radiactivo que la explosión de varias ojivas atómicas lanzaron a la atmósfera de las dos naciones beligerantes, y que luego el viento dispersó por todo el planeta, habían provocado la esterilidad de más del noventa por ciento de la población mundial, por atrofia de sus células reproductoras.

Peor aún; la abrumadora mayoría de los niños nacidos a partir de entonces tampoco eran capaces de tener descendencia, al llegar a la pubertad.

El número de personas capaces de replicar la especie disminuía vertiginosamente con cada nueva generación; la humanidad estaba, más que asustada, aterrorizada. Surgieron sectas catastrofistas, hubo motines masivos y olas de suicidios. Los más brillantes biólogos y médicos del mundo dedicaban todos sus esfuerzos a buscar una solución...

Pero todavía pasó medio siglo de natalidad decreciente antes de que un investigador cubano, el posteriormente tan célebre y alabado Pepe “El Wao” Pérez, descubrió en el organismo de las gallinas unas hormonas que, inyectadas en grandes dosis a las

gónadas humanas, las volvían viables... aunque momentáneamente.

La humanidad respiró aliviada... y acto seguido comenzó a protestar, incómoda.

El nuevo método permitía reproducirse, sí... pero como el efecto de las hormonas era de muy limitada duración, también implicaba un número engorrosamente grande de molestas y continuas inyecciones. Así que los laboratorios farmacéuticos y biogénéticos se lanzaron a buscar un modo más sencillo para que las valiosas hormonas gallináceas pudiesen ser asimiladas en las cantidades necesarias por los sistemas reproductivos humanos.

Por ejemplo, directamente de la carne de estas aves, al comerlas.

Así surgió muy pronto una nueva raza de gallinas mutantes, con todos sus tejidos rezumando las milagrosas hormonas... lo que trajo aparejado un extraordinario incremento en el consumo y la demanda de un tipo de carne que hasta ese momento no había sido de las más apreciadas por los seres humanos.

Por suerte, inmediatamente después de enterarse del descubrimiento de Pepe, el gobierno central de los Estados Confederados de la Tierra tomó medidas para evitar el consumo desorbitado de esos animales... y su rápida extinción, en consecuencia.

Todas las gallinas del planeta fueron *ipso facto* declaradas propiedad federal, y apresuradamente reunidas y resguardadas en centros hiperprotegidos donde grupos de especialistas bien entrenados y seleccionados se encargaban de que los volátiles se reprodujeran constantemente, para así garantizar a cada habitante del planeta el consumo de cuotas adecuadas de su valiosa carne, mediante su distribución normada.

Por absurdo que hubiera podido parecer en el siglo anterior, resultaba lógico, entonces, que en un mundo en el que la supervivencia de la raza humana dependía por completo de las gallinas y

sus hormonas, el delito de robar una de estas aves estuviera aún más duramente penalizado que el de homicidio.

Las modernas cámaras de holovisión, ubicadas en lo más alto de la sala, captaban todos sus rincones. Los banquillos estaban repletos de curiosos; aquel caso contaba con doble atractivo. Por el crimen de que eran acusados los reos, y por las IAs que los juagarían.

Todos los ojos estaban centrados en el abogado defensor, al que correspondía ahora presentar su alegato definitivo.

Con calma se puso de pie.

Deslizó su mirada por todos en la sala.

Sonrió con amabilidad a sus clientes, luego con ironía al fiscal, y finalmente, poniendo su atención en las cinco IAs jueces, comenzó a hablar:

—Presidente; demás respetables jueces que conforman este tribunal; digna representación del ministerio fiscal; público presente y observadores en general: Defendemos en el día de hoy, en la Causa 215/3029 a Mijail Kasparov y Joan D' Bergerath, acusados del delito de Terrorismo Biológico, Crimen de Lesa Humanidad y Sabotaje a los Intereses de los Estados Confederados de la Tierra.

“Jueces, han ustedes escuchado ya a mis representados y despachado las instrucciones del expediente. Mis defendidos son dos ciudadanos conscientes de las necesidades especiales que plantea la difícil situación reproductora de la raza humana, y en absoluto incapaces, por tanto, de cometer los delitos que hoy se les imputan. Comencemos considerando que Mijail Kasparov es miembro activo del CDPAE (Comité de Defensa contra Posibles Ataques Extraterrestres), donde realiza puntualmente sus guardias mensuales para descubrir y evitar cualquier posible acción de infiltración de nuestro planeta por fuerzas alienígenas. No constan en su historial antecedentes penales ni policíacos y fungió además

durante un periodo de cinco años como profesor emergente, abandonando su región natal y a sus familiares en la desolada y tranquila Rusia, para prestar servicio en esta capital tan populosa donde, sin embargo, nadie quería ejercer profesión tan importante para la formación de las futuras generaciones, como es el magisterio”.

“Por su parte, Joan D’ Bergerath, además de también cumplir cabalmente con sus funciones en el CDPAE, es asimismo miembro del PUT (Partido Unitario Terrestre), milita en las Milicias Territoriales y prestó ayuda interplanetaria en Marte como miembro de las Brigadas Solidarias Médicas Los Waitos, cuando nuestros hermanos de esa colonia se vieron infectados por la Fiebre del Conejo, esa extraña enfermedad que tantas muertes y dolor trajo a la humanidad”.

“Todo esto nos hace analizar que lo que ellos alegan en su defensa no tiene por qué ser necesariamente falso. Ambos han reconocido que tenían las seis gallinas en las manos, sí... pero los hechos probados en el caso que atendemos hoy no demuestran que por eso mis defendidos hayan cruzado el muro, altamente vigilado, para apropiarse de ellas. Lo cierto es que, conforme a sus declaraciones, mis dos clientes deambulaban por la calle donde se encuentra la ECDH (Empresa para el Correcto Desarrollo de la Humanidad) cuando observaron un árbol de mangos”.

“Respetables jueces, ¿cuántas veces nosotros mismos, operadores de la ley, no hemos visto estas apetitosas frutas sobre las calles y las hemos tomado, haciendo uso de nuestro derecho ciudadano, conforme al artículo 345.4 de la Ley de Propiedad de los Estados Confederados de la Tierra, donde se dice que todo comestible —y noten que el legislador no diferenció entre frutas o animales— que se encuentre sobre las avenidas u otros senderos públicos pertenece al pueblo terráqueo en general?”.

“Pues mis representados no hicieron más que atenerse a esta

misma fórmula. Con el claro propósito de derribar los mangos para luego saborearlos, tomaron piedras y las lanzaron... Sólo que, ¿y cuál no sería su sorpresa al descubrirlo?, al impacto de sus proyectiles contra las ramas, en lugar de caer mangos, comenzaron a caer... ¡gallinas!”.

“En efecto: arrojaron una piedra y cayó una gallina; luego aún otra piedra y cayó todavía otra gallina, y así sucesivamente... hasta que tuvieron seis aves a sus pies”.

“Mi pregunta lógica es, entonces: ¿Qué culpa tienen ellos de que estos valiosos pero impredecibles animales se hubieran subido sobre el árbol y permanecieran ocultos en las ramas?”.

“Pues la respuesta está clara: ¡Ninguna, respetables Jueces!”.

“Debido a lo cual, y esta es mi opinión definitiva, insisto en que sería por completo injusto castigar a mis defendidos por la acción de estos animales. Por tanto, solicitamos la inmediata liberación de los ciudadanos Mijail Kasparov y Joan D’ Bergerath mediante un fallo absolutorio, así como la devolución de sus bienes confiscados en carácter de depósito; en concreto, de esas seis gallinas, que según la legislación citada pertenecen con toda propiedad a mis representados. Es todo. Muchas gracias.”

Terminado el alegato miró a las IAs; le habían informado que con el cambio de los humanos por máquinas ya no tendría que esperar largos minutos y hasta horas por el fallo. Los poderosísimos cerebros artificiales no sólo funcionaban a gran velocidad, sino que además se decía en que, como también podían comunicarse electrónicamente entre ellos, podían dictar cualquier sentencia en cuestión de segundos.

Sin embargo, los jueces no hablaban... y tuvo que pasar casi un minuto entero para que una voz metálica resonara en la Sala:

—A todos los presentes le informamos que debido sabotajes realizados por grupúsculos contrarios a nuestros principios, así como al injusto bloqueo económico interpuesto por los Estados

Agrupados de Neptuno a nuestro planeta, se nos hace necesario sustituir a las presentes IAs jueces, fabricadas en Urano, por otras máquinas manufacturadas en el hermano municipio de China. La transmisión de todos los datos del proceso actual a los nuevos magistrados durará veinte minutos. Lamentamos cualquier inconveniente o incomodidad que este lamentable hecho pueda ocasionarles.

La noticia provocó algunos comentarios, pero como cosas semejantes sucedían a diario, rápidamente los medios informativos decidieron aprovechar el inevitable tiempo muerto interrogando a los presentes sobre sus opiniones acerca del caso.

Para la mayoría la solución era sencilla: los acusados sólo podían ser declarados culpables del delito. La lógica y el sentido común así lo indicaban.

—Es una defensa sosa —comentó alguien que no quiso ser identificado—. Una mentira que ningún juez se creería.

Por su parte, Abel “El Prisionbreik” Solá, abogado defensor famoso por sus burlas profesionales al sistema judicial, agregó:

—¡Gallinas en los árboles! Esos dos merecen ser declarados culpables aunque sólo sea por no haber tenido suficiente imaginación como para inventar un cuento más creíble.

Sólo el abogado defensor y el fiscal permanecían en silencio y apartados de todos. En varias ocasiones distintos reporteros intentaron acercárseles, pero ambos los despacharon sin aceptar la entrevista. Como en los clásicos y legendarios duelos del Viejo Oeste, permanecían inmóviles, expectantes, mirándose a los ojos con los rostros tensos, como si sus mismas vidas dependieran del arbitrio judicial.

Las nuevas juezas entraron a la sala pasados unos cincuenta minutos. Sus movimientos eran más mecánicos que las de sus antecesoras, y sobre su pecho brillaban las siglas: ATEC PANDA “NUEVA GENERACIÓN”.

Una vez sentadas, la presidenta del tribunal tomó la palabra:

—Mijail Kasparov, Joan D' Bergerath, pónganse de pie —los dos hombres se levantaron, nerviosos—. Este tribunal, a la hora de dictar el fallo, ha tenido en cuenta tanto lo referido en el expediente investigativo, lo dicho aquí en sala por ustedes, la acusación del Ministerio Fiscal, como la reflexión hecha por el letrado de la Defensa. Al amparo del Artículo 3 de la Ley Penal de los Estados Confederados de la Tierra se presume la inocencia de todos los acusados hasta tanto no se pruebe la comisión del delito. En este caso se les atrapó a ustedes con las gallinas en la mano, pero nadie les vio atravesar el perímetro de seguridad de la ECDH, y atendiendo a que ciertamente estos animales, en tanto que pertenecientes al *phylum* zoológico de las aves, tienen alas y pueden por tanto volar, aunque no a gran altura ni a largas distancias, consideramos que bien pudieron subirse al árbol en cuestión y estar sobre la rama a la que lanzaron las piedras los acusados. De ahí que decretemos su completa absolución por los delitos de Terrorismo Biológico, Atentado contra Lesa Humanidad y Sabotaje a los Intereses de los Estados Confederados de la Tierra. POR TANTO, se dispone la liberación inmediata de los acusados, así como la devolución de los bienes ocupados, entiéndase las seis gallinas, toda vez que haciendo tenor a la legislación antes citada por el letrado de la defensa, le pertenecen a dichos ciudadanos.

“Por otra parte, este tribunal condena a de los Dirigentes de la ECDH, así como a los miembros del cuerpo de vigilancia que montaban guardia esa noche en las instalaciones, por no tomar las medidas necesarias para el correcto cuidado de bienes indispensables para el desarrollo humano y los sentencia a quince años de trabajos forzados en las lunas de Marte... y sin derecho a libertad condicional”.

“La manera de ejecución del fallo es en el acto, y el Tribunal se retira. Es todo.”

Aún no creía en el veredicto, cuando ya los dos clientes le abrazaban con amplias muestras de alegría y satisfacción. La sala era pura algarabía: algunos protestaban, otros reían... pero todos venían a felicitarlo.

Cansado, aunque finalmente convencido de la realidad de su victoria, se dejó caer sobre el asiento mientras sonreía....

Esa noche estaría de fiesta. Junto con sus recién absueltos clientes, celebrarían por todo lo alto el veredicto de inocencia tan inesperadamente conseguido.

Con un festín de carne de gallina.

Dioses a la carta



Carlos A. Duarte Cano

Tener fe significa no querer saber la verdad
Friedrich Nietzsche

Hacía muchos años que vagaba por la vida con la sensación de albergar un vacío absoluto en alguna parte de mi organismo.

Comía y comía pero no lo llenaba, ergo no era en el estómago.

Respiraba fuerte y hondo pero nada: obvio, la cosa no era en los pulmones.

Leí mucho, todo lo que cayó en mis manos, hasta *El Capital*; pero el vacío persistió, como un móvil perpetuo. Tampoco estaba en mi cabeza, o eso pensaba.

Entonces, un atípico día de invierno, mientras paseaba por el malecón, vi el anuncio.

No era neón ni tampoco incluía niños, pero sí dioses.

Era un anuncio idílico, expectorante, genial.

Si está hastiado del vacío postmodernista o del exceso de materialismo, fabrique aquí sus propios dioses.

Me recordó un libro de Asimov. Y allí mismo comencé a vislumbrar donde estaba mi vacío de ateo secular: no creía en ni cojones. Era la esencia misma de mi irreductible descreimiento la que me tornaba tan infeliz.

Me preguntaba para qué coño estaba en este mundo que no fuera para pasar mil y un trabajos por cada instante que valiera

la pena. Y todo para que al final mi ser se fuera a ninguna parte, *to nowhere*, a disolverse en la nada hemingwayana.

Cierta vez leí que la humanidad era algo así como el cerebro que había creado el universo para conocerse a sí mismo. Muy poético, pero el papel de efímera neurona tampoco me complacía y continuaba sin verle la punta a todo el asunto de la muerte.

Como dije antes, yo ya no creía en nada, pero fui víctima de un impulso súbito, una corazonada o qué sé yo: entré.

La vieja me aferró con una sonrisa protésica. Era una mezcla de astróloga maya con sacerdotisa de Yemayá.

—Por aquí mijo, todo es automático. Muuuuy fácil —me dijo y, como no había confusión posible, la seguí.

Abrió una cortinilla circular parecida a esas donde desaparecen las bellas ayudantes de circo y me sentó frente a lo que parecía una mismísima Pentium 15.

—Haga clic en el icono, ya verá como lo puede hacer solito. Pago al final solo si el servicio lo satisface.

Cerré la puerta y me senté, temiendo que llegara Mandrake.

Hice clic en un icono fálico.

BIENVENIDO A DIOSSES A LA CARTA

RESPONDA CADA PREGUNTA PINCHANDO LA
RESPUESTA DE SU ELECCIÓN

Pregunta 1. Le gustaría una religión:

A. monoteísta

B. politeísta

¿Monoteístas? Jehová, Alá, Dios padre madre y espíritu santo. Nada que ver, demasiado aburridas.

Para divertida la grecorromana con toda esa caterva de dioses pegándose los tarros los unos a los otros y seduciendo a bellas o bellos mortales.

Ni hablar.

Pinché el B.

Pregunta 1b. ¿Cuántos dioses le gustaría?

En esta pregunta me daban más opciones pues era posible marcar cualquier número entre el uno y el treinta. Había incluso una opción de más de treinta dioses. Mmm, tampoco hay que exagerar, luego va a ser un dolor de huevos aprenderse los nombres y la historia de todos.

Pinché el diez.

Pregunta 2 ¿Dónde le gustaría adorarlos?

A. En templos B. En la naturaleza C. Dentro de su casa

Los templos son muy opresivos. Tanta solemnidad y la músicaquita esa de los órganos debe dar tremendo sueño —pensé.

Pero tampoco me hace gracia que se me empiece a colar la gente en mi casa para formar esos quilombos religiosos donde aúllan y se atracan de toda sarta de bazofias repulsivas.

De manera que marqué la B. Eso me sonaba a druidas y dioses paganos.

Pregunta 3. Prefiere dioses

A. Guerreros B. Pacíficos

Marqué el B, un poco de acción no estaría mal, pero sin exagerar que yo ni me acordaba de lo que era tirar un piñazo. Todavía a cada rato me movilizaban por la reserva, pero a lo cierto es que a los tres días ya se me olvidaba toda la teoría que se empeñaban en enseñarme para matar más eficientemente a mis semejantes.

Pregunta 4. Prefiere dioses

A. Sibaritas B. Beatos

Por razones obvias pinché el A.

Pregunta 5. ¿Qué tipo de adoración preferiría brindar a sus dioses?

A. Rezos y plegarias B. Bacanales y orgías
C. Sacrificios animales D. Sacrificios humanos

Pero ¡qué clase de pregunta! la B to' el tiempo.

Pregunta 7. ¿Qué le gustaría para después de la muerte?

A. Vida eterna de paz como recompensa por su buena conducta

B. Reencarnación en otra persona y animal

C. Una eternidad de tormento por una vida pecaminosa

D. Disfrute eterno del paraíso por servir fielmente a la causa de su(s) Dios(es)

Esta sí que es un chícharo, a ver, si tomo la C vacilo la vida y luego me la hacen pagar por toda la eternidad, mmm problemático. Si elijo la A, me paso la vida machuca'o para luego meterme la eternidad comiendo mierda entre angelitos y serafines, como en el cielo cristiano, ni hablar. La B, por otra parte, me da espanto, eso de ser cualquier animal no me hace ninguna gracia, ya me imagino de mosca: todo el tiempo revoloteando entre la mierda. Creo que me voy por la D. Esa me suena a islam y la historia de ve y muérete feliz por Alá, pero la verdad es que es preferible a las demás.

Clic.

Todo desapareció a mi alrededor y quedé envuelto en una neblina. No era capaz de verme ni la punta de la nariz. Pasó un tiempo incalculable donde no estuve ni dormido ni en vigilia; no me pregunten cómo coño estaba porque no lo sé, como tampoco sé si duró un minuto o una eternidad.

Cuando recuperé el control de mis sentidos estaba en un calvero en el medio de la jungla. Vestía una túnica color salmón y, a mi alrededor, una multitud de figuras desnudas con genitales multicolores interpretaban una lasciva danza ritual.

Una veintena de parejas y tríos copulaban apasionadamente.

Una muchacha de pelo largo y mirada dulce se me acercó. Sostenía ente sus manos una vasija de barro. Me dio un largo trago de una bebida cuyo sabor evocaba al ajeno.

Tuve una erección inmediata.

Por puro instinto, mi mano derecha intentó moverse con afán

onanista, pero algo lo impedía.

En mi espalda sentí las duras formas de un poste de madera y me percaté de que estaba atado a él. Era yo el centro de aquel espectáculo sicalíptico.

Sin embargo, en lugar de preocuparme el hecho, por primera vez en mi vida me sentí rebosante de fe.

Casi lloré de devoción cuando una de las danzantes procedió a extraer la simiente de mi cuerpo para abonar la tierra consagrada a Matrix-Aya, diosa de la fecundidad y la abundancia.

Tampoco sentí la menor preocupación cuando, acto seguido, una figura masculina me desató del poste y procedió a sembrar en mi cuerpo su semilla, ni cuando miré hacia atrás, algo adolorido pero exultante de fe, y divisé un grupo de acólitos de ambos sexos que esperaban su turno para consumir el sagrado rito de la posesión carnal del nuevo iniciado.

No puedo decir que era un novato en cuestiones sexuales. Había hecho lo mío. Pero esto era diferente. Aunque una escena de este tipo pudiera parecer una cuestión de la más pura lujuria, les aseguro que no era ese el caso. Había amor en cada uno de aquellos actos. Un amor generoso desprovisto del lastre del egoísmo y la vanidad. Como se supone que se ama a los dioses o como estos deben amar a sus creaciones.

En uno de los momentos culminantes de la jornada presencia- mos un milagro: Matrix-Aya hizo brotar una ceiba en el centro del clavero. Un pequeño arbusto que creció ante nuestros ojos, primero con la timidez de un recién nacido y luego con la acelerada desfachatez de un adolescente, hasta convertirse en un gigante que nos cobijó a todos bajo su sombra.

Cuando terminó y regresé a la irre realidad ¿o era la realidad? todo había cambiado para mí.

Uno de mis nuevos compañeros me llevó de vuelta a “Sus propios Dioses”. Entramos en La Habana por un camino que no

había conocido antes. Era mi misma ciudad pero al mismo tiempo diferente. Como la realidad mutada de los sueños. La vieja se abanicaba en una mecedora de mimbre. Me dedicó una mirada cargada de empatía.

—¿Dime mijo, vale o no la pena?

—¿Cuándo puedo volver? —fue toda mi respuesta.

—Si pagas la tarifa completa ya no tendrías que volver —contestó—. Y tu vida habrá cambiado para siempre.

Pagué gustoso la suma exigida e indagué sobre el tipo de tecnología que usaban para crear esa realidad virtual o lo que fuera. La mujer negó con la cabeza, sonriendo:

—Acabas de pagar por tu fe —me dijo—, disfrútala y no la enturbies tratando de razonarla.

¡Y qué coño!, tenía toda la razón.

Regresé a mi casa, que estaba más o menos en el mismo lugar en que la recordaba. Durante un tiempo continué trabajando en el mismo trabajo y asistiendo con frecuencia a las siempre renovadas ceremonias del culto. Ya nunca tuvieron la inigualable intensidad de aquella primera, pero igual se disfrutaban.

Y los dioses se turnaban para regalarnos milagros dos veces al año, por aquello de que no hay nada como un buen milagro para sostener la fe.

Lo más extraño es que la gente de mi entorno asumió mis nuevas creencias como algo propio. Tal parece que así hubiese sido toda la vida. Yo mismo tenía solo instantes de lucidez, cada vez más esporádicos, en los que recordaba pasajes de mi oscuro estado anterior. Por eso escribo esto; para no olvidar por completo la persona que fui hasta hace muy poco.

Pero lo cierto es que el vacío misterioso había desaparecido. En su lugar quedó implantada una fe inquebrantable, mística. No sé bien como lo lograron pero es real, palpable, y en ella radica la esencia de mi dicha actual. Primero sospeché que todo era una

realidad virtual. Pero no hay tecnología que conozca capaz de imbuirte en un mundo virtual tan vívido como este. Y por tiempo tan prolongado, además.

Luego pensé que me habían lanzado a un universo paralelo, pero también deseché la idea: tampoco era lógico que me enviarán a un mundo diseñado a mi medida.

Mientras más pensé en el asunto más me trastorné con un sinnúmero de soluciones imposibles o improbables. Al final terminé por hacer caso a la vieja. Si vivía en un universo virtual o había sido secuestrado en una realidad paralela, no lo sabía, pero tampoco debía importarme. Ya estaba preparado para morir contento por mis dioses y me estaría esperando una vida sin límites de gozos en el más allá. Ni siquiera me asustaba que un buen día alguien pusiera en mis manos un cinturón de explosivos y me ordenara la inmolación contra la embajada yanqui o la sede del gobierno.

Lo haría sin pensarlo dos veces.

Es probable que algunos de los que lean esto piensen que me engañaba a mí mismo.

And so what?

Si yo era feliz, o al menos eso creía.

Así todo andaba sobre ruedas hasta que una típica tarde de verano, mientras paseaba por el malecón, vi otro anuncio.

Era vibrante y descongestionante, como un chuchazo de la 220.

Si usted quiere abrir los ojos y escapar de la enajenante irrealidad en que vive, no deje que le sigan inventando su mundo: descubra aquí la única verdad: la de la ciencia.

Ya dije que mi fe era absoluta e inquebrantable: continué andando.

Pero recién me doy cuenta de que hay algo en mí que está cambiando: un extraño desasosiego ha comenzado a invadirme

otra vez.

A menudo mis pasos me llevan hacia esa misma calle. Contemplo el cartel y titubeo.

Y una voz interior me dice que un buen día terminaré por entrar allí.

Después de todo ya lo dijo el viejo John: La felicidad, amigos, no es más que una pistola caliente.

LOS AUTORES

Jorge Enrique Lage. (La Habana, Cuba, 1979). Narrador, editor, Licenciado en Bioquímica, especialista del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso y jefe de redacción de la revista de narrativa *El Cuentero*. Ha publicado los libros de cuentos: *Yo fui un adolescente ladrón de tumbas* (Editorial Extramuros, 2004); *Fragmentos encontrados en La Rampa* (Casa Editora Abril, 2004); *Los ojos de fuego verde* (Casa Editora Abril, 2005); *El color de la sangre diluida* (Editorial Letras Cubanas, 2008) y *Vultureffect* (Ediciones UNIÓN, 2011). Es autor, además, de la novela *Carbono 14. Una novela de culto* (Ediciones Altazor, Perú 2010). Cuentos suyos han aparecido en antologías y revistas de Cuba y el extranjero.

Rafael de Águila. (La Habana, 1962). Narrador. Ha publicado los libros: *Último viaje con Adriana*, Premio Pinos Nuevos 1996 (Editorial Letras Cubanas, 1997); *Ellos orinan de pie* (Editorial Letras Cubanas, 2006) y *Del otro lado* (Editorial Letras Cubanas, 2010) que obtuvo el Premio Alejo Carpentier de Cuento ese mismo año. Su relato “Patatas al aire” mereció el Premio La Gaceta de Cuba 2011.

Emerio Medina. (Mayarí, Holguín, 1966) es el narrador cubano más premiado de los últimos años. Con *Rendez-vous nocturno para espacios abiertos* obtuvo el Premio de la Ciudad de Holguín 2006; con el relato “Los días del juego” el Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar 2009; y ese mismo año el Premio UNEAC de Cuento Luis Felipe Rodríguez por su volumen *Café bajo sombrillas junto al Sena*. En enero de este año (2011) obtuvo el Premio Casa de las Américas por su libro *La bota sobre el toro muerto*.

Miguel Terry Valdespino. (La Habana, 1963). Narrador. Licenciado en Periodismo. Premio Pinos Nuevos 1993 por *Laberinto de lobos* (Editorial Letras Cubanas, 1994). Tercer Premio del Concurso Internacional Casa de Teatro 2003, República Dominicana, por la pieza teatral *Los duros pierden con Humphrey Bogart*. Premio Literario Félix Pita Rodríguez 2009 por *No me hables de la ira* (Editorial Unicornio, 2010). Ha publicado además *Ángeles y cenizas* (Editorial La Puerta de Papel, 1992), *La piedra en la boca* (Editorial Unicornio, 2005) y *Ajuar de guerra* (Editorial Unicornio, 2001). Su relato “Las lecciones del vampiro” mereció la Primera Mención en el Concurso Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar 2010.

Ahmel Echevarría. (La Habana, 1974). Narrador. Obtuvo el Premio David 2004 con los cuentos de *Inventario* y el Pinos Nuevos 2005 con la noveleta *Esquirlas* (Editorial Letras Cubanas, 2006) y menciones en el Cirilo Villaverde de novela 2008 por *Días de entrenamiento* y el Luis Felipe Rodríguez de cuento 2009 por *Pastel para pit bulls*. Incluido en las antologías *Los que cuentan* y *La ínsula fabulante*. Editor del sitio web del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso y de la página digital *Vercuba*.

Jorge Ángel Pérez. (Encrucijada, Villa Clara, 1963). Narrador. Obtuvo el Premio David 1995 con *Lapsus calami* (cuento). Ha publicado además las novelas *El paseante Cándido* (Premio UNEAC 2002) y *Fumando espero* (primer finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos 2005). Su relato “Una estrofa de agua”, mereció el Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar 2006, y con el volumen de cuentos *En La Habana no son tan elegantes* ganó el Premio Alejo Carpentier 2009.

Yonnier Torres. (Placetas, 1981). Sociólogo y narrador. Egresado del XI Curso de Técnicas Narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Tiene en proceso de edición los libros de cuentos *Delicados procesos* (Premio Luis Rogelio Nogueras de Ciencia Ficción, por Editorial Extramuros); *Elementos comunes* (Premio Félix Pita Rodríguez de Narrativa, por Editorial Unicornio); *Esto funciona como una caja cerrada* (Premio Calendario 2011, por Casa Editora Abril); y la novela *Clavar los ojos al cielo* (Premio de Novela Fernandina de Jagua 2011, por Editorial Mecenaz). El presente relato da título a su libro *Elementos comunes*, de pronta aparición.

Yamilet García Zamora. (La Habana, 1965). Narradora. Licenciada en Letras por la Universidad de La Habana. Maestra en Museos por la UIA de México, DF y Doctora en Teoría Literaria por la UAM de Iztapalapa, México. Trabaja como Profesora de Redacción y Literatura en la Universidad Panamericana, la UNITEC y el CAM, donde también imparte cátedra a la maestría en museos.

Leopoldo Luis. (La Habana, 1961). Periodista y narrador. Editor del sitio web de la revista cultural *El Caimán Barbudo*. Obtuvo en 2008 el Premio de la Ciudad de Holguín con el libro de cuentos *Adiós, Habana* (Ediciones Holguín, 2009 y Editorial Atom Press, 2011).

Lorenzo Lunar Cardedo. (Santa Clara, 1958) es una de las voces imprescindibles de la narrativa cubana contemporánea. Ha ganado dos veces el prestigioso concurso de relatos policiales *Semana Negra de Gijón*, en los años 1999 y 2001 respectivamente. Tiene publicadas varias novelas en Cuba y en el extranjero, entre las que descuellan *Échame a mí la culpa*, *La vida es un tango*, *Cuesta abajo*, *Polvo en el viento*, *La casa de tu vida* y *Que en vez de infierno encuentres gloria*, galardonada como “la mejor novela negra publicada en España durante el año 2003”.

Rafael Grillo. (La Habana, 1970), periodista y escritor, ha publicado los libros de ensayo *Ecos en el laberinto* (Ediciones Extramuros, 2005) y *La revancha de Sísifo* (Ediciones Unicornio, 2010). En 2008 ganó el Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara en la categoría de Periodismo Literario por el volumen *Las armas y el oficio*. Es autor de las novelas *Asesinos ilustrados* (Premio Luis Rogelio Nogueras 2009) e *Historias del Abecedario* (Casa Editora Abril, 2011). Artículos suyos han aparecido en diversos medios de prensa nacionales y extranjeros.

Rebeca Murga. (La Habana, 1973). Narradora y crítica literaria. En el Concurso Internacional de Relatos Policiacos de la Semana Negra de Gijón, España, recibió el Accésit en 2003 y en 2004 obtuvo el Premio. Ha colaborado con la revista especializada en literatura negra *La Gangsterera*, de España. Tiene publicados, entre otros, los libros: *La enfermedad del beso y otras dolencias de amor* (Ediciones Unión, La Habana, Cuba, 2008) y *El esclavo y la palabra* (Ediciones San Librario, Bogotá, Colombia, 2008).

Mario Brito. (Manicaragua, 1955). Licenciado en Español y Literatura por el Instituto Superior Pedagógico Félix Varela de Santa Clara. Narrador. Tiene publicados los títulos de narrativa *En torno al equilibrio*, *Fuegos fatuos* y *Dile al corazón que ame en voz baja*, así como otros textos en diferentes órganos de prensa del país. Ha sido antologado por la Editorial Letras Cubanas en *Otra vez todo el amor* (1999) por su premio en el Concurso Cuentos de Amor de Las Tunas, 1994. Ha publicado relatos del género policial en la revista especializada *La Gangsterera*, de España.

Obdulio Fenelo. (Florida, Camagüey, 1971). Narrador. Licenciado en Letras por la Universidad de Oriente. Premio de la Ciudad de Camagüey en el género cuento, 2002. Premio en el concurso nacional *Vértice*, de cuentos cortos, Bayamo, 2001. Premio del concurso Celestino de Cuentos, Holguín, 2003. Premio de Narrativa Joven Reina del Mar, Cienfuegos, 2004. Premio Beca decreación de *La Gaceta de Cuba* en el género cuento, 2004. Ha publicado: *Quemar las naves* (cuentos), Editorial Ácana, 2002; *Un día después de la tristeza* (cuentos), Editorial Oriente, 2007; y *Háblame de Estambul* (cuentos), Editorial Letras Cubanas, 2010.

Erick J. Mota. (La Habana, 1975). Licenciado en Física. Egresado del Curso de Técnicas Narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha obtenido los premios Juventud Técnica 2004, La Edad de Oro de Ciencia Ficción para jóvenes, 2007, TauZero de Novela Corta de Fantasía y Ciencia Ficción, Chile, 2008 y Calendario de Ciencia Ficción, 2009. Además de relatos en diversas antologías, ha publicado los libros *Bajo Presión* (noveleta, Editorial Gente Nueva, 2008); *Algunos recuerdos que valen la pena* (cuentos, Casa Editora Abril, 2010); *La Habana Underguater, los cuentos* (Editorial Atom Press, 2010) y *La Habana Underguater, la novela* (Editorial Atom Press, 2010).

Yoss. (La Habana, 1969) es uno de los escritores cubanos más leídos dentro y fuera de Cuba. Obtuvo el Premio David 1988 con *Timshel* y ha publicado desde entonces novelas y volúmenes de cuento entre los que se destacan *W* (1997); *Los pecios y los naufragos* (Premio Luis Rogelio Noguera 1998); *Al final de la senda* (Letras Cubanas, 2003); *Precio justo* (Premio Calendario 2004); *Pluma de león* (Letras Cubanas, 2007) y diversos títulos en

Europa, entre ellos la cuentinovela *I sette peccati nazionali (cubani)* en Italia (1999) y *Se alquila un planeta* en España (2001). Cultiva también el ensayo y es autor de diversas antologías dedicadas a la literatura de ciencia-ficción. Junto con Raúl Aguiar compiló *Escritos con guitarra. Cuentos cubanos sobre el rock* (Ediciones UNIÓN, 2005).

Gabriel J. Gil. (La Habana, 1987). Narrador. Estudiante de Física en la Universidad de La Habana. Perteneció al Grupo de Creación de Género Fantástico y Ciencia Ficción *Espiral*. Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha impartido conferencias en los eventos Ansible 2006 y 2007, las cuales han sido publicadas en el *e-zine Disparo en Red*. Obtuvo una mención en el Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar 2010 con su relato de ciencia ficción “La culpa la tiene Menard”. “El incidente ‘Johnson-Muñoz’” forma parte de la antología *En sus marcas, listos, futuro*, publicada por la Editorial Gente Nueva.

Juan Pablo Noroña. (La Habana, 1973). Narrador. Licenciado en Filología. Cuentos suyos han aparecido en las antologías *Reino Eterno* (Letras Cubanas, 2000); *Dimension Latine* (Francia, 2007); *Secretos del futuro* (Extramuros, 2007) y *Crónicas del mañana* (Letras Cubanas, 2009). Ha colaborado para el *fanzine* de literatura fantástica *miNatura* y varios medios dedicados a la ciencia ficción en Internet como la revista *Axxón* (Argentina), *Disparo en Red* y *Tercera Fundación*.

Jeffrey López Dueñas. (La Habana, 1982). Narrador. Licenciado en Derecho. Graduado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Director del *e-zine La voz de Alnader*; fundador del Proyecto DIALFA-Hermes; fundador y coordinador del Taller de Creación Literaria Espacio Abierto.

Coantologador del libro de cuentos de fantasía *Axis Mundis*. Ha organizado y dirigido los eventos Behíque 2008 y 2009, así como las tres ediciones del Evento Teórico de Fantasía y Ciencia Ficción Espacio Abierto, participando además como conferenciante.

Carlos Duarte. (La Habana, 1962). Narrador. Doctor en Ciencias Biológicas. Premio en el Primer Concurso Internacional Sinergia, Realidades Alteradas, 2008. Un relato suyo fue seleccionado para Fabricantes de Sueños 2008, de la AECFT. Primer Premio del Concurso de CF de la revista *Juventud Técnica*, 2008. Mención Especial en el Concurso Luis Rogelio Nogueras de Ciencia Ficción, 2010. Finalista en el III Certamen Internacional de Poesía Fantástica miNatura 2011. Es uno de los fundadores del Taller de Literatura Fantástica Espacio Abierto y uno de los editores de la revista digital *Korad*. Cuentos suyos han aparecido en antologías de Argentina y Cuba, en diferentes *ezines*.

EL MARTILLO Y LA HOZ Y OTROS CUENTOS



Un muestrario de temas, tendencias, estilos y autores que caracterizan el panorama literario de Cuba durante la nueva centuria, es lo que ofrece *El martillo y la hoz y otros cuentos*. Llamado a ser el Volumen I de la “Colección 21 Cuentos Cubanos del Siglo XXI”, esta compilación se realizó a partir de los textos publicados, entre junio y octubre de 2011, en *Isliada.com*. *Literatura Cubana Contemporánea* y los propios lectores del sitio web se encargaron de hacer la selección mediante una encuesta on-line.

Acompañados por otras tantas ilustraciones de artistas cubanos, encontrarán aquí siete piezas de Narrativa de tema general, siete del género Policial y siete de Ciencia Ficción/Fantasía. Los autores de los cuentos son: Jorge E. Lage, Rafael de Águila, Emerio Medina, Miguel Terry Valdespino, Ahmel Echevarría, Jorge Ángel Pérez, Yonnier Torres, Yamilet García Zamora, Leopoldo Luis, Lorenzo Lunar, Rafael Grillo, Rebeca Murga, Mario Brito, Obdulio Fenelo, Yonnier Torres, Erick J. Mota, Yoss, Gabriel J. Gil, Juan Pablo Noroña, Jeffrey López Dueñas y Carlos A. Duarte Cano.

isliada
EDITORES

